hombres y culturas

por

Mauricio Leigheb

Dirección: Juan Salvat
Dirección editorial: Joaquín Navarro
Dirección científica: Alfredo Floristán
Coordinación: Jorge de Navascués
Cuerpo de redacción y principales colaboradores de este volumen:
C. Ayesa, L. Azpilicueta, José M.ª Balbás, José M.ª Domench, M.ª Luisa Fernández Gago, J. Foronda, C. Luna, F. Roca y A. Zozaya

Compaginación: M.ª Teresa Salas

Publicado por:
Salvat, S. A. de Ediciones
Arrieta, 25 - Pamplona (España)

Impresión:
Imprenta Hispano-Americana, S. A.
Mallorca, 51 - Barcelona, 1979
Depósito Legal: B - 40.184 - 1979
I.S.B.N. 84-7137-626-1

ÍNDICE

El concepto de raza 1
El problema de la clasificación de las "razas" del género humano 1
Unidad y variedad de la especie humana 25
Declaración de la UNESCO sobre las razas 33
Principales poblaciones en vías de extinción 39
Subespecie mongoloide 41
Turcos mongoloides 49
Siberianos 57
Tunguses 61
Sínicos 71
Tibetanos 93
Surmongoles 101
Indonesios 125
Esquimales 151
Amerindios 165
Fueguinos 189
Polinesios 193
Micronesios 205
Subespecie caucasoide 215
Lapones 219
Nórdicos 229
Bálticos 233
Uralianos 239
Alpinos 241
Adriáticos 245
Mediterráneos 249
Anatólicos 255
Iraníes 263
Árabes 273
Beréberes y saharianos 305
Etíopes 323
Índidos, orientálidos, melánidos, védidos 325
Ainos 347
Subespecie australoide 357
Negritos 361
Melanesios 365
Australianos 373
Subespecie congoloide 377
Sudaneses 379
Nilóticos 385
Salvajes 389
Cafres 393
Pigmeos 397
Malgaches 399
Subespecie caboide 401




El concepto de "raza"

Dos tipos de negros bantúes de la población ndebelé, establecida cerca de Pretoria (República de Sudáfrica), cuyos orígenes se remontan a los zulúes.
(Foto Charles Lénars.)

El problema de la clasificación de las «razas» del género humano

Como ha observado el antropólogo Franz Boas, «seguimos hablando con desenvoltura de las "razas", pero nadie está capacitado para dar una contestación exacta a la pregunta de en qué consiste una raza».

Ashley Montagu escribe acerca de este argumento, en un prolijo ensayo de 1952: «Todos creen saber en qué consiste la "raza" y consideran que su definición es muy simple. Con pocas excepciones, todo el mundo da por descontado que los científicos han establecido los "hechos" relativos a la "raza" y desde hace tiempo han reconocido y clasificado las "razas humanas"».

Lancelot Hogben sintetiza la situación paradójica que, a este respecto, se ha originado en las relaciones entre las distintas disciplinas: «Los genetistas consideran que los antropólogos han establecido qué es una raza, los etnólogos afirman que sus clasificaciones se fundamentan en principios que la genética ha demostrado justos, los políticos creen que sus prejuicios están confirmados por las leyes de la genética y que se apoyan en los descubrimientos de la antropología. La verdad es que, con excesiva frecuencia, sus opiniones no tienen más fundamento que el que deriva de sus prejuicios.»

Muchos antropólogos no han dudado nunca de la validez del concepto de «raza», sobre el cual han basado su formación intelectual, su ciencia y su actividad. Para ellos la «raza» es un axioma, y como tal hay que darlo por descontado.



Viviendas de los ndebelé (matabelé) en las cercanías de Pretoria (República de Sudáfrica), ejemplo de la original arquitectura "culturizada" de los negros bantúes, con decoración policroma de temas geométricos, realizada por las mujeres.
(Foto Nino Cirani.)

Todos nosotros podemos observar que no sólo dos pueblos, sino incluso dos individuos cualesquiera no se asemejan en su apariencia física. Las diferencias pueden ser grandes o pequeñas, y dependen sobre todo del «tipo» y del «número» de los detalles que las distinguen. La variabilidad del género humano resulta tanto más grande cuanto mayor es el número de los individuos tomados en consideración y de las áreas geográficas comparadas. Pero los criterios adoptados para estudiar a los hombres y a los caracteres diversificadores examinados han parecido con el tiempo insuficientes, inadecuados y arbitrarios, por lo que el concepto de «raza» ha sufrido una modificación esencial, debido a sucesivas fases de reconsideración crítica.

Limitándonos a su significado antropológico, nos remontamos a la adopción por parte de la escolástica de las doctrinas aristotélicas de los cinco predicables: género, especie, diferencia, propiedad y accidente. Podemos seguir las etapas desde la Edad Media hasta finales del siglo XVII, y llegamos al Iluminismo, al año 1735, cuando el gran naturalista Linneo adopta como instrumentos para su *Systema Naturae* los conceptos de *clase, género* y *especie,* influidos por la filosofía. Linneo, padre de la *taxonomía* o *sistemática* (según su propia definición), introdujo hace más de doscientos años la *nomenclatura binomial,* que asigna a cada especie un doble nombre latino: el primer término indica el género; el segundo, la especie. En la especie humana *(Homo sapiens)* incluye todas las poblaciones vivientes. Para las unidades biológicas más pequeñas que la especie, utiliza el término *variedad,* que los estudiosos preferirían al discutible de *raza* basándose en los nuevos conocimientos. Aún no ha sido formulada la idea según la cual la unidad hereditaria evolutiva no es tanto el *individuo* cuanto la *población* a la que pertenece. En la nomenclatura de Linneo figuran además como especies algunas *subespecies* o razas geográficas, mientras que entre las variedades se incluyen «razas» de diferente importancia y variaciones individuales. En 1749 Buffon introdujo el término «raza»

Abajo, australianos de la Tierra de Arnhem, tatuados con fines rituales. La historia de los contactos "raciales" entre colonizadores e indígenas remonta a la segunda mitad del siglo XVIII. Los australianos eran los únicos habitantes del territorio antes que llegaran los blancos. (Foto Folco Quilici.)





Los australianos eran una población escasa que vivía en pequeños grupos diseminados por un territorio inmenso. Los núcleos indígenas más numerosos sobrevivían en regiones desérticas o esteparias. En la foto de la página anterior, Ayer's Rock, residuo montañoso aislado, modelado por el viento en el Territorio del Norte. (Foto Folco Quilici.)



Hasta el siglo XVIII *los europeos no entraron en contacto con los melanesios de las islas Fidji. En la foto, un grupo de isleños prepara la* kava *(localmente llamada* yaqona*), bebida estimulante, muy difundida en Polinesia, que se obtiene de las raíces (a veces incluso de las hojas y las ramas) de una especie de pimienta* (Piper methysticum). (Foto Charles Lenars.)

En 1749 Buffon introdujo el término «raza» en la literatura de la historia natural *(Histoire naturelle générale et particulière)* al enumerar y describir las variedades de hombres que le eran conocidas. Pero utilizó el término «raza» en sentido zoológico y genérico.

En el año 1775 Johann Friedrich Blumenbach utiliza ya el término con intenciones clasificatorias en su obra *De Generis humani Varietate nativa.*

Al igual que Buffon, también Blumenbach comparte la opinión de Linneo de que los seres humanos pertenecen a una única especie, pero considera que el término «raza» es más adecuado para diferenciar grupos humanos geográficamente localizados.

Divide por tanto la humanidad en cinco grandes razas: la caucásica, la mongólica, la etiópica, la americana y la malaya, basándose sobre todo en el color de la piel, pero también en la forma del cabello, de la nariz y de la cara; es decir, fijándose tan sólo en las características morfológicas.

Hace aproximadamente dos siglos, Blumenbach era ya consciente del hecho de que no es posible realizar diferenciaciones exactas entre las poblaciones, de modo que todas las clasificaciones antropológicas de las denominadas «variedades» del género humano son más o menos arbitrarias. Él mismo declara explícitamente: «A pesar de que parezca que entre naciones muy distantes las unas de las otras existan diferencias tan relevantes como para inducir fácilmente a creer que los habitantes del Cabo de Buena Esperanza, los habitantes de Groenlandia y los circasianos pertenezcan a distintas especies de la humanidad, cuando consideramos con la debida atención el problema, advertimos que todo está tan enredado, que una variedad humana se entromete de una manera tan evidente en la otra, que resulta imposible trazar confines bien definidos entre ellas. La verdad es que las variedades humanas aceptadas por científicos ilustres han sido completamente arbitrarias en el número y en la definición.» «No obstante», añade valorando la importancia de la taxonomía, «habrá que reconocer



En la página de la izquierda, un aspecto del ambiente isleño en el océano Pacífico: Mooréa (Islas del Viento, en la Polinesia Francesa).
(Foto Mirella Prato.)

como útil para la memoria la constitución de algunas clases en las que poder englobar a los hombres de nuestro planeta.»

En 1784 Johann G. Von Herder, estando evidentemente al corriente de lo que había afirmado su compatriota, escribía con especial lucidez en un famoso pasaje de su obra *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit:* «Desearía, finalmente, que no se llevaran más allá de los límites de la lógica las distinciones entre las especies humanas que se han hecho bajo la encomiable intención, propia de la ciencia, de diferenciar. Por ejemplo, algunos han considerado apropiado utilizar la palabra "raza" para cuatro o cinco divisiones que al principio se habían realizado sobre el fundamento de las regiones habitadas o del color de la piel; pero yo no veo ninguna razón válida para dicho apelativo. La raza se refiere a una diferencia de origen que en este caso no existe, o en cada una de las regiones indicadas o en cada color de la piel incluye las razas más diversas. En pocas palabras, en la Tierra no existen cuatro o cinco razas, ni variedades exclusivas. Los colores se matizan el uno en el otro; las formas son consecuencia de los caracteres genéticos; y en general todas ellas son sólo gradaciones de un mismo y enorme cuadro que incluye todo tiempo y todo lugar de la tierra. Se remontan, por lo tanto, no sólo a la historia natural sistemática, sino a la historia físico-geográfica del hombre.» Pero la historia del concepto de «raza», junto a las importantes intuiciones y apuntes de unos pocos hombres iluminados que se anticipaban a los tiempos, tiene que registrar también la difusión de prejuicios y teorías destinadas a influir por motivos sociales, económicos y psicológicos, en la mentalidad europea hasta nuestros días, llegando a ser de dominio público y asumiendo desde el siglo XIX en adelante proporciones amenazadoras, por las graves consecuencias raciales que debían originar. La célebre obra en cuatro volúmenes *Essai sur l'inégalité des races humaines* (1853-55) del conde Joseph-Arthur de Gobineau, diplomático literato del II Imperio muy aficionado a los estudios orientales, iba a ejercer una influencia nefasta sobre la cultura europea contemporánea. En su ensayo, el aristocrático francés rebatía los principios igualitarios de la Revolución francesa y defendía la tesis según la cual las ideas de la libertad, la igualdad y la fraternidad de los hombres no se habrían nunca podido realizar, porque se fundamentaban en una creencia falaz, y no eran más que vagos sueños y expresiones confusas de una chusma embrutecida.



El grupo racial polinesio es otra variedad del género humano cuya existencia ignoraron los europeos hasta el siglo XVIII. Algunos antropólogos lo asocian a la subespecie mongólica. En la foto, mujeres y niñas de Mooréa, adornadas con flores, ejecutan una danza tradicional en el pueblo de Temaé.
(Foto Charles Lenars.)

Gobineau no interpretaba la «desigualdad de las razas humanas» en sentido cuantitativo, sino cualitativo, manteniendo la distinción de la humanidad en grandes razas primitivas originarias, la blanca, la amarilla, la negra, diferentes en sus peculiares actitudes. Su fusión gradual y el fenómeno del mestizaje eran causa, según él, de una progresiva degeneración, destinada a marcar a la humanidad entera. La ciencia ha demostrado posteriormente que sus teorías no poseen ningún fundamento biológico. La genética moderna las rebate y los estudios sobre los mestizos, realizados por espe-

Polinesio de las Islas de Sotavento trepando hábilmente a un cocotero. Tras el contacto con los blancos, la población indígena ha disminuido mucho y es ya prácticamente mestiza, mientras que la cultura original ha caído en una rápida y casi total decadencia. (Foto P2.)







De entre los más destacados estudios sobre el mestizaje sobresalen los realizados por Rodenwaldt acerca de los mestizos de blancos e indonesios mongólicos de la isla de Kisar, en el archipiélago de Timor (foto de la izquierda), y por Dunn, Sullivan y Shapiro en torno a los hawaianos descendientes de polinesios y japoneses, filipinos, chinos, coreanos, etc. En la foto de la derecha una joven hawaiana descendiente de chinos y polinesios. (Foto P. Curto, Invernizzi.)

cialistas en diferentes partes del globo, han ido demostrando que el cruce racial es en general sinónimo de fuerza creadora, y que las ventajas que derivan del *outbreeding* (reproducción fuera del grupo) suelen ser superiores a las del *inbreeding* (reproducción dentro del grupo) (1).

El fenómeno del aumento de vigor como consecuencia de la hibridación lo conocen desde hace tiempo los biólogos con el nombre de ***heterosis:*** «El híbrido, es decir, el producto que resulta de la unión de un espermatozoide con un óvulo del que difiere en uno o más genes, supera a ambos padres por sus dimensiones, fecundidad, resistencia y otras cualidades de adaptación.» En esta definición se engloban todos los posibles apareamientos humanos, puesto que los individuos son todos recíprocamente fecundos y difieren los unos de los otros en muchos genes.

No obstante, desde un punto de vista genético, la ciencia no puede aún afirmar si el vigor de los híbridos se presenta también en el hombre, puesto que las diferencias genéticas entre grupos étnicos humanos no están suficientemente definidas. Como es obvio, tampoco se puede afirmar lo contrario, es decir, que los cruces «interraciales» provoquen degeneraciones o desequilibrios. Sólo existen pruebas bastante fundadas para afirmar que el vigor de los híbridos caracteriza por lo menos la primera generación de los mismos; pero debemos admitir, con Ashley Montagu, que «si fuese de alguna manera cierta la hipótesis de que la hibridación lleva consigo la degeneración o la decadencia, el hombre, que es una de las

(1) Los estudios más famosos sobre el tema son los realizados por Shapiro, sobre los descendientes de polinesios y blancos en las islas Norfolk y Pitcairn (1929); por William Krauss (1941), Dunn, Sullivan y el propio Shapiro, sobre hawaianos descendientes de polinesios y japoneses, filipinos, chinos, coreanos, portorriqueños, etc.; por E. Fischer, sobre los bastardos de Rehoboth en Sudáfrica (1913), descendientes de europeos y hotentotes; por Boas, sobre los indios mestizos de Norteamérica (1894); por Williams, sobre los cruces de mayas y españoles en el Yucatán (1931); por Goldstein, sobre los mestizos de México (1943); por Pourchet, sobre varios mestizos brasileños (1950); por Fleming, sobre cruces de chinos y blancos (1939); y por Rodenwaldt, sobre mestizos de blancos e indonesios mongólicos de la isla de Kisar (1927), en el archipiélago de Timor.



En los montes de Nueva Zelanda (foto de la página anterior) vive el pueblo de los maories, polinesios que se establecieron en el país cuando ya estaba habitado por el grupo melanesio de los moriores, con el que los recién llegados se mezclaron en parte, como lo demuestra el aspecto físico de los supervivientes, muy amestizado. (Foto Marka.)

criaturas más hibridizadas de la tierra, habría debido extinguirse hace mucho tiempo y descender al nivel de idiota ...» puesto que «... todo lo que sabemos de la historia del género humano atestigua una constante migración y un continuo entremezclarse de pueblos» y «... actualmente, en la mayor parte de la Tierra la hibridación humana procede con un ritmo más rápido que en cualquier período anterior de la historia del hombre, por lo que un número cada vez mayor de individuos se halla contemporáneamente involucrado en el proceso».

La historia demuestra, además, que, desde un punto de vista cultural, el encuentro y el cruce entre los pueblos, «el contacto entre civilizaciones distintas lleva al crecimiento y al desarrollo de formas ya existentes de civilización y a la creación de otras nuevas, así como los cruces de grupos étnicos diferentes llevan al crecimiento y al desarrollo del patrimonio físico del género humano».

Un defensor de la esclavitud, H. Hotz, publicó en 1856 en Filadelfia la traducción americana de los primeros dos tomos del ensayo de Gobineau, y Josiah C. Nott, a petición del autor, añadió un apéndice antropológico.

Gobineau declaró abiertamente que, a través de sus escritos, quería contrastar la emancipación del proletariado, aportando su propia contribución a la lucha contra la igualdad, de manera que podemos considerarlo históricamente, con todos los derechos, como el padre de las teorías racistas. Sus ideas dieron a Wagner el apoyo «científico» para plasmar en escritos virulentos sus prejuicios raciales y, 45 años más tarde, ofrecieron a Houston Stewart Chamberlain, yerno del gran compositor, la inspiración para elaborar las teorías predilectas del emperador Guillermo II en la obra racista *Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts,* que alcanzó gran popularidad en Alemania. Se ha dicho con justicia que las obras de Gobineau y de Chamberlain pueden ser consideradas como los orígenes espirituales de *Mein Kampf* de Hitler.

En 1859 Charles Darwin, con la célebre obra *El origen de las especies,* introdujo la noción de evolución biológica, una revolucionaria hipótesis de trabajo basada en la observación, «dotada de uno de los coeficientes de probabilidad más altos que se pueda dar en el campo de las ciencias naturales». Darwin demuestra que las especies, consideradas







Ejemplos de cruces "raciales". Arriba, mulato brasileño; la población de Brasil es mestiza en un 30 %. En el centro, una joven "cafusa" o "parda", nacida del cruce entre un negro y una india. Abajo, una mulata de los Estados Unidos
(Foto Maurizio Leigheb, Paolo Curto.)



Un aspecto de un viejo callejón de São Luís, capital del estado brasileño de Maranhão. La ciudad ha mantenido su aspecto colonial y, de la misma manera que otros centros de la costa nordoriental, posee una población rica en negros y mulatos.
(Foto Maurizio Leigheb.)

hasta entonces como inmutables, están afectadas por la *selección natural,* según la cual una especie puede derivar de otra y por consiguiente todas las formas de animales pueden cambiar. El proceso evolutivo afecta continuamente a materiales que, sin el efecto de la selección natural, permanecerían inalterados. Este concepto permite a los contemporáneos conciliar su teoría con el tradicional concepto estático de especie. Se conciben en efecto las especies como algo relativamente fijo e inalterable, aunque, por el lento efecto de la evolución natural, sean susceptibles de mutación.

En 1917 el naturalista Georges Cuvier adelanta la idea de la unidad de tipo, según la cual se puede englobar y clasificar a todos los animales en relación a un complejo de caracteres estructurales que, en mayor o menor grado, posean en común. Los antropólogos del siglo XIX, distanciándose de la interpretación de Blumenbach, se inclinan a considerar las «razas» humanas de una manera análoga, como grupos clasificables en base a las características físicas que les son comunes o (según diría el propio Darwin) como grupos que varían en determinadas condiciones de selección natural, pero que de otra forma permanecerían inalterados. De esta convicción deriva un abuso de la taxonomía en la clasificación del género humano tanto viviente como extinguido, y la convicción de que sólo dicha sistemática pueda esclarecer el problema de las relaciones recíprocas entre los grupos humanos.

Los antropólogos, en lugar de investigar las causas de la diversificación humana, siguen describiendo y catalogando sus efectos. Desde el siglo XVII al XX asistimos a una proliferación continua de esquemas clasificadores sobre base tipológica. Citemos como curiosidad histórica la sucesión, en nuestro siglo, de las más o menos complejas propuestas de Dixon (1923), Haddon (1925), Deniker (1926), Hooton (1931-1947), Eickstedt (1933), Montandon (1933), Lester-Millot (1936), Vallois (1948), Biasutti (1941, 1953, 1959), y otros, que describen desde un mínimo de 19 (Hooton) a un máximo de 68 (Biasutti) tipos raciales, que denominan «razas primarias», «razas secundarias», «razas compuestas», etc. La heterogeneidad y la teoricidad de dichas clasificaciones dependen del criterio adoptado por cada autor para seleccionar distintas características somatoscópicas o somatométricas en las que basar las diferenciaciones. El viejo concepto an-





Según el sistema de clasificación adoptado por Carleton S. Coon, se ha llegado al convenio de subdividir la humanidad viviente en cinco subespecies o razas geográficas. Arriba, un grupo de habitantes de un pequeño centro de los Prealpes Piamonteses (Cusio), vestidos con el traje tradicional, muestran los rasgos físicos del tipo alpino.
(Foto Maurizio Leigheb.)

A la izquierda, joven mediterránea de Cerdeña, ataviada con su traje folklórico.
(Foto P2-Archivio I.G.D.A.)



En la página anterior, ambiente y viviendas alpinas del cantón de Tesino (Suiza): casas con muros de mampostería y tejados a dos vertientes de "beolas" (láminas de una variedad de "gneiss", así denominadas por la localidad de Beura, en donde existen canteras de este tipo de piedra).
(Foto Popperfoto.)



Caucasoides. Mujeres y niña berberiscas de Túnez.
(Foto Invernizzi.)

Moro de Bir-Moghrein (Fort Trinquet) preparando alimentos en su hogar.
(Foto Nino Cirani.)

tropológico de «raza» ha quedado desfasado por los descubrimientos de la genética moderna, por el hecho de que los materiales de la evolución son *genes* corpusculares, independientes, complejos químicos variables e inestables y que por consiguiente todas las clasificaciones del género humano basadas tan sólo en las características morfológicas y de la estructura física conducen a engaño.

Gregor Johann Mendel será el primero, en 1865, en poner de manifiesto la necesidad de estudiar la herencia de cada uno de los caracteres, y no la de conjuntos de caracteres. El error de los premendelianos reside en el hecho de que ellos tratan como una unidad los conjuntos de caracteres de individuos, razas y especies, intentando inútilmente hallar las reglas que gobiernan su hereditariedad. Todos los intentos taxonómicos de clasificar a los hombres tomando sólo en consideración los conjuntos de características fenotípicas (externas), no han logrado esclarecer las relaciones que median entre los diferentes grupos del género humano. Como ha dicho Coon (1962): «En los últimos decenios, los estudios antropométricos han ido



Típico pueblo agrícola berberisco ("ksur") en el valle del río Dra, al sur del Alto Atlas marroquí, edificado en arcilla sobre el modelo de los castillos fortificados en estilo morisco que defendían a sus ocupantes de las incursiones guerreras de los nómadas.
(Foto Nino Cirani.)



declinando, salvo por lo que se refiere a la antropología aplicada. En lugar de tomar las medidas de los últimos supervivientes de los pueblos aborígenes, los estudiosos de antropometría toman las medidas del personal militar y civil, con el fin de proyectar los asientos de los trenes y de los aviones y los trajes espaciales. Los doctores en filosofía se han convertido en sastres de la nueva era de la ciencia. Al mismo tiempo se han multiplicado los estudios de genética humana, especialmente los que se refieren a la frecuencia de los genes, de los grupos sanguíneos, la vellosidad digital y auricular.»

Debemos observar que el estudio de los genes y, en especial, el de la frecuencia con que se presentan en los distintos grupos de poblaciones, puede resultar de gran ayuda para resolver el «enigma» de las «razas», pero no ayuda a establecer las líneas de descendencia de los hombres fósiles. Mientras que a través de las técnicas actuales se ha conseguido determinar el grupo sanguíneo de los cadáveres e identificar algunas sustancias presentes en los hematíes, incluso en el cabello y en varios tejidos y órganos, Thieme y otros han demostrado que no se puede hacer otro tanto con los ejemplares óseos. Según los genetistas, la «raza» es una condición dinámica, no estática, expresión de un proceso de mutación genética dentro de un área ecológica bien determinada. Dicho proceso puede describirse sólo en base a la frecuencia con que los genes individuales se repiten en grupos humanos que habitan determinadas zonas geográficas *(loci)*. El genetista Theodosius Dobzhansky ha escrito: «Las unidades fundamentales de la variabilidad racial son las poblaciones y los genes, no los conjuntos de caracteres que según la opinión popular implican una diferenciación racial.» La genética nos ha enseñado que la unidad hereditaria no es el *tipo* individual ni un tipo arbitrariamente escogido, sino una *población*, y que cada población posee un patrimonio genético propio con muchos posibles recíprocos o *alelos*. En la formación de una variedad genética humana contribuyen diversos factores, primarios y secundarios: entre los primeros figuran los mecanismos de *mutación, selección* y *derivación-genética* (o variabilidad del gen). Entre los segundos, el ambiente, las migraciones, la selección natural, social y sexual, el *inbreeding*, el *outbreeding*, etc.

Según la definición genética que dio en 1962 Dobzhansky, «las razas son poblaciones



A la izquierda, mujeres árabes del Alto Egipto con cántaros para llevar agua. (Foto Popperfoto.)

Abajo, muchachas de las tribus qashqai, que habitan en el Irán meridional (Fars), al sur de Shiraz, ejecutan una danza en círculo, agitando pañuelos al aire, en ocasión de una boda. Los qashqai hablan un idioma turco y presentan rasgos físicos anatólicos. (Foto Maurizio Leigheb.)



En Benarés, ciudad santa del hinduismo, confluyen individuos de todas partes de la India: indidas (indoafganos), melánidos, orientálidos, etc., lo que conduce a una intensa mezcla racial. En la fotografía, abluciones rituales en la ribera izquierda del Ganges. (Foto P2.)





que difieren entre sí por la incidencia de algunos genes», y, análogamente, según Mayr (1965), son «poblaciones variables que difieren de otras semejantes, de su misma especie, por los *valores medios* y por la *frecuencia* de ciertas características y genes». Mientras el antropólogo Laughlin (1966) propone su definición como «grupos en los que se ha reducido el flujo génico». La genética de población ha ejercido influencia en los antropólogos modernos, quienes han debido actualizar sus clasificaciones, poniéndose de acuerdo con los genetistas acerca de los nuevos significados que se han de atribuir a las «razas». Dejando de lado a una minoría, siguen considerando útil una taxonomía humana, basada en las nuevas conquistas de la biología, la genética y la antropología física.

El hecho que el concepto *poblacionístico* haya sustituido al *tipológico* no significa que las «razas» no sean entidades susceptibles de observación ni que todo el mundo pueda distinguir a primera vista un blanco de un negro, un pigmeo de un chino o, en menor escala, un nórdico de un siciliano o un aino de un australiano. La mayoría de los especialistas consideran que la solución radica en el estudio de técnicas y metodologías adecuadas para establecer una taxonomía que permita interpretar el significado filogenético, politípico y polimórfico de la especie humana. Las nuevas definiciones propuestas no son lo bastante rigurosas para delimitar exactamente una raza respecto de otra, antes bien implican la posibilidad de intercambios temporales entre las razas. De ello derivan clasificaciones que incluso se justifican bajo el aspecto filosófico, como conceptos dinámicos y no estáticos del fenómeno racial y de los *pool* génicos (es decir, de la totalidad de genes de una población o «fondo génico común»). Estas clasificaciones ya no son tipológicas, no individualizan en la «raza» ningún prototipo fenotípico, basado tan sólo en la pigmentación cutánea, la conformación del cráneo, el tipo de cabello, las formas y dimensiones del cuerpo, etc.

Como muy bien observa Michel Lerner (1968), entre los nuevos antropólogos que han aprendido de la genética el uso del término «raza», los hay que tienden a reunir y los hay con tendencia a separar, de la misma manera que sucede con la palabra «especie». Sustituyen las clasificaciones antropológicas de la humanidad en razas basadas en la morfología y la pigmenta-

La subespecie mongoloide corresponde a la denominada "raza amarilla", una de las más difundidas sobre la superficie terrestre y también una de las más prolíficas. Dentro de las subespecies vivientes es la que mayormente ha conservado pecularidades "raciales" inconfundibles, entre otros motivos porque ha intercambiado sus genes sólo con la australoide. En la fotografía de arriba, columna de campesinas chinas trabajando en una comuna.
(Foto Transworld.)



En la página anterior, japoneses (surmongólicos) mientras transportan un carro en el transcurso de un festejo popular.
(Foto Transworld-Black Star.)







Tres tipos humanos mongoloides. De izquierda a derecha: un japonés ataviado con el traje tradicional durante un festival "shinto" y un "primitivo" garo de las colinas del Assam occidental (India), ambos con rasgos raciales surmongólicos. En el segundo tipo es bastante evidente (como en los naga y otros pueblos montañeses de la región del pre-Himalaya) una influencia indonesia, que se manifiesta aún más clara en la joven javanesa de la fotografía de la derecha, con una moderada braquicefalia, rostro ancho y corto, nariz mesorrina, pómulos salientes lateralmente, labios gruesos, piel oscuro-amarillenta (bastante morena), línea de los párpados recta sin el pliegue mongólico, cabello negro, liso (u ondulado).
(Foto Charles Lénars, Maurizio Leigheb.)

ción por clasificaciones basadas en diferencias genéticas, inmunológicas y bioquímicas. William C. Boyd (1950), utilizando como base para su método de clasificación las distintas frecuencias génicas de los grupos sanguíneos, propone una división de la humanidad en trece razas, mientras que el antropólogo Stanley M. Garn (1965) reconoce nueve *razas geográficas* principales, (amerindia, polinesia, micronesia, papumelanesia, australiana, asiática, india, europea y africana), que incluyen 32 *razas locales* varias –entre las cuales figuran algunas *microrrazas*– y *poblaciones híbridas* de reciente origen. El criterio adoptado por Garn ha sido, en general, aceptado, pero no pocos estudiosos han manifestado dudas acerca de su manera de definir algunas razas locales.

La antropología bioquímica y la inmunoantropología están contribuyendo a resolver algunos enigmas arqueológicos y lingüísticos.

Por ejemplo, el estudio de los grupos sanguíneos ha permitido establecer el origen indio de los zíngaros húngaros, indicado por los nexos idiomáticos entre su lengua y el sánscrito, mientras que el examen de la frecuencia de los grupos sanguíneos de los lapones ha llevado a establecer que son más europeos que asiáticos.

El genetista italiano Cavalli-Sforza, con la ayuda del estadístico británico Edwards, ha intentado reconstruir las filogenias humanas sirviéndose de calculadoras electrónicas, utilizando los datos relativos a las frecuencias génicas para los grupos sanguíneos en cinco diferentes *loci* y una serie de medidas antropométricas (en total 26, entre ellas estatura, peso, dimensiones del esqueleto, color de la piel y diámetro de los cabellos). De esta manera ha realizado una de las evaluaciones estadísticas más probables del grado de afinidad entre diferentes poblaciones y del lapso de tiempo transcurrido desde la separación de una población de otra.

Aun pareciendo legítima la manera como los genetistas y los nuevos antropólogos plantean el problema, por ahora sólo se consigue entrever la solución. En efecto, como ha observado Dobzhansky, «las distribuciones geográficas de los genes diversos que componen una diferencia racial son muy a menudo independientes». Las distribuciones de los grupos sanguíneos no se corresponden en absoluto con las distribuciones de la pigmentación cutánea o con las del *índice cefálico* (1).

Pero, al existir dichas discordancias entre los datos serológicos y los antropométricos,

(1) Medida antropométrica introducida en 1842 por Anders Retzius, que resulta de la relación en porcentaje entre la longitud y la anchura del cráneo, utilizada para establecer categorías morfológicas humanas en base a las dimensiones del cráneo: dolicocéfalos, mesocéfalos y braquicéfalos.

La explotación agrícola, tanto de llanura como de montaña, con obras de regadío y aterrazamiento para el cultivo del arroz, es un factor típico de los pueblos surmongólicos e indonesios. En la fotografía: arrozales aterrazados en las laderas de la Cordillera Central de la isla de Luzón, en Filipinas.
(Foto Maurizio Leigheb.)



es natural que nos preguntemos: «¿Qué conjunto de analogías o de diferencias génicas constituye una "raza" o un grupo étnico?»

Para contestar a esta pregunta son necesarias más investigaciones.

En 1945 Franz Weidenreich advertía a los antropólogos que adoptaban con entusiasmo los criterios serológicos para la clasificación racial del género humano de que «la distribución de los grupos sanguíneos ... no ofrece una demostración evidente de una distribución estrictamente geográfica, a pesar de todas las afirmaciones contrarias de los serólogos, que han diseñado mapas para mostrar las líneas a lo largo de las cuales se han distribuido los grupos sanguíneos por el globo. Naturalmente, los grupos sanguíneos tienen que haber seguido la misma ruta que ha seguido el hombre, pero es imposible determinar en qué específica raza se hallaban presentes, por el simple hecho de que no existe una correlación estricta entre razas y grupos sanguíneos». Boyd, consciente de dichas dificultades, limita el valor antropológico de los grupos sanguíneos a su utilidad para conducirnos a través del laberinto de la historia de las razas. Si los antropólogos tuvieran que aplicar sin reserva alguna los principios mantenidos por los serólogos, no deberían hacer más que clasificar el género humano, dividiendo cada uno de los grupos raciales reconocidos según los grupos sanguíneos en ellos individuados. Pero, llegados a este punto aparecen las dificultades, pues se han ido descubriendo más grupos sanguíneos y, serológicamente, se podrían hacer miles de distinciones de tipos de sangre humana. Aún hoy no se ha llegado a conocer si y en qué frecuencia todos estos grupos se han distribuido entre las poblaciones de la tierra. Si, por ejemplo, todos ellos se hallasen en las razas principales y locales señaladas por los varios autores, se obtendría un número impresionante de diferentes grupos raciales. De esta manera, las principales características de los mencionados grupos concordarían con las investigaciones de los genetistas y los serólogos.

Pero «es difícil saber» –dice Weidenreich– «cuál sería la ventaja de llevar la clasificación racial del género humano a sus últimas consecuencias».



Indio de las praderas de una reserva del Canadá, perteneciente a la subespecie mongoloide, vestido con su traje de ceremonia.
(Foto Charles Lénars.)



Dueños en el pasado de los inmensos territorios de Estados Unidos y Canadá, los indios de las praderas (página anterior) viven, en número muy reducido, en las reservas que han creado para ellos los blancos. En la fotografía, una india navajo (del tronco de Athabaska) en el Monument Valley de Arizona. (Foto Nino Cirani.)



Unidad y variedad de la especie humana

El género *Homo* comprende una única especie *sapiens* (1), cualquiera que haya sido su sucesiva diferenciación, verificada en época relativamente reciente (hace algunas decenas de miles de años a partir de un «tronco» común), o bien mucho antes, hecho que podría explicar la conservación de la unidad de la especie, sin la eliminación de la subespecie. La afirmación según la cual las variedades humanas que se pueden analizar pertenecen a una misma especie se fundamenta en las pruebas que han proporcionado la anatomía comparada, la paleontología y la genética.

La nueva literatura acerca del concepto de «raza» aplicado al hombre es muy extensa: los recientes trabajos de Barnicot (1964), Brace (1964), Garn (1965), Hiernaux (1965), Hulse (1962), Livingstone (1962), Montagu (1962-1964), Vallois (1953), Washburn (1964) y otros, salvo escasas excepciones, concuerdan en considerar a la humanidad viviente como una especie *politípica (Homo sapiens)* y denominan «razas» a sus variedades a nivel subespecífico. Dichas subespecies nunca son «puras»: dada la interfecundidad humana, son prácticamente mestizas. Establecido lo cual, sólo nos queda preguntarnos «cuándo,

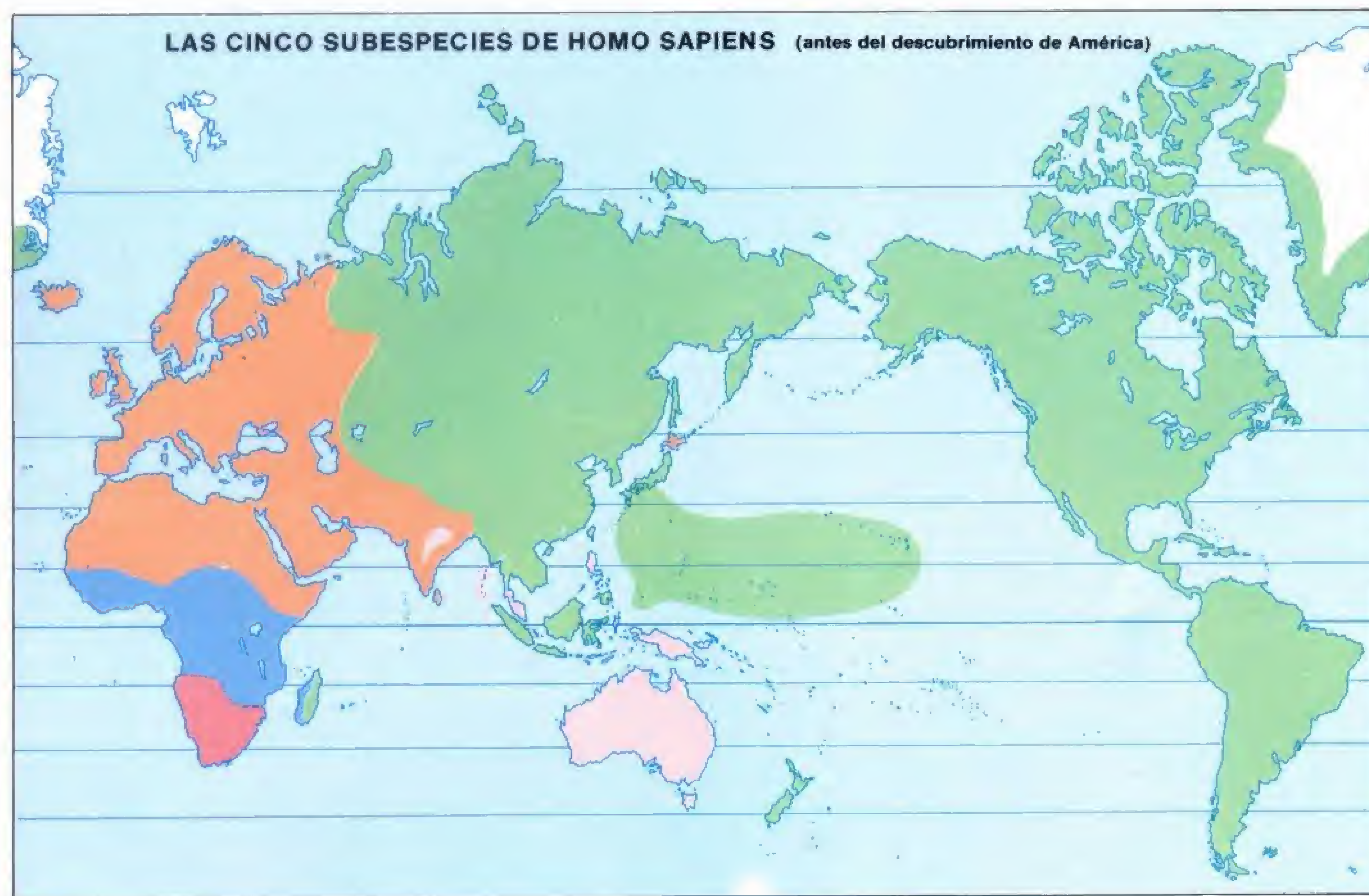
Día de fiesta entre los indios del lago Titicaca. Los pueblos andinos forman un gran conjunto fuertemente mestizado que ha poblado el altiplano de los Andes mostrando una sorprendente adaptación fisiológica a la altura; por esta razón, cuatro siglos y medio después de Pizarro, las regiones montañosas de Ecuador, Perú y Bolivia siguen siendo territorio exclusivo de los indios. (Foto Transworld-Black Star.)

---

(1) La posesión plena de la inteligencia, aún sin poderse fechar con exactitud, se remonta, según los últimos estudios realizados, a un millón de años atrás y puede que más (cfr. Alime, Leakey y otros).

Embarcaciones de los indios del lago Titicaca (descendientes de los aymará y los antiguos uros), hechas con fibra de "totora", un tipo de planta lacustre. (Foto Nino Cirani.)











cómo y dónde» aparecen estas formas politípicas de la especie humana.

Las contestaciones que han dado los distintos autores dependen de la amplitud espacial que les atribuyen.

La opinión más extendida es que la humanidad viviente no sólo pertenece a una misma especie, sino que tiene un origen común, que desciende, pues, de un mismo tronco.

En 1945 Franz Weidenreich escribía: «Toda investigación realizada para establecer los arquetipos tanto de los negros como de los mongoles o de cualquier grupo racial blanco, está destinada a fracasar. Todos los datos dignos de crédito indican que los cruces no son una adquisición humana tardía, realizados una vez alcanzada por el hombre la fase moderna; sino que deben de haber sido practicados desde que el hombre inició su evolución. Una doctrina de antiguo origen, aunque equivocada, ha intentado hacernos creer que el hombre de Neanderthal» ... «era absolutamente uniforme, sea cual sea el lugar de su aparición, y que todos los grupos y subgrupos raciales actuales representan sucesivas diferenciaciones de sus descendientes, aun considerándolos uniformes en el momento de su desaparición. Estas ideas son la consecuencia lógica del concepto fundamentalmente erróneo según el cual los orígenes del hombre como tal se localizan en un único centro del Viejo Mundo, en el que pasó por todas las primeras fases de evolución. Sólo al llegar a la última fase (hombre moderno) emigró a otras regiones habitables periféricas, en las que el ambiente y la selección produjeron influencias modificadoras, dando origen a las diferenciaciones raciales actuales. Cuando se sostenían estas teorías, bien poco se sabía del hombre primitivo y de sus habituales hábitats...»

«Los importantes descubrimientos fósiles de los últimos veinticinco años han derrumbado todas estas teorías sin fundamento» ... «las formas humanas que han precedido a las del hombre moderno se distribuyeron, pues, por todo el Viejo Mundo diferenciándose típicamente las unas de las otras, de la misma manera que se verifica en las presentes variaciones geográficas» ... «parece», por lo tanto, «que deba de haber no uno, sino varios centros de origen del hombre.» ... «La evolución siguió su curso en cualquier parte habitable por el hombre, y cualquier lugar pudo ser centro tanto del desarrollo general como de especiales tipos raciales» ... «el problema reside en establecer si y en qué grado se pueden referir



La compacta superficie de la selva amazónica cortada por un afluente del río Amazonas. Su ambiente peligroso, y a veces impenetrable, ha constituido el refugio de las últimas tribus indias que intentaban conservar su autonomía y el sistema de vida tradicional, amenazados por la civilización de los blancos. (Foto Nino Cirani.)

las razas actuales a las razas de las fases primitivas del desarrollo humano.»

Según Carleton S. Coon (1962-1965), un profundo examen de todos los ejemplares de fósiles humanos descubiertos hasta el momento, permite establecer el origen polifilético de las razas humanas: por un lado, el conocimiento de los principios de la genética nos ayuda a determinar en qué momento se han separado los antepasados de las subespecies humanas, y por el otro, la paleontología nos permite trazar y seguir sus líneas evolutivas.

En el estudio de los orígenes del hombre, las conclusiones de la etnología comparada, de la lingüística, de la arqueología prehistórica, de la genética, del análisis de la distribución geográfica de las adaptaciones de los grupos animales y de las condiciones ecológicas, indicarían una separación muy antigua de las principales «razas» humanas y permitirían formular una clasificación convencional de la humanidad en cinco *subespecies* (zoológicas) o razas geográficas. Coon considera que dichas subespecies, denominadas *mongoloide, caucasoide, australoide, congoide* y *capoide,* cruzaron el umbral de *Homo erectus* a *Homo sapiens* en cinco ocasiones y en cinco áreas geográficas diferentes. Interfecundas entre sí, se habrían caracterizado, al menos en parte, por «rasgos que parecen haber guardado escasa relación con el clima y con la cultura en el curso de la historia humana, produciendo modificaciones selectivas que deben de haberse adquirido hace mucho tiempo, como la arquitectura de los dientes, la conformación de los huesos nasales y el tipo de gnatismo» (es decir de conformación de mandíbulas).

En sentido cuantitativo, las razas humanas diferirían entre sí en mayor medida que el *Homo erectus* se haya diferenciado del *Homo sapiens,* y nuestras razas serían las más antiguas de nuestra especie. La evolución del hombre habría pasado por dos fases: una más antigua, la del *Homo erectus,* de la que se poseen testimonios exclusivamente fósiles, y otra más reciente, la del *Homo sapiens.* Coon sostiene que la *subespecie caucasoide* se habría diferenciado hace 250.000 años (penúltimo interglaciar), mientras que la *congoide* se habría convertido en *sapiens* hace 40.000-50.000 años, con un desfase cronológico con la *caucasoide* de aproximadamente 200.000 años. Dicha opinión ha provocado numerosas polémicas no del todo científicas y se ha utilizado como

Arriba: diseminados en pequeños grupos en la enorme cuenca del Amazonas, viven los últimos indios amazónicos, asimilables a la subespecie mongoloide. Abajo: la subespecie congoide incluye las poblaciones negras. En la fotografía, dos haussa (sudaneses), guardianes del emir de Kano (Nigeria). (Foto Maurizio Leigheb.)







En la página anterior, la gran mezquita de Djenné (Malí), edificada con "pisé", una masa de arcilla, arena y paja. Es un sugerente ejemplo de la arquitectura sudanesa. (Foto Maurizio Leigheb.)





Tan sólo a partir del siglo XVIII *comprobaron los europeos la existencia de nuevas variedades del género humano que poblaban las islas de Oceanía. En la fotografía: papúes dani de los Montes Maoke de Irian Barat (sección indonesia de Nueva Guinea). Las mujeres llevan redes de fibras ("noken") en la cabeza para el transporte, y falditas de fibras de "rotang" que distinguen a las casadas.* (Foto Maurizio Leigheb.)

pretexto para tendenciosas especulaciones racistas, con el intento de apoyar la tesis de la inferioridad de los negros: el origen mucho más reciente de la *subespecie congoide* implicaría un grado de evolución biológica menor.

No obstante, Coon se ha limitado a bosquejar una hipótesis basada en una inmensa síntesis científica: como repetidamente ha subrayado en el prólogo de sus obras, reconocer que existen diferencias raciales no es racismo, lo que sí es racismo es establecer sobre dichas diferencias unas discriminaciones morales y políticas. En consecuencia, la mayoría de los taxonomistas modernos han intentado establecer un criterio de validez de la clasificación del género humano, que no fuese discriminatorio o arbitrario, individuando sus eventuales presupuestos morfológicos, geográficos, genéticos, históricos, sociológicos y psicológicos.

Las soluciones propuestas hasta ahora han demostrado una validez temporal para interpretar la realidad compleja y dinámica de la especie humana.

Al describir a la humanidad es menester tener en cuenta el aspecto cultural que hasta ahora hemos dejado de lado, pues ha extendido y enriquecido sensiblemente los conocimientos de nuestro siglo. Los defensores de esta línea de interpretación afirman, con bastante razón, que allá donde existan diferencias importantes entre individuos de razas distintas, éstas son de índole social y cultural, no física; se han adquirido, no son congénitas; pero su método de estudio, aunque útil, no es suficiente para esclarecer las complejas relaciones entre las variedades del género humano. Por otra parte, como bien ha dicho Lévi Strauss, la noción de «evolución cultural» es pseudocientífica.

Existe, por supuesto, una interacción entre la evolución orgánica y la denominada cultural. Esta, al entrelazarse con la evolución orgánica, activa entre sí misma y la otra un recíproco *feedback*. Como ha escrito Lerner (1968), «las presiones que la evolución natural ejerce, se modifican por los cambios realizados en la cultura, y éstos se ven a su vez modificados por los cambios biológicos y psicológicos que derivan de la evolución orgánica. Dicho intercambio ha llevado a la impresionante aceleración con que se ha efectuado la transformación de un australopiteco en el hombre de hoy».



En la página de la izquierda, un grupo de dani kurelu de Irian Barat descansando en una zona de la selva.
(Foto Maurizio Leigheb.)

Declaración de la UNESCO sobre las razas

En julio de 1962 la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura) encargó a un grupo internacional de genetistas y de antropólogos la elaboración de una declaración sobre la naturaleza de las razas y las diferencias raciales. En 1964, durante un simposium internacional celebrado en Moscú y patrocinado también por la UNESCO, los mayores especialistas en la materia han vuelto a confirmar la validez substancial de los principios formulados con anterioridad, pero han introducido nuevos apartados acerca del rol que ejercen los factores biológicos en la cuestión racial, motivados por la enorme cantidad de nuevas informaciones que se han recogido sobre las diferencias genéticas individuales en las diversas poblaciones y tras una profundización del fenómeno de *feedback* entre evolución biológica y cultural.

El 18 de agosto de 1964, 22 estudiosos de todas las partes del mundo suscribieron unánimemente esta nueva declaración de 13 puntos:

1) Todos los seres humanos vivientes pertenecen a una única especie denominada *Homo sapiens* y descienden de un tronco común. Queda en controversia la cuestión de la manera y el momento en que se habrían diversificado los diferentes grupos humanos.

2) Las diferencias biológicas entre los seres humanos se deben a diferencias en la constitución hereditaria y a la acción del ambiente sobre el potencial genético. La mayor parte de estas diferencias dependen de la interacción de las dos clases de factores mencionadas.

3) En toda población humana existe una amplia variabilidad genética. Dentro de la especie humana no existe ninguna raza pura, por lo menos en el sentido de población genéticamente homogénea.

4) Existen claras diferencias físicas medias entre las poblaciones que viven en diferentes regiones del globo. Muchas de ellas son de naturaleza genética y consisten, a menudo, en variaciones de frecuencia de los propios caracteres hereditarios.

5) Basándose en los rasgos físicos hereditarios, se han propuesto varias subdivisiones de la humanidad en grandes grupos étnicos, y de cada uno de esos grupos en categorías más reducidas, las *razas,* que son poblaciones o grupos de poblaciones. Casi todas las clasificaciones propuestas reconocen al menos tres grandes grupos étnicos. Puesto que la variabilidad geográfica de los caracteres considerados en las clasificaciones raciales es muy compleja y no presenta ninguna discontinuidad importante, dichas clasificaciones, sean cuales fueren, no pueden pretender dividir la humanidad en categorías rigurosamente distintas; además, dada la complejidad de la historia humana, resulta difícil de precisar el lugar que deben ocupar algunos grupos en la clasificación racial, especialmente cuando se trata de poblaciones que ocupan una posición intermedia.

Son muchos los antropólogos que, sin menospreciar la importancia de la variabilidad humana, consideran limitado el interés científico de dichas manifestaciones y subrayan además que éstas corren el riesgo de favorecer generalizaciones arbitrarias.

Las diferencias entre los individuos de una misma raza o de una misma población son a veces mayores que las diferencias medias que existen entre razas y pueblos diferentes.

Los rasgos característicos variables tomados a examen para definir una raza, se heredan algunas veces independientemente los unos de los otros; otras, presentan un grado variable de asociación en el ámbito de cada una de las poblaciones. Por lo tanto, la combinación de los caracteres en la mayoría de los individuos no corresponde a la concepción tipológica de la raza.

6) En el hombre, como en los animales, la formación del patrimonio genético de cada pueblo depende de la acción de diversos factores que lo modifican: la selección natural, que comporta una adaptación al ambiente; las mutaciones fortuitas, que consisten en modificaciones de las moléculas de ácido desoxirribonucleico que determinan la hereditariedad; modificaciones casuales de la frecuencia de los caracteres hereditarios cualitativos, cuyo grado

Refugiados en zonas marginales o de acceso difícil, los denominados "pueblos primitivos" (pigmeos, bosquimanos, negritos, vedas, andamanes, etc.) están ya en vías de extinción. En la fotografía, un grupo de pigmeoides ejecuta una danza durante un rito de caza de magia analógica.
(Foto Ghezzi.)





La selva pluvial africana representa el hábitat de la población humana de estatura más baja de la Tierra, los pigmeos, de quienes tan sólo algunos miles, establecidos en la cuenca del Alto Ituri (Zaire nordoriental) y denominados baMbuti, serían los auténticos representantes.
(Foto Nino Cirani.)

de probabilidad depende de la amplitud de la población y del tipo de unión entre sus miembros. Algunos caracteres físicos poseen un valor biológico universal, fundamental para la supervivencia del hombre, independientemente del ambiente en que vive. Las características en que se fundamentan las diferencias raciales no pertenecen a los citados rasgos, luego, en términos biológicos, no se puede hablar de superioridad o inferioridad de esta o aquella raza.

7) La evolución humana presenta precisamente modalidades de desarrollo que son de capital importancia. El pasado de la especie humana, que hoy se extiende sobre toda la superficie terrestre, es rico en migraciones, expansiones y reducciones territoriales.

En consecuencia, la capacidad humana de adaptación general a los más diversos ambientes es superior a la de adaptación a determinados ambientes específicos. Los progresos que desde hace milenios ha ido realizando el hombre en todos los campos parecen interesar, casi exclusivamente, al ámbito de las conquistas culturales y no al patrimonio genético. Este hecho implica una modificación del rol de la selección natural en el hombre actual. Dada la movilidad de las poblaciones y de los factores sociales, las uniones entre los miembros de los diversos grupos humanos, que tienden a borrar las diferencias adquiridas, han desarrollado un rol mucho más importante en la historia de la especie humana que en la de las especies animales. En el pasado de todas las poblaciones y razas humanas figuran continuos cruces que tienden a intensificarse. En el hombre los obstáculos que encuentra la hibridación no sólo son de naturaleza geográfica, sino también social y cultural.

8) En todo tiempo los caracteres hereditarios de las poblaciones humanas presentan equilibrio inestable, como consecuencia de la hibridación y de los mecanismos de diferenciacion mencionados. Como entidades constituidas por un complejo de rasgos distintivos comunes, las razas humanas se hallan constantemente en vías de formación y disolución. Las razas humanas presentan en general caracteres distintivos menos claros que muchas razas animales y no pueden de ninguna manera asimilarse a las razas de los animales domésticos, resultado de una fuerte selección realizada con propósitos bien definidos.

9) No se ha demostrado en absoluto que la hibridez presente inconvenientes biológicos para la humanidad en general. Es más, contribuye en gran medida a mantener la unidad de la especie humana, aun en su diversidad. Desde un punto de vista biológico, las consecuencias de un matrimonio dependen del patrimonio genético individual de los cónyuges y no de la raza. No existe, pues, ninguna razón biológica para prohibir o desaconsejar los matrimonios interraciales.

10) Desde su origen, el hombre dispone de medios culturales cada vez más eficaces de adaptación genética.

11) Los factores culturales, que superan las barreras sociales y geográficas, ensanchan los límites dentro de los que se efectúan las uniones y actúan por consiguiente sobre la estructura genética de las poblaciones, reduciendo las modificaciones casuales de la *deriva genética*.

12) Como regla general, los grandes grupos étnicos ocupan extensos territorios que integran pueblos diferentes en cuanto a idioma, economía, cultura, etc. Ningún grupo nacional, religioso, geográfico, lingüístico o cultural constituye, *ipso facto,* una raza: el concepto de raza concierne únicamente a los factores biológicos. Sin duda, los seres humanos que hablan un mismo idioma y poseen una misma cultura tienden a unirse entre sí, lo cual puede provocar un cierto grado de afinidad física por un lado, y de afinidad lingüística y cultural por otro. No obstante, no se sabe si existe relación causal entre estos diferentes tipos de afinidades, y no hay nada que autorice a atribuir significados culturales a caracteres del patrimonio genético.

13) La mayoría de las clasificaciones raciales de la humanidad no incluyen los factores mentales entre los criterios taxonómicos. La herencia puede influir en la variedad de respuestas de los individuos de una misma población a determinados *tests* psicológicos hasta ahora utilizados. Por el momento, basándose en dichos medios, no se ha demostrado la existencia de diferencias en el patrimonio hereditario de diferentes grupos de poblaciones, mientras que se ha demostado ampliamente la influencia del ambiente físico, cultural y social en las respuestas obtenidas. Complican el estudio de dicho problema las grandes dificultades que se presentan al determinar el rol que concierne a la herencia en las diferencias medias observadas en los resultados de los *tests* de inteligencia global, aplicados a las distintas poblaciones.

Al igual que para determinadas características anatómicas de la especie humana, la capacidad genética de desarrollo intelectual depende de características biológicas de valor universal, dada su importancia para la supervivencia de la especie en cualquier ambiente natural y cultural. Los distintos pueblos de la tierra parecen poseer iguales potenciales biológicos para poder conseguir cualquier nivel de civilización. Las diferencias apreciables en el nivel de evolución intelectual alcanzado por los distintos pueblos parecen depender exclusivamente de su diversa historia cultural. En ocasiones se atribuyen a un pueblo determinadas características psicológicas. Fundadas o no tales afirmaciones, estas características no deben en ningún caso atribuirse a la hereditariedad.

No existe prueba alguna que justifique el uso de conceptos como «razas superiores» y «razas inferiores», ni por lo que respecta a la potencialidad hereditaria, la inteligencia global y las capacidades de desarrollo cultural, ni por lo que respecta a los caracteres físicos de las distintas poblaciones.

La población de los bosquimanos constituye, junto a los hotentotes y algunas minorías afines, la subespecie capoide. Arriba: un grupo de bosquimanos durante uno de los periódicos traslados a lo largo de los márgenes del desierto de Kalahari. Abajo: un grupo familiar de bosquimanos junto a una rudimentaria cabaña. (Foto Antonio Yoska Filippini.)





A la izquierda, aborígenes australianos untados con barro para camuflarse antes de una batida de caza, otro ejemplo de protocultura.
(Foto C. Mauri-Marka.)

En espera de que el problema racial pueda profundizarse ulteriormente y esclarecerse según las nuevas técnicas, y de que los estudiosos lleguen a un acuerdo sobre las conclusiones definitivas, nos ha parecido útil exponer de manera sintética varias interpretaciones propuestas, antes de pasar a describir las principales poblaciones vivientes. La historia del concepto de «raza» y la discusión sobre la relativa validez de los distintos sistemas taxonómicos utilizados demuestran, en efecto, que es necesario tener conciencia de los límites y de los significados a atribuir a las denominadas «razas» humanas.

Con dicha finalidad, utilizamos, como mero instrumento descriptivo, un criterio de subdivisión geográfica y antropológica de los pueblos de la tierra que resulta más fácil de comprender y más apto a los fines de la divulgación.

Siguiendo la sugerencia de varios autores, sustituimos la subdivisión geográfica de los pueblos en áreas continentales –que puede mover a confusión dada la presencia de grupos humanos en exceso diversificados dentro de una misma área continental (observemos, por ejemplo, la presencia simpátrica de blancos, negros y amerindios en América)–, por una subdivisión en «áreas antropológicas», es decir, en áreas geográficas en que se han distribuido poblaciones ligadas entre sí por afinidades más evidentes. Siguiendo dicho criterio, los pueblos del África septentrional se asocian a los de Europa, la mayoría de los habitantes de la India se hallan separados de los de Asia central y los pueblos precolombinos de América se acercan a los de Asia oriental.

Sólo en dicho sentido, y por razones de comodidad, nos servimos de la clasificación convencional de Coon, en subespecies o razas geográficas, dado que el criterio polifilético de subdivisión de la especie adoptado por aquel autor es objeto de críticas por parte de varios estudiosos que opinan que se fundamenta en bases poco objetivas.

Abajo: padre e hijo tasaday, pertenecientes a un grupo de aborígenes filipinos, descubiertos en 1971 en la selva de Mindanao sudoccidental. Viven en grutas (como los toala de Célebes, descubiertos en 1902 por los primos Sarasin), se alimentan de raíces, larvas, insectos, pequeños animales y "natok" (fécula de un tipo de palmera) y usan hachas de piedra. Parecen haberse estancado en tiempos del neolítico.
(Foto Transworld-Black Star.)



Mujeres papúes dani, del alto valle del río Baliem (Nueva Guinea occidental), extrayendo la sal. Machacando el tallo de un joven plátano, mastican las fibras y las sumergen en agua salada. Puesto a secar el "bolo" de tal manera obtenido, lo transportan al poblado para ahumarlo, conservarlo y "condimentar" los alimentos. (Foto Maurizio Leigheb.)



PRINCIPALES POBLACIONES EN VIAS DE EXTINCION

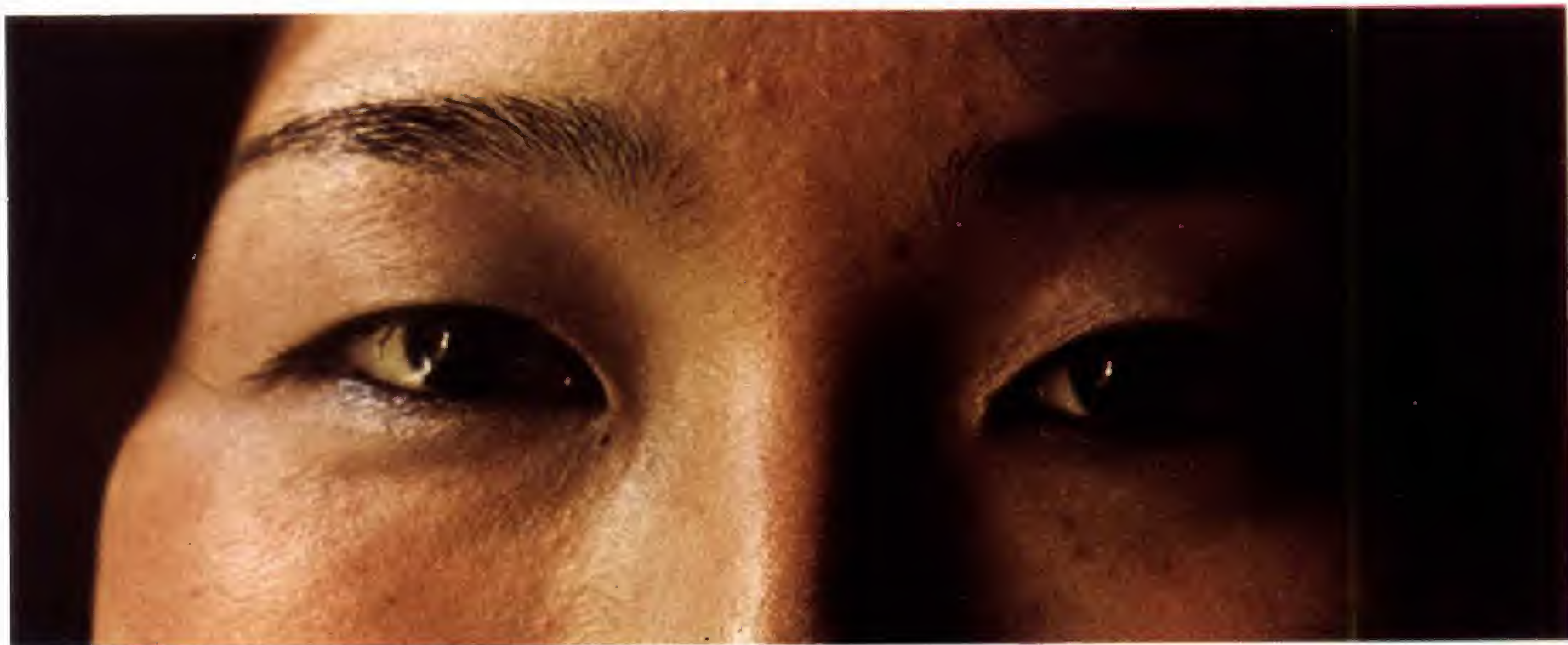
cómo se llaman	dónde viven	cuántos son
Pigmeos	Viven en África ecuatorial, esparcidos en pequeños grupos entre Camerún, Gabón y la Cuenca del Congo.	Según el padre P. Shebesta, gran conocedor de los pigmeos, entre 1938 y 1950 eran alrededor de 100.000, de los cuales 35.000 vivían en la región de Ituri y 5.000 en el Camerún y Gabón. Según el padre M. Gusinde, en 1955 eran aproximadamente 168.500. Actualmente, los más o menos «puros» se reducirían a pocos millares.
Bosquimanos	Viven en la región semidesértica de Kalahari (en la República de Botswana), en el sudoeste de África y en Angola.	Son aproximadamente 55.000 (según una evaluación de Lorna Marshall, 1957-1962, que incluye también los demás khoisánidas).
Esquimales	Viven en Alaska, en el norte de Canadá, en Groenlandia y en la Siberia oriental.	Según los datos reunidos por Coon (1971), serían poco más de 53.000, de los cuales 16.000 en Alaska, 25.000 en Groenlandia, 11.000 en Canadá, 400 en la isla de San Lorenzo, y 1.300 en Siberia (URSS), según datos de 1927.
Indios	Viven en América Central y Meridional.	Alcanzan en total varios centenares de millares. Los brasileños por sí solos eran ya casi cerca de 2.000.000 a la llegada de los blancos y 500.000 a finales del siglo pasado. Hoy día son aproximadamente 100.000, 50.000 de los cuales independientes. Datos aproximados para los indios de la selva de los otros países sudamericanos: Venezuela, 31.000 (de los cuales 20.000 amazónidas); Guayana, 32.000; Surinam, 30.000; Guayana Francesa, varios millares; Ecuador, 50.000; Perú, 100.000; Bolivia, 87.000; Paraguay, 35.000.
Fueguinos	Viven en la Tierra del Fuego, extremo meridional del continente americano. Divididos en tres grupos (ona, yamana y alacaluf), ocupaban respectivamente zonas aisladas de la costa atlántica y del interior, de la extremidad austral y de la costa del Pacífico.	Son sólo unos cuantos mestizos y algún individuo yamana (Yaghan) relativamente «puro».
Toda	Viven en los montes Nilgiri de Tamizhagan (India).	Eran 630 en 1941; hoy están en ligero aumento al haberse detenido desde 1963 la fuerte mortalidad infantil.
Veda	Establecidos hace tiempo en la India y en Asia sudoriental, sobreviven actualmente en la región oriental de Ceilán, en parte nómadas por los bosques y los parajes montañeses, en parte sedentarios.	Los que aún viven de la caza y la recolección son muy pocos.
Sakai o senoi y otros grupos vedas	Viven en las montañas centrales de la Malasia occidental, en la India, en el oeste de Indonesia y en las Filipinas.	Son algunos millares.
Andamanes	Viven en el archipiélago de Andamán (India), divididos en önge de la Pequeña Andamán, jarawa de Andamán Meridional y sentineleses de la isla Sentinela septentrional.	Hace tiempo eran más de 8.000. Hoy día los önge son aproximadamente 130, los jarawa y los sentineleses un reducido número difícil de precisar (según N. C. Choudhury).
Semángidas (semang o mendi, pangan, etc.)	Viven en los montes y en las selvas fluviales de los estados septentrionales de la zona continental de Malasia y en el sudoeste de Thailandia.	Según Shebesta, eran en 1952 alrededor de 2.000; hoy el número posiblemente se ha reducido.
Otros pigmeoides asiáticos y melanesios	Viven esparcidos en Filipinas, en el archipiélago indonesio, en Nueva Guinea y en otras islas de Melanesia.	Son cerca de 20.000 en las Filipinas, y algunas decenas de millares en Nueva Guinea y en otras islas de Melanesia.
Aborígenes australianos	Viven esparcidos por el norte, centro y sudeste de Australia.	Eran aproximadamente 300.000 en 1788. Hoy día los «auténticos» son 40.000, mientras que el número de los «mestizos» sigue en aumento.
Ainos	Viven en la isla de Hokkaido (Japón), en las islas Kuriles y en Sajalín meridional.	Son aproximadamente 15.000; pero de ellos sólo 300 son relativamente «puros».

Por «extinción» entendemos aquí tanto la muerte de los individuos por causas naturales o delictivas, cuanto la desintegración de los grupos étnicos, aunque a veces sobrevivan algunos de sus miembros. Puesto que el censo de las poblaciones citadas sólo se ha realizado en raras ocasiones, la tabla se fundamenta en las observaciones de los estudiosos, así como en los datos proporcionados por los órganos estatales e internacionales dedicados a la protección y el control de las minorías étnicas en los diferentes países. Se conocen varios tipos de «extinción» en las especies vivientes; extinción total sin descendencia; extinción mediante absorción que se produce cuando una subespecie deja de existir como entidad separada, mientras que sus miembros se incorporan a otra; extinción mediante sucesiva evolución. En el caso del hombre se han producido tan sólo los dos últimos tipos de extinción mencionados.

La lista no incluye otros pequeños grupos humanos de menor importancia, establecidos por lo general en zonas muy marginales de América, Africa, Asia y Oceanía.

Rostros de varias regiones y provincias de la República Popular China: imagen de la variabilidad física en el seno de la subespecie mongoloide.
(Foto Ralph Hermanns - Carl E. Östman.)





Subespecie mongoloide

Detalle del rostro de una joven japonesa en el que se pueden observar algunas características morfológicas que muchos antropólogos consideran mongoloides: órbitas distanciadas y poco profundas, huesos nasales que invaden el frontal y principio de pliegue mongólico, más marcado en los ojos de los mongoles y de los sínicos. La conservación de caracteres físicos antiguos depende de las vicisitudes históricas y biológicas de los distintos pueblos, y en particular del grado de hibridación.
(Foto Maurizio Leigheb.)

Según Coon, la subespecie mongoloide incluiría a la mayor parte de las poblaciones asiáticas orientales, los indonesios, los polinesios, los micronesios, los esquimales, los amerindios y los fueguinos.

Desde un punto de vista morfológico, dichas poblaciones pertenecen a la llamada «raza amarilla», que es una de las más extendidas en la superficie terrestre. Tal denominación hace referencia al característico color de su piel, que presenta diversos tonos de amarillo. Ello se debe a la coloración de la epidermis por un pigmento llamado melanina, que en la subespecie mongoloide se halla en cierta cantidad, intermedia entre la que poseen las subespecies caucasoide y negroide.

Desde el oriente de Madagascar (merina) hasta la Tierra del Fuego (fueguinos), los mongoloides forman una subespecie relativamente homogénea, claramente diferenciada de las demás subespecies humanas. Mientras que es posible observar algún parecido entre un europeo primitivo y un aborigen australiano, entre un negro africano y un melanesio o un papú, los mongoloides (exceptuando las afinidades que presentan con los bosquimanos, en cuanto al grado de protuberancias faciales y la pigmentación cutánea, y con algunos europeos del centro-norte, de rostro bastante plano) forman en su conjunto un grupo aparte.

De todas las «subespecies» vivientes, ellos parecen haber conservado un mayor aislamiento geográfico que les ha permitido mantener peculiaridades «raciales» inconfundibles, mientras evolucionaban desde un nivel inferior a uno superior. Esto ha sido posible gracias al hecho de que, tal y como observa Coon, a lo largo de la mayor parte de los cientos de miles de años de existencia conocida del hombre (excepto raras ocasiones) han intercambiado sus propios genes tan sólo con otra subespecie, la australoide.

Los mongoloides tienen el cabello negro, derecho y liso, generalmente largo, que encanece en edad avanzada, siendo la calvicie muy esporádica.

El vello corporal es escaso y los varones adultos son generalmente barbilampiños. El rostro es bastante plano y ancho respecto a su altura, con pómulos salientes, órbitas distanciadas y poco profundas, huesos nasales que invaden el frontal, grandes incisivos, generalmente con forma de pala, amplio tórax, tronco relativamente largo, segmentos de las extremidades cortos, pies y manos pequeños, y braquicefalia muy extendida.

La estatura de los mongoloides es siempre mediana o baja, aunque superior a la de los pigmeos. Las dimensiones del cuerpo varían según las reglas estándar de la zoología, según la latitud y la longitud, mientras que el color de la piel, claro con matices amarillo-aceitunados, varía regionalmente en proporción menos relevante que dentro de la subespecie caucasoide. Las diferencias que, por ejemplo, se pueden observar entre los chinos meridionales, con la nariz muy plana,

Los japoneses son mongoloides que derivan del cruce entre muchos grupos "raciales" emigrados desde el sur, posiblemente desde Indonesia, mucho antes de la Era Cristiana (autóctonos "primitivos", chinos, coreanos, mongoloides septentrionales e indochinos). En la foto: sacerdotes shintoístas con el atuendo estival, en el parque Meji de Tokyo. (Foto Maurizio Leigheb.)



Los mongoloides, procedentes del Asia continental, al mezclarse con poblaciones australoides preexistentes han originado en Indonesia una variedad del género humano con una historia génica muy atrasada en el aspecto de la diferenciación somática. En la foto de la página siguiente, muchedumbre en una de las calles de Palembang (Sumatra). (Foto Maurizio Leigheb.)



Musu, aldea de palafitos edificada sobre formaciones de coral en el Mar de Joló (Filipinas), habitada por los samal y los bagiao, pueblos de origen indonesio convertidos al islamismo, que denotan una singular adaptación al ambiente insular. (Foto Maurizio Leigheb.)

los sudmongólicos como los naga de Assam y los amerindios de los llanos, con la nariz a menudo aguileña, resultan ser de una entidad muy modesta si las comparamos con las que se pueden encontrar en la mayoría de las demás subespecies.

Prácticamente, la totalidad de los mongoloides presentan, de una manera más o menos acentuada, un típico pliegue en los párpados ("pliegue mongólico"), generalmente más marcado en los mongoles (de quienes deriva el nombre de la subespecie), aunque (como ocurre con otras características morfológicas) es menos evidente en las regiones marginales, por ejemplo en las Américas, donde, de norte a sur, encontramos algunas zonas (sur del Brasil y parte de Amazonia) donde casi no evidencian rasgos de mongolismo. El haber conservado características físicas antiguas depende de los acontecimientos histórico-ideológicos de los varios pueblos, y en especial del grado de hibridación, pero incluso pueblos como los amerindios, que derivan de una compleja serie de sucesivas emigraciones, conservan esencialmente características dominantes mongoloides. En el tipo mongoloide menos híbrido, la constitución corporal es generalmente esbelta, mientras que en el tipo más meridional y más híbrido, es bastante maciza, probablemente como consecuencia de antiguos cruces con australoides.

Según varios estudiosos, todos los mongoloides vivientes denotan un origen común. Basándonos en las pruebas proporcionadas hasta el momento por la paleontología, su predecesor fósil sería, por lo menos en parte, el *Sinanthropus*.

De todas las poblaciones vivientes, los mongoloides presentan el máximo grado de adaptación al ambiente natural, especialmente de adaptación fisiológica al clima: en efecto, los encontramos desde el Ártico hasta los húmedos Trópicos. Estudios realizados sobre los esquimales de Groenlandia, sobre los esquimales de Alaska y sobre los







fueguinos han demostrado una especial adaptación al frío, parecida a la de los tibetanos. Tan sólo los lapones, entre los caucasoides, y algunos australoides soportan temperaturas casi tan bajas, pero siguiendo un mecanismo del todo diferente. Los esquimales de Alaska a menudo duermen expuestos al frío y al aire libre durante sus vivacs invernales. Su organismo compensa la pérdida de calor con un aumento del metabolismo basal. Queman más oxígeno y producen mayor número de calorías, consiguiendo dormir cómodamente con temperaturas que al hombre blanco le mantienen despierto y agitado. Dicha capacidad fisiológica parece ser hereditaria. Ya Magallanes se había asombrado al observar que los indios de la Tierra del Fuego navegaban en canoas a bajísimas temperaturas. Con los cuerpos untados de grasa de mamíferos marinos y ocre, protegiéndose con una piel de nutria y pasando la noche en cabañas rudimentarias con forma de cúpula cubiertas por pieles, se calentaban con un fuego de leña de *Nothofagus,* un árbol parecido al haya que quema lentamente y desarrolla una gran cantidad de calor. Durante el día, exponían sus cuerpos desnudos a los fuertes vientos, al granizo y a la nieve, caminaban, se tiraban al agua helada y nadaban normalmente, buscando crustáceos. En 1959 Hammel, Scholander, Coon y otros han confirmado las observaciones de Magallanes, estudiando la adaptación al frío de los alacaluf, la única tribu fueguina que ha quedado, y que en aquel tiempo era relativamente numerosa y «pura». Los alacaluf conseguían soportar las bajísimas temperaturas de la Tierra del Fuego supliendo la falta de indumentos con el consumo de una gran cantidad de calorías, más de las que les son necesarias a los esquimales de Alaska para soportar los vivacs invernales. Su rica dieta alimenticia se componía, en efecto, de crustáceos y carne de mamíferos marinos. Su metabolismo basal superaba en un 160 % al de un hombre blanco del mismo peso y estatura. Al parecer, las partes del cuerpo más expuestas al frío, manos y mejillas, de los esquimales de Alaska, alacaluf y oroces (grupo de nómadas cazadores de antílopes del norte de Manchuria) reciben un flujo extra de sangre que aumenta cuando están en el agua o expuestas a un frío más intenso. Los fisiólogos que han estudiado el comportamiento de los lapones y de los pescadores noruegos han demostrado la ausencia de este último fenómeno. Por lo que sabemos, pues, la adaptación al frío mediante aumento del metabolismo basal y flujo sanguíneo periférico parece limitarse a la subespecie mongoloide.

En cambio, los australoides y los lapones mantendrían una temperatura constante en el interior del cuerpo, debido a la acción aislante que ejercen la superficie del tronco y los miembros para proteger los órganos

Los mongoloides vivientes se adaptan de una manera poco común a la altitud: los encontramos, en efecto, en las dos únicas regiones terrestres de altitud superior a los 3.000 metros habitadas por el hombre: el Tibet y el altiplano andino. A la izquierda, bailarines indios en el transcurso de una fiesta en La Paz, capital de Bolivia, situada a 3.630 metros sobre el nivel del mar. A la derecha: procesión después de la misa dominical en Pisac (departamento de Cuzco), en la que participan los alcaldes de los pueblos cercanos ataviados con suntuosos trajes y llevando los bastones de mando.
(Foto Charles Lénars, Roberto Thöni.)



En la página anterior, las ruinas de Machu Picchu, la famosa ciudad inca descubierta en 1911 en los Andes peruanos (valle del río Urubamba, al norte de Cuzco), uno de los máximos testimonios del más organizado, extendido y poderoso imperio precolombino.
(Foto Eugenio Turri.)

principales: su adaptación sería de carácter permanente y de naturaleza genética y anatómica. Tan sólo existen en la Tierra dos regiones de altitud superior a los 3.000 metros habitadas por el hombre, lo suficientemente extensas para considerarlas áreas genéticas: el Tibet y el altiplano andino.

Ambas están habitadas por los mongoloides. Los indios de los Andes tienen el tórax y los pulmones amplios, el corazón grande y la sangre muy rica en glóbulos rojos. Madres no acostumbradas, como las indias, a vivir en regiones montañosas no podrían asegurar al embrión el oxígeno suficiente para mantenerlo en vida: «A pesar de que en las citadas altitudes los glóbulos rojos transportan menos oxígeno que al nivel del mar, la cantidad total de oxígeno es muy superior a la que se encontraría en mujeres no indias. Por esta razón, cuatro siglos y medio después de Pizarro, las regiones montañosas de Ecuador, Perú y Bolivia siguen siendo territorio exclusivo de los indios.» Algunos pueblos mongoloides presentan, por lo tanto, una adaptabilidad a la altitud poco común.

Dentro de la denominada «raza» amarilla y de la subespecie mongoloide se incluyen por lo general diversas variedades, razas de diferente importancia y variaciones individuales, grupos locales que, desde un punto de vista taxonómico, pueden no constituir «razas», sino tan sólo ser la expresión visible de una variabilidad genética de sus grupos de pertenencia. No es fácil establecer el número de las razas locales que se pueden individuar entre los hombres vivientes: los antropólogos dan diferentes estimaciones. No obstante, varios autores reconocen entre las poblaciones mongoloides los siguientes grupos principales: siberianos, tunguses, sínicos, tibetanos, surmongólicos, indonesios, esquimales, amerindios, fueguinos, polinesios y micronesios. Mientras que los tibetanos y los indonesios poseen caracteres intermedios, los fueguinos y los polinesios son pueblos de muy difícil clasificación.

Entre los mongoloides, también los tibetanos viven a temperaturas muy bajas y a grandes altitudes. En la foto: la charanga de un monasterio lamaísta, con pequeños y grandes instrumentos de viento.
(Foto Emil Muench-Carl E. Östman.)





Turcos mongoloides

En los inmensos territorios de Asia central viven varias poblaciones de lengua y cultura turca por un lado y poblaciones con características mongoloides más o menos marcadas por otro. Dichos pueblos turcos y mongoloides están emparentados entre sí por el idioma y las costumbres. En su conjunto las poblaciones turcas se pueden asociar a los caucasoides, pero a menudo denotan infiltraciones mongoloides, a tal punto que no es posible trazar una clara línea de demarcación geográfica entre los dos grupos. Complejos acontecimientos históricos como las grandes invasiones de los mongoles hacia occidente o las continuas razzias de los turcomanos y de otros pueblos combativos, han dejado evidentes señales en varias regiones, complicando el mosaico étnico más allá de los Urales y del lago de Aral. No obstante, aún es posible identificar los territorios de asentamiento de los pueblos más numerosos y aquellos donde viven tribus nómadas. De entre los pueblos turcos de las landas esteparias y de los oasis de Asia central, comprendidos entre la orilla oriental del Mar Caspio, el sudoeste de Siberia y los confines de China y Mongolia, los *turkmenos* (o turcomanos) de Khorasan y de Turkmenistán (más de 800.000), aunque no del todo exentos del mongolismo, presentan una fuerte mezcla con los iraníes, y por tal motivo se han adscrito a la «raza blanca» de los caucasoides. Las repúblicas soviéticas del sur de Asia central, como son precisamente Turkmenistán, Uzbekistán, Kirguisistán y Kazakistán, toman nombre de las poblaciones que en conjunto moraban dentro de sus confines, aunque a menudo algunos grupos se extendían hacia regiones limítrofes, mezclándose entre sí.

En la página anterior, vista de la costa occidental de Groenlandia, ejemplo del ambiente en el que se han adaptado a vivir los esquimales. En ellos, como en los fueguinos alacaluf, los indios de Alaska y los oroces de Manchuria septentrional, se ha observado la máxima adaptabilidad fisiológica al clima.
(Foto Diemberger-Archivio I. G. D. A.)



Los kirguises, seminómadas del Asia central, que se dedican tradicionalmente a la cría del ganado, a la agricultura estacional y a la fabricación de alfombras, descienden de tribus siberianas del alto Yenisei y posteriormente se han asimilado a los turcos. Ciertos rasgos físicos mongólicos muy pronunciados los diferencian de los demás turcos centroasiáticos, incluidos los kazakos. En la foto: kirguises de Alaj en el transcurso de una reunión de un koljós
(Foto Giorgio Gualco.)



Establecidos predominantemente en el territorio montañoso de la república soviética que lleva su nombre, los kirguises están pasando progresivamente al estado sedentario. En la foto de la página anterior, un kirguís montando a caballo con sus hijos, sobre el fondo de los montes nevados de Pamir.
(Foto Giorgio Gualco.)





Los *kazakos* (más de 5,2 millones de individuos) se separaron de los uzbekos hacia finales del siglo XV.

En cuanto al físico presentan rasgos mongólicos relativamente puros: su rostro es ancho, los pómulos muy salientes, la nariz aplastada, los ojos pequeños y a menudo oblicuos, el color de la piel tiende al amarillo, la vellosidad es escasa, la barba rala y son braquicéfalos. Viven al norte y al este del lago de Aral, dentro de la enorme república de Kazakistán hasta las estepas siberianas y Uzbekistán, divididos en hordas: la gran horda *(ulu-gur)* del este, la pequeña horda *(kishi-gur)* del oeste y la horda media *(orta-gur)* del centro.

De la horda pequeña se han segregado las denominadas «hordas de Bukéjew y de Adajew» de la región de Astracán.

Toda horda comprende un determinado número de tribus, divididas en clanes *(sok)*. Los clanes, con famosos nombres históricos, están capitaneados por jefes reconocidos por el pueblo, pero han perdido el prestigio de otros tiempos. Los descendientes de algunos de los más antiguos clanes constituyen una nobleza (denominada *ak süjek*, «huesos blancos», para diferenciarse de los *kara süjek*, «huesos negros», es decir, los súbditos) que se precia de descender de Gengis Jan.

La religión de los kazakos es islámica, pero su práctica no es muy ortodoxa, sin la tradicional ingerencia de los *mullah* y con frecuentes concesiones a antiguas creencias chamánicas.

Las tiendas de los nómadas *(yurta)* se levantan, a pesar de ello, de tal manera que la entrada esté orientada hacia La Meca. Fieltros y esteras cubren el característico entramado cilíndrico en forma de rejilla, con vigas encajadas a modo de tijera (que se pueden ensanchar para conseguir una mayor amplitud interior) y el techo en forma de cúpula baja. Este último diferencia las tiendas de los kazakos de las de los mongoles, cuyo techo es cónico. En el interior de la habitación se encuentran con profusión almohadones, mantas y alfombras. Los objetos del patrimonio familiar se guardan generalmente en baúles y en arcas, o bien colgados de las paredes. Durante el invierno se construyen también cabañas cubiertas a base de terrones de fango.

Los kazakos son sobre todo ganaderos, si bien durante las estaciones oportunas practican la agricultura y recolectan heno para el invierno. Sus animales domésticos más comunes son bovinos, ovinos, pequeños y fuertes caballos kirguises, camellos (que resisten el frío más que los dromedarios) y el *yak*,

Afganistán ha sido ya desde los tiempos más remotos un pasillo natural que ha unido Asia central al subcontinente indopaquistaní, un país en el que se han mezclado culturas y pueblos invasores de origen vario que han dado lugar a una historia compleja y a un interesante mosaico étnico. De entre los pueblos de origen mongólico establecidos en el territorio, los hazara ocupan los montes del centro (Hazarajat) y derivan probablemente de una de las hordas que al mando de Gengis Jan se trasladó más allá del Amu Daria. En la foto, un hazara (a la derecha) para compararlo con un afghano de "raza" iraní de la región de Mazar-i-Sharif (a la izquierda): los ojos de este último, si bien de corte estrecho y alargado, no presentan el pliegue mongólico en los párpados.
(Foto P2, Eugenio Turri.)

La progresiva "rusificación" de los kirguises ha modificado profundamente sus estructuras sociales, introduciendo colectivizaciones que regulan las actividades tradicionales sin por ello sofocar ciertos valores y peculiaridades culturales. En la foto, bailarines kirguises ataviados con trajes típicos. (Foto Monier.)



especie de bóvido con espeso pelo. El *kumiss*, leche equina fermentada, la carne de cordero y el pan, cocido entre dos sartenes de hierro, son sus alimentos típicos.

Los ***kirguises***, casi un millón y medio de individuos, denominados hace tiempo ***kara-kirgiz***, es decir «kirguises negros» por el color del fieltro de sus tiendas, y ***buruk*** (por los mongoles), viven en el territorio predominantemente montañoso de la república autónoma que lleva su nombre (Kirguisistán) y, en parte, en Uzbekistán, en Tadjikistán, en la zona china de Turquestán y en Dzungaria. Probablemente moraban un tiempo a lo largo del alto Yenisei, y se les describía como hombres de piel blanca y pelirrojos: este factor podría indicar su origen siberiano.

Tras haber conquistado el imperio uigur (siglo IX), fueron echados de Mongolia por los mongoles (siglo X), empezando así a establecerse en los territorios que actualmente ocupan. Según fuentes históricas dignas de crédito, habrían ido evolucionando hacia una forma de nomadismo que se halla, no obstante, en vías de extinción. En efecto, Rashid Addin, el historiador islámico, asegura que en el pasado residían en muchas ciudades y pueblos. Los rasgos mongoloides de los kirguises son de los más notorios de las poblaciones de Asia central.

La organización social de las diferentes estirpes sigue manteniendo la ordenación militar fijada por Gengis Jan y, a pesar de la notable influencia rusa, se conserva una jerarquía

Mujeres y niños kirguises delante de una "yurta", la típica tienda con techo en forma de baja cúpula. (Foto Giorgio Gualco.)





En la página anterior, jinete de origen mongólico apretando el látigo entre los dientes, para conservar libres las manos, durante el "bozkaqui", un juego ecuestre muy popular entre los pueblos nómadas de las estepas de Asia central.
(Foto Machaud-Rapho.)



basada en las castas. No obstante, los kirguises no tenían una clase noble: los *manap* o ancianos detentaban el poder. Las luchas con los calmucos, sus enemigos, se cuentan en las leyendas populares y, por la influencia del islamismo, asumen características de guerra santa.

El islamismo kirguís conserva aún rasgos de antiguas creencias chamánicas, a pesar de los considerables cambios introducidos por la revolución. La mayoría de la población se dedica a la ganadería, la agricultura y la fabricación de alfombras. Los *tarancos* provienen del Turkestán chino: convertidos al islamismo, se rebelaron contra el gobierno de China independizándose, y Rusia asumió su defensa y ocupó su territorio. Pero al cabo de diez años se devolvió a China el distrito de Kulja y los tarancos tuvieron que refugiarse en la región de Semireca ("el país de los siete ríos"). Junto con los grupos trasladados al territorio de Kashgar y con el nombre actual de *uigures* (yugun), son más de 70.000 individuos. Excavaciones efectuadas en diversas localidades del Turkestán oriental han descubierto una interesante civilización que atestigua el paso de varias poblaciones de diferente origen, atraídas por los oasis irrigados artificialmente. El declive de la región empezó con la llegada del ejército de Gengis Jan, quien enroló en masa a los hombres y fue el responsable de la destrucción del sistema de riego artificial, cuya importancia era vital para la buena marcha de la economía de la región. La decadencia de los cultivos provocó el despoblamiento.

Las importantes huellas de las religiones nestoriana, maniqueísta y, especialmente, budista (conventos decorados en el interior de cuevas) atestiguan el gran pasado espiritual del Turkestán oriental, hasta la época en que se convirtió al islamismo. Los uigures amarillos conservan la antigua religión, si bien han adoptado la escritura tibetana; pero en general, a pesar del influjo ejercido por el islamismo, la población del Turkestán oriental (parecida en el aspecto físico a los sartas) se han emancipado en mayor medida. Los chinos han intentado repetidamente reprimir el nomadismo.

Tipos hazara, seminómadas agrupados en clanes que están sometidos a la autoridad agnaticia. Los hazara trasladan sus "yurtas" desde los valles hasta los altos pastos montañeses del Hindukush, dejando fijos en sus campamentos estivales e invernales los rediles, los establos para los caballos y los hornos para cocer el pan y calentar el té, construidos con barro.
(Foto Sergio Stocchi.)

Siberianos

En la gran extensión de Asia septentrional, desde los Urales hasta las orillas del océano Pacífico, viven junto a los rusos emigrados tres grupos principales de poblaciones: en el norte, varios pueblos residuales siberianos, probablemente pertenecientes a un estrato étnico premongólico; posteriormente, pueblos asimilados a los turcos, en su mayor parte islamizados, pero también chamanistas y lamaístas, que se extienden en pequeños núcleos hasta la cuenca del río Lena y el Altai (kamas, karagas y soyotas, con rasgos mongoloides más o menos acentuados o amestizados) y, por último, pueblos mongoles propiamente dichos, que conservan características relativamente "puras" de la denominada "subespecie mongoloide". Tales poblaciones, ya semisedentarias, diseminadas en inmensos territorios prácticamente deshabitados, ocupan de norte a sur la tundra nórdica, los grandes bosques siberianos (taiga) y las estepas asiáticas. En mayor o menor grado (como es el caso de los reducidos grupos de cazadores y pastores siberianos), han ido sufriendo los efectos de una progresiva "rusificación". La explotación y la industrialización de Siberia comportan una demanda de obreros y técnicos que no puede ciertamente satisfacerse con la irrelevante entidad numérica de estos grupos étnicos.

Se pensaba que los siberianos pertenecían a una única "raza", cuando en realidad se trata de un conjunto antropológico relativamente conocido, que incluye grupos "amarillos" asimilables a los mongoles y algunos otros con un mongolismo muy atenuado, que presentan afinidades con los caucásicos europeos. Por esta razón se les ha reunido de una manera algo arbitraria. Según Eickstedt, no presentan el auténtico pliegue mongólico ni la posición oblicua de la abertura de los párpados; a lo sumo, como algunos paleomongólicos y khoisánidas (bosquimanos y similares), tienen el pliegue que cubre el párpado muy bajo y el corte del ángulo de los ojos más estrecho. Las mujeres tienen a menudo la nariz baja y caracteres mongólicos más evidentes, pero la impresión de aplastamiento de la cara depende de la distancia relativa entre los ojos y la anchura de los arcos cigomáticos. La estatura de los siberianos es por lo general baja (1,58 m), la estructura somática brevilínea con piernas cortas; en el rostro, aplastado, la nariz, recta o convexa, es a menudo leptorrina, es decir, presenta la abertura de las fosas elíptica en sentido anteroposterior, siendo frecuente el prognatismo subnasal. En su conjunto los siberianos parecen derivar de una antigua mezcla entre "blancos primitivos" y "amarillos", también éstos "primitivos", originarios del sur. Y se habrían refugiado en los bosques siberianos y en la tundra ártica bajo la presión de los mongoles.

Durante el invierno recorrían grandes distancias para cazar los animales de pelo largo, mientras que en verano se dedicaban a la pesca a lo largo de las costas o los ríos, trasladándose hacia el norte. Actualmente no son más que unas pocas decenas de millares de individuos que deambulan por territorios ilimitados, sólo en parte salvados de la colonización rusa, incluyendo algunas minorías en vías de extinción.

El perro y el reno doméstico proporcionaban, y a veces aún lo hacen, las pieles para los vestidos, para el lecho y para cubrir la cabaña; ambos son utilizados como animales de tiro para arrastrar los trineos sobre la nieve y sobre las húmedas alfombras de musgo y líquenes de la tundra. El reno proporciona además carne y leche.

El grupo occidental está compuesto por los vogules (o mansi), los ostiacos (o asiag), los samoyedos ostiacos y los ketos ("hombres") del Yenisey; el oriental lo componen los yucaghir (u odul), los coriacos (o nymylan), los chukchos (o luoravetlan) y los kamchadal (o itelmas, de la península de Kamchatka). En la región del Amur y en Sajalín viven pequeños grupos de guiliacos (o nivec), de goldos (o nanai), de údehe y de aleutas (afines a los esquimales), que en el pasado han desarrollado un notable arte en la talla del marfil y el hueso, con decoraciones de tipo geométrico, zoomorfas o vegetales.

Los *vogules,* pequeña población compuesta por unos pocos miles de individuos establecidos entre el curso medio del Obi y los Urales, son considerados como los siberianos más auténticos, al igual que los ostiacos, radicados más al este.

Son de baja estatura (1,56 m), con la piel clara, apenas amarillenta, cabello negro o castaño y por lo general ondulado, barbilampiños, mesocéfalos y, en determinado porcentaje, dolicocéfalos. Su rostro es aplastado, aunque en menor medida que en los mongoles. Los más septentrionales viven, al igual que los samoyedos, de la cría del reno; pero otros grupos siguen dedicándose en parte a la caza, la pesca y la recogida de frutos silvestres.

En la página anterior, dos aspectos del desolado ambiente en que viven los nómadas del Asia centroseptentrional, enraizados a un pasado que sigue inspirando el concepto de la vida de dichas gentes, a pesar de las influencias rusas y chinas, y de las transformaciones recientes. (Foto Ménard-A.A.A. Photo.)

Los siberianos forman un conjunto antropológico que deriva de la mezcla entre grupos asimilables a los mongoles y otros con un mongolismo atenuado, afines a los caucásicos europeos "primitivos". Los chukchos constituyen la población más numerosa. En la foto, jóvenes chukchas de un sovjós siberiano mientras ejecutan un baile nacional. (Foto Novosti.)



Eran tradicionalmente cazadores, por lo que desplazaban con frecuencia sus viviendas: cabañas cónicas estivales, cubiertas con cortezas de abedul, y cabañas invernales de forma cuadrangular con techo aterrazado, construidas con troncos de árbol.

Los *ostiacos,* emparentados con los vogules por el idioma, el tipo físico y la cultura, eran en cambio principalmente pescadores fluviales. Durante las estaciones adecuadas, primavera y otoño, practicaban la pesca con grandes palangres de estrechas tiras de sauce con forma hemisférica o cónica, capturaban aves acuáticas migratorias y ahumaban y conservaban el pescado como provisión invernal. Viven en cabañas de madera con techo de tablas a dos pendientes o con techo plano, a veces medio hundidas en el terreno y que han substituido prácticamente a la cabaña cónica.

Las viviendas tradicionales más usuales en Siberia son refugios temporales constituidos por paredes de nieve, ramas y palos clavados en el terreno, revestidos con cortezas de abedul y pieles de reno, las tiendas cónicas (utilizadas en el este por los yucaghir) y las tiendas redondas de las regiones más orientales.

Los paleosiberianos del extremo oriental poseen también grandes casas de tierra con dos entradas, una en el techo y otra a través de un vestíbulo, estando bastante difundida la cabaña sobre plataforma sostenida por palos y usada como almacén.

La pesca, la caza y la cría de los renos son las tres formas de economía tradicional entre los siberianos, si bien, según su localización, los grupos pueden dedicarse mayormente a una u otra de estas actividades. Las piezas de caza más comunes, conseguidas con fusil o capturadas con trampas y otras técnicas, eran (y siguen siendo) la ardilla, el hurón, el armiño, el reno, la liebre, la perdiz ártica, patos y pájaros varios; presas más ambicionadas son la zibelina, con su preciado pelambre, el alce, que puede proporcionar gran cantidad de carne, y, en la costa, la ballena y la foca. Algunos de estos animales están ya en franca vía de extinción. Tal es el caso de los renos, cuyos rebaños eran antes muy numerosos. Durante la primavera los cazadores les tendían trampas a lo largo de los ríos aún cubiertos por el hielo, haciendo auténticos estragos. Un cazador experimentado podía llegar a matar hasta 100 renos en media hora.

La pesca se basa sobre todo en la captura de salmónidos. La cría del reno se practica con mayor difusión en el norte asiático, hasta la península de los Chukchos.

La penetración rusa, iniciada en época de los zares por obra de los colonos, los cazadores y los comerciantes de pieles e intensificada fuertemente en época de Stalin, ha modificado sensiblemente el modo de vida de los nómadas siberianos. Tras la gradual sedentarización impuesta por el gobierno soviético, los ganaderos de la tundra y los cazadores de la taiga viven actualmente en centros fijos constituidos alrededor de los koljós: algunos siguen y custodian el rebaño durante su trashumancia, otros se dedican a la rentable cría de los animales de pelo preciado.

Los chukchos, un tiempo enemigos hereditarios de los esquimales, constituyen la población más numerosa (más de 10.000 individuos). Actualmente se dedican a la pesca, como los coriacos, los kamchadal y algunos pueblos mongoles cercanos.

Una economía basada casi exclusivamente en la cría del reno la hallamos entre los samoyedos ostiacos del curso superior del río Taz, cerca de los ostiacos de Kacym y los ketos septentrionales. La población de Siberia registra, junto a la presencia de las minorías étnicas, una fuerte inmigración de rusos (que ya a principios de 1900 superaba los once millones de individuos). Esto explica que muchos siberianos vistan ya como los rusos y que su cultura de origen no haya conservado más que unos pocos elementos auténticos que se manifiestan en las creencias religiosas chamánicas, en el folklore popular, en la literatura oral, en los cantos, en la música, en los restos del culto al oso y en los más antiguos ritos orientales, como los mágicos y apotropaicos de la caza.

Los aspectos de la vida social son muy variados, aunque algunos grupos presentan mayores afinidades.

En los ostiacos y los keto del Yenisey (que tenían jefes militares y chamanes con funciones de jefe) existía una organización tribal y de clanes, mientras que en los yucaghir, los chukchos (cuya organización se basa en la colectividad familiar), los coriacos y los kamchadal (cuyas aldeas eran independientes como pequeños estados) se reconocía la importancia de los ancianos de la estirpe, de los guerreros y de los cazadores más hábiles. Sin embargo, el respeto a los ancianos como guardianes y maestros de la tradición no impedía a los jóvenes adquirir una posición de prestigio en la familia originaria.

Los siberianos, antiguamente dedicados al nomadismo se extendían sobre 7.000 km de territorio, entre la tundra y la taiga (en la foto), para dedicarse a la caza o a la pesca en los ríos. Actualmente, convertidos en semisedentarios, viven en centros fijos instalados en torno a los koljós.
(Foto S. E. Hedin-Carl E. Östman.)



Tunguses

El nombre originario de los pueblos mongoles era "tarav" (*tata* en chino). En el pasado se les conocía con el nombre de tártaros (como lo hace Marco Polo), mientras que los musulmanes los llamaron "mogol" o "mogul". Con la unificación de las varias tribus por obra de Gengis Jan se introdujo el nombre colectivo y oficial de "monghol", nombre específico de una pequeña tribu nómada de Mongolia septentrional.

pas, desde Manchuria y desde Siberia oriental hasta Mongolia y el Turkestán ruso. El pueblo de los mongoles propiamente dicho (más de 2.500.000 individuos) está establecido al sudoeste de los buriatos (o mongoles septentrionales, que habitan la república soviética que lleva su nombre, a las orillas del lago Baikal).

Incluye a los mongoles occidentales de la Dzungaria china y de las regiones contiguas.

Arriba, mayoral mongol que utiliza la "uurga", larga pértiga con lazo en la punta, para capturar un caballo salvaje. Los mongoles saben sacar enorme provecho del pequeño pero robusto animal (abajo).
(Foto R. Herrmanns-C. E. Östman.)



Según Vallois, se pueden distinguir en Asia tres "razas" mongólicas: la del norte, la del centro y la del sur.

Las poblaciones que a ellas pertenecen mantienen en su conjunto características físicas comunes: piel amarillenta, cabeza braquicéfala y a veces baja, rostro muy aplastado, pómulos salientes, nariz aplastada en su raíz, pliegue de los párpados, cabello liso, vellosidad escasa en el cuerpo y estatura bastante baja.

De norte a sur, de Siberia oriental a Malasia, dichas características se van gradual y variadamente atenuando. El grupo mongólico del norte, que muchos autores prefieren denominar "raza tungús", es el más caracterizado e incluye poblaciones mongólicas *sensu stricto*, los tunguses, los guiliacos (o nivec) y los buriatos, que viven sobre todo en las grandes regiones de las mesetas y las este-



La cría del ganado, incluso después de la caída del régimen feudal y teocrático de la propiedad, sigue siendo la actividad principal de los mongoles no urbanos y constituye la base de su economía. En la foto, dos ganaderos de la Mongolia Interior, ataviados con túnicas de corte tradicional.
(Foto Ralph Herrmanns-Carl E. Östman.)





descendientes de los antiguos oiratos aliados de Gengis Jān (divididos en las tribus durbet, bait, elet, ningat, zakacin y torghot) y a los numerosos mongoles orientales, es decir, a los habitantes de la República Popular de Mongolia o Mongolia Exterior y a los de Mongolia Interior, región autónoma de China. En Mongolia Exterior viven los mongoles khalkha y en la Interior los ciahar, al S. del desierto de Gobi, los tumed, los mongoles de Ala Shan y los ordos de Shansi septentrional. Pequeñas comunidades del grupo étnico mongol se encuentran también en Kirguisistán (calmucos-sartis), en Afganistán (aimaq y hazara), en Transcaucasia (mughal, asimilados a los turcos) y en el Cáucaso oriental (kaytak).

A estos grupos más definidos se asemejan un notable sector de yakutos (a los que se da el nombre de sacha), los turcos siberianos que ocupan una porción de la zona ártica y dos grupos étnicos más occidentales, de hábitat europeo, los torghot-calmucos del bajo Volga (pertenecientes a los mongoles occidentales) y de las orillas del mar Caspio y los samoyedos (o nency: sing. *nenec*), establecidos al E. del mar Blanco, en el litoral nórdico ruso, hasta el Yenisey.

Pero estos últimos presentan un tipo físico con mongolismo a menudo atenuado y pertenecen a los restos premongólicos del N. como los paleosiberianos.

Su actividad se dirige sobre todo a la cría de los renos de la tundra ártica: viven en cabañas cónicas *(cium)* revestidas de pieles o de cortezas, fácilmente transportables. La rigidez del clima les obliga a cubrirse con vestidos de pieles (más gruesos y pesados durante el invierno), con el pelo hacia el interior.

Los mongólicos del centro se denominan normalmente *sínicos* (chinos, coreanos, etc.), mientras que los del S. incluyen a la mayoría de los habitantes de China meridional, Japón, Assam, Indochina y Malasia.

En estas "razas" mongólicas no es posible todavía trazar una clara línea divisoria.

Los *tunguses* o evenkos son por su núme-

Familia mongola delante de su propia yurta, de la que se ve el armazón desmontable de varas de madera entrelazadas. En lo alto del techo aparece la chimenea de la estufa, que, junto con la radio y la luz eléctrica, representa una de las innovaciones más usuales en el interior de las habitaciones tradicionales.
(Foto Landau-Rapho.)



En la página anterior, tipo mongol. Los mongoles poseen en un grado máximo las características antropológicas que han dado nombre a toda una subespecie del género humano: la mongólica.
(Foto Koch-Rapho.)

ro los habitantes más importantes de Siberia septentrional (más de 80.000) y ocupan un área muy extensa desde el Yenisey hasta el mar de Ojotsk.

Se dividen en tribus que comprenden varios clanes. El nombre "tungús" es yakuto, pero a sí mismos se denominan "owoen" o "boye", que significa "hombres", de la misma forma que otros pueblos de la Tierra, por una especie de difundido etnocentrismo. Los de las orillas del mar de Ojotsk se denominan lamutes (gente de la costa), mientras que el nombre de algunos grupos del SE., oroces y orokis, deriva del manchú *oro* (reno). Entre estos últimos es bastante común el tipo americanoide. Originarios posiblemente del Amur, tuvieron que sufrir la invasión yakuta y, en época más reciente, la rusa, presionando a su vez sobre las minorías paleoasiáticas del extremo NE., hasta la península de Kamchatka. Se dedican a la cría del reno, del que no sólo utilizan la carne, la piel y la leche (densa como la nata y succionada a veces directamente de la mama), sino incluso los excrementos: los oroces, por ejemplo, los mezclan con sangre en intestinos de animales, obteniendo así un tipo de salchichas. La caza, la recogida de frutos y la pesca completan la actividad de temporada de las tribus tunguses, que comprenden también grupos residuales con un dialecto afín, como es el caso de los managros, solones, daurios, goldos, olcia, samaguiros, nagda, manchúes y sibo. Al S. del Amur se nota la influencia de China, hasta tal punto que los manchúes están prácticamente absorbidos por los chinos y los coreanos de Manchuria. En el ámbito de la cultura material (habitaciones, armas, utensilios) son muy frecuentes las afinidades con el área forestal norteamericana.

En su organización social se ha conservado el rígido sistema patriarcal, colectivista y tradicional; pero la mayoría de la población se ha convertido al cristianismo ortodoxo.

Los *yakutos* se diferencian de los tunguses, a los que han sustraído las mejores tierras, no sólo por el origen turco, sino también por el aspecto físico, puesto que no es extraño encontrar entre ellos, sobre todo entre los descendientes de familias de alto rango, junto a tipos mongólicos, individuos con

Los yakutos, turcos siberianos procedentes posiblemente del Altai, se denominan a sí mismos sacha *(hombres) y se diferencian de los tunguses por la presencia de elementos europoides parecidos a los tártaros del SO. de Siberia, junto a rasgos comunes mongoloides. En la foto, cazadores de Yakutia en la taiga cubierta de nieve.*
(Foto Novosti.)



En su conjunto, los pueblos mongoles son lamaístas. El lamaísmo, forma peculiar del budismo, está fuertemente ligado a los conocimientos astrológicos. En la foto, monasterio lamaísta de Ulan Bator (siglo XVIII).
(Foto P. Koch-Len Sirman Press.)



los ojos normales y la nariz más pronunciada, semejantes a los tátaros de Siberia suroccidental.

Algunos grupos –y es otro factor que los diferencia de los tunguses– crían caballos y ganado bovino. Su habitación tradicional comprende el establo, y por este motivo experimenta una modificación en cuanto a su amplitud: se trata en efecto de una cabaña tronco-piramidal con paredes de tierra y estiércol de vaca sobre un entramado de rollizos inclinados y de ramas, con el techo de corteza, plano o abovedado, recubierto con nieve apisonada durante el invierno. Las actividades artesanales y artísticas yakutas alcanzan considerables resultados en el tejido de las alfombras, en la metalurgia y en la cerámica. En cuanto a la religión, junto a influencias cristianas, ortodoxas y budistas, permanecen rasgos de arraigadas y antiguas creencias mágico-animísticas, típicas del chamanismo, es decir, centradas en la figura del chamán (que puede ser incluso una mujer), especie de sacerdote-brujo que hace de intermediario entre los hombres y el mundo de las fuerzas sobrenaturales y de los espíritus. Ahuyenta las enfermedades, predice el futuro, presencia todas las ceremonias más importantes y sostiene sus poderes mágicos con pruebas de faquirismo y facultades metapsíquicas. En la tradición más antigua figuran espíritus buenos (o blancos), como las fuerzas del cielo y los dioses de las estrellas, y espíritus "oscuros" que residen en los fenómenos naturales, en los ríos, en los bosques, en las rocas, y deben ser propiciados y aplacados con ofrendas y sacrificios. Sin embargo, estos espíritus "oscuros" son también necesarios para facilitar la supervivencia del alma de los difuntos en la ultratumba.

Los *guiliachos* viven en las tierras del Amur y de Sajalín, recubiertas en parte por bosques, y se diferencian de los ainos, sus vecinos (que algunos estudiosos asimilan a los caucásicos), por el predominio de características físicas mongólicas, si bien desde el punto de vista cultural no se distancian tan claramente. A pesar del influjo de tres ambientes diferentes, el ruso, el chino y el japonés, representan la supervivencia de elementos más arcaicos. Prácticamente han abandonado en todas partes la vivienda tradicional semienterrada, optando por cabañas cuadrangulares sobre palafitos, cubiertas con cortezas y tablas, o bien por la tienda cónica. La antigua ordenación social de los *guiliachos* se basa en clanes exogámicos patrilineales y en clases matrimoniales. Durante la ausencia del marido, la esposa goza de cierta libertad.

En la región del Amur existía incluso una unión matrimonial de tipo colectivo. Una característica del pueblo de los guiliachos es la ausencia de jefes reconocidos por la comunidad.

Los *buriatos* están considerados en cuanto al físico como los más puros mongoles vivientes, y conservan creencias y tradiciones prebudísticas. En su conjunto los pueblos mongoles siguen siendo no obstante lamaístas, si bien, con la llegada del comunismo ruso por un lado y del chino por otro, la estructura feudal impuesta por los lamas –en el pasado omnipotentes sacerdotes– se ha desintegrado. La primera conversión al budismo se realizó en la época de Kubilai Jān (siglo XIII), por obra de monjes y jerarcas tibetanos. De los ritos fúnebres antiguos se ha dejado la práctica tradicional de abandonar los cadáveres para ser pasto de lobos y perros. El budismo decayó durante el período de expulsión de los monjes de China; pero con la conversión de Alkan Jān, príncipe de los tumed (mongoles orientales), por obra del tercer Dalai Lama y de la denominada "secta amarilla", ha vuelto a conocer una nueva fase de expansión. El cuarto Dalai Lama era un mongol y en Urga (la actual Ulan Bator) residía un lama encarnación de Maitreya. Los chamanes se habían convertido en expertos en magia budista, adaptando sus fórmulas a los rituales mágicos de la iglesia de los lamas. El lamaísmo mongol está estrechamente unido a los conocimientos astrológicos: todos los acontecimientos de la vida y de la muerte dependen del influjo de las estrellas.

Al igual que los tibetanos, la forma tradicional de medir el tiempo es el ciclo de Júpiter. Cada uno de los 12 signos del Zodiaco combinado con los 5 elementos da su nombre a un año solar; 12 años solares son un "año de Júpiter"; el recorrido completo es el ciclo de Júpiter de 60 años. Desde la primitiva aristocracia de la estepa que gobernaba las tribus, se fue poco a poco afirmando el rígido feudalismo organizado militarmente por Gengis Jān (división en grupos de 1.000 y de 10.000) y, a pesar de las continuas luchas entre las tribus y entre príncipes y nobles, se mantuvo hasta la sumisión a los emperadores manchúes. El feudalismo reconocía los privilegios de la nobleza a la



Los festejos del Naadam, *la gran fiesta nacional de aniversario de la fundación de la República (1924), culminan en las competiciones deportivas. En la página anterior, el torneo de lucha* (bohji-barildan). (Foto Len Sirman Press.)

casta de los lamas entregados al celibato: en sus opulentos conventos tenían millares de familias en estado de esclavitud, concentraban en sus manos la propiedad del suelo y de la ganadería, mientras que los miembros del pueblo no eran más que siervos de la gleba. Las revueltas iniciadas en 1920 y la revolución de 1924, que llevó a la creación de la República Popular de Mongolia, han puesto fin a esta situación. Se han nacionalizado los bienes eclesiásticos y se han suprimido los privilegios de casta. Los grupos militares instituidos por Gengis Jān se han reemplazado por una subdivisión en tribus *(ulus)* y en unidades singulares *(otogh)*, compuestas por un cierto número de campamentos de nómadas o por grupos de miembros emparentados *(aimaq)*.

Los mongoles nómadas se dedican sobre todo a la cría de ganado, aunque tienden gradualmente a la vida sedentaria (sobre todo en las zonas fronterizas). Su nueva organización económica, introducida siguiendo el modelo soviético, ha propulsado numerosas actividades agrícolas, pero, incluso tras el hundimiento del régimen teocrático y feudal de la propiedad, la ganadería, aunque haya adoptado las formas cooperativistas, continúa siendo la activa dominante del pueblo. Se crían en abundancia caballos, camellos, bovinos y ovinos.

El pastor a caballo, tipo puro de nómada jinete, junto con el kirguís turco y el turcomano, vigila los rebaños que realizan periódicas migraciones a través de las estepas y del desierto. El ganado les suministra sus vestidos y sus alimentos. Con la leche de las yeguas preparan el *kumiss*, bebida ligeramente alcohólica. Su vivienda es la típica tienda cilíndrico-cónica, hecha con un armazón de varas desplegables en tijera, cubierto de pieles. El campamento *(aul)* alberga una gran familia de descendencia paterna. Generalmente el interior de las tiendas está dividido en dos partes: una para los hombres y la otra para las mujeres. Junto a los utensilios y productos industriales introducidos recientemente, continúan en uso elementos antiguos, recipientes de arcilla y de madera, cestos, morteros y herramientas del pasado. El estiércol de los animales, al igual que en otros muchos pueblos de la estepa, sirve para alimentar el fuego doméstico. Los objetos y las joyas del patrimonio familiar y del culto los guardan cuidadosamente en cajas policromadas.

Además de las tiendas sencillas y de las de varias habitaciones de los ricos, frecuentemente agrupadas formando campamentos junto a las casas de adobes de techo plano, rodeadas por empalizadas de madera o por muros, en los centros más importantes existen palacios de madera de estilo chino, que hace tiempo pertenecieron a los príncipes. Los monasterios o los templos de los lamas son construcciones de mampostería como los modernos palacios de las ciudades, rodeados de barrios de cabañas y de *yurtas* interiores a las empalizadas.

La influencia soviética en Mongolia se constata en casi todas las actividades del pueblo. Lo que permanece de las antiguas tradiciones revive en las manifestaciones folklóricas, en la ostentación de ricos vestidos en las fiestas, en los juegos y en los deportes, especialmente con ocasión de la gran fiesta nacional del 11 de julio en Ulan Bator, el *Naadam*, en el que participan mongoles procedentes de todas las regiones del país. A los desfiles en la plaza Suhe-Bator siguen danzas populares y religiosas y espectáculos deportivos, que culminan en un apasionante y vistoso torneo de lucha *(bohji-barildan)* en el estadio. Esta fiesta es como una gran competición nacional para los habitantes de Mongolia.



En Mongolia la creciente proporción de religiosos célibes ha alcanzado a la mitad de la población masculina adulta, con el consiguiente freno de la natalidad. Las nuevas instituciones sociales y asistenciales introducidas según el modelo soviético tienden también a tutelar la maternidad y la infancia. En la foto, una mujer nómada con su hijo de pocos meses. (Foto Landau-Rapho.)

La escuela estaba antiguamente controlada por los lamas. La alfabetización de los grupos nómadas ha sido uno de los más urgentes objetivos a resolver tras la revolución. En la foto, jóvenes alumnos regresan de la escuela utilizando su medio de transporte tradicional, el caballo.
(Foto Ralph Herrmanns-Carl E. Östman.)



Sínicos

Constituyen la llamada "raza" centro-mongólica o sínica, que habita sobre todo en la Rep. Pop. China, en las ricas tierras agrícolas bañadas por el Huangho y el Yangtsé Kiang y en Corea. Los sínicos tienen en general la piel amarilla clara (o amarilla pajiza) y caracteres físicos mongoloides, algo menos acentuados que los propios mongoles: pómulos menos salientes, rostro más largo, "pliegue mongólico" frecuente pero más atenuado y nariz a veces prominente, como los europeos. En su mayoría son de estatura mediana (167-169 cm) y mesocéfalos, con la bóveda craneal elevada, cabellos negros híspidos y ausencia casi total de vello. Comprenden la mayoría de las poblaciones chinas, excepto algunas minorías étnicas del N., E., O. y S. y SO. de Manchuria septentrional.

Es muy difícil calcular cuántos sínicos viven en China, aunque deben serlo gran parte de los 700 millones de habitantes actuales (además del conjunto de gentes pertenecientes a otros grupos "raciales", como los turcos, mongoles, machúes, tibetanos, etc., que suponen otros 40 millones de habitantes). A estos hay que añadir más de 12 millones que habitan en la península de Indochina, Malasia, Indonesia, Filipinas, Formosa, Mongolia Interior, Melanesia, Polinesia (Hawaii), Australia, África del Sur y América. La "raza" sínica, es por tanto, en cuanto a número, la más importante de la las que pueblan la Tierra.

A falta de censos recientes, estas cifras representan estimaciones basadas matemáticamente en los datos oficiales del 1953 y en los parciales de 1957, que pecan más por defecto que por exceso. Partiendo de la base de estas valoraciones, a las que corresponde una tasa de crecimiento medio del 2 %, la población china aumenta en 15 ó 16 millones de personas al año. Dentro de los límites permitidos por esta clase de previsiones, en 1980 se habrá alcanzado los 1.000 millones y en año 2000 los 1.400 millones de habitantes en el país, ya que el actual régimen sociopolítico es partidario del aumento demográfico.

El vertiginoso incremento de la población china, una de las más prolíficas de la tierra, tiene grandes repercusiones en el campo del desarrollo económico del país.

Muchachas chinas durante un festival gimnástico.
(Foto Gamma - Grazia Neri.)



La movilización de las masas chinas adopta imágenes coreográficas espectaculares durante las celebraciones que tienen lugar anualmente en Pekín para conmemorar la fundación de la República Popular y del día 1 de mayo.
(Foto Europa Eco, Transworld - Black Star.)

La mayor parte de las tierras agrícolas de China se encuentran en la mitad oriental de su territorio. En las regiones templadas septentrionales, en el loes, los campos de cultivo se han obtenido mediante construcción de terrazas.
(Foto Marc Riboud - Magnum.)



La amplia base en la pirámide de edades de una población constituida por un 40 % de individuos menores de 15 años, representa una pesada carga para la población activa. La acción de las nuevas generaciones y de las fuerzas armadas ha supuesto, sin embargo, una progresiva y bastante rápida transformación de las formas de vida tradicionales, incluso en las zonas étnicas menos influidas por el maoísmo y la revolución cultural.

En diversos puntos de China se han descubierto los restos fósiles de los probables antepasados de los mongoloides. En la cueva caliza de Chou-kou-tien ("Posada de Puerta Chou"), a unos 50 km al SO. de Pekín, se descubrieron diversos fragmentos (dientes, mandíbulas, etc.) correspondientes al menos a 40 individuos del llamado *Sinanthropus pekinensis* (Black 1927; pero esta terminología no es aceptada por autores como Boule, Vallois y Pieteau), del que procederían una parte de los mongoloides actuales (Coon).

Partiendo de la base de los escasos conocimientos directos y de la interpretación de las fuentes históricas, se deduce que diversos pueblos de origen turco, mongol, tungús y manchuriano, invasores de la China septentrional a partir de la mitad del primer milenio a. de J.C., debieron interferir en el desarrollo somático de la población.

El papel representado en el poblamiento de China por las migraciones de éstos y otros grupos no chinos (miao, vao, etc.), y por las del propio pueblo chino de N. a S., sólo se conoce de manera imprecisa y bastante fragmentaria.

Mientras con el paso del tiempo los inmigrados resultaron en parte "sinicizados", en diversas regiones se han conservado enclaves étnicos insertos en el entramado genuino sínico. Por ello, el aspecto morfológico y la psicología de los chinos no han sido siempre uniformes, como se podría pensar. Las investigaciones arqueológicas y antropológicas efectuadas hasta ahora no han aclarado el origen de los actuales chinos, resultado de continuas mezclas humanas.

Cierto parentesco cultural (lengua, actividades agrícolas sedentarias, cultivo del arroz y de la seda y religión) parecen relacionarlos con los tai, los lolo y los mini-tsé del S., poblaciones que conservan formas económicas y sociales menos adelantadas; pero tal parentesco no ha sido suficientemente estudiado desde el punto de vista étnico.



El teatro popular chino ha desarrollado una eficaz obra de divulgación, entre las masas rurales, del milenario patrimonio cultural.
En la foto: actores durante una representación de "Nieve de verano", de Kuan Han-ching, en el teatro Ching Hsi de Pekín.
(Foto Hamilton Wright - Archivo IGDA.)

Según el erudito Chungshee H. Liu, la población china comprende tres tipos físicos fundamentales: el *Huangho,* el *Chankiang* y el *Chukiang*.

El primer tipo, que habita en el N., en Manchuria y en la Mongolia Interior, es de estatura elevada, cabellos negros, gruesos e híspidos, dolicocéfalo, con la cara más bien alargada, la nariz delgada y conserva los rasgos más "puros" del antiguo tipo chino. Sus cualidades se resumen en gran honestidad, sagacidad, parsimonia y prudencia, tenacidad, sentido del deber, aptitudes militares más que científicas, amor a las tradiciones familiares y sociales, mentalidad conservadora.

El segundo tipo chino domina en las llanuras centrales. También es, sobre todo, dolicocéfalo y mesorrino, pero también puede ser braquicéfalo y de nariz ancha. Tiene rostro ovalado, estatura y complexión generalmente inferiores a los anteriores. Se distingue por sus dotes de inteligencia y sus aptitudes literarias, por su locuacidad y mayor extroversión en el campo social y político.

El tercer tipo chino se concentra sobre todo al S. del Nan Ling, e integra también gran parte de la masa de chinos emigrados al extranjeros. Presenta una complexión maciza y menor estatura; braquicéfalo, con pómulos salientes, nariz ancha y piel algo oscura. Posee temperamento vivo, activo, le gusta viajar y es diligente y original. Parece acusar un intenso influjo tai durante los siglos XII y XIII. La extensión geográfica de China y las vicisitudes de su poblamiento implicaron, por otra parte, una diversificación lingüística y cultural que dio origen a múltiples variaciones locales e históricas del comportamiento social.

La antigua civilización china alcanzó, como es sabido, un notable nivel cultural, del cual dan testimonio las producciones artísticas de su pasado (arquitectura; pintura sobre seda, tela y papel; escultura; literatura; música; cerámica, etc.) y la impresionante relación de sus invenciones. La adopción de la escritura ideográfica (perteneciente al grupo sínico-tai, emparentado con el tibetano-birmano) y la invención del papel (que se remonta a la época final de la dinastía T'ang) imprimieron un ritmo acelerado a su desarrollo. La evolución del arte chino llena un período de cuatro milenios, con fases de gran esplendor: desde los vestigios arqueológicos (sobre todo vajillas de bronce) de la necrópolis de la dinastía Shang (siglos XIV-XI a. de J.C.) a las decoraciones de la época feudal del período Chou (1050-770 a. de J.C.), al naturalismo del arte de las estepas de los Estados combatientes (445-221 a. de J.C.) y a la ciclópea construcción de la Gran Muralla hasta Mongolia (de una longitud de unos 6.000 km, altura de 5 a 10 m y anchura de 3 a 5 m), un baluarte defensivo contra las invasiones de los bárbaros (siglo III a. de J.C., dinastía Chin).

Las vicisitudes del poblamiento de China dieron lugar a la variedad sínica de la subespecie mongoloide, en cuyo desarrollo somático interfirieron, en cierto modo, diversos pueblos de origen mongol: tunguses, manchúes y turcos, invasores de la China septentrional a partir del primer milenio a. de J.C. En la foto, anciana jugadora de majong (a la izquierda) y barquera de Aberdeen (Hong Kong) con su hijo (a la derecha).
(Foto M. Leigheb - Pime, Picou - A.A.A. Photo.)







Coreanas con vestidos tradicionales. Los coreanos, aunque hayan sufrido la influencia de los chinos, se distinguen de éstos más por sus rasgos culturales que por su físico.
(Foto Transworld - Black Star.)



Un tipo de asentamiento rural en China: pueblo de Kwangsi, en la orilla del río Li Kiang, con casas de madera de techos inclinados que recuerdan las viviendas tropicales del montañoso sur.
(Foto E. Schulthess.)

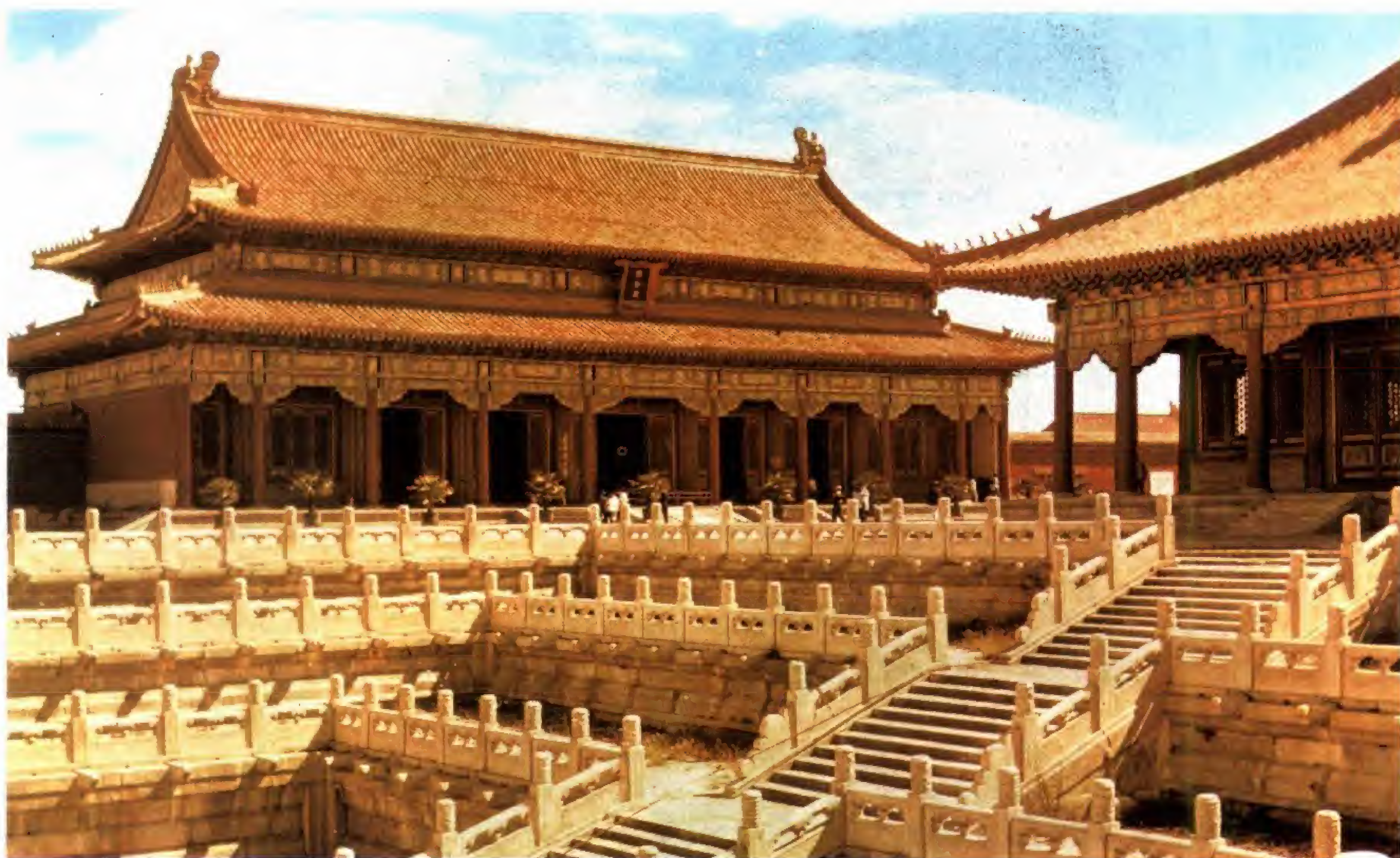
También en el campo artístico ha sido notable la influencia ejercida por las nuevas doctrinas y la filosofía de los grandes maestros del pueblo chino: desde el racionalismo positivista de Confucio, que creó una moral social basada en el deber y en el culto del pasado, hasta el misticismo contemplativo de Lao-tse, fundador del taoísmo, y de sus sucesores, y el budismo, introducido desde la India durante el período Han y en el de las Seis Dinastías (siglos III-VI), que dejó monumentales ejemplos de su iconografía en la estatuaria de piedra de sus templos-grutas de Yun-kang y de Lung men.

El arte chino alcanzó su apogeo bajo los Suei (589-618), y bajo los T'ang (618-907, la edad de oro de la civilización china) con la urbanística, la arquitectura, la escultura y la pintura. Más tarde se consolidó la pintura romántica de paisajes y la refinada cerámica de la dinastía Song (bajo la cual, por obra de Chu Hsi, el confucianismo sufrió una ulterior elaboración filosófica) hasta la reanudación del budismo; la arquitectura y el drama teatral de la dinastía mongol Yuan y la del tiempo de los Ming (1368-1644), cuyos ejemplos más famosos son el palacio imperial de Pekín y los conjuntos arquitectónicos de Nanking y de Hangchow. Con la conquista de Corea por parte de los Han (108 a. de J.C.), la cultura china penetró también en aquella península y en el Japón, donde dejó huellas considerables. Dentro de los límites permitidos por su moderna legislación, la organización social china refleja (especialmente en los centros superiores) el orden moral y las reglas familiares y espirituales del confucianismo; tan profunda fue la influencia de éste sobre la antigua civilización china. En el sincretismo religioso popular (un complejo panteísta en el cual se mezclan creencias y divinidades anteriores a Confucio con un sustrato taoísta y budista que ha sobrevivido a las persecuciones políticas), en las obligaciones respecto a los consanguíneos vivientes, en las ceremonias fúnebres, en el culto de los antepasados (del pueblo y de la familia) y en la perpetuación de la descendencia familiar por vía paterna, se advierte el efecto de la moral de Confucio.

La ideología de Confucio desarrolló una gran moral cívica, un estilo de vida, una manera de entender el mundo y una justicia que rechazan el individualismo, el egoísmo y el egocentrismo, y un concepto de la libertad basado en el respeto igualitario, en la honestidad y en el tradicionalismo. Pero, como observó Granet, todo esto no comportaba la adopción formal de principios jurídicos abstractos (como los del mundo romano).

En la China oriental se concentra aproximadamente el 80 % de la población. En la foto: casas de un barrio de Suchow, antiguo centro urbano recorrido por canales, en la región del delta del Yangtsé Kiang.
(Foto K. Hörold - Bavaria Verlag.)





Las transformaciones sociales de China produjeron variaciones en el comportamiento moral de sus gentes, en el sentido de que, si bien las diferentes dinastías tuvieron sus códigos y existía una tradición jurídica, ningún magistrado aplicaba estrictamente la ley por temor a emitir, aun por una sola vez, una sentencia injusta.

La familia, base de la sociedad tradicional, comprendía al padre, a la madre, al esposo, a la esposa (y concubina) y a los hijos. El matrimonio sólo se realizaba entre personas de diferente apellido (es decir, era exógamo) y, aunque existía el concubinato, el vínculo era legalmente monógamo. Las bodas se celebraban, en su mayoría, en la edad juvenil, en fechas establecidas por adivinaciones y generalmente acompañadas de intercambio de regalos, de un banquete nupcial (en el cual no participaba la desposada), de una visita ritual y de un sacrificio en el altar de los antepasados del esposo. En algunas zonas sobreviven otras costumbres locales al respecto. La Constitución fija en los 20 años la edad mínima masculina para el matrimonio y en los 18 la femenina, pero la tendencia actual es la de casarse hacia los 30 años. La moral familiar está basada en la "piedad filial" *(hsiao)*, sobre un respeto absoluto hacia los padres (especialmente hacia el padre), y en la veneración de su memoria después de su muerte. El ceremonial fúnebre (inhumación, conmemoraciones, funerales, luto, etc.) variaba de unas regiones a otras y revelaba también influencias muy antiguas, además de las budistas y taoístas. La cremación sólo se practica hoy en algunas zonas de influencia budista. La mayor unidad social familiar era el clan, o conjunto de varones vivos o muertos del mismo nombre y que habitaban en un mismo lugar. Se reconocía como jefe a un anciano que dirigía las actividades, organizaba las fiestas y las ceremonias y actuaba de juez, bajo el control del consejo del clan. Las mujeres sólo aparecían como miembros efectivos del clan en cuanto a madres difuntas, y como tal podían ser veneradas por sus descendientes masculinos. Antes de que las mujeres ocupasen una posición social equiparable a la del hombre, a consecuencia de la aplicación de los principios y leyes igualitarias del comunismo, que eliminaron la esclavitud y las discriminaciones, la tradición del clan, típicamente de vía paterna, situaba a los hijos varones en una posición privilegiada, puesto

Vista parcial del palacio imperial de Pekín, situado en el Huang cheng, la "ciudad prohibida": es una de las máximas obras arquitectónicas chinas (época Ming), y representa el centro de gravedad urbanístico de la capital y de su esquema "celeste" como proyección del orden cósmico.
(Foto F. Gigon.)

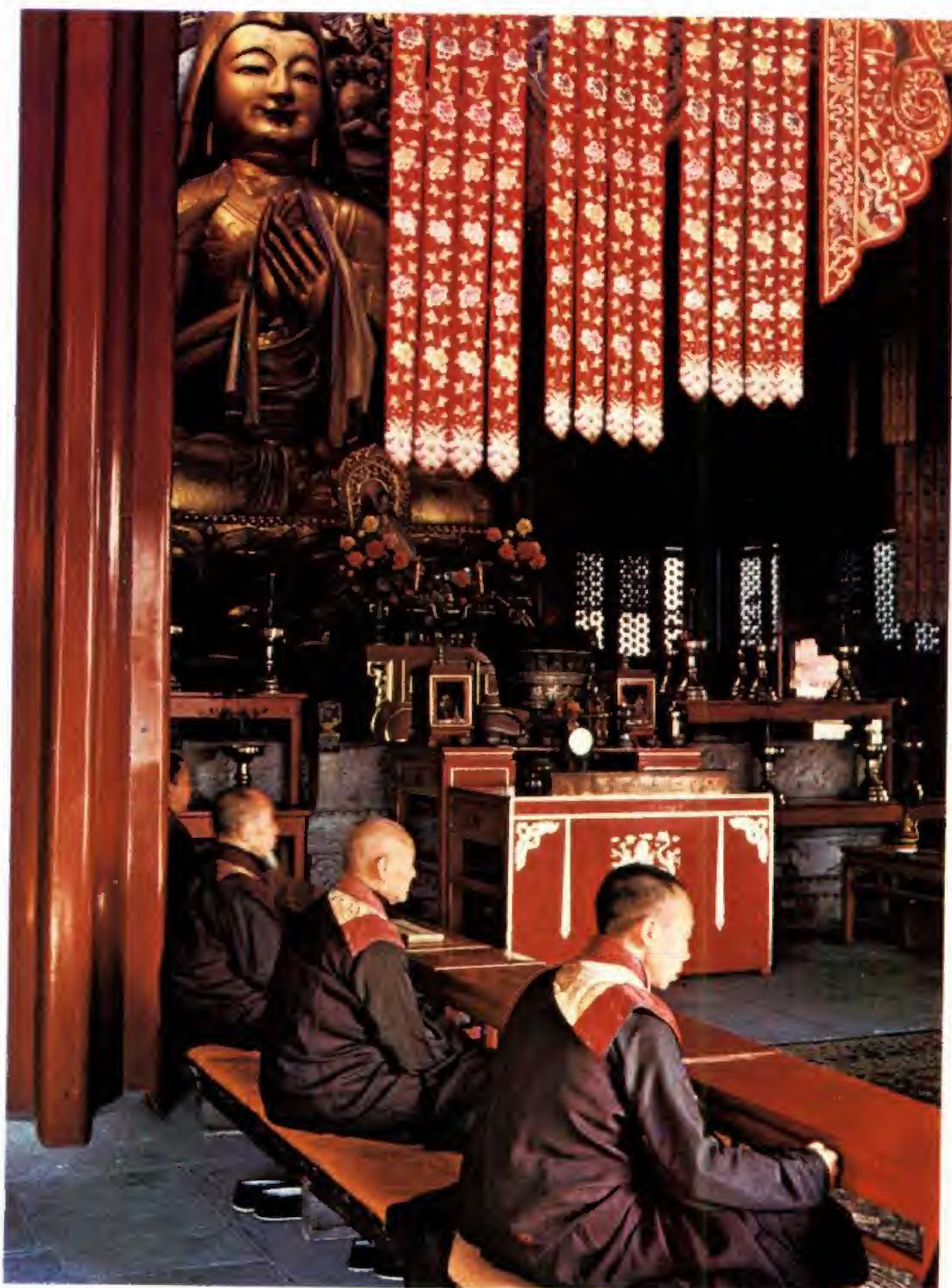


有利漆油
YAU LEE PAINT MERS.
PPLIES
FILMS
碧電髮廳
WATCHES MATE
錶鐘昌利
中國鐘錶材料
中國鐘錶材
德祥
TAK CHEONG
萬和祥
MAN WOO CHEUNG
CHINAWARE
新昭信

Una calle de Victoria (Hong Kong). En la colonia británica tiene lugar un curioso contraste entre las civilizaciones china y occidental, dominado por los intereses comerciales y financieros que representan un factor de gran importancia dentro del marco económico y político de Asia oriental.
(Foto Bertolino.)

que la vida familiar y la del clan estaban dominadas por la preocupación de perpetuar el culto de los antepasados y la descendencia a través de un heredero varón.

Cada clan poseía sus propias tierras, escuelas, fiestas y templos. También el ciclo anual de las fiestas, diversiones y juegos más comunes (dados, ajedrez, teatro, peleas de gallos y de grillos, concursos de cometas, etc.) representaban una importante función social, y se relacionaban con las estaciones y con el culto a los antepasados. Los intercambios de obsequios, las ofrendas a las divinidades y a los antepasados, los desfiles con linternas multicolores (frecuentemente en forma de dragones) se sucedían durante las fiestas del fin del año lunar, que han sido transformadas en un festival de primavera. El calendario chino contenía otras diversas fiestas tradicionales, entre ellas la de las tumbas (que se celebraba a principios de abril), la fiesta de los dragones (V día de la V luna), la fiesta de los difuntos (XV día de la VII luna) y la del dios de la cocina (XXIV día de la XII luna). En la China moderna el Gobierno ha desarrollado una amplia campaña anticonfucionista durante los últimos 25 años: el antiguo modelo de organización social, así como el ideal de la gran familia, se encuentran actualmente en decadencia, aunque se estimulen todavía los conceptos éticos fundamentales, como el del trabajo y la misma formación de las comunidades de pueblos, las brigadas campesinas de socorros mutuos y de las comunas. El plan urbanístico de las ciudades chinas hasta el siglo XIX se basaba en una concepción religiosa que atendía más a la topografía que a los valores arquitectónicos, y obedecía (siguiendo el sistema seudocientífico y geomántico del *feng-shui)* a la cosmogonía tradicional, cuyos puntos de referencia eran, esencialmente, el cielo, los cinco elementos, los planetas y el emperador. La elección de la localidad dependía de la observación de las sombras, de la presencia en el terreno de las fuerzas contrarias al *yang* y de la dirección de las aguas corrientes, es decir, del reconocimiento de los principios constitutivos del mundo. La construcción se iniciaba por las fortificaciones y se continuaba con el templo de los antepasados, los altares y los jardines y partes sagradas de la ciudad, hasta terminar con los palacios y las casas. La ciudad tradicional era por lo general sede de una guarnición y de un mercado, centro administrativo o capital de la provincia. En las murallas que la rodeaban se abrían cuatro puertas, correspondientes a los puntos cardinales, unidas por dos ejes de calles. Las demás formas de asentamiento más corrientes, junto a las urbanas, eran los pueblos, casi siempre rodeados de murallas de arcilla, de ladrillos o de empalizadas, en las cuales se abrían estructuras cuadrangulares con cuatro puertas. En el Sureste del país son frecuentes los asentamientos tribales. Los tipos de viviendas varían desde los modernos edificios ciudadanos de hormigón armado y las antiguas casas de varios planos, pero de una sola planta (bastante frecuentes a lo largo del Yangtsé Kiang), hasta la casa común cuadrada, con tejado a dos vertientes. En algunas zonas del territorio se construyen todavía cabañas redondas con cubierta cónica de paja —cabañas de cañas y barro hundidas en el



Tres doctrinas y filosofías han influido en la religiosidad popular y en el estilo de vida de los chinos: el confucianismo, que desarrolló una ética social basada en el deber y en el culto del pasado; el taoísmo, misticismo contemplativo enunciado por Lao-tse (siglo VI a. de J.C. hasta el período Chou) y sus seguidores, y el budismo, introducido desde la India durante el período Han y en el de las Seis Dinastías (siglos III-V). En la ilustración: monjes de un templo budista de Pekín.
(Foto B. Brake - Magnum.)

La antigua civilización china alcanzó un elevado nivel cultural. En la ilustración: un tramo de la Gran Muralla hacia Mongolia; fue construida a fines del siglo III a. de J.C. y es una de las mayores obras realizadas por el hombre en los tiempos antiguos.
(Foto K. Hörold - Baravia Verlag.)



terreno y cubiertas de paja y de hierba– o de techo plano; habitaciones trogloditas excavadas en el *loes* (del Shensi y del Kansu), en cuevas naturales o artificiales; viviendas sobre palafitos (entre las montañas del Sur, del Sureste y a lo largo de las costas) o sobre embarcaciones, como las de los *tanka,* grupo nómada fluvial dedicado a la pesca y al comercio.

En las laderas de las montañas no faltan las viviendas rurales aisladas. En las casas tradicionales se encuentra el *kang,* típica plataforma de ladrillos, caldeada con carbón y recubierta de pieles, que en el Norte de China sirve de mesa, de asiento y de diván, mientras que en el centro y en el Sur se utiliza, con el mismo objeto, una cama o un gran banco de madera. Un hogar de adobes o una estufa portátil suelen caldear el ambiente. El mobiliario, de severa sencillez, comprende bancos, sillas, arcones, candeleros y lámparas, vajilla de hierro, arcilla, madera o bambú, calabazas y, en las casas más pudientes, armarios, muebles (ausentes en las viviendas coreanas), cuadros, porcelanas y utensilios diversos. Junto a todo lo anterior no faltaban antiguamente los altares de los antepasados. Al sustituir los residuos del feudalismo y de la antigua organización social (que ya en el 221 a. de J. C. había destruido Chin Shih Huang-ti, inaugurando una era de igualdad) por los principios colectivistas e igualitarios del marxismo-leninismo, la democratización de la sociedad niveló las formas culturales y artísticas tradicionales, con ventaja para el credo político y los intereses nacionales. El adoctrinamiento ideológico y el desarrollo industrial transformaron las peculiaridades culturales de los grupos étnicamente más diversificados.

La indumentaria de los chinos es uniforme, aunque en diversos puntos siguen usándose vestidos locales y de ceremonia. Las mujeres y los hombres visten de manera muy similar: una corta chaqueta o blusa, generalmente de algodón o de cáñamo, de cuello cerrado y color índigo (o negro), con pantalones ajustados por el tobillo, más largos para las mujeres. En las regiones frías y en los meses invernales el vestuario comprende prendas más gruesas, jerseys de lana y pieles. En el campo los campesinos van descalzos, y en verano visten sólo pantalones. Emplean sombreros de paja y, cuando llueve, paraguas de papel impermeabilizado.

La indumentaria es algo diferente en las ciudades, donde suele consistir de camisa, chaqueta corta de cuello cerrado, chalecos, pantalones sin ajustar por el tobillo, gorra, zapatos de fieltro, piel o goma y calcetines, que se van introduciendo a consecuencia del desarrollo del sector textil industrial. Los zuecos siguen usándose con frecuencia.

También los peinados femeninos son, en general, uniformes y de gran sencillez, aunque con algunas diferencias locales.

En las formas de la economía tradicional se han adoptado criterios más racionales para el aprovechamiento de los recursos naturales. En primer lugar con la fundación de cooperativas según el modelo soviético, en el ámbito de las antiguas estructuras rurales, y más tarde con la creación de las comunas populares, núcleos básicos dotados de cierta autonomía económica y administrativa, tendentes más a realizar cometidos de utilidad nacional, para superar las necesidades de descentralización administrativa e industrial, escolar, militar, etc., que a atender la colectivización de la agricultura china.

En el mantenimiento actual del culto a los antepasados del pueblo y de la familia se advierte el arraigo de la ética confucionista: la veneración de los difuntos y sus honras fúnebres son fundamentales en la moral familiar. En la foto: fuego en honor de los antepasados, en Shanghai. (Foto F. Gigon.)



La indumentaria china actual hace caso omiso de las modas, aunque en algunos enclaves étnicos se conserve el uso de los vestidos tradicionales. En la foto: campesina "hakka", de Hong Kong, con un sombrero típico.
(Foto H. Kanus - Bavaria Verlag.)



Las comunas representan el fulcro del dispositivo productivo en las zonas rurales, donde encuentran ocupación las cuatro quintas partes de la población total. En las zonas agrícolas, entre los principales cometidos que les corresponden figuran los trabajos para la regulación de las aguas y las obras de irrigación, que desempeñan un papel importante en la vida social y religiosa.

El chino es esencialmente agricultor y vegetariano, gran consumidor de cereales, aunque en parte se dedique a la ganadería y a la pesca fluvial o marítima, y preste su mano de obra a la industria.

Completa su alimentación la carne (sobre todo la muy apreciada del cerdo). Las gallinas, las ranas, las tortugas y los pescados son muy utilizados en la preparación de su refinada cocina. Los nidos de salangana (especie de vencejo que construye sus nidos con una secreción gelatinosa) y las aletas del tiburón se consideran verdaderas exquisiteces. Por el contrario, la leche, la mantequilla y los quesos no son de su agrado. En la mesa los chinos comen valiéndose de palillos (*kuai-tzu* o *cin-tzu*).

La mayor parte de los terrenos agrícolas se encuentran en la mitad oriental del país, en el territorio bañado por los grandes ríos. En las regiones marginales, esteparias y desérticas del Oeste y del Norte, en las que escasean las lluvias, se practica el pastoreo, pero los agricultores consiguen en muchos lugares recoger dos cosechas al año regando sistemáticamente sus terrenos para cultivar cereales menores, como el mijo y la cebada, sustituidos gradualmente por el trigo. En las regiones templadas septentrionales, los *loess* de los montes áridos y de los valles arenosos representan un obstáculo no despreciable a los cultivos.

En el valle del río Amarillo y en los terrenos de aluvión localizados en las zonas más inmediatas al mismo se cultiva, según un ciclo rotativo, trigo, maíz, algodón, patatas, plantas oleaginosas y hierbas forrajeras, obteniendo normalmente tres cosechas cada dos años.

La cocina china es una de las más refinadas del mundo. La alimentación, esencialmente vegetariana, se completa con las carnes (sobre todo de cerdo), volatería, ranas, pescado, etc. El arroz, el cereal más consumido, se cultiva especialmente en la cuenca del Yangtsé Kiang y del Si Kiang, desde las alturas del Szechwan y del Yunnan, que requieren obras de abancalamiento, hasta las llanuras de aluvión costeras. Abajo, habitantes de una comuna agrícola consumen su frugal comida valiéndose de los tradicionales palillos (kuai-tzu).
(Foto J. Ph. Charbonnier - Réalités.)



La abundante población china cubre las necesidades de energía en el terreno productivo más elemental, aunque se va difundiendo el empleo de procedimientos y medios mecánicos modernos. En la ilustración, campesinos trabajando en un arrozal, cerca de Cantón.
(Foto Claude Goure-Asie Photo.)



Allí los cultivos ocupan terrenos eólicos, las más antiguas y mayores tierras agrícolas de China. La acción del agricultor y la explotación milenaria del suelo, especialmente en las llanuras con mayor densidad de cultivo, han modificado profundamente el aspecto del paisaje, que ofrece una infinita sucesión de campos desnudos, sin arbustos ni árboles, aldeas y canales de irrigación. En la cuenca del río Amarillo, otra zona de terrenos agrícolas muy fértiles (que se extienden hasta los altiplanos del Hupeh, del Kiangsi y del Hunan y están más al abrigo de los tifones y de las sequías), se deja sentir el efecto de los monzones. El régimen de lluvias y la temperatura más elevada componen un ambiente ideal para el cultivo del arroz, aunque permiten también la diversificación de los cultivos.

Los arrozales ocupan sobre todo los terrenos arcillosos e impermeables de las cuencas del Yangtsé Kiang y del Si Kiang, desde las alturas interiores del Szechwan y del Yunnan, que exigen obras de abancalamiento, hasta las llanuras aluviales costeras.

También en los territorios montañosos del Sur y del Sureste, sobre todo los meridionales tropicales y los del Valle del Si Kiang, se cultiva el arroz. Mientras que en el primero, recurriendo a la irrigación intensiva, se obtiene una cosecha al año, en el segundo, irrigado sistemáticamente, se obtienen dos, más otra de otros cereales. También están muy difundidos el algodón y el tabaco, el té, la morera (en las colinas), caña de azúcar, hortalizas, frutas y bambú.

Gracias a la explotación agrícola emprendida por los colonizadores japoneses en los valles transversales del Sungari y de sus afluentes (habitados antiguamente por nómadas dedicados a formas de agricultura "primitivas"), al cultivo del trigo, del maíz y de la soja, se han añadido cultivos alimenticios e industriales (como el de la remolacha azucarera) que han transformado a Manchuria en una región agrícola. En sustitución de las técnicas agrícolas y de los aperos tradicionales se recurre cada vez más al empleo de medios modernos: la mecanización (tractores, segadoras, etc.) se va extendiendo según el modelo occidental. Los límites de esta transformación vienen impuestos por la gran disponibilidad y la necesidad del empleo de la mano de obra humana, por lo cual el trabajo material del hombre resulta prácticamente insustituible.

El arado, la azada de madera o de hierro y, en general, los aperos para la preparación del terreno, para la irrigación, el rastrillado, la recolección, el escardado y la molienda, así como los antiguos medios de transporte (carros y carretas, a veces provistos de velas para reducir la fatiga del hombre, las bicicletas, los animales de tiro y de carga, bueyes, búfalos, caballos, mulos, asnos, etc.) se emplean todavía ampliamente. Gran número de chinos se dedican a actividades artesanas, también organizadas en forma comunitaria. Entre las familiares, las más corrientes son la elaboración de metales, del algodón, de las esteras, la producción de escobas y ladrillos y la sericicultura. En materia de tejidos figuran los tapices y el bordado en seda, aparte de la construcción y decoración de cometas, la talla del marfil, los collares de jade, los esmaltes y la porcelana. El comercio está muy desarrollado y se articula según formas social y técnicamente complejas.



En la China moderna toda la acitividad está organizada en forma comunitaria (comunidad de pueblo, brigadas de mutuo socorro, comunas). Arriba, campesina de una comuna de la región de Hangchow en una plantación de té. (Foto Osser-Rinaldini.)

Los coreanos se encuentran concentrados en la península que les dio nombre, especialmente en su parte meridional, desde que aquella región, salida casi bruscamente de su relativo aislamiento cultural, se vio afectada a principios del siglo XX por los acontecimientos bélicos y políticos internacionales que dieron lugar a su partición (a lo largo del paralelo de los 38º). La población (unos 40 millones de hab.) vive en casi sus tres cuartas partes en Corea del Sur, donde ha sufrido la influencia occidental.

Los coreanos son generalmente braquicéfalos, con rostro alargado; su estatura es mediana y frecuentemente tienen nariz aguileña. Para distinguirlos de los chinos lo más sencillo es recurrir a ciertos elementos culturales tradicionales, como la indumentaria y el tipo de vivienda popular. En las localidades, y cuando visten a su manera tradicional, los coreanos llevan todavía una túnica blanca, ancha y larga hasta los pies, pantalones muy anchos, ajustados en los tobillos, polainas y un abrigo largo. Se cubren con un gorro de crin por encima de una cofia que ciñe estrechamente los cabellos trenzados y arrollados sobre la cabeza. Todo ello da al sombrero el aspecto de un pequeño cilindro negro y gris de ancha base, sostenido por dos cintas atadas por debajo de la barbilla, y forma parte del atuendo del hombre casado. Los solteros, por el contrario, dejan caer el cabello sobre los hombros. Las campesinas y las mujeres del pueblo llano visten una pequeña blusa, pantalones anchos en los muslos y ajustados en las piernas y una falda de algodón: las más acomodadas llevan faldas de seda de colores o de telas europeas. Los cabellos suelen ir recogidos en trenzas arrolladas en redondo detrás de la nuca y sujetos con una aguja de plata.

Las casas y palacios de las ciudades son de estilo occidental o bien chino, lo mismo que los edificios públicos y religiosos. En el campo, para la práctica de la agricultura y especialmente el cultivo del arroz, se construyen viviendas de adobes, tierra, piedra o troncos, de una sola planta, rodeadas de una corraliza o espacio libre *(matang)* con techo de tejas o de paja de arroz o de cebada.

En la página anterior, campesino arando las terrazas de "loess", y habitantes de Shantung con los típicos impermeables de paja de arroz.
(Foto M. Riboud-Magnum, E. Schulthess.)



En las grandes zonas esteparias y desérticas del oeste y del norte, donde las lluvias son escasas, se practica el pastoreo, completado con la agricultura estacional. En la ilustración, rebaños camino de los pastizales, entre las coníferas de los montes del Sinkiang.



En Corea la influencia soviética, al N., y la occidental, al S., no han impedido la conservación de antiguas tradiciones. En la página anterior, grandes vasos para la preparación del "kimchi", el plato nacional coreano, una salsa a base de verduras y pimienta roja.
(Foto Transworld - Black Star.)

Las viviendas tienen, muy a menudo, la forma de un cuadrilátero con cubiertas a dos o a cuatro vertientes, aunque pueden formar también complejos similares a las granjas o bien consistir en cabañas cónicas o redondas con cubierta de cúpula.

La única habitación está dispuesta con sencillez (piso de papel impermeabilizado, ventanas con persianas, esteras, pieles, cojines cilíndricos) y cuenta con calefacción de carbón, con el sistema chino *kang*, de conductos que pasan bajo el suelo y reparten el calor por toda la casa, tanto en verano como en invierno.

A pesar de las repetidas migraciones antiguas y contemporáneas, la población se ha mantenido bastante homogénea. Aparte de las afinidades lingüísticas con los japoneses, los manchúes, los tunguses y los mongoles, se advierten otras influencias extranjeras, aunque menos importantes que las chinas, ejercidas sobre la cultura material, tanto en la antigüedad como en épocas recientes. Mientras la ética de Confucio dominaba antiguamente el ordenamiento social y continúa inspirando el culto de los antepasados y la actitud espiritual y civil de las clases intelectuales, el budismo ha conquistado a la clase media, convirtiéndose en la religión dominante en el país. Junto al cristianismo (y al sintoísmo de los inmigrantes japoneses), siguen todavía enraizadas y vigentes muchas de las creencias populares, quizá de tradición chamanista, originarias de Asia septentrional. Así, en la religiosidad del pueblo, los mitos y el culto de las almas de los antepasados, el culto a los animales y a los árboles, así como el de un Ser Supremo del cielo, ocupan todavía un lugar importante. La gran familia patriarcal, el clan y la autoridad agnaticia siguen siendo los elementos sustentantes de la organización social, según la ordenación confucionista; pero la dominación de los japoneses, las guerras, la influencia soviética en el norte y la occidentalización del sur, sacudieron las estructuras tradicionales y debilitaron los vínculos y la autonomía de la familia y del pueblo.



En Corea, la indumentaria occidental se ha impuesto a la tradicional; sin embargo, una minoría de la población prefiere vestirse como antes. El anciano de la ilustración lleva la clásica túnica blanca y el tradicional sombrero de crin de caballo. El pelo, trenzado y arrollado sobre la cabeza, se sostiene con una cofia. (Foto Maurizio Leigheb - Pime.)

Componentes de una orquesta interpretando fragmentos de música clásica con instrumentos antiguos ("kayakeum", etc.) de cuerda, de viento o de percusión que, según el material con que hayan sido construidos (madera, metal, etc.), reproducen los sonidos de la naturaleza.
(Foto Len Sirman Press.)



Tibetanos

Pueden incluirse entre los mongoloides, aunque conservan un conjunto de características específicas intermedias. Acusan diversas afinidades morfológicas y culturales con los grupos raciales limítrofes, pero constituyen un pueblo y un conjunto étnico por sí mismo. Su prolongado aislamiento geográfico (el Tibet es una especie de fortaleza natural, una altiplanicie de una altitud media de 4.000 a 5.000 m, antaño casi carente de comunicaciones) les permitió conservar relativamente intacta (hasta hace poco tiempo) la estructura de su cultura tradicional.

Actualmente, se estima que el número de tibetanos rebasa los 7.000.000. Unos 2.500.000 habitan en el Tibet chino (o Chizang), otros viven en el Ladakh, Baltistan (Jammu y Kashmir), Nepal y Bhutan, se infiltran en regiones del Himalaya (Nefa, Assam, alta Birmania) y entre las minorías étnicas de China meridional (Lolo, Mosso, Wasu, etc.).

Diversos grupos de fugitivos, víctimas de una pequeña diáspora, encontraron refugio en diversas localidades de la India septentrional, siguiendo al Dalai Lama, que había sido su máxima autoridad religiosa y política, en su huida de Lhasa en 1959.

Las tribus marginales presentan diferencias somáticas, más o menos acentuadas, que testifican sus relaciones con pueblos de diversa extracción racial (como los ladachos, del Tibet occidental, con rasgos vagamente europeos y un mongolismo más acusado en los valles meridionales y orientales).

Los tibetanos suelen ser de estatura algo inferior a la media (160-164 cm), con cabellos negros, lisos y finos, piel moreno-cetrina (morena también a causa de los rayos ultravioleta de las altitudes, pero a veces blanca en las regiones protegidas del cuerpo). Son mesocéfalos, con pómulos bastante salientes. Acusan la falta del pliegue mongólico, aunque su intervalo palpebral es en general reducido y largo; tienen la frente algo inclinada y la cara no muy plana.

Partiendo de la base de sus rasgos físicos, es posible distinguir dos variantes principales: un tipo híbrido, generalmente agricultor, extendido por las regiones meridionales y surorientales, de reducida estatura, cara ancha y fisonomía mongólica; y otro, que



Un prolongado aislamiento geográfico permitió a los tibetanos preservar de las influencias extrañas, hasta hace poco tiempo, las antiguas estructuras teocráticas y feudales de su sociedad. En la ilustración, monjes tibetanos, con vestiduras talares, semejantes a las de los mongoles y chinos, durante una función religiosa. (Foto Maurizio Leigheb - Pime.)



En la página anterior, primer plano de un monje con un sombrero cónico alto.
(Foto Charles Lénars.)



China y la India ejercieron, mediante métodos pacíficos o violentos, un creciente influjo cultural y político. La introducción de la escritura, con el fin de transmitir los cánones budistas, facilitó la difusión de la cultura y de la religión procedentes de la India, mientras que China proporcionó una notable aportación técnica, artesana, política, jurídica y militar. Sin embargo, el pueblo tibetano ha chocado recientemente con aquellos dos mundos asiáticos antagonistas. La ocupación china produjo una pequeña diáspora tibetana hacia el S., que culminó con la huida a la India del Dalai Lama y de sus seguidores (1959), alojados también en pueblos y campos de refugiados del Nepal y de Sikkim. En la ilustración, refugiada tibetana con su hijo.
(Foto Maurizio Leigheb.)

practica el nomadismo, de cara alargada y nariz frecuentemente aguileña.

Las líneas del rostro y su coloración moreno-rojiza hacen que algunos individuos resulten sorprendentemente semejantes a los indios de América del Norte.

Hasta hace poco tiempo, el Tibet se regía por la última teocracia. Los lamas, sacerdotes del budismo (lamaísmo), dominaban el país y representaban las cimas de la organización eclesiástica, política y social. Los monasterios en los que residían eran también centros económicos y comerciales. Los siervos de la gleba y los colonos trabajaban las tierras del clero: numerosos empleados, administradores del patrimonio, adscritos a la justicia o al servicio de policía dependían del clero, mientras que los comerciantes y los agentes de cambio pagaban onerosos impuestos por poder desarrollar sus actividades. La práctica de la usura, la incautación de animales de carga y de tiro en zonas en las que era frecuente el bandidaje, completaban el control económico por parte de los monjes.

Las concepciones religiosas de los tibetanos son bastante heterogéneas y sincréticas.

En el S. y en los límites con la India se han conservado las creencias populares en sus formas naturales (culto del dios de la tierra, de las aguas, de los montes y fiestas anuales).

Al E. sobreviven restos de una antigua religión local *(bonpo),* junto a prácticas chamánicas, que ofrece afinidades con las ideas animistas de las tribus de la China suroriental (Mosso, Wasu, etc.).

Elementos de dicha fe, momentos del ritual mágico, demoniolatría, exorcismos, ofrendas de sacrificios y tradiciones literario-teológicas fueron asimilados por el budismo, introducido allí en el siglo VII.

La iglesia de los lamas es la heredera de la forma del budismo septentrional (o Mahayana), influido por los ritos *tantra* de la India.

Su depurada jerarquización comprende diversas castas, agrupadas en la antigua "orden de los sombreros rojos", y se basa en la creencia en los Bodhisattva y en sus "reencarnaciones" *(tulkus)* en las personas de los lamas. Éstos son "Budas" vivientes que, a través del ejemplo y la predicación, actúan como intermediarios para la salvación de los hombres.

A su muerte el principio espiritual que los animaba se traspasaba al cuerpo de un niño, a quien diversos signos y prodigios revelaban como su sucesor.

Tras una serie de precauciones y controles fue conducido a un monasterio. El Dalai



Monjes (maestros y novicios) en un convento de lamas del Nepal.
(Foto Charles Lénars.)

Lama, jefe religioso tibetano, es la reencarnación de Bodhisattva Papmapam. Hasta 1959 residió en el gran monasterio fortaleza de Potala, en Lhasa, que hizo construir, en el siglo XVII, el V Dalai Lama. Las numerosas manifestaciones del culto requerían la elaboración de antiguas *tanka,* de estatuas y de objetos sagrados (como los rosarios y tecas, o relicarios en forma de tambor, aislados o dispuestos en fila, en cuyo interior contenían largas bandas con fórmulas religiosas, instrumentos y recipientes hechos a veces con huesos humanos) y la ejecución de danzas miméticas y grotescas de lamas disfrazados. Los montones de piedras labradas (que lanzan los viandantes gritando *Lla guialló,* "¡Viva Dios!") con oraciones y fórmulas mágicas, las pértigas plantadas sobre las elevaciones o en los patios, con cintas y trozos de telas multicolores cubiertas de escrituras sagradas y plegarias, son otros tantos signos externos del lamaísmo y de la religiosidad popular.

Grandes y pequeños conjuntos monásticos, de templos y de capillas votivas cuadradas y con cúpulas, aparecen diseminados por los valles y en las laderas de las montañas. Junto a los edificios ocupados por el clero y por sus antiguos vasallos se encuentran las viviendas de la población laica: tiendas de nómadas ganaderos, de tejidos de pelo de cabra y de yak *(Bos grunniens),* sostenidas por dos postes verticales con una serie de cuerdas exteriores tensas entre otros postes, y casas de agricultores sedentarios similares a las del Asia anterior, con dos o tres pisos y de planta cuadrangular, con paredes de piedra y de adobes cementados con barro, pequeñas ventanas y grandes balcones de madera. En la planta baja, carente de ventanas, se encuentran los establos; en el primero y en el segundo piso las habitaciones, adaptadas para las diversas estaciones.

En el ceremonial fúnebre de los tibetanos están previstos cuatro diversos tratamientos para los muertos: mediante el aire, el fuego, el agua o la tierra. En el primer caso, el cadáver es abandonado como pasto para los animales salvajes, en el segundo es incinerado a las dos o tres semanas de su muerte (este fin está reservado al clero y a la nobleza), en el tercero es abandonado a las corrientes de los torrentes (fin que espera a los pobres). El cuerpo del Dalai Lama se entierra sentado, con todos sus objetos y atributos sagrados, y el ataúd se coloca en una capilla votiva. Durante la ceremonia y en vida los tibetanos visten casacas, capas y sombreros forrados de pieles, polainas, diversos ornamentos y collares que, en gran parte, acusan la influencia de los mongoles y chinos.



La ingerencia china a partir del siglo XVIII, transformada recientemente en ocupación militar, las repercusiones de los últimos acontecimientos políticos en China, los nuevos medios de transporte y las nuevas vías de comunicación, desquiciaron la antigua organización teocrática, abolieron la servidumbre de la gleba y los peculiares privilegios de los lamas, ejercidos sobre todo a través del monopolio de las tierras, de la usura y de la medicina, abriendo el país al progreso.
Arriba, tocador de platillos tibetano.
(Foto M. Leigheb-Pime.)

Es típica la estructura de la vida social y de la familia poliándrica fraternal de los tibetanos. Cuando el primogénito se casa (con el sistema exogámico), la mujer se convierte también en mujer de todos sus hermanos. Cuando éstos son muy numerosos, los menores deben hacerse monjes. La autoridad familiar corresponde solamente al verdadero esposo, lo mismo que el patrimonio y el usufructo de los bienes. Junto a éstas y otras formas familiares, existen también la monogamia y la poligamia (especialmente entre los nómadas). La poliandria, en un país pobre como el Tibet, se ha conservado para mantener el patrimonio familiar, por la gran necesidad de monjes y monjas y por la exigencia de frenar la natalidad.

La ocupación china del Tibet y su progresiva secularización y laicización han ido aboliendo gradualmente los privilegios del clero. En la foto, monjas tibetanas refugiadas en la India.
(Foto H. Müller-Bavaria Verlag.)



Los tibetanos se llaman a sí mismos *Bod-pa* y a su país *Bod-yul,* y poseen clara conciencia de su unidad de origen. Han permanecido, durante siglos, prisioneros en un mundo casi impenetrable, cerrado a todos los extranjeros: el ordenamiento "feudal" teocrático de la religión de los lamas y su atrasada economía acentuaron su aislamiento. Dos países colindantes, China y la India, ejercieron, sin embargo, con medios a veces pacíficos y a veces violentos, una notable influencia cultural y política. Esto ocurrió especialmente durante el reinado de Srong btsan sgam po (613-650), considerado como el unificador del Tibet, que tuvo dos mujeres budistas, la princesa nepalí Bhrikuti y Wen Chen, hija del emperador chino. La introducción de la escritura, con el fin de transcribir los cánones budistas, facilitó la difusión de la cultura y de la religión procedentes de la India, mientras que de China llegó una notable aportación técnica, artesana, política, jurídica y militar. El budismo, en forma espúrea y contaminado con las creencias animistas locales, penetró primeramente bajo el reinado de Ral pa can, por obra del monje hindú Padma Sambhava. Después de diversos delitos de matiz religioso (asesinato del rey por obra de su hermano, contrario a la nueva religión, y de su sucesor por obra de un monje), la autoridad feudal de la monarquía se descompuso, con ventaja para la autoridad eclesiástica y la organización tribal-monástica, que pudo ejercer un creciente control social y económico. La conversión de Qubilay Khan, la adopción del budismo como religión oficial en Mongolia (1270) y el nombramiento del Gran Lama del monasterio de Sajia como rey del Tibet (tributario del imperio mongol) favorecieron la penetración del budismo, que, sin embargo, degeneró en la corrupción de la "orden de los sombreros rojos", a la cual el monje reformador Tsong kha pa (1357-1419) sustituyó con la "orden de los sombreros amarillos", fundando los monasterios de Drepung, Sera y Ganden (cerca de Lhasa). El primer discípulo de Tsong kha pa inició una serie de sucesivas "encarnaciones" en individuos conocidos con el nombre de Dalai Lama.

A la muerte de Blo bzang mtsho (1617-1682), V Dalai Lama, que había unificado el poder religioso con el temporal, la iglesia de los lamas decayó, dando lugar a que los chinos (además de los mongoles) intervinieran en las luchas religiosas del siglo XVIII. Se enfrentaron con las jerarquías monásticas de Lhasa, alineándose con las de Shigatse, hasta contraponer a las primeras la autoridad del Pancen Lama. La influencia y el poder chino, después del paréntesis de la ingerencia británica, la fuga a la India del XIII Dalai Lama (1910) y la proclamación de la independencia (1912), continuó todavía hasta el primer envío de tropas chinas al territorio del Tibet (1949) y la concesión de la autonomía local bajo la soberanía china (1951). Las repercusiones de los recientes acontecimientos políticos en China, los nuevos medios de transporte y las nuevas vías de comunicación, minaron las bases de la organización teocrática, abolieron la servidumbre de la gleba y los privilegios de los monjes, ejercidos sobre todo a través del monopolio de la tierra, de la usura y de la medicina. Después de la revuelta antichina de los nobles y religiosos (1959) y la nueva huida a la India del Dalai Lama, el Pancen Lama fue elegido jefe del Comité para la Región Autónoma del Tíbet. La radical aplicación de los principios revolucionarios y de las reformas sociales tendentes a eliminar el poder económico y administrativo del clero, la imposición del Pancen Lama, la aceleración del programa de escolarización y de secularización de la vida del país y la proclamación de la Región Autónoma China del Tibet (1965) son hechos que han abierto el mundo tibetano al progreso, pero afectando profundamente a su patrimonio cultural original.



Las ideas religiosas de los tibetanos son un tanto heterogéneas y sincréticas. El budismo, introducido en aquella región en el siglo VII, asimiló diversas creencias populares en las fuerzas naturales, elementos de una antigua religión local, prácticas chamánicas, ritos mágicos, demonolatría, exorcismo, ofrendas de sacrificios y tradiciones literarias teológicas. Arriba, monjes reunidos en un monasterio. (Foto Charles Lénars.)



Surmongoles

Habitan sobre todo en Indonesia, aunque también en China meridional, Assam y Japón, mezclándose con los tibetanos y los sínicos por una parte y con los indonesios y los caucasoides (hindúes) por otra. Comprenden un elevado número de pueblos, heterogéneos culturalmente, de cuyas vicisitudes históricas, migratorias y antropológicas se sabe generalmente poco.

Han dado lugar, además, a uno de los más intrincados mosaicos etnológicos de la tierra. La complejidad de su población se acentúa especialmente en las regiones marginales de Assam, de Birmania y de China centromeridional.

En Asia suroriental, los mongoloides empezaron a mezclarse con los australoides (representados por los negritos, etc.) hace unos 10.000 años, probablemente cuando grupos de cazadores lograron aprovecharse de la invención del arco y de la domesticación del perro (Coon).

Partiendo de la base de consideraciones antropogeográficas, diversos científicos han llegado a afirmar que los surmongoles actuales (de un mongolismo atenuado pero evidente, aparte de la rareza del pliegue mongólico) son los descendientes de pueblos emigrados recientemente y en oleadas sucesivas desde el norte (Yunnan), los cuales, al menos en parte, han ido absorbiendo a los grupos negríticos vedaicos preexistentes. Dicha mezcolanza racial parece datarse al menos a principios del neolítico (4000-3000 a. de J.C.). Ello se puede deducir, aparte de por los descubrimientos de huesos en Birmania, de la supervivencia de pequeños grupos de negritos, pigmeos asiáticos de antiquísimo origen, en el extremo sur de Thailandia y en el interior de Malasia (*Semang*, etc.), de védicos *Senoi* del Perak y del Pahang, y *Mokèn* del archipiélago de Mergui, de la presencia de rasgos físicos negritoides en algunas tribus de Camboya y Laos (entre los llamados *Moï*) y de la notable difusión geográfica de los demás negritos actuales, desde el Andamán, en el archipiélago indonesio, hasta las Filipinas.

En las montañas y bosques indochinos, en el sustrato étnico más antiguo, parecen manifestarse aportaciones raciales del tipo indonesio y protomongoloide (caso de los "primitivos" *Ka-tong-luang* o *Fi-tong-luang* de Thailandia oriental). En la península indochina se encuentran actualmente representados (en distintas proporciones) los tres grandes tipos raciales de los australoides, europoides (caucasoides) y mongoloides; el último, en su forma surmongólica (o paleomongólica), constituye la mayoría de la población actual. Desde un punto de vista taxonómico, sus variantes locales son tan notables que, como dice Hugo Adolf Bernatzik, no puede excluirse que una investigación más detallada revelara la presencia de "razas autónomas" (aunque faltan documentos al respecto).

La naturaleza del terreno mantuvo en relativo aislamiento a muchas tribus que, sometidas a las presiones de pueblos y civilizacio-

En la página anterior, monje del Bhutan fijando a una pértiga clavada en el suelo cintas de tela cubiertas de escritos sagrados y plegarias, para que el viento las repita hasta el infinito. (Foto Louis Wolfers-Transworld.)

Las vicisitudes históricas migratorias y antropológicas de los pueblos surmongoles son poco conocidas. Culturalmente heterogéneos, forman uno de los más intrincados mosaicos étnicos. Su poblamiento alcanza la mayor complejidad en las regiones limítrofes de Assam, Birmania y China centro-meridional. Abajo, tres individuos de las colinas de Birmania: a la izquierda, mujer kachin; en el centro, una mujer padaung, con un collar de anillos de latón en espiral; a la derecha, montañés lahu. (Fotos Edek Osser, Maurizio Leigheb-Pime, Invernizzi.)









Los japoneses han desarrollado una cultura plasmada en las antiguas doctrinas y religiones del "Shinto", del budismo y de sus diversas derivaciones sincréticas, concepciones metafísicas y escuelas ascéticas. En la página anterior, miembros de la secta budista sintoísta "Nichiren" en peregrinación al templo de Minobu-san. (Foto Maurizio Leigheb.)



La impenetrable naturaleza del terreno mantuvo relativamente aisladas a diversas tribus surmongólicas que, bajo la presión de pueblos y culturas superiores, buscaron refugio en las montañas y en los valles interiores, conservando sus tradiciones peculiares y un hibridismo más reducido. En la ilustración, mujeres akha, del NO. de Thailandia, con sus ricos ornamentos y tocados de telas, metal y conchas. (Foto Pime.)

nes superiores, buscaron refugio en las montañas y valles más recónditos, conservando sus tradiciones peculiares y a veces una mayor "pureza racial". La mayoría de estas tribus, aunque localmente ofrezcan diversas particularidades, representan una serie de variaciones regionales de un mismo conjunto racial surmongólico, típico de la región tropical del sureste asiático. Los individuos que las integran son normalmente de baja estatura, complexión no muy robusta, cráneo corto y ancho, rostro ancho y menos aplanado que los normongólicos, de contornos, a menudo. casi cuadrangulares, piel cetrina, con tendencia al moreno más o menos oscuro, nariz algo ancha y bastante dilatada, surco rinolabial evidente, ojos oblicuos y alargados, casi siempre carentes del pliegue mongólico. Entre los pueblos surmongólicos más importantes y diferenciados figuran los Shánidos (Shan y afines), que ocupan las llanuras y los valles montañosos del noroeste de Birmania; los Kachínidos (Kachin o Ching-po y grupos emparentados), asentados especialmente en las alturas septentrionales, aunque pueden encontrarse también especialmente diseminados en el sur, y los Paláungidos (Palaung y afines), difundidos casi por todas partes en la región montañosa central.

Con los Kachínidos podrían relacionarse lingüísticamente los Naga (importante grupo dividido en gran número de tribus: Angamos, Ao, Coniak, Lhota, Sema, etc.) que ocupan el Estado homónimo de la India (Nagaland) y las zonas birmanas colindantes, y sus vecinos los Kuki (de los cuales forman parte los Meithei, del antiguo estado de Manipur), los Tippera, los Bodo (Bara, Garo, Lalung, Dimasa, etc.), así como los Chin (Lushei, Thado, etc.), afincados al oeste del Irrawaddy. La tribu Karen, de las alturas del Pegu y del Tenasserim, completa al sureste el mosaico etnológico de Birmania. Entre ellos, los Padaung, del curso medio del Salween, acostumbraban, con fines ornamentales, rodearse el cuello, los brazos y las piernas con grandes anillos en espiral, de latón, de varios kilogramos de peso, que podían dar lugar a deformaciones de las vértebras cervicales y a atrofias musculares; algunas mujeres desprovistas de sus anillos no lograban alargar el cuello ni mover la cabeza. Los lenguajes hablados en Indochina podrían reducirse a tres principales: austro-asiáticos, tibetano-birmanos y chino-siameses (o thaichinos). Diversas afinidades morfológicas relacionan los dos últimos para formar la familia lingüística superior chinotibetana (o indochina). Según el padre W. Smith, los idiomas austro-asiáticos y austro-nesianos formarían una segunda familia lingüística, a la cual llama *áustrica* (Khmer y otros). Aparte de las dudas que se presentan en estas subdivisiones, el panorama lingüístico no es, en

En la página anterior, dos manifestaciones de la difusión del budismo en Birmania. Arriba, las blancas estupas (monumentos funerarios) de la pagoda de Mandalay, dedicada a los hijos mártires del rey santo Kanaung. Abajo, novicios budistas dedicados a la lectura y la meditación. (Fotos Transworld-Black Star, S.E. Hedin-Carl E. Östman.)

todo caso, superponible al racial y al cultural.

Empujados por la costumbre jurídica de fundar un nuevo pueblo y un nuevo núcleo familiar alejados del lugar de origen, durante el siglo XVIII los Kachin del alto Irrawaddy violaron las fronteras de los territorios de los Naga e hicieron retroceder a los Palaung y los Shan hacia el sur; pero, anteriormente, el descenso de las gentes Thai, procedentes del Yunnan (representadas sobre todo por los Shan, los thailandeses y los laosianos, últimos llegados a Indochina), había culminado en el siglo XVIII con la conquista de las mejores tierras y valles de la región central, con la salida al mar meridional y la expulsión de las tribus que todavía actualmente viven en las montañas o en las insalubres localidades costeras. Agunas de estas tribus conservan formas de cultura relativamente atrasadas en zonas de influencia hindú y europea: se trata sobre todo de grupos aislados de Va, Naga, Chin, Mikir y Garo.

Las vertientes de la zona surhimalaya, especialmente en la parte oriental, de altitudes medias, que comprenden la Nefa (North East Frontier Agency) y los contrafuertes del Yunnan meridional, presentan una singular facies de tránsito racial, en la cual la población se funde y se transforma por la incidencia de uno o más caracteres cuantificables. Los pueblos residuales de los distritos de Kameng (Bugun o Khowa, Akha Miji o Dhammai, Dafla o Bangui), de Subansiri (Tagin, Gallong, Miri, Apa-Tani), de Siang (Abor, Boris, etc.), de Lohit (Mishmi, divididos en Digaru o Taraon, Miju o Kaman, Chulikatta o Idu Kachin y Khampti) y de Tirap (Wancho, Nocte, Tangsa, etc.) revelan influencias tibetanas en sus rasgos físicos, en su lengua y en su cultura (trazas de poliandria, lamaísmo, chamanismo y de la antigua ordenación social en clases) y sínicas (descendencia por vía paterna y exogamia), pero sobre todo originales tradiciones, indumentaria, vivienda y un sustancial aspecto surmongólico.



Mujeres orando a los pies de un gran Buda yacente, en Pegu (Birmania). (Foto Archivo IGDA.)



La exploración de las regiones montañosas aisladas del sureste asiático y el estudio de aquellos pueblos y de otros de Assam y de Indochina han sido realizados recientemente (en gran parte durante el período entreguerras), pero los conocimientos históricos y antropológicos actuales sobre los mismos son todavía muy escasos. Otro tanto puede decirse de los montañeses y agricultores inferiores de la China suroriental y de los territorios limítrofes de Birmania, Thailandia, Laos y Vietnam del Norte, relacionados en parte con las corrientes étnicas tibetanas y que representan el límite actual de la expansión septentrional de los surmongoles. En la cuenca superior del Yangtze Kiang se encuentran, de O. a E., numerosas poblaciones montañesas, como los Sifan y los Sihia, y algo más al sur los Mosso y Lolo, del Szechwan meridional y del Yunnan, que descienden hasta el curso superior del Mekong y del Salween, junto con los Nutsi y los Kiutsi, entrando en contacto con los Lisu, los Akha, los Lahu y con grupos de Shan (Thai) y Kachin. También este conjunto de pueblos, aunque poco estudiado, manifiesta un claro influjo tibetano, mientras que varios millones de Thai (grupos étnicos de los Paii, Chun-lu y Minkia) de la cuenca del Si Kiang, del Río Rojo y de varias provincias meridionales de China: Dioi, Nung (Cion-Kia), Li (Loi, Sai) de Hainan, Thai blancos (Tho), rojos y negros, han sufrido influencias sínicas. Los Thai normalmente habitan en los valles; en las alturas y en las cresterías montañosas ceden el terreno a los Meo (Hmong) y a los Man, llamados por los chinos Miao-tze y Yao, que se adaptan mal al clima tropical del pie de las montañas y que toman diversos nombres según el color de sus vestidos. Los tipos tradicionales de la vestimenta y de las viviendas en estas regiones caracterizan exteriormente, con frecuencia, a los individuos pertenecientes a un determinado grupo, así como diversos elementos derivados de la cultura china (el calendario lunar, la astrología, el animismo, la indumentaria masculina, la porcelana, la preparación del papel, los platos y los palillos para comer) adoptados especialmente por los Kachínidos, los Lisu, los Meo y los Man.

Las poblaciones montañosas de Laos y del Vietnam debieron sufrir las consecuencias de los acontecimientos políticos chinos al norte, y de las vicisitudes bélicas en que se han visto envueltos en el sur, hechos que, por una parte, les obligaron a abandonar sus tradicionales sistemas de vida, y por otra han alterado el ambiente en que vivían, forzando el abandono de sus hogares.

En el sureste asiático, entre los surmongoles, pueden distinguirse, aproximadamente, tres niveles culturales diferentes: el más bajo, representado por los llamados *Ka* de Laos y Thailandia oriental (como los *Katong-luang* o "salvajes de las hojas amarillas", que estudió Bernatzik en 1939, y se llamaban a sí mismos *Yumbri*), pequeños grupos de nómadas cazadores y recolectores, por algunos *Moi* ("salvajes") de los bosques de Annam y por los *Pnong*, grupos primitivos de Camboya.

Los Moi y los Pnong a veces evolucionaron hacia los niveles culturales medianos de los agricultores inferiores, representados en su neta mayoría por los pueblos de las colinas y de las montañas del norte y del centro, con diversos grados de desarrollo.

Finalmente, el tercer nivel, el de la cultura superior de las llanuras, está representado por los birmanos, los Thai "Siameses" y los camboyanos Khmer, que constituyen respectivamente la mayoría de las poblaciones de Birmania, Thailandia y Camboya. A los agricultores inferiores pertenecen la mayor parte de las tribus surmongólicas de las montañas de la Nefa, Assam, Birmania, Thailandia, Laos, Vietnam y China sur-occidental.



Muchachas Boro, de Assam, en un campo del colza. Los Boro, como otros grupos de agricultores "inferiores" surmongoles, habitan y cultivan las fértiles tierras de los pies de las montañas, recorridas por el Brahmaputra y sometidas al régimen de los monzones. (Foto Maurizio Leigheb.)



En la página anterior, joven de Rangún a la salida de la pagoda Shwe Dagon. En la vida social y religiosa de Birmania, la menos alterada por los acontecimientos bélicos de Indochina, se manifiestan seculares influencias hindúes, cingalesas y chinas.
(Foto Sandro Prato.)

En Assam se destacan, sin embargo, los Khasi, habitantes de las colinas de los alrededores de Shillong, la región más lluviosa de la tierra, que serían los descendientes de los antiguos Munda-Kol o Kolares, y que hablan un lenguaje munda-monkhmer (o austro-asático).

Contrariamente a los demás pueblos surmongólicos de Assam y de la parte occidental de Indochina, entre los cuales domina la organización y descendencia paterna y la ordenación exógama del clan, conservan formas de organización y descendencia matriarcales (de las cuales quedan trazas también entre sus vecinos Bodo y Va), y han alcanzado un nivel cultural más elevado (rica indumentaria femenina, actualmente usada tan sólo en fiestas y bodas, trabajo de los metales preciosos, viviendas construidas en el suelo, presencia de una organización estatal y sacerdotal, culto de los antepasados e incineración) y practican en parte un sistema moderno de vida. En su territorio se encuentran monumentos funerarios megalíticos (tumbas reales, grandes crematorios de piedra y, sobre todo, monolitos semejantes a los menhires, llamados *maw shyrang,* y dólmenes, *kynthei)* erigidos, en un número mínimo de dos o tres, sobre el lugar de reposo del cadáver, transportado a hombros desde el lugar de su muerte hasta el de su sepultura.

Los monolitos debieron representar a los tíos o antepasados por vía masculina en el sistema matriarcal, y los dólmenes a los antepasados femeninos.

Los Khasi conservan rasgos físicos surmongólicos, pero han sufrido la influencia cultural hindú y la religiosa cristiana.

Casi todos los agricultores inferiores de Assam y de Indochina, junto con restos de chamanismo, lamaísmo e hinduismo, conservan enraizadas creencias animistas que, en épocas recientes, se han ido adaptando al cristianismo, dando lugar a diversas formas de sincretismo religioso. Los cambios introducidos por el cristianismo han causado, frecuentemente, la desmembración de la estructura social y revolucionado el sistema de vida, ya que cualquier actividad cotidiana se halla intensamente influida por las ideas religiosas nativas.

A las creencias animistas se suman las creencias en los demonios y en los espíritus, y el culto a los antepasados. Sacerdotes chamanes actúan como intermediarios entre los seres vivientes y los sobrenaturales.

A la izquierda, mujer Garo Shira; a la derecha, montañés Dafla, de la Nefa, una aislada región surhimalaya habitada por un grupo heterogéneo de población esquiva, influida por el mundo chino-tibetano.
(Foto Maurizio Leigheb.)





En la página anterior, arriba, entre los Garo de Assam occidental el novio trata de sustraerse ritualmente a la boda, pero es alcanzado por sus compañeros y transportado al poblado; abajo, el sonido del adil, o cuerno fúnebre, anuncia la muerte de un miembro de la comunidad.
(Foto Maurizio Leigheb.)

Dichos sacerdotes pueden curar las enfermedades, celebrar sacrificios, establecer las fechas para la celebración de los ritos y fiestas relacionadas con el ciclo de las cosechas y la observación de los astros, y entrar en trance, recurriendo a diversos medios (autosugestión, drogas, danzas y músicas rituales), para comunicarse con el mundo de los espíritus.

También tenía un significado religioso y social la llamada "cacería de cabezas", practicada en diversas formas, especialmente por los Naga, Garo, Kuki, Chin y Va hasta principios del siglo XX, y por otros pueblos muy alejados de los límites de Indochina. Según los estudiosos de los ciclos culturales, además de tratarse de una prueba de virilidad y de iniciación para la adquisición de los derechos civiles, la caza de cabezas era un rito de fertilidad, típico de las culturas agrícolas inferiores. Los antiguos sacrificios de prisioneros y de esclavos y las cabezas cortadas y colgadas como trofeos en las cabañas, a veces junto con los dedos de las manos y de los pies, tenían un elevado poder "revitalizador" (a causa de la difundida creencia de que en la muerte tiene su origen la vida), hacían fértiles los campos, propiciaban abundantes cosechas (valor mágico apotrópico a alejador) y mantenían alejadas las enfermedades. Derivación de esto era el culto de los cráneos-trofeos (incluso de parientes muertos), frecuentemente degenerado en una desenfrenada pasión homicida y en una especie de coleccionismo macabro.

Los agricultores surmongólicos, en general, construían sus viviendas con maderas, bambúes y ramas al nivel del suelo o sobre palafitos (aunque algunos adoptaron la construcción con piedra y barro, influidos por culturas superiores), rodeadas de almacenes, graneros y cabañas de diversas formas y dimensiones: casas para solteros (raras actualmente), casas para los sacrificios, para las asambleas, para los ritos de iniciación, para los espíritus y para los muertos. Las construcciones rituales pueden encontrarse agrupadas en pequeñas o grandes aldeas, a veces fortificadas, construidas en las zonas más aptas para la defensa o en las más fértiles, que pueden contener comunidades enteras y alcanzar grandes dimensiones. A la agricultura de la azada, típica de estas poblaciones, junto con la caza y la recolección, puede unirse, en forma local limitada, el cultivo del arroz, actividad agrícola específica de los pueblos sedentarios de las llanuras, de un desarrollo superior.



Mercado en los canales de Bangkok. Los mercados populares, como lugar de encuentro de pueblos distintos por su procedencia, idioma y nivel cultural, favorecen el proceso de culturización.
(Foto Maurizio Leigheb.)





Los surmongoles Hmong, es decir, "hombres libres" (llamados por los chinos "Meo", o sea, "salvajes") son pacíficos cultivadores de opio, que viven en poblados diseminados en las montañas de China, Vietnam del Norte, Laos y Thailandia. Durante la segunda mitad del siglo XIX, para huir de la expansión china y mantenerse independientes, un millón de individuos, aproximadamente, emigraron hacia el sur. En la página anterior, mujer Hmong transportando agua en recipientes de caña de bambú sujetos a sus hombros. (Foto Invernizzi.)

Durante la parada real de Phnom Penh se visten las antiguas indumentarias de la civilización khmer, en la cual confluyen aportaciones culturales hindúes (budista e hinduista) con las indígenas. (Foto Marc Riboud-Magnum.)

Los emplazamientos de las viviendas se van desplazando en busca de nuevas tierras fértiles (obtenidas mediante roturación de bosques o incendio de los mismos) o a consecuencia de epidemias, desgracias, signos infaustos, hostilidades y delitos.

La notable variedad de la indumentaria y de los ornamentos tradicionales, a menudo obtenidos de los vegetales (cintos, fajas, flecos, sombreros, etc.), y de animales (plumas, picos, pieles, etc.), va cediendo terreno ante los productos de reciente importación, mientras que la total desnudez es rara y solamente fue advertida antiguamente entre los Va. Aparte de las deformaciones del cuerpo (perforaciones de los lóbulos, del tabique y de las aletas nasales, limadura de los dientes, etc.) sigue en uso en algunos lugares el tatuaje por pintura.

Los montañeses de Indochina y de Assam utilizan mucho el *betel* (trocitos de nueces de areca envueltos en hojas de una piperácea masticable, con adiciones de cal y aromatizadas), que tiñe los dientes de negro y los protege de las caries, la cerveza de mijo y de arroz, el tabaco y, antiguamente y en menor escala, el opio. El ciclo del cultivo del opio puede simultanearse con el de las hortalizas, y transmite al terreno sustancias nutritivas que lo hacen más productivo.

En el ámbito de los pueblos surmongólicos, de los agricultores inferiores y montañeses de mediana cultura se destacan netamente los de las llanuras indochinas, que han dado lugar a formas de cultura superior influidas por el hinduismo y el budismo.

En Camboya, la cultura khmer, originaria de la India, que durante el siglo I sometió al imperio Funan, del bajo Mekong, alcanzó su cumbre hacia el siglo XII, a cuya época corresponden las ruinas de la ciudad de Angkor Tom y del cercano templo de Angkor Wat, una de las más elevadas expresiones artísticas y religiosas de Asia. En Thailandia los centros de Sukhothai y Sawankhalok son testimonios del elevado grado alcanzado por la antigua cultura thai (especialmente, en las artes industriales, en el teatro y en la literatura), mientras el budismo, que introducido desde Ceilán a través del Pegu y del reino birmano de Prome conquistaba, en la forma meridional hinayana, Birmania, muchos pueblos Thai y Camboya, sustituyó el pali por el sánscrito y se convirtió en la religión

En la página anterior, arriba, vivienda Garo, delante de la cual se plantan postes funerarios ("Kima"); abajo, mujer Mikir, de Assam, trabajando en un telar horizontal en la elaboración de un chal.
(Foto Maurizio Leigheb.)

dominante de los grandes pueblos de cultura superior de Indochina.

Los japoneses pueden ser también adscritos, en su mayoría, a los surmongólicos, aunque constituyan en realidad el resultado de la mezcla de numerosos grupos raciales.

Bajo este aspecto, la aportación más importante quizá corresponda a los invasores llegados al archipiélago, mucho antes de la era cristiana, desde Indochina. Estos empujaron hacia el norte a los antiguos habitantes Ainu, que a su vez habían sufrido la influencia de pueblos prehistóricos japoneses. Hay que añadir también considerables influencias de gentes procedentes de China y de Corea (sínicos) hasta el siglo V a. de J.C. y, en parte, de los mongoles septentrionales y de los indochinos.

Según el japonés K. Hasebe existirían dos tipos antropológicos más importantes: el tipo de Okayama (elevada estatura, braquicéfalo y barbilla saliente), que presenta afinidades con los coreanos y habita en el Japón occidental y central, y el tipo de Ishikawa (estatura reducida, mesocéfalo, barbilla saliente), más común en la parte centro-septentrional del país.

A los japoneses que viven en su patria hay que añadir los de las islas Ryukyu, Taiwan, Corea, Manchuria, Asia meridional, de las Hawaii, de Australia y de América, sobre todo los numerosos emigrados al Brasil y sus descendientes (Nissei).

A pesar de los profundos estudios antropológicos realizados en Japón, y del desarrollo de las investigaciones científicas acerca del hombre (que, al englobar a todos los pueblos de Asia y Oceanía, facilitaron la ocupación japonesa del Asia suroriental en 1942), es imposible establecer con exactitud el papel desempeñado por sus componentes raciales en la formación de los actuales japoneses.

Los japoneses han sabido filtrar dos grandes influencias culturales, la china antiguamente y la americana actual, que dieron lugar en el país a un inconfundible estilo de vida, uno de los ejemplos máximos en el campo de la industrialización y del progreso científico y tecnológico. Por ello, los valores de la tradición, aunque permanezcan vivos y operantes, son menos evidentes en las ciudades, en las cuales a veces sólo sobreviven a nivel religioso, folklórico y representativo, mientras en el campo están más enraizados.

En el Japón los valores tradicionales influyen profundamente en el comportamiento familiar y condicionan la estructura mental, el respeto al orden, la etiqueta rigurosa y la tolerancia religiosa, la ausencia de dogmas y el concepto sagrado de la naturaleza. Abajo, un momento de la ceremonia del té ("cha-no-yu"), sometida a antiguas reglas y que pertenece al bagaje de la educación de las muchachas de la alta sociedad.
(Foto Transwood-Black Star.)



En la página anterior, campeones de sumo, antigua lucha japonesa, durante un entrenamiento. El encuentro lo gana el que obligue al adversario a tocar el suelo con una parte del cuerpo que no sea los pies, o a salirse del círculo trazado en la tierra.
(Foto Maurizio Leigheb.)

En su comportamiento social y familiar, en su actitud mental nacionalista, en su sentido del orden, rigurosa etiqueta, controlada emotividad, tolerancia religiosa, ausencia de dogmas y concepto religioso de la naturaleza se revelan algunos de los rasgos distintivos de la cultura japonesa, plasmada en el sintoísmo, su antiquísima religión *(Shinto* significa "camino de los dioses"), rica en aspectos mitológicos simbólicos, basada en el culto politeísta de la naturaleza y de los antepasados y que conserva el ritual de su originaria civilización agrícola, especialmente en lo referente a las ofrendas y plegarias precedidas de purificaciones.

A su fase primitiva corresponde el concepto japonés de la síntesis "naturaleza-zara" en la personalidad suprema del *Mikado,* o emperador, considerado como descendiente directo de los dioses que, originariamente, crearon el archipiélago japonés, y encarnación suya viviente.

La dinastía imperial, de ascendencia



Indumento guerrero de la época de los shogun que se viste durante el festival Nebuta, de Aomori. Los numerosos festivales japoneses ("matsuri") son al mismo tiempo ceremonias religiosas, fiestas folklóricas y entretenimientos públicos, con vestidos inspirados en ideas religiosas sintoístas y en el ciclo de las estaciones de la antigua cultura agrícola, de derivación china o conmemorativa de acontecimientos históricos en diversas partes del país.
(Foto Maurizio Leigheb.)

Durante la época feudal, los samurai (a la izquierda) constituían una casta guerrera privilegiada, sometida al "bushido", código de honor y sistema de normas y principios morales basado en el culto a los antepasados y al emperador, e influido por la filosofía budista.
(Foto Maurizio Leigheb.)



En la página anterior, escena del Nebuta, festival que se celebra en Aomori. (Foto Maurizio Leigheb.) *En esta página, ceremonia en el santuario de Kasuga, en Nara.* (Foto Charles Lénars.)

celeste (de la diosa del Sol, Amaterasu o Mikami), era el máximo símbolo nacional y religioso del país, y, como tal, objeto antiguamente no sólo de veneración, sino también de entusiasmo y fanatismo.

El patriotismo y el civismo de los japoneses tienen su origen en esta mitología tradicional.

La continuidad del linaje imperial era, para el pueblo, una garantía de protección por parte de los dioses.


El concepto japonés de la soberanía resultaba por ello muy diferente del chino, de cuño confucionista, que asimilaba al emperador (por su investidura y no por su ascendencia celestial) a la figura del "padre" y, en consecuencia, provocaba la dualidad espiritual, moral y social característica de las dos antiguas culturas. Los soberanos chinos ejercían el gobierno por mandato divino, pero estaban obligados a responder ante los mortales de sus obras; debían mostrarse virtuosos y promover el bienestar del pueblo, cuyo descontento podía constituir un signo de su tiranía y, por tanto, de la desaprobación celestial, preludio de su (justificada) destitución. Característica del *Shinto* son las creencias en el mundo sobrenatural de los *kami,* esencias que residen temporalmente en la naturaleza y pueblan la visión politeísta del universo; en los *tama,* sustancias espirituales que se encuentran durante cierto tiempo en el hombre y en los seres vivientes o inanimados, y que están ligados con el culto de los antepasados y de los muertos y se remontan a una idea chamanista, y en los *mono,* espíritus unidos a cuerpos con poderes malos o demoníacos. A veces ambos están estrechamente comprendidos en una misma idea, que los hace inseparables.

Sobre el culto primitivo influyó la introducción del budismo desde el continente, que forjó una religión sincrética *(ryobu-shinto)* en contacto con antiguas creencias primitivas del Japón, bases de la enraizada religiosidad popular.

Una especie de degeneración chauvinista del *Shinto* fue el *bushido* (camino del guerrero), el código del honor de los samurai (la casta privilegiada del período feudal), basado en el culto al emperador y a los antepasados, e influido también por la filosofía budista.

Ello ha dado lugar a consecuencias extremistas y xenófobas, así como a ciertas filiaciones, tanto antiguas como recientes, del eclecticismo religioso shinto-budista. La pe-





En la página anterior, el rostro afable de un anciano de Hokkaidō, la isla del norte cuya minoría ainú fue casi totalmente absorbida por los inmigrantes japoneses.
(Foto Maurizio Leigheb.)



Arriba, pescadoras de ostras perlíferas ("ama-san") bucean ante los turistas en aguas inmediatas al islote de Mikimoto, llamado así por el inventor del sistema para obtener perlas artificiales.
(Foto Maurizio Leigheb.)

netración del budismo septentrional *mahayana* ejerció una considerable influencia sobre la cultura y el arte japoneses, dejando su impronta especialmente en la psicología y en la indumentaria nacionales. Aparte del eclecticismo y el panteísmo popular, que con frecuencia confunde la iconografía, la liturgia e incluso los órdenes sacerdotales, en una difundida actitud espiritual y sentimental reconducible al *kimochi* (estado de ánimo), el budismo propiamente dicho está articulado en diversas escuelas (como la ritualista de la época Nara), en nuevas doctrinas metafísicas (Tendai y Shingon) y (a partir del año 1000) en las nuevas sectas de los Amida (vuelta a la consecución de la beatitud individual), de los Zen y Nichiren. Durante los siglos XVIII y XIX, el *Shinto,* introducido en la tradición literaria desde el siglo VIII, fue profundizado y ordenado de forma sistemática por los estudiosos de la historia de las religiones, y se convirtió en religión del Estado, mientras que el budismo mantenía una gran riqueza de manifestaciones y un imponente número de templos (aunque escasamente frecuentados), difundiéndose desde la aristocracia hasta el pueblo. El budismo zen, que tuvo cierta aceptación también en Occidente, sobre todo por obra de su profeta moderno Suzuki, toma de la metafísica mahayana la búsqueda personal de la iluminación o despertar, el *satori,* puesto que Buddha significa "el despierto". Sería el indio Bodhidharma (llamado Daruma-san por los japoneses), llegado de China en el siglo VI, el primero en difundir sus enseñanzas. Los monjes de la subsecta zen se proponían alcanzar, a través de diversas enseñanzas y métodos de vida, la "liberación del mundo" según un procedimiento intimista, inconsciente e intelectual, capaz de liberar la mente de los vínculos lógicos. Estas reglas y esta filosofía, inspiradas en la concepción de la no personalidad budista, afinaron los gustos y la psicología de los japoneses, desarrollando en ellos el placer de las cosas sencillas, esenciales, por una disciplina severa, por la familia, el dominio de sí mismo, el reconocimiento de la "debilidad del yo", que puede trascender, como en los samurai, el temor a la muerte (hasta terminar, a veces, con el suicidio, como acto de resignación cósmica, por la consciencia de la propia limitación y de la vanidad del yo).

La vida es un instante, un episodio ocasional en la cadena del *karma* y en la vida del universo. Se condensa en los seres me-



En la página anterior, el castillo negro de Matsumoto, comenzado a construir en 1594 y terminado hacia 1600. Constituye uno de los más sugestivos ejemplos de la arquitectura militar japonesa.
(Foto Maurizio Leigheb.)

diante energías y características que, a su muerte, volverán a diverger. Las técnicas, según sostienen varios científicos, profundizan desde hace siglos en el subconsciente y en el campo que en Occidente corresponde al psicoanálisis.

En el Japón, la unidad social tradicional es la familia, con descendencia patronímica, que comprende generalmente tres generaciones. En la cumbre de la organización social figuraba, antiguamente, el complejo "nacional" de las familias que se suponían descendientes de la diosa del sol. A pesar de la liberación de las costumbres y de la occidentalización, la elección del cónyuge entre el abanico de los pretendientes considerados más idóneos sigue correspondiendo, a veces, a la familia, a través de un intermediario o de un encuentro acordado entre los novios, sin coacciones especiales. Antiguamente, el matrimonio tradicional (*miai-kekkon*, es decir, "encuentro-matrimonio") se justificaba incluso con la preocupación de reunir jóvenes de los dos sexos, puesto que la muchacha vivía generalmente en familia y tenía pocas ocasiones de encontrarse con sus pretendientes. La industrialización y el trabajo de la mujer en las fábricas han cambiado las antiguas costumbres, que se conservan en general en el campo y en otras capas de la burguesía. El matrimonio va precedido de un intercambio de obsequios (antiguamente tejidos valiosos, abanicos y copas de *sake;* actualmente cierta suma de dinero que el esposo entrega a la novia y que ésta restituye en parte), realizado en general en un local apropiado. Los padres de la novia han dispuesto un antiguo o moderno *tansu* (especie de arcón de madera perfumado, con herrajes y cierres de hierro forjado, lleno de vestidos antiguos o modernos). El novio viste el *tight* y la novia el tradicional *kimono.* Ella aparece acompañada por sus parientes y todos brindan nueve veces con copitas de *sake.* Sigue el registro civil del matrimonio y el solemne rito shintoísta que termina con la bendición propiciatoria del sacerdote. El vínculo puede disolverse legalmente mediante el divorcio. A este tipo de matrimonios pertenece en el campo el *naien,* enlace popular sin registro civil, pero considerado totalmente legal y digno, y que también suele ir seguido de una ceremonia shintoísta. Entre las parejas modernas existe la tendencia a vivir independientemente, según la costumbre occidental, aunque algunos matrimonios continúan con la tradición de permanecer junto a la familia del marido.

Abajo, vivienda prehistórica japonesa, reconstruida en Shizuoka, con sistemas y materiales de construcción todavía en uso entre diversos pueblos surmongólicos.
(Foto Maurizio Leigheb.)



Abajo, vista del centro de Osaka, segunda ciudad del Japón y polo económico e industrial del Honshu meridional. El Japón es uno de los primeros ejemplos en el campo del progreso científico y técnico.
(Foto Maurizio Leigheb.)



Indonesios

Los pueblos que habitan en los archipiélagos del sureste asiático presentan, en su mayoría, caracteres físicos mongólicos atenuados, y constituyen, en tal sentido, la variante más meridional de los mongoloides asiáticos. Por otra parte, son el resultado de cruces con otros elementos raciales, y forman un complejo antropológico con una historia genética atrasada en el aspecto de la diferenciación somática.

Mientras los habitantes de las zonas costeras, que han alcanzado un nivel cultural superior, parecen en su mayoría relacionados con los surmongólicos, los del interior montañoso, de las regiones y de las islas más apartadas, constituyen el estrato menos reciente y menos híbrido de la población, considerado por los especialistas como típicamente *indonesio.*

En la zona insular, amplia y fragmentada, se han ido mezclando y conviven los más diversos elementos "raciales".

En la estratificación indonesia de fondo, que revela un mongolismo más o menos evidente, los antropólogos abservaron la difusión local de caracteres físicos australoides en sentido lato, y a veces europoides e, incluso, polinesios. Por aquella heterogeneidad, solamente con cierta aproximación pudieron indicar medianamente las características más relevantes del tipo indonesio: reducida estatura, moderada braquicefalia, rostro ancho y corto, nariz mesorrina, pómulos salientes lateralmente, labios gruesos, piel moreno-amarillenta (incluso algo oscura), hendedura palpebral recta, carencia de pliegue mongólico y cabellos negros, que pueden ser lisos o bien ondulados.

Este tipo físico es el dominante en las islas de Indonesia hasta Sulawesi, las Molucas y las Pequeñas Islas de la Sonda (donde se mezclan gradualmente con los papúes y australianos), Malasia y Filipinas; pero se extienden también por las montañas de Indochina, de Assam (entre los moi, entre diversos pueblos montañeses de Birmania y entre los naga), y del Yunnan (entre los man o yao y los tho), en el Japón, Formosa y Madagascar oriental, donde se encuentran restos de los Mérina, pueblo que se supone descendiente de dos oleadas sucesivas de emigrados de Sumatra y Java.

En el siglo VI grupos de indonesios buguineses procedentes de Sulawesi conquistaron el altiplano malgache, y sometieron a su población, de tipo negro africano.

Mongoloides procedentes del Asia continental emigraron en oleadas sucesivas hacia el S. y hacia el E., utilizando el puente natural que antiguamente unía Indochina con Indonesia a través de Malaca, prolongado entre las mayores islas del archipiélago. De este modo llegaron a establecer contacto y mezclarse con las poblaciones australoides de infiltración más antigua, dando lugar al complejo antropológico heterogéneo que constituye la población de Indonesia. El movimiento migratorio continuó, sin embargo, con la expansión de los chinos por los archipiélagos asiáticos. Abajo, jóvenes indonesias, en representación de diversos grupos étnicos, reunidas para recibir a un huésped oficial extranjero.
(Foto Maurizio Leigheb.)



Los tasaday (abajo), pequeño grupo superviviente de cazadores y recolectores descubierto al SO. de Mindanao, representan el único caso conocido de hombres que viven todavía, permanentemente, en cavernas naturales. (Foto Transworld - Black Star.)



Los miembros de la familia real y los descendientes de la casta nobiliaria de los Andriana, que asimilaron el ordenamiento de la sociedad de Indonesia occidental cuando había sido ya colonizada por los hindúes, conservan la mayor parte de sus características.

Es sabido que los indonesios descienden de pueblos originarios del Asia continental que antiguamente ocupaban gran parte de Indochina. Presionados por los surmongoles, más evolucionados (que conservan en parte elementos de su cultura), se vieron forzados a emigrar hacia el S. y hacia el E., aprovechando el "puente" natural que, antiguamente, a través de la península de Malaca, unía el continente asiático con Indonesia y las mayores islas del archipiélago entre sí. Desde principios del terciario, antes de que el mar la sumergiese, y de nuevo, a partir del mioceno y del pleistoceno, por efecto de la regresión marina y de las erupciones volcánicas, Asia estaba unida con Australia, de forma que los hombres y los animales podían emigrar del O. al E. y viceversa. Al final de la época glacial las transformaciones naturales condujeron a la formación insular de la mayor parte de las tierras emergidas actualmente.

Como consecuencia de dichos acontecimientos, la actual difusión de los pueblos en Indonesia siguió aproximadamente la de las especies de la flora y de la fauna: desplazándose de O. a E., a las especies indias y asiáticas van sucediendo las australianas y papúes.



Las poblaciones neomalasias de Indonesia (más del 90 % de la totalidad) fueron muy influidas por las culturas superiores asiáticas (india, árabe-musulmana y china) y las occidentales, desarrollando una civilización adelantada. En la ilustración muchacha menangkabau de Sumatra occidental, con el atuendo tradicional en forma de cuernos de búfalo. (Foto Maurizio Leigheb.)

En el año 1860 Wallace trazó su famosa línea imaginaria entre Bali y Lombok, entre Borneo y Sulawesi y entre Mindanao y las islas Sangihe y Talaud, contraponiendo a uno y otro lado de ella la más rica y la más pobre fauna continental de vertebrados del mundo. La línea de Wallace atraviesa los brazos de mar que separan la plataforma de la Sonda de la de Sahul, y reviste un importante significado antropológico. Señala, en efecto, la zona de tránsito de las poblaciones mongoloides de Indonesia occidental (de infiltración más reciente) y las australoides (australianos y melanesios). Las poblaciones de Sulawesi, las Molucas y las Pequeñas Islas de la Sonda son racialmente intermedias.





Musulmán buguinés de Makasar (Sulawesi) y mujer accinés de Sumatra septentrional. Ambos proceden de regiones que antiguamente eran sedes de sultanatos y centros de difusión del Islām en el archipiélago, además de cabeceras estratégicas del sistema de tráficos marítimos y comerciales monopolizados por las potencias coloniales. (Foto Maurizio Leigheb.)



En la página anterior, un afluente del Kapuas, el mayor río del Kalimantan, la selvática isla en la cual viven los dayacos y los punan, que conservan algunos de los elementos más arcaicos de las culturas indonesias.
(Foto Maurizio Leigheb.)



Los pueblos tribales sedentarios de las montañas del interior de las islas practican la agricultura de la azada en terrenos forestales roturados ("ladang"), cazan diversos animales selváticos, crían cerdos y gallinas, en algunos casos utilizan el buey y el búfalo, hacen abundante uso de bebidas fermentadas y de betel (excepto los mentawaianos y algunos dayacos, igorrotes y formosanos) y utilizan armas y vestidos muy diversos. Antiguamente se dedicaban, en su mayoría, a la caza de cabezas humanas, una práctica probablemente propiciatoria, encaminada a asegurar la prosperidad de las cosechas y la fecundidad de las mujeres de la comunidad. En la ilustración, dayacos kenya del Kalimantan con diademas de plumas y crines.
(Foto Maurizio Leigheb.)

Según admiten los geólogos, la plataforma de la Sonda debió encontrarse antiguamente unida al continente asiático, cuando la inmovilización de las aguas por los casquetes polares produjo un gran descenso del nivel marino. En ninguna otra parte del mundo eran los mares tan poco profundos como entre Asia meridional, Indochina y Australia. Las plataformas de la Sonda y de Sahul estaban enlazadas entre sí por las tierras emergidas, y podían, por tanto, regular el flujo y reflujo de sus poblaciones "primitivas". La existencia de los antiguos enlaces terrestres, su interrupción a causa de los grandes movimientos tectónicos y los vestigios prehistóricos y antropológicos ayudan a comprender, al menos en sus grandes líneas, las vicisitudes del poblamiento insular y el origen del actual cuadro "racial" y cultural, la difusión de ciertos pueblos y culturas y su posterior aislamiento, aun sin negar las posibilidades de enlaces interinsulares mediante embarcaciones.

En Indonesia, lo mismo que en Asia suroriental, las capas raciales más primitivas son probablemente las australoides, en sentido lato. A ellas hay que añadir diversas minorías-vestigio, grupos supervivientes de cazadores y recolectores "primitivos" (influidos, al menos parcialmente, por culturas intermedias o superiores), como los semang de Malasia y los aeta de Filipinas (a los cuales llamaron *negritos* los españoles, nombre extendido después a otros pigmoides afines); védidos relativamente puros, como los senoi (o sakai) de las montañas centrales de Malaca, y más o menos híbridos, como los kubu, los orang-mamaq y los sakai indonesios, otros individuos señalados en las islas Bangka y Belitung, en los pequeños archipiélagos del O. de Sumatra, en Sulawesi (toala, baloan, loinang, etc.), en Borneo e incluso en Java, considerados como "malasios primitivos". Los toala, descubiertos en el año 1902 por Paul y Fritz Sarasin al S. de la península de Makasar, habitaban en grutas. Pequeños grupos afines se encuentran todavía en las Filipinas. Los tasaday, 24 individuos en total (10 hombres, 5 mujeres y 9 niños, en su mayoría varones), descubiertos en el año 1971 por Manuel Elizalde jr., encargado gubernativo de las minorías étnicas de las Filipinas, por indicación de un indígena ubo, en los bosques de Mindanao suroccidental (en las montañas de Tiruray, de la cordillera de Cotabato), representan el único caso conocido de hombres que viven todavía permanentemente en cavernas naturales. Se alimentan de frutos, flores, raíces y pequeños animales (renacuajos, ranas, cangrejos, pescados y larvas envueltas en hojas y asadas) y conservan formas económicas y utensilios similares a los de la Edad de la Piedra: hachas, raederas de piedra, cuchillos de bambú, azadas de madera.

Sus vecinos ubo les habían enseñado a alimentarse con pequeñas hogazas de *natok,* fécula obtenida machacando y tamizando la medula de una gran palmera, y a cazar, ven-

Dayacos ibán, del río Rajang, con el cuerpo cubierto de tatuajes. El nombre "dayacos" es colectivo y derivado del malasio "orang-dayak", que significa "hombres del interior".
(Foto Maurizio Leigheb.)



ciendo la repugnancia a matar animales como el ciervo, el jabalí y diversas especies de simios.

La indumentaria masculina se reduce a un minúsculo taparrabo vegetal, la femenina a una faldita de hojas, y la única ornamentación consiste en unos pendientes o aretes que llevan los hombres en las orejas.

Los tasaday encienden el fuego mediante el sistema de perforación: hacen girar entre sus manos una varilla de madera hasta que su extremo, al frotar sobre el orificio excavado, genera calor suficiente para encender la yesca. Por su ignorancia sobre los metales y los tejidos se limitan al empleo del bambú (para fabricar placas y recipientes para el agua) en una región en la cual es, por otra parte, muy empleado; la ausencia de la cerámica (conocida incluso por las minorías menos desarrolladas antes de la llegada de los españoles), junto con el citado empleo del bambú, son elementos que por sí solos prueban el prolongado aislamiento en que han vivido los tasaday. La escasez de mujeres ha favorecido, sin duda, la cohesión del grupo y la conservación del equilibrio que los liga con el ambiente.

En los bosques de Mindanao suroccidental existirían, según afirmaciones de los tasaday, otros dos grupos humanos prácticamente desconocidos: sanduka y los tasafang, también cazadores y recolectores.

Los punan (bukat, basap, oloh-ot, etc.), considerados como los más antiguos habitantes de Borneo, parecen haber mantenido en su conjunto cierto grado de relativa pureza racial y conservado rasgos indonesios muy arcaicos.

Son unos 50.000 cazadores y recolectores, de reducida estatura, que vagan por los extensos bosques del centro-norte de la isla y viven "en simbiosis" con los dayacos, intercambiando los productos de la selva, plumas y pieles, por arroz. Diversos grupos del alto Barito y del Mahakam practican cierta forma de sepultura en el interior de troncos de árboles. Introducen el cadáver en una cavidad que cierran con las cortezas (que separan, pero no arrancan): así lo demuestra el descubrimiento de tres cuerpos encerrados en un tronco secular en los bosques de Brunei (1933). Esta costumbre es una consecuencia directa, probablemente, del mito de considerar a los árboles como antepasados del hombre, registrado también entre los dayacos kenya, kayan y bahaus.

En las Molucas se encuentran los llamados *alfuri* ("hombres de los bosques"), que comprenden diversas tribus montañesas, heterogéneas físicamente, que muestran influencias físicas, lingüísticas y culturales australoides y papúo-melanesias, especialmente. Algunos son cazadores y recolectores y practican formas primitivas de agricultura con

En la página siguiente, las viviendas y los graneros sobre palafitos de troncos de los toragia, de las montañas de Sulawesi centro-occidental, figuran entre las más originales construcciones indonesias. Las techumbres en forma de silla de montar, constituidas por capas de cañas de bambú superpuestas y recubiertas con hojas de palmera, imitan las formas de los cascos de las embarcaciones mitológicas ("lembang") que habrían desembarcado en el golfo de Bone a los progenitores del pueblo. Las fachadas aparecen policromadas con temas blancos, amarillos y rojos de contornos negros, símbolos mitológicos (gallos y búfalos estilizados). El búfalo, que junto con el arroz representa la riqueza de aquellas gentes, es una divinidad de la religión indígena, llamada "To ara Lindo".
(Foto Maurizio Leigheb.)



El tatuaje, practicado en Borneo, en las islas Mentawai y en el N. de Luzón (pero desconocido en Sumatra, Java y Sulawesi), se ejecuta con diversas técnicas e instrumentos y con diversas finalidades: religiosas, sociales y ornamentales. En la ilustración, técnica para la pintura entre los dayacos ibán. El platillo contiene la materia colorante a base de negro de humo que, introducida bajo la piel según un dibujo determinado, permanece indeleble después de la cicatrización de la herida.
(Foto Maurizio Leigheb.)





Indígenas de Sumba, con sus vestidos tradicionales, montando pequeños caballos. El caballo fue adoptado por diversos pueblos de Filipinas y de las islas de la Sonda. (Foto Maurizio Leigheb.)

azadas. También los habitantes de otras islas indonesias del E. introducen el elemento papúe y australiano.

Con las citadas capas raciales más antiguas establecieron contactos y se mezclaron los mongoloides, cuyos movimientos migratorios se iniciaron en el mesolítico posglacial y continúan todavía con la expansión de los chinos por los archipiélagos asiáticos.

Partiendo de datos antropológicos y etnológicos, F. E. von Eickstedt, Sarasin y R. von Heine-Geldern han propuesto la distinción más aceptada de los pueblos malasios en general. Eickstedt los llamó paleomongoloides y los clasificó en diversas formas locales. Sarasin reconoció dos grupos principales, emigrados desde Asia continental en sucesivas oleadas: los protomalasios, difundidos actualmente sobre todo en el interior de las islas, y los deuteromalasios, llegados a continuación para ocupar las zonas costeras. Heine-Geldern propuso una clasificación de los pueblos indonesios basada especialmente en la historia de las civilizaciones, distinguiendo tres capas: neomalasios, veteromalasios y malasios primitivos, los cuales no corresponden, téngase bien presente, a unidades étnicas de origen genético.

Puesto que el término "malasio" atribuido a los indonesios es rechazado por los interesados (a los cuales recuerda su odioso pasado colonial), Nevermann (1959) propuso, a su vez, clasificarlos en neo, vetero y primitivos indonesios, readaptando el esquema de Heine-Geldern, adoptado por la mayoría de los autores. Neomalasios serían los pueblos de formación más reciente (más del 90 % de la población), que sufrieron intensamente las influencias india, árabe-musulmana y cristiano-occidental; veteromalasios serían muchos pueblos de vida tribal y sedentaria "arcaicos" de las colinas y de las montañas (cuentan, en general, con millares de individuos, aunque son pocos los que llegan a los 100.000 y solamente los batacos de Sumatra llegan al millón); mientras que los malasios primitivos serían los cazadores recolectores supervivientes.

Los progresos de algunos grupos en la época moderna tan sólo modifican parcialmente la validez y utilidad de esta clasificación.

Veteromalasios son los naga, del Assam, algunos montañeses de Indochina y del Yunnan, los gayo, los alas y los batacos de Sumatra septentrional, los niaseses y los mentawaianos, las tribus de los dayacos (nombre colectivo derivado del malasio *orang-dayak,* u "hombres del interior") de Borneo, los toragia (término que significa "altiplano" o "país del interior") de Sulawesi, numerosos pueblos de las montañas de Filipinas (entre ellos los ata, bagobo, bilaan, bukidnon, mandaya, manobo y subanum de Mindanao; igorrotes bontok, kankanai y nabaloi; apayao, tinghian, ifugao, kalinga, pampanga e ilongotes de Luzón septentrional) y de Formosa (tayal, saisette, bunum, tsou, tsarisen, paiwan, piyuma, ami y yami de Botel Tobago).

Estos pueblos, antiguamente cazadores de cabezas, practican todavía en su mayoría la agricultura de la azada en terrenos forestales roturados ("ladang"), con cultivos de plantas tuberosas (como el ñame, la batata, etcétera), de frutos (durian, árbol del pan) y palmeras (especialmente el cocotero, el sagú y la nuez de areca para la preparación del betel), de mijo y, con mayor o menor extensión, de arroz (introducido más recientemente) en los campos en terrazas.



Un prolongado aislamiento permitió a los isleños de las Mentawai (al O. de Sumatra) mantener inalterada, hasta hace poco tiempo, su propia cultura. En la página anterior, un mentawaiano adornado con hojas salta durante una danza ceremonial propiciatoria, imitando el comportamiento de un animal. (Foto Maurizio Leigheb.)

Los ifugao, cultivadores de arroz, realizaron una de las obras conocidas más impresionantes de construcción de terrazas en las laderas montañosas del valle del Banque, en la Cordillera Central. Los pueblos veteromalasios crían, en general, cerdos y gallinas, y algunos utilizan el buey y el búfalo e incluso el caballo (corno en Filipinas y en las Pequeñas Islas de la Sonda). Hacen amplio uso de las bebidas fermentadas (vino de palma, cerveza de arroz y de mijo), del tabaco y del *betel*, elemento desconocido entre los mentawaianos, diversas tribus de dayacos, los igorrotes y diversas tribus de Formosa, y que no parece pertenecer a los más antiguos componentes de la cultura de Indonesia. Su indumentaria es muy variada. Desde los elementales taparrabos, las falditas y los vestidos "primitivos" confeccionados con vegetales (cortezas de árboles, fibras, rotang, hojas de palmera, helechos, hierbas, etc.), hasta los de algodón importado de la India y elaborado con telares manuales horizontales, con variadísimas formas de cubrecabezas (de plumas, pieles, crines, cabellos humanos, etc.), y accesorios, cascos, corazas y ornamentos ceremoniales religiosos y guerreros, confeccionados con diversos productos animales y vegetales. Utilizan armas de fuego y armas blancas (puñales, kris, espadas, sables, etc.), el arco sencillo o la cerbatana y el escudo (que puede ser de diversas formas y materiales, sobre todo de madera y piel, decorado con temas simbólicos policromados). El uso de la cerbatana es aún habitual entre diversas minorías de Sumatra, de las Pequeñas Islas de la Sonda, de Filipinas y de Sulawesi, pero sobre todo entre los punan y algunos dayacos de Borneo. Los minúsculos dardos, conservados en apropiadas aljabas, están envenenados con el *ipoh*.

Muchos de los elementos característicos



En las islas Mentawai las comunicaciones entre las aldeas suelen hacerse por mar, utilizando piraguas hechas con un tronco de árbol vaciado. Las concepciones religiosas de los indígenas comportan diversos períodos tabú, de clan y de familia, llamados respectivamente "punen" y "lia", acompañados por una serie de prohibiciones y restricciones que regulan y condicionan la vida de los indígenas, paralizando incluso durante largas etapas todas las actividades productivas. En la ilustración, un mentawaiano con arco y flecha envenenada remontando un curso de agua en Sipora. (Foto Maurizio Leigheb.)



En la página anterior, mujeres batacas del lago Toba. Los batacos, cultivadores de arroz y ganaderos de Sumatra septentrional, constituyen el pueblo veteromalasio más importante numéricamente, y uno de los más activos y evolucionados de la zona indonesia. (Foto Maurizio Leigheb.)



La formación insular de Indonesia y los resultados de diversas alteraciones naturales (regresión de los mares, grandes movimientos tectónicos y erupciones volcánicas) regularon el flujo de sus antiguos pobladores. En la ilustración, la región del volcán Bromo (Java suroriental), en la cual viven los tengger, últimos supervivientes del reino de Majapahit. (Foto Transworld-Black Star.)

de la cultura tradicional están irregularmente distribuidos en la zona habitada por los indonesios, a veces caídos en desuso o en decadencia y sustituidos por otros de reciente introducción, o bien solamente exhibidos en ocasiones rituales, en fiestas tribales o nacionales. El tatuaje por punción, aunque en decadencia, se practica todavía en el interior de Borneo, entre los mentawai y entre diversas tribus montañesas de Luzón, mientras que falta en Sumatra, Java y Sulawasi. Entre los mentawai es de tipo lineal; generalmente iniciado con la pubertad, debe terminarse con tiempo para el matrimonio y puede servir para sustituir el vestido y como contraseña territorial. Entre los dayacos kenya y kayan cubre las manos, las piernas y parte de los antebrazos de las mujeres con finísimos dibujos. Entre los dayacos ibán es una prerrogativa masculina realizada con la ayuda de plantillas apoyadas en la piel o empleando moldes de madera en forma de estrellas, perros, escorpiones o dragones estilizados.

Estos dibujos tienen el aspecto de grandes manchas negro-azuladas de contornos acusados, realizadas en números impares para evitar influencias malignas. La técnica para la punción consiste en atravesar la piel con una aguja o una espina, a veces fijada en el extremo de un palillo, sobre el cual se golpea con un pequeño martillo o una espátula de madera, y con el que se ejecuta un determinado dibujo. Obtenida la grabación deseada, se introduce en ella el material colorante, hecho a base de negro de humo, indeleble cuando la piel cicatriza. Las finalidades perseguidas con la práctica del tatuaje son múltiples: terapéuticas, mágico-apotrópicas (es decir, capaces de proteger el cuerpo contra las influencias malignas), decorativas, sociales o de iniciación. La forma, la disposición de los dibujos y las partes del cuerpo en que se realizan pueden tener significados precisos: indicadoras del rango del individuo, de sus empresas venatorias o guerreras y de sus afiliaciones heráldicas o totémicas.



En la página anterior, viviendas-embarcaciones en el río Musi, cerca de Palembang. En algunas islas, casi carentes de comunicaciones terrestres, los ríos representan arterias vitales para llegar a las zonas interiores más aisladas. (Foto Maurizio Leigheb.)

Introducidos también motivos decorativos "profanos" y venidos a menos sus significados más profundos y mágicos, relacionados con la representación simbólica de las divinidades, ha permanecido sin embargo el componente estético y social. El dayaco que muestra el dorso de la mano tatuado se comporta como un hombre valeroso y regresa a su aldea con la cabeza de un enemigo como trofeo. En este caso el tatuaje es un signo de honor; pero más frecuentemente se practica durante los ritos de iniciciación, indicándose con ello el paso de la adolescencia a la edad adulta y un índice de madurez social y sexual. La más antigua organización tribal de los pueblos veteromalasios es el clan exogámico, especialmente en las zonas marginales de Indonesia, Sumatra, Molucas, islas surorientales y en Formosa, mientras que en Borneo es puramente territorial, sin normas especiales que regulen la unión, salvo en cuanto a la prohibición del incesto. Los clanes son frecuentemente patrilineales (como entre los niaseses meridionales, los gayo, alas y batacos, los habitantes de las Molucas y de los archipiélagos orientales de Indonesia) con evidentes trazas de totemismo. Pero no faltan formas matriarcales y divisiones en clases matrimoniales. Existe una división en clases por edades, que prevé ritos de paso, observada sobre todo entre los dayacos.

Las viviendas tradicionales de los pueblos veteromalasios son casi siempre de forma cuadrangular, con la techumbre cubierta de palma, hierbas y cañas de bambú dispuesta a dos vertientes (batacos, niaseses, mentawaianos, dayacos, igorrotes, etc.) o bien en forma de silla de montar (toragia). La forma de la cubierta, la decoración policroma y las esculturas imitan, a veces, el casco de embarcaciones o los cuernos de los búfalos (niaseses, batacos, toragia), y representan a menudo símbolos mitológicos más o menos estilizados. Junto con las viviendas existen casas comunales (como, p. ej., los *sopo* de los batacos), casas para huéspedes, para los jefes y de ceremonia, fúnebres, almacenes y, más raramente, casas para solteros. Donde se ha mantenido la estructura social comunitaria, se construyen grandes viviendas para hospedar a la "gran familia", como la *uma* de los mentawaianos y la *casa larga* colectiva sobre palafitos de los dayacos, que puede llegar a los 300 m de longitud y hospedar a muchas familias (entre 5 y 50).

La cultura de Bali se basa en las actividades agrícolas y artísticas relacionadas con sus concepciones brahmánicas y el culto a los antepasados. Numerosas actividades artísticas (arquitectura, escultura, pintura, teatro, danza), y valiosas formas de artesanía, se han desarrollado de forma extraordinaria y duradera al servicio de la vida social y religiosa que regula todas las acciones humanas. En la ilustración, un artesano de Ubud tallando un colmillo de elefante. (Foto Maurizio Leigheb.)





En la página anterior, danzarina con adornos de flores y maquillada para el teatro.
(Foto Maurizio Leigheb.)



El "keciak", drama danzado de Bali, de gran efecto escénico, representa episodios tomados del poema épico "Rāmāyana", cuyo héroe, asaltado por el demonio, es liberado por un ejército de simios.
(Foto Folco Quilici.)

Consta de una galería cubierta por una techumbre inclinada y dividida en dos secciones: una anterior, preparada como mirador común, donde los habitantes pasan las horas de descanso de sus labores agrícolas o de caza, y otra posterior, que comprende una serie de departamentos ocupados cada uno de ellos por un núcleo familiar. Por el exterior corre una especie de plataforma de bambú con funciones de era.

Las culturas veteromalasias desarrollaron en el archipiélago indonesio una sugestiva arquitectura en madera, cuyos ejemplos más originales pueden observarse en Sulawesi, Nias, Sumatra, Flores y Timor, donde algunas viviendas, aunque construidas respetando los cánones tradicionales, muestran una notable funcionalidad y un elevado resultado estético, social y religioso. En Indonesia (Sumatra, Sulawesi, etc.) existen monumentos de piedra de diversas épocas que testifican una floreciente y extensa actividad megalítica, que en algunos casos no se ha extinguido todavía.

En la isla de Nias la erección de megalitos de diversas dimensiones (menhires, dólmenes, asientos para los espíritus de los antepasados, altares para los sacrificios, estelas, etc.) señalaba momentos varios de la vida social y religiosa (especialmente las fiestas llamadas de rango y de mérito). Las piedras para labrar se transportaban en deslizadores especiales de troncos, trasladados a fuerza de brazos a través de territorios accidentados, conforme a un ritual que comprendía diversas fases y fiestas, según testimonio de E.E.W. Gs. Schröder (1917), autor de una de las más completas investigaciones sobre la civilización niasesa. La localidad meridional de Bawomatalwo ("montaña de sol") posee el más rico conjunto megalítico y arquitectónico de la isla.

En la página anterior, panorámicas del ambiente agrícola de llanura en que viven los pueblos neomalasios: arriba, en Atjeh (Sumatra) el bosque cede gradualmente el terreno a los arrozales; abajo, hombres y búfalos trabajando en la provincia de Rizal, en Luzón. (Foto Maurizio Leigheb.)

Los conocimientos relativos a la religión animista de los pueblos veteromalayos de Indonesia, a veces considerables, pero otras veces limitados, se basan en gran parte en observaciones o en estudios realizados por diversos autores, especialmente misioneros cristianos, funcionarios y etnólogos holandeses, que revelan complicadas mitologías cosmogónicas. Las creencias religiosas sincréticas contemplan un panteón abundante en divinidades, dando origen al culto a los antepasados, a la naturaleza y a grandiosos rituales funerarios comparables, por su duración y solemnidad, a los de Bali. Una clase de sacerdotes y sacerdotisas desarrolla a veces incluso funciones adivinatorias y mágico-terapéuticas, mientras que las ofrendas, sacrificios y danzas, incluso mascaradas, tienen lugar en los momentos culminantes de las ceremonias públicas y religiosas.

Hasta hace pocos años, entre los dayacos, transcurrido algún tiempo tras la muerte de un cónyuge, se celebraba una gran ceremonia fúnebre (llamada *tiwah* por los ngagiu) para acompañar el alma hasta el más allá. Entre los toragia meridionales, a la muerte de un *puang,* descendiente de un antepasado de sangre noble o miembro de una familia aristocrática rural (en la cúspide de la antigua ordenación feudal), tienen lugar ceremonias fúnebres divididas en diversas fases, que pueden prolongarse durante meses y celebrarse con varios años de intervalo entre unas y otras. El ritual, largo y complicado, alterna hieráticas danzas femeninas con sacrificios de búfalos y cerdos, juegos y competiciones deportivas con banquetes, procesiones y cortejos nocturnos con antorchas, en los cuales participan unidos los amigos del difunto y cierto número de huéspedes y forasteros procedentes de las aldeas cercanas o lejanas. Los despojos mortales del *puang* son izados después a la cumbre de una peña y se entierran en las tumbas de la familia, excavadas en la roca o en cavernas naturales, después de exponerlos durante algún tiempo en sarcófagos en forma de viviendas en miniatura.

Se esculpe en madera el retrato, a tamaño natural, del muerto, vestido con ornamentos y objetos similares a los que poseía en vida, y se expone esta máscara *(tau-tau)* como objeto de culto en unos balcones construidos en el exterior de las tumbas excavadas en la roca.

Las concepciones religiosas de los pueblos indonesios presentan no pocos elementos en común: son evidentes, por ejemplo, las cone-



En el ambiente tropical sometido al régimen de los monzones crece una exuberante vegetación y abundan los cursos de agua procedente de la lluvia. En la ilustración, una canoa remonta el río Pagsanjan, en el sur de la isla de Luzón. (Foto Maurizio Leigheb.)



En la página anterior, mezquita junto al lago Lanao (isla de Mindanao) frecuentada por la población maranao. Las islas Sulu y Mindanao representan los límites de la propagación del Islam en Oriente. Antiguamente también Borneo y las Molucas eran activos centros de la religión musulmana.
(Foto Maurizio Leigheb.)

xiones mitológicas y culturales entre las de los dayacos-ngagiu (profundizadas por el suizo Shärer), las de los batacos toba (estudiadas por Tobing y otros) y las de los niaseses. Las mismas revelan evidentes influencias hindu-javanesas (sufridas a partir del I milenio d. de J.C.), islámicas (durante los siglos XV y XVI) y, casi en todas partes, cristianas. Generalmente se centran en el concepto de un principio creador, resultante de la interacción de dos fuerzas opuestas que el ciclo vital del hombre imita en sus transformaciones y que se manifiesta a través de diversos fenómenos naturales. La creación se concibe como una lucha sagrada entre dos dioses supremos (que toman diversos nombres según las localidades) y que pueden manifestarse a los hombres con aspecto de animales (p. ej., bajo el aspecto del bucero, especie de tucán con un apéndice córneo sobre el pico, y de la serpiente de agua), entre el Mundo Superior y el Inferior, entre el Bien y el Mal, entre los espíritus benignos y los malignos. Algunos de los numerosos espíritus dotados de diversos poderes actúan como intermediarios entre el pueblo y los dioses, dispensando beneficios y maleficios y condicionando la vida espiritual de las tribus.

El dualismo cósmico y el antagonismo entre las divinidades, a causa de la profunda integración entre las visiones del universo y del mundo humano y sobrehumano, se reflejan en el ordenamiento social y en la vida religiosa, sobre todo en los *ritos de pasaje* celebrados con ocasión de los nacimientos, imposición de nombres, iniciaciones, matrimonios y defunciones. Por otra parte, inspiran también el modo de construir las viviendas, de elegir la localización y la orientación de las aldeas, de confeccionar los vestidos y los ornamentos y de fabricar las armas y los utensilios.

Los pueblos neomalasios, que han desarrollado una civilización superior, son, según Heine-Geldern, los pueblos cultos de la isla de Sumatra (acineses o atyeh, menangkabau lampong), de las islas de Java y Madura (sudaneses, javaneses y madureses, a excepción de las tribus montañesas de los badui u orang-kaueké del Kendang y de los tengger de la región del volcán Bromo, considerados como los últimos supervivientes del reino de Majapahit, que conservan una antigua religión de origen hindú y poseen una cultura inferior); además de los balineses, bughineses y macassareses islamizados, del sur de Sulawesi, a los que los Sarasin suponen toragias más progresados bajo el influjo del Islām, y los grupos, más evolucionados, de las Filipinas (tagalog, bisayan, bikol, ilokano, "moros", etc.).

Las civilizaciones neomalasias sufrieron profundas influencias de las culturas superiores asiáticas, sobre todo de la india, china y árabe, y de las europeas. Hacia principios de nuestra era la colonización india introdujo el budismo, primero en su forma meridional (hinayana) y después en la septentrional (mahayana), y el hinduismo, que dejaron importantes huellas en la religión autóctona y dieron origen a una notable producción artística, de la que quedan brillantes ejemplos arquitectónicos en Java, sobre todo en las zonas central y oriental.



El islamismo, introducido en Asia suroriental y en los archipiélagos procedente de la India (Gujarat), primero pacíficamente y después por las armas, motivó la caída de los antiguos Estados hinduistas, aglutinando a la población rural contra la aristocracia e influyendo profundamente en todos los aspectos de la cultura material y espiritual. En la ilustración, mujeres musulmanas en oración en la gran mezquita de Kuching, en Sarawak.
(Foto Maurizio Leigheb.)

Muchachas filipinas con sus cabellos recogidos en moños y la tradicional camisa de anchas mangas, de origen español. (Foto Maurizio Leigheb.)





Un ifugao labra en madera las imágenes tradicionales de los antepasados. Los numerosos pueblos montañeses de Luzón, en gran parte evangelizados, conservan creencias animistas y diversos elementos arcaicos de la cultura indonesia.
(Foto Maurizio Leigheb.)

El más famoso de todos es el Borobudur (primera mitad del siglo IX), gigantesco templo funerario *(candi)* en forma de pirámide escalonada que representa la realización en piedra de la visión del mundo budista mahayana, con 130 paneles en bajorrelieve dedicados a las vicisitudes de la vida de Buda, y el complejo de los templos de Prambanan (915), dedicado al culto hindú de Siva.

Aparecieron diversos Estados, los más poderosos en Sumatra (Shrivijaya) y en Java (Majapahit); pero, lo mismo que las religiones importadas, tuvieron que someterse a la conquista islámica. El Islām procedía también de la India (Gujarat), y su principal centro de difusión hasta el año 1400 fue la ciudad comercial de Malaca. A la penetración pacífica siguió la ocupación armada, causante de la caída de los Estados hinduistas, encontrando el apoyo de las gentes de los poblados contra la aristocracia javanesa y dando lugar a la formación de diversos sultanatos islámicos incluso en las islas más periféricas, en Borneo, las Molucas y Filipinas. A la intensa corriente chiíta sucedió, a partir del siglo XVII, la sunnita. Un papel importante como propagadores del Islām representaron los árabes procedentes del Hadramaut (Yemen meridional) que, desposándose con mujeres locales, contribuyeron a modificar el cuadro racial. La influencia islámica fue en todo momento la más señalada, afectando a casi todos los aspectos de la cultura material y espiritual (religión, arte, literatura, escritura, lengua, artesanado, etc.), mientras que la europea, iniciada en el siglo XVI, abrió el camino para la difusión del cristianismo.

Los acineses de Sumatra septentrional, muy islamizados, desarrollaron un importante papel político durante los siglos XVI y XVII, y fueron los últimos indonesios en caer bajo la dominación holandesa. También los menangkabau de Sumatra occidental, residuo independiente de uno de los reinos javaneses hinduizados, alcanzaron antiguamente notable importancia política e histórico-cultural. Aunque musulmanes, mantuvieron su vieja organización matriarcal. La gran familia materna tradicional está dirigida por el hermano mayor de la mujer más vieja, posee su propia casa (con la característica techumbre en forma de cuerno de búfalo) y sus propios campos. Cada núcleo familiar (compuesto por una madre y sus hijos) ocupa una habitación separada.

Cierto número de familias matriarcales que habitan en un mismo lugar forman un clan *(suku),* dirigido por uno de los parientes masculinos de la mujer de mayor edad.

En la página anterior, palafitos en el mar de Sulu (arriba) y a lo largo de la costa de Tawitawi (abajo), habitados por poblaciones parcialmente islamizadas, los bagiao y los samal (pertenecientes al grupo "orang-laut"), que obtienen del mar casi todo lo necesario para vivir. (Foto Maurizio Leigheb.)



Piraguas con batangas y velas multicolores, usuales en el archipiélago de las Sulu y en las costas occidentales de Mindanao entre las poblaciones musulmanas (llamadas "moros" por los españoles), dedicadas, antiguamente, a actividades de piratería. (Foto Maurizio Leigheb.)

Los jefes de los clanes forman el consejo de la localidad, que se reúne en construcciones apropiadas.

Originariamente los *suku* eran solamente cuatro; dos *suku* formaban un *lara* (la tribu estaba, por tanto, dividida en dos clases matrimoniales). El matrimonio está regulado por la exogamia de clan. La familia de la esposa afronta los gastos de la boda y provee la dote. El esposo durante el día no puede entrar en la habitación en la cual trabajan las mujeres y durante la noche puede ir a dormir a la casa de la mujer o a la del consejo. Paga el alimento que consume, a menudo no come con su mujer y recibe los vestidos de las mujeres de su clan.

El marido es prácticamente un hombre que recibe un pago por sus prestaciones nocturnas y por engendrar hijos, los cuales, en caso de divorcio, permanecen con su madre y llevan su nombre.

Los habitantes de la isla de Bali desarrollaron, y en parte conservan, una original forma de civilización, dominada por una concepción religiosa que funde creencias animistas "primitivas" con el hinduismo y el budismo.

Más o menos mediatizada por los modelos de vida y los productos extranjeros, la cultura tradicional se basa esencialmente en las actividades agrícolas y en las artísticas relacionadas con las concepciones brahmánicas y el culto de los antepasados.

El hinduismo, que en la isla de Java sucumbió ante la expansión del Islām, en Bali, donde había sido introducido por algunos inmigrados, se conservó durante centenares de años. Junto a la tríada de Brahma, Siva y Visnú, principal manifestación del único Ser Supremo, Ida Sang Hyang Widhi Wasa, son innumerables los espíritus tutelares de la naturaleza, de las montañas, de los mares y de los ríos, y cualquier fase del ciclo vital y cósmico requiere la intervención de divinidades que protejan a los hombres de los malos espíritus.

Esta concepción religiosa comporta toda una serie de ceremonias animistas, algunas sencillas y otras complicadas: ofrendas, purificaciones, fiestas, procesiones, danzas y ritos fúnebres, entre ellos las cremaciones, especialmente suntuosas cuando se celebran para difuntos de casta elevada, cuyo cadáver se coloca en torres de madera de hasta 20 m de altura *(bade)*.

Actividades artísticas como la arquitectura de los templos, la escultura, la pintura, el teatro, la danza y la artesanía están extraordinariamente desarrolladas y puestas, hasta en sus más pequeños detalles, al servicio de la vida social y religiosa que informa todos los actos humanos.

En el archipiélago de las Sulu (página anterior, arriba) viven grupos de nómadas del mar, los bagiao (abajo), que utilizan como habitáculo piraguas con batangas que disponen de un espacio mantenido al abrigo por cubiertas de ramas. Viven en condiciones de inferioridad social y de precaria adaptación a las condiciones ambientales. (Foto Maurizio Leigheb.)

Esquimales

El nombre de esquimal, empleado por los europeos, es un derivado del término *uiyaskimowok,* que en el dialecto hablado por los algonquinos significa "comedores de carne cruda". Los esquimales se llaman a sí mismos *inuit,* es decir, "hombres", o bien adoptan el nombre de su propio poblado, con la adición a veces del sufijo *miut* (p. ej., *konagmiut* = gente de la isla Kodiak).

Según los datos recopilados por Coon en el año 1971, hay cerca de 54.000 esquimales, de los cuales 25.000 se encuentran en Groenlandia (aunque no todos son "puros"), 16.000 en Alaska, 11.000 en Canadá, 400 en la isla de San Lorenzo y 1.300 en Siberia, en la península de Chukotka (datos de 1927).


Están asentados sobre todo en las zonas costeras de Alaska y de Canadá septentrional, en la península de Kenai, en la isla Kodiak, en poblados de las costas occidentales de Alaska, en la península del Labrador, en la Tierra de Baffin y en las costas occidentales de Groenlandia; algunos grupos viven como nómadas entre el valle del bajo Mackenzie y la costa occidental de la bahía de Hudson. La mayor parte conviven con los europeos del Círculo Polar Ártico.

Los esquimales representan un impresionante caso de adaptación fisiológica al clima de las regiones árticas. Según los estudios realizados por Brown y Page (1953), sus manos, cuando se introducen en el agua gélida, acusan un notable aumento del flujo sanguíneo. Los científicos coinciden en admitir que sus caracteres físicos y óseos son mongoloides, aunque modificados y especializados: en efecto, los esquimales tienen la piel amarillenta muy clara (salvo en las partes del cuerpo expuestas a la luz reflejada por la nieve y el hielo), cabellos negros rígidos e hirsutos, escasa vellosidad, ojos negros con pliegue mongólico bastante acusado, horizontal en los hombres y más oblicuo en las mujeres, estatura mediana o baja (unos 157 cm en los varones), cuerpo ancho y fornido, cabeza gruesa, tronco largo, extremidades cortas, tórax ancho y profundo, manos y pies pequeños.





A la izquierda, muchacha esquimal de la costa oriental de Groenlandia; a la derecha, cazador de la Tierra de Baffin. (Foto Charles Lénars, Giorgio Gualco.)





Sus caracteres físicos más destacados son los del rostro: carrillos llenos y pómulos salientes, grandes mandíbulas, dientes anchos y nariz pequeña con dorso poco desarrollado.

Incluso desde el punto de vista genético difieren de los indios americanos, sobre todo por la presencia del grupo sanguíneo B.

Su gradual adaptación al clima ártico produjo las modificaciones físicas que se encuentran en la mayoría de los individuos, como el estrechamiento de los huesos nasales, el encrespamiento de las cejas y el color muy claro de su piel, mientras que el régimen alimenticio desarrolló los músculos de la masticación y la forma y la extensión de las mandíbulas. Los esquimales serían los descendientes de pueblos de procedencia asiática, quizá la última oleada racial llegada a América desde Asia septentrional a través del estrecho de Bering, siguiendo las migraciones de los renos. Antiguamente Siberia estaba habitada por poblaciones protoesquimoides, de las cuales, según diversos científicos, derivarían tanto los cazadores del magdaleniense europeo como los esquimales. Éstos, aprovechando su singular adaptación fisiológica y cultural a condiciones de vida prácticamente similares a las del lugar de procedencia, penetraron en el nuevo continente por el extremo noroccidental de Alaska, o quizás a través del cordón insular de las Aleutianas, y se desparramaron por las llanuras a lo largo de las Montañas Rocosas. Enfrentados con las poderosas tribus de "pieles rojas" (emigradas anteriormente de Asia) fueron empujados lenta, pero inexorablemente, hacia el Norte y el Este, hasta verse obligados a estacionarse a lo largo de las costas del Ártico y de la bahía de Hudson, donde se convirtieron en cazadores de focas y pescadores. Con sus *kayak,* embarcaciones de piel de foca, y los trineos arrastrados por perros se esparcieron por las islas del archipiélago ártico canadiense, especialmente por la Tierra de Baffin, donde establecieron algunos de sus mayores asentamientos, desarrollando en ellos una cultura neoesquimal.

Desde la Tierra de Baffin y la isla Ellesmere alcanzaron finalmente Groenlandia, descendieron a lo largo de sus costas occidentales y remontaron las orientales, actualmente abandonadas. Los grupos esquimales que viven en la Unión Soviética habrían retrocedido, por el contrario, desde Norteamérica. En Asia la antigua cultura subártica de los cazadores de renos decayó por el influjo de civilizaciones más recientes y adelantadas, mientras que en los bosques boreales norteamericanos se mantuvo casi intacta hasta la llegada de los europeos. Aquí la cultura esquimal alcanzó su completo desarrollo a través de una progresiva adaptación, con la ayuda de las innovaciones locales y de aportaciones exteriores; pero en los últimos años ha entrado en decadencia.

Panorámica de la desolada tundra ártica en la península de Alaska. (Foto Nino Cirani.)

Los esquimales parecen descender de pueblos cazadores y pescadores "primitivos", de procedencia asiática, quizá la última oleada de mongoloides llegados de Siberia a través del estrecho de Bering, siguiendo las migraciones de los renos. En la página anterior, muchacha esquimal con los "mukluk" blancos, de foca, en las piernas, que distinguen a las mujeres solteras. (Foto Charles Lénars.)



En la página anterior, un avión de reconocimiento sobrevolando un iceberg a la deriva en el océano Glaciar Artico. El control estratégico del Artico y la exploración de sus riquezas minerales ha desencadenado la rivalidad entre las grandes potencias, que reivindican su posesión.
(Foto Transworld-Black Star.)

Los hombres de estas poblaciones esquimales eran tradicionalmente (y gran número de ellos siguen siéndolo todavía) cazadores y pescadores "inferiores".

Su existencia transcurría siguiendo el ritmo del clima y de las estaciones; alternando los períodos de caza de los animales terrestres y mamíferos marinos con los de pesca costera y fluvial; repitiendo anualmente el ciclo estacional de los trabajos, y alternando una etapa sedentaria más o menos prolongada con otra de nomadismo venatorio. Durante el largo invierno los cazadores excavaban agujeros en el hielo que les permitían cazar las focas cuando éstas emergían para respirar, ocasión propicia para clavarles el arpón, instrumento modélico de la técnica "primitiva". El arpón consta de un asta de madera y una pieza de marfil dotada de una punta móvil de pizarra o de hierro, con espolón o con dientes de sujeción laterales, que, una vez alcanzada la presa, se separan y quedan alojados en la víctima. Un largo cable de retención enlaza la cabeza del arpón con el asta y termina en un rollo que el cazador sostiene en la mano. La presa alcanzada huye, arrastrando consigo la punta del arpón y el cable, mientras que el asta y la pieza de marfil quedan flotando. El cazador desenrolla el cable y sigue a la víctima a bordo de su *kayak,* o bien ata el extremo de aquél a un flotador de piel hinchada y deja que el animal herido lo arrastre hasta el límite de sus fuerzas. Para vencer la desconfianza de las focas los esquimales imitan con un rascador el ruido de las aletas sobre el hielo, antes de apostarse inmóviles cerca del orificio de respiración oculto por una capa de nieve. Cuando los animales permanecen sobre la banquisa, o en las orillas del hielo, los cazadores se acercan furtivamente en trineo, ocultándose tras una especie de pantalla blanca. Hacia marzo puede cazarse entre los témpanos o en mar abierto, donde se reúnen en manadas para gozar del sol. Las focas, manatíes y otros pinnípedos alcanzados por los arpones se rematan después con lanzas.

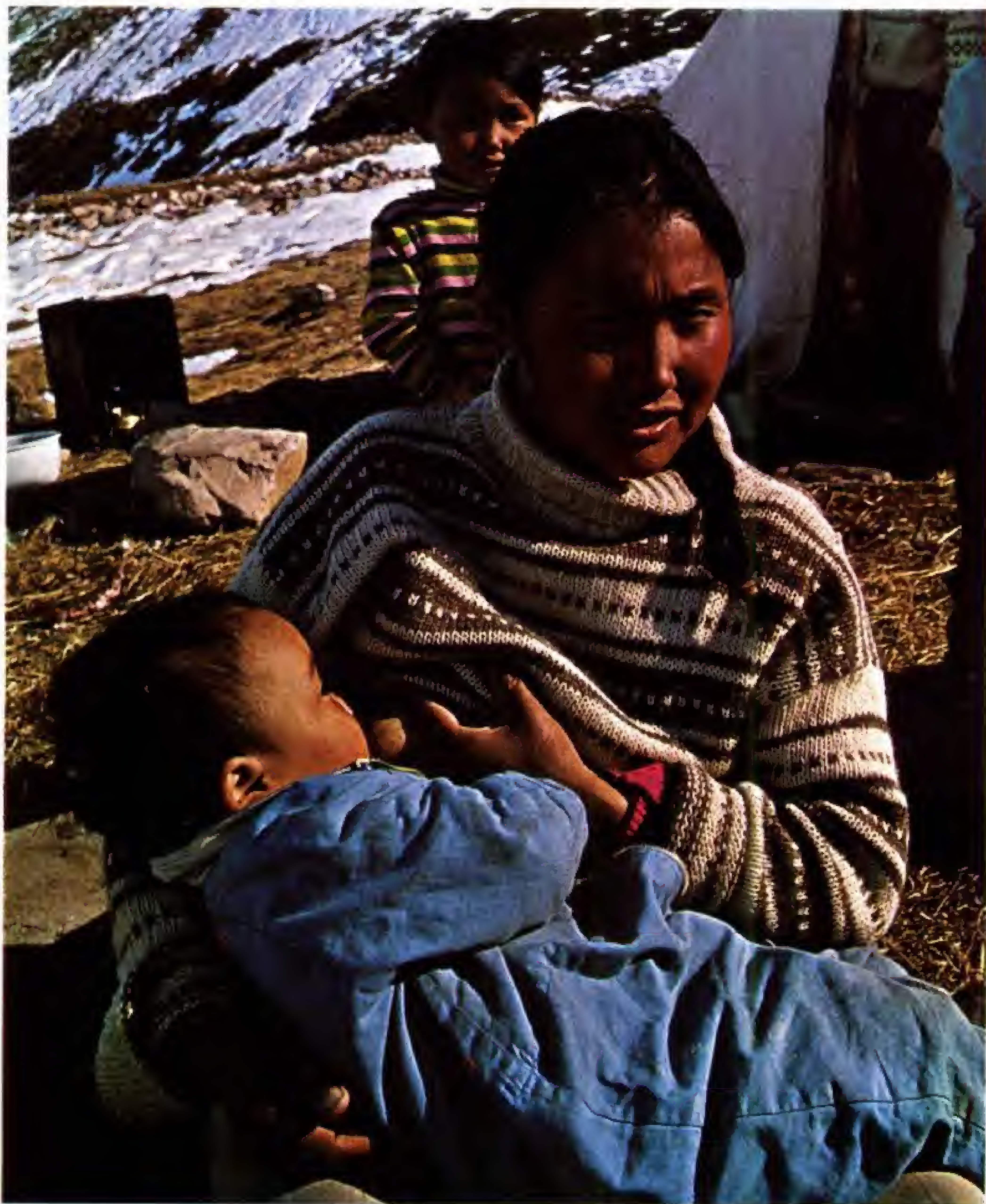
Los medios de transporte tradicionales de los esquimales son el "kayak", el "umiak", las raquetas para caminar por la nieve y el trineo de madera arrastrado por perros (en la ilustración), actualmente sustituido gradualmente por vehículos motorizados. El trineo permite alcanzar grandes distancias, aprovechando la congelación de la banquisa y deslizándose sobre la superficie de la tundra.
(Foto I.C.P.)



A lo largo de la costa occidental de Groenlandia, durante la época del deshielo, después del invierno ártico, los icebergs flotan y se deshacen en las aguas cerca de las viviendas.
(Foto Giorgio Gualco.)



Cuando se inicia el deshielo, hacia el mes de mayo, abunda la caza marítima, incluso pequeños y grandes cetáceos, como el delfín, el narval, la ballena franca y el cachalote, que a veces remontan la desembocadura del Mackenzie, la bahía de Hudson y el estrecho de Davis, hasta el estrecho de Smith. Durante la primavera los esquimales cazan el oso blanco y el buey almizclero (que actualmente han disminuido mucho de número), abatiéndolos antaño con flechas y actualmente con modernos fusiles. Durante el verano las presas son los caribúes y los renos salvajes que en grandes manadas emigran hacia el Norte, en busca de los pastos de la tundra. Antiguamente, los acosaban hasta empujarlos a regiones pantanosas, valles estechos, lagos y ríos, donde se apostaban expertos tiradores de arco y de lanza. De todas las actividades venatorias practicadas por los esquimales, la más antigua es la caza del reno, anterior a su adaptación a la vida costera y a la caza de los mamíferos marinos, mientras que la domesticación de los animales fue introducida por los europeos. La caza de grandes animales se completaba con la de mamíferos menores, como el lobo, el zorro u otros animales de pieles preciadas, así como de aves acuáticas, capturadas con lazos y trampas. Cuando los salmones descendían por las aguas fluviales hacia el mar, se iniciaba su pesca con redes importadas del Sur. En la estación más benigna las mujeres recogían moluscos, crustáceos, hierbas y gusanos comestibles. La caza y la pesca, que antiguamente representaban las principales actividades de los esquimales, están perdiendo su importancia por la reducción de las especies animales y la disminución de la demanda de productos como las pieles, la carne y las grasas, en relación con la transformación del sistema de vida. Los esquimales construían diversos tipos de viviendas tradicionales (sustituidas hoy, casi en todas partes, por barracas y pequeñas viviendas de madera) que presentaban diferentes formas según las tribus, las estaciones y la región, y que generalmente se agrupaban en aldeas. La más conocida era la vivienda esférica de hielo, con cúpula y planta circular *(iglú)*, típica de los esquimales del centro, y que solamente perdura en algunas localidades del Canadá septentrional. Están construidas con bloques de hielo dispuestos verticalmente siguiendo una espiral que se estrecha hacia arriba hasta terminar en un orificio de ventilación. Para entrar en ellas se utiliza una abertura inferior en arco a través de un breve corredor de nieve. En la pared del frente se encuentra una ventanita protegida por una delgada placa de hielo y pedazos de intestino de foca cosidos. Dos hombres expertos pueden conseguir construirla en un par de horas, colocándose uno en el interior y el otro en el exterior. Como vivienda fija invernal los esquimales construyen casas más complejas y más amplias que pueden hospedar varias familias y comprender diversas habitaciones, dispuestas alrededor de un espacio central o alineadas una tras otra, y de incluso 4 m de altura y 5 m de profundidad. Para forrar las paredes y confeccionar los sacos de dormir (que pueden albergar familias enteras) emplean pieles de reno. Las pieles de las paredes y el empleo de lámparas de sebo con mechas de musgo empapadas de grasa de foca elevan la temperatura del interior hasta los 20° C, con lo cual los habitantes pueden despojarse incluso de su indumentaria.



Mujer de Siorapaluk amamantando a su hijo. (Foto I.C.P.)

El alto soporte en el que se coloca el "kayak" tiene como misión protegerlo de los perros. El "kayak" es una tradicional embarcación individual, con el armazón revestido de piel de foca, utilizada sobre todo para la caza. (Foto Giorgio Gualco.)



Un cazador prepara su "kayak" para la caza de focas (arriba), mientras otro repara su arpón (abajo), un arma de técnica primitiva.
(Foto Giorgio Gualco, I.C.P.)





La lámpara de sebo (donde todavía está en uso) puede servir para la iluminación y para cocinar los alimentos, que se consumen casi siempre cocidos a pesar del significado del nombre de "esquimales". La vivienda más antigua y típica es la semisubterránea, de planta circular, elíptica o cuadrangular, con cubierta de cúpula y construida con costillas de ballena o con los restos de madera que el mar transporta hasta las costas. El recubrimiento de la estructura se hace con capas de musgo y terrones de barro, pieles y nieve. Cuando empieza el deshielo las viviendas de hielo se sustituyen por las tiendas, susceptibles de un fácil transporte durante las migraciones en busca de caza. Se trata de los clásicos armazones de estacas dispuestas en forma de cono, unidas por sus extremos superiores y cubiertas con pieles de foca o de caribú. La abertura de entrada se obtiene levantando una de las pieles, de manera que quede separada formando una especie de avance de la tienda.

Los medios de transporte utilizados por los esquimales son el *kayak*, el *umiak*, el trineo arrastrado por perros y las raquetas para caminar por la nieve. El *kayak* es una especie de pequeña canoa monoplaza con el bastidor recubierto con pieles de foca muy tensas, y se emplea principalmente para la caza. El cazador se introduce en la canoa a través de una abertura circular y permanece sentado; para evitar mojarse fija su vestimenta impermeable a la embarcación mediante correas, y mantiene al alcance de la mano el remo de dos palas y los utensilios necesarios. El *umiak* es una barca de pieles que algunos grupos reservan para las mujeres y emplean para la caza de las ballenas (en Alaska y en las costas de Groenlandia y del Labrador). El trineo de madera arrastrado por perros permite recorrer grandes distancias, aprovechando la congelación de la banquisa o también deslizándose sobre la elástica superficie de la tundra. Actualmente, el trineo parece destinado a desaparecer ante la eficacia del avión, los vehículos de cadenas y los trineos motorizados, así como el *kayak* tiende a sustituirse por las embarcaciones con motores fuera borda. Los perros esquimales para trineo *(huskies),* sujetos por largas correas y distribuidos en forma de abanico, son animales muy fuertes y resistentes de probable origen siberiano, resultado de cruces seculares y prolongados adiestramientos. Las raquetas se utilizan para las largas marchas, pues impiden hundirse en la nieve y los

Umanak, pequeña aldea situada en un islote cercano a la costa occidental de Groenlandia. Las multicolores casitas de madera han sustituido en muchas localidades a las viviendas tradicionales de los esquimales. (Foto Giorgio Gualco.)



deslizamientos sobre ella. Para proteger la vista de los reflejos de los rayos solares los esquimales emplean a veces unas gafas formadas por dos tablitas de madera o de corcho en las que se han practicado delgadas rendijas.

La confección de prendas de vestir según técnicas tradicionales (chaquetones con capucha, pantalones, guantes y polainas de pieles de caribú, foca, oso polar, buey almizclero, etc., que se cosen con el pelo hacia dentro, y se curten con orina, golpeados y masticados para ablandarlos, y adornados con dibujos, trozos de piel de diferentes colores o pequeñas perlas; impermeables de piel de pescado y camisas hechas con intestinos de foca) corresponde a las mujeres, pero su arte no puede competir con el bajo coste de los productos industriales de reciente introducción. Los utensilios antiguos (rascadores, agujas de hueso, etc.) han sido sustituidos por otros modernos; por todas partes se ha difundido el uso de las cerillas y de la cacerola. Las mujeres se peinan el cabello con flequillos, en trenzas o recogido en moños sobre la cabeza. Antiguamente solían practicar el tatuaje del rostro y del pecho, atravesaban la piel con hilos de colores y se perforaban los labios, la nariz y los carrillos para colocarse adornos.

La vida tradicional tendía a procurar a la comunidad lo suficiente para vivir, y a menudo se convertía en una lucha continua por la supervivencia. Los cazadores de cada grupo se organizaban con este objeto: al final de las cacerías colectivas se repartían las presas. No elegían jefes de tribu (sólo en Alaska meridional formaban clanes, por la influencia de la cultura de los indios noroccidentales) y no reconocían derechos de propiedad sobre los terrenos de caza.

El matrimonio no estaba ni está considerado como un vínculo rígido: un hombre puede cambiar a su mujer por la de otro o poseer varias mujeres (en cuanto se lo permitan sus condiciones económicas, es decir, en definitiva, sus habilidades como cazador y como comerciante); entre los esquimales del interior la mujer puede mantener relaciones con varios hombres (poliandria).

La hospitalidad se tiene en gran estima; el huésped, en señal de amistad hacia los extranjeros o hacia sus socios, puede llegar incluso a concederles los favores de su propia mujer.

Todos estos elementos culturales, frecuentemente modificados por la introducción del cristianismo, están ligados con el duro ciclo de la existencia tradicional, lo mismo que ocurre con los tabúes alimenticios, los conceptos religiosos y las costumbres, que se respetan para evitar las calamidades causadas por los espíritus ofendidos y mantener la cohesión social del grupo.

La actividad de los esquimales se dirige en primer término a procurar a la comunidad lo necesario para vivir, siguiendo el ritmo del clima y de las estaciones, alternando los períodos de caza de animales terrestres con la de mamíferos marinos y con la pesca costera y fluvial. Repite anualmente el reparto estacional de sus actividades, alternando una fase sedentaria más o menos prolongada con otra u otras de nomadismo venatorio. En la ilustración, un cazador groenlandés en la banquisa (Foto I.C.P.)





Al término de su trabajo cotidiano o al iniciarse el invierno, los esquimales organizan fiestas colectivas con danzas, cantos y representaciones mímicas. En la página anterior, esquimal en una fiesta de la isla Kulusuk. (Foto I.C.P.)

A pesar de la difusión de las costumbres americanas modernas, algunos esquimales viven todavía en condiciones de subalimentación y de indigencia económica, pero en general la población ha dejado de sufrir las adversidades que imponían a la vida social una austeridad dramática, al autorizar las venganzas familiares, la condena a muerte por hurto, el abandono de los viejos y de los enfermos y el infanticidio. Con la difusión del cristianismo (que data del año 1725 en Groenlandia y del 1890 en Alaska septentrional) ha ido desapareciendo también la figura del hechicero *(angakok)*, mago y curandero hombre o mujer que protegía a los habitantes de cada aldea de los espíritus malignos y de las almas de los muertos, experto exorcista que, intercediendo ante las divinidades, defendía a su pueblo de todas las enfermedades. Se retiraba a la soledad para realizar un noviciado de varios años, hasta que era requerido para ejecutar sus encantamientos y celebrar antiguos ritos mágicos. Los que presenciaban sus exhibiciones ataban sólidamente su cuerpo, pero, al son de un tambor mágico, caían en éxtasis e iniciaban un misterioso viaje en compañía de los espíritus protectores. Aquel itinerario mitológico era un aspecto ocasional de la religión, poblado de personajes y de episodios humanos, y presentaba temas comunes con otras religiones americanas. El hechicero descendía a los infiernos, donde residía la "Señora de las Estaciones", subía al cielo hacia el "Espíritu de la Luna" y alcanzaba las profundidades marinas para peinar a *Edna*, "la madre de los mamíferos del mar", a la que las transgresiones de los tabúes por parte de los hombres manchaban el cabello. Como por encanto la suciedad de sus cabellos se transformaba en animales de caza: si era necesario para lograr aquel encantamiento, el hechicero solicitaba también la intercesión del "Espíritu de la Luna". Las creencias populares imaginaban el más allá muy semejante al mundo terrenal. Tras su muerte, los hombres continuaban viviendo y cazando: en los infiernos iban a la caza de focas y en el cielo a la de aves. Para llegar a su destino tenían que recorrer un largo y difícil camino, que transformaba su cuerpo, obligado a pasar a través de una gigantesca piel.

Los esquimales enterraban tradicionalmente a sus muertos bajo un montón de piedras o bien los abandonaban en la tundra, ya que el suelo polar raramente permitía la inhumación. Vestían a los difuntos con sus vestidos y colocaban junto a ellos los instrumentos de caza, los utensilios y el *kayak* que habían utilizado en vida. Creían que en sus cuerpos continuaría desarrollándose una existencia diferente a la anterior y que en sus miembros vivirían pequeños seres.

Al iniciarse el invierno y al final de los trabajos cotidianos organizaban numerosas fiestas colectivas, durante las cuales danzaban, cantaban, escenificaban actos mímicos, a veces mascaradas, y participaban en banquetes y en canciones poéticas y propiciatorias.

Con la llegada de los blancos, de los misioneros y de la civilización europea, la cultura esquimal se fue transformando y empobreciendo gradualmente. Las constantes penurias, la matanza exhaustiva de las ballenas y de otros animales árticos con armas de fuego perfeccionadas, los cada día más frecuentes contactos con los balleneros blancos y las expediciones de caza, transformaron profundamente las condiciones de vida de los esquimales, acelerando su "culturización" y su progresiva desaparición.



Los esquimales representan uno de los más impresionantes casos de adaptación al frío. Su gradual acondicionamiento al clima ártico dio lugar a modificaciones físicas que se acusan en la mayoría de sus individuos (estrechamiento de los huesos nasales, espesamiento de las cejas, coloración muy clara de la piel), mientras que su régimen alimenticio produjo el desarrollo de los músculos de la masticación y la forma y extensión de sus mandíbulas. En la ilustración, joven esquimal de Punta Barrow (Alaska), con su capucha de piel ("parka") (Foto Nino Cirani.)

Esquimales polares de Thule (Groenlandia noroccidental) al regreso de una cacería: es el pueblo que vive a una mayor latitud. (Foto I.C.P.)



Amerindios

Las poblaciones indígenas de América, aunque notablemente polimorfas, mantienen un grado de semejanza superior al que se advierte entre los pueblos de otros continentes. Una característica común a todas ellas es la presencia de rasgos físicos mongoloides más o menos evidentes (estructura del cutis, matizaciones del color, forma de los cabellos, estructura y distribución de los mismos, grado de dimorfismo sexual), aunque muchas veces revelen también rasgos europoides o australoides. A pesar del reconocimiento de un fondo morfológico común y, probablemente, de un mismo origen, los indígenas americanos presentan algunas diferencias antropológicas y no pueden reunirse en un solo tipo racial.

Normalmente, aparte de los esquimales, los antropólogos reconocen al menos otras dos ramas principales: los magallánicos o fueguinos, que se encontraban difundidos por la Tierra del Fuego y por parte del Brasil y de la costa del Perú, y los amerindios, es decir, todos los restantes pueblos precolombinos, subdivisibles a su vez en diversos grupos étnicos y lingüísticos y en distintos niveles culturales.

El término amerindio, admitido para designar colectivamente numerosas gentes y tribus, es genérico e impropio. En particular, la denominación de indios de América no hace más que consagrar un error cometido antiguamente por los españoles, que, al llegar al Nuevo Continente, llamaron así a los indígenas por creeer que habían alcanzado la India.

Hubo un tiempo en el que aquellos pueblos eran dueños absolutos de América, mientras que actualmente habitan principalmente en las reservas, en los parques nacionales creados por los blancos o en regiones marginales, casi siempre en número reducido y a menudo amenazados de extinción.

Los estudiosos opinan que sus antepasados debieron llegar en pequeños grupos desde Asia, a través del estrecho de Bering, prbbablemente practicable por la regresión marina durante el período glacial Würm.



Muchachas tocando la flauta durante una ceremonia india en Gallup, Nuevo México
(Fot. I.C.P.)



Los indios de las praderas, tribus nómadas belicosas, dedicadas a la caza y a la pesca, ocupaban antiguamente vastos territorios al E. de las Montañas Rocosas. En la página anterior, indios navajos del Monument Valley (Arizona) conducen un rebaño a pastar. (Foto R.T.W.-Carl E. Östman.)

La carencia de comunicaciones con el océano Glacial Ártico, debida a la citada regresión, habría impedido la circulación de las corrientes frías del Norte y favorecido la de las corrientes templadas del Pacífico a lo largo de las costas de Alaska y de Siberia, capaces de mantener un clima relativamente suave incluso durante la época glacial. Según los estudios de Fairbridge sobre las oscilaciones del nivel de los mares, en el pleistoceno se pudo pasar a través del estrecho de Bering durante el período álgido del Riss-Illinoisano y gran parte del Würm-Wisconsiano, que según él se remontan respectivamente a 112.000 y a 62.000-25.000 años atrás. Algunos físicos alemanes y estadounidenses, empleando el método del argón 40 (que como el calcio 40 se forma por desintegración del potasio 40), han deducido, sin embargo, dataciones diferentes de las obtenidas con el carbono 14. Teóricamente, grupos de cazadores, vestidos o no, capaces de fabricar armas útiles para la caza de ciervos y de producir fuego, con una nada común capacidad de adaptación al frío (como la demostrada por los fueguinos alacaluf), habrían podido atravesar el estrecho de Bering y construir refugios.

Basándose en la datación de las industrias de la piedra descubiertas hasta ahora, en análisis lingüístico-cronológicos y en el examen de los restos de esqueletos de los primitivos amerindios (que no son anteriores a hace 10.000 años), Coon sostiene que muy probablemente América fue invadida por primera vez en una época no bien determinada de la segunda mitad de la glaciación Wisconsiana (Würm), período que corresponde al que vivieron los pueblos del paleolítico superior de Europa, al menos en su última etapa, y al de algunos pueblos del paleolítico superior de China.

Como es sabido, diversos autores suponen que otros inmigrados a bordo de sencillas embarcaciones o almadías procedentes de Europa, a través de Groenlandia, del Atlántico y del Pacífico, habrían contribuido parcialmente a poblar América. Los mantenedores de algunas de estas teorías difusionistas se basan en analogías lingüísticas y mitológicas, en la construcción de las pirámides y en otros indicios (1), para demostrar las invasiones culturales producidas por la llegada de emigrantes de Egipto, Mesopotamia e incluso de China. Pero, como escribía Gordon L. Willey en 1966, ninguna de estas semejanzas ha sido suficientemente probada.



Indios iroqueses, de la región de los Grandes Lagos, delante de un tótem. Los iroqueses figuran entre las tribus más famosas de la historia colonial estadounidense. (Foto I. C. P.)

Sin embargo, es cierto que los invasores mongoloides que penetraron en grupos desde Asia, hace 20 ó 25.000 años, consiguieron realizar, como ha dicho Lévi-Strauss, "una de las más extraordinarias demostraciones de la historia acumulativa: explotaron de arriba abajo las reservas de un ambiente natural nuevo; domesticaron determinadas especies animales; utilizaron las más variadas especies vegetales para su alimentación y para obtener medicinas y venenos, elevando sustancias venenosas, como la mandioca o yuca, a la categoría de alimento básico, y otras a la de estimulantes y anestésicos, seleccionando algunos venenos o estupefacientes a partir de la acción selectiva ejercida sobre especies animales; llevaron ciertas industrias, como la textil, la cerámica y la de elaboración de los metales, a su más elevado grado de perfeccionamiento".

(1) Thor Heyerdahl se apoya en los siguientes ejemplos: la construcción de las pirámides, el culto al Sol, el matrimonio entre hermanos en las familias reales, la sociedad jerárquica, la fabricación del papel, la momificación, las máscaras de las momias, el uso de barbas postizas entre los reyes-sacerdotes, la trepanación, la escritura, el calendario, el empleo del cero matemático, la irrigación y el cultivo en terrazas, el cultivo del algodón, el hilado y el tejido, los tipos de terracota, la arquitectura megalítica, la honda, las estatuillas femeninas planas, como ídolos domésticos, la divinidad hombre-pájaro, los instrumentos musicales de viento, las barcas de juncos, los anzuelos de pesca, las necrópolis, las pinturas nupciales y los relieves esculpidos, la producción de ladrillos en seco, los moldes cilíndricos y planos para cerámica y los juegos de ruedas.

Los bisontes (página anterior, arriba) vivían antiguamente en grandes manadas y constituían la pieza más ambicionada por los cazadores indios de las praderas; hoy han sido casi totalmente exterminados. Abajo, un campamento de tiendas cónicas desmontables, viviendas de los pieles rojas seminómadas de América del Norte. (Foto Bernini.)

Por no poder tratar ampliamente el desarrollo de las grandes civilizaciones precolombinas, nos limitaremos a señalar, con Lévi-Strauss, la aportación de las mismas a la civilización del Antiguo Continente. Productos como la patata, la goma, el tabaco y la coca (base de la moderna anestesia), por motivos obviamente diferentes, se han convertido en elementos importantes de la cultura occidental. El maíz y el cacahuete han revolucionado la economía africana quizás antes de encontrar amplio eco en el régimen alimenticio de Europa, lo mismo que el cacao, la vainilla, el tomate, la piña, el pimiento, las alubias, el algodón y muchas cucurbitáceas.

Los mayas empleaban el cero, base de la aritmética e indirectamente de la matemática moderna, por lo menos 500 años antes que los científicos hindúes, de los cuales los europeos lo recibieron a través de los árabes. El régimen político de los incas (totalitario o no) era una anticipación de varios siglos de fórmulas europeas del mismo tipo. La utilización del curare (que los occidentales han adquirido recientemente) puede considerarse como una prueba de los conocimientos científicos de los amerindios acerca de las sustancias vegetales, cuyas propiedades eran y siguen siendo desconocidas para el resto del mundo. En su deseo de distinguir a los amerindios a partir de sus caracteres físicos, los antropólogos propusieron un mapa esquemático, que, aunque a la luz de las recientes adquisiciones sobre el concepto de "raza" parece basado en ideas poco objetivas, ayuda a orientarse en el intrincado mosaico de los pueblos americanos. Partiendo de América del Norte, y hacia el sur, se encuentran las zonas ocupadas por los pacíficos, los planicios, los alegánicos, los sonorianos, los ístmicos (o centrálidos), los pueblo-andinos, los amazónicos, los lagoanos y los pampeanos, mientras que los fueguinos, más diferenciados, se tratan aparte.

Esta clasificación la apoyan diversos autores (Eickstedt, Deniker, Pittard, Biasutti) con alguna divergencia en la nomenclatura, aunque manteniendo la intención puramente orientadora sobre el curso histórico del desarrollo "racial" de los amerindios.

Jinetes assiniboin (stoney) de Alberta (Canadá) durante un acto folklórico. Las dimensiones de los vestidos y las diferentes clases de calzado de los pieles rojas estaban en relación directa con los factores climatológicos y con las condiciones ambientales. (Foto Popperfoto.)





En la página anterior, mujer de la tribu de los navajos, de Arizona, peinando a una amiga.
(Foto J. Cannon-Carl E. Östman.)



Las mujeres de los indios navajos son muy hábiles en el tejido de las mantas tradicionales de lana de oveja, elaboradas en telares verticales. Este antiguo arte se ha transformado en una industria próspera, destinada a los extranjeros.
(Foto J. Cannon-Carl E. Östman.)

La frecuente insuficiencia del sistema clasificatorio para explicar la complejidad de los fenómenos raciales y étnicos demuestra que, aparte de los útiles intentos de síntesis, es necesario también efectuar análisis en profundidad sobre bases regionales.

Al no ser posible, por razones de espacio, proceder aquí a un inventario nominal de los numerosísimos pueblos americanos, muchos de los cuales están ya reducidos a pequeños núcleos, nos limitaremos a subdividirlos y describirlos sintéticamente según las fórmulas clásicas propuestas por los principales americanistas.

La zona noroccidental de los pacíficos es un centro de llegada y de difusión de los caracteres mongoloides.

Dichos caracteres se mantienen especialmente en los pueblos residuales muy afines con los esquimales, como los aleutianos (actualmente unos 6.000 individuos), y en otras minorías costeras noroccidentales de estatura bastante reducida. Pero, al mezclarse con cazadores canadienses de elevada estatura han dado origen a un tipo metamórfico.

Normalmente los pacíficos son braquicéfalos, de piel clara y de estatura variable (161-170 cm).

Los planicios, es decir, los indios de las praderas, generalmente conocidos como pieles rojas, tribus belicosas dedicadas a la caza y a la pesca, ocupaban vastos territorios al E. de las Montañas Rocosas, hasta las costas del Atlántico.

Eran –y son– individuos fornidos, con estaturas de 168 a 175 cm, mesocéfalos, de rostro ancho, pómulos salientes, mentón fuerte y cuadrado, nariz prominente y a menudo aguileña, y piel morena con diversas matizaciones claras. Algunos estudiosos los emparentan con la raza de Cromagnon, del paleolítico superior.



En la página anterior, viejo hechicero stoney con los adornos rituales. (Foto Schurig-Okapia.)

Entre ellos figuraban gentes algonquinas y atabascas del Canadá, la tribu de los siux (sioux o dakota), dividida en diversos grupos territoriales y dialectales, los algonquinos de las praderas, como los siksika ("Pies Negros", así llamados por el color de sus mocasines) y los diversos caddo procedentes del sur, caiovas y shoshones (como los comanches) y, en el sector nororiental, en la región de los Grandes Lagos, diversas tribus de nombres famosos en la historia colonial estadounidense (abnakos, penoboscot, massachuset, mohicanos, delaware, iroqueses y muchos otros) que hacia el E. presentan gradualmente algunas variaciones somáticas. Los pieles rojas supervivientes viven "segregados" en parques y reservas.

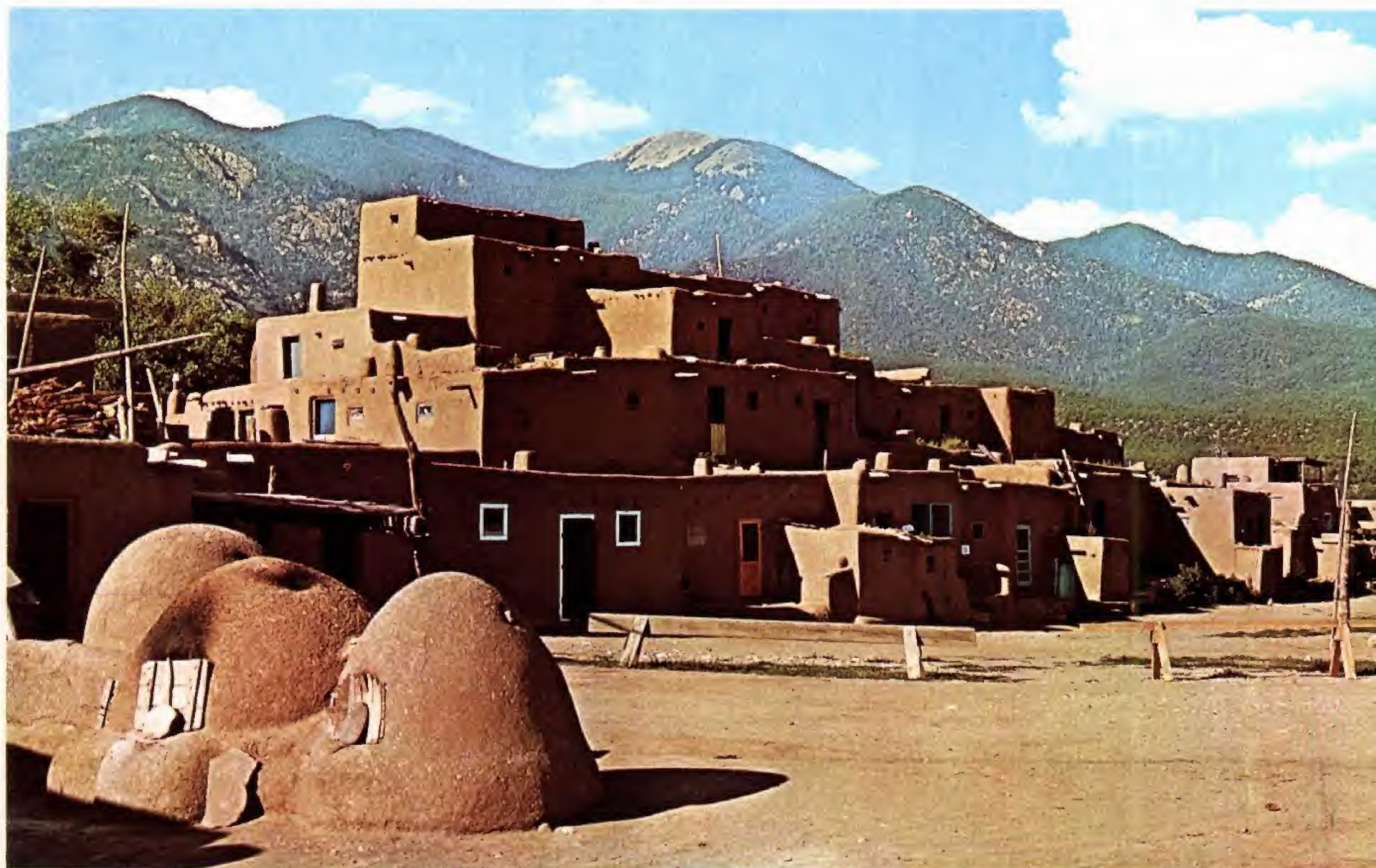
Los alegánicos se extendían hacia la Florida. También eran altos y mesocéfalos y presentaban diversas afinidades europoides.

Los sonorianos estaban presentes sobre todo en el oeste de México y en California. Tenían –y tienen– una estatura bastante elevada (166-171 cm) y eran dolicomesocéfalos, con rostro redondeado, nariz menos perfilada que los pieles rojas y algo ancha, piel oscura, con tendencia al moreno rojizo, cabellos ondulados y con afinidades europoides.

Los ístmicos son de baja estatura (150-160 cm), braquicéfalos y se superponen a elementos dolicoides sonorianos y braquioides pueblo-andinos. Representan el elemento más reciente en América central, México meridional y Colombia septentrional, con una complexión más fuerte, rostro y nariz más ancha, aunque comprenden individuos que acusan cierto influjo mongoloide, con la nariz poco saliente y color más claro.

Los pueblo-andinos cubren una zona que va desde Florida, a través de parte de los Estados Unidos meridionales, hasta el límite mexicano, América Central (mezclándose con otros elementos) y desciende a lo largo de la cordillera de los Andes hasta su límite con la zona costera, antiguamente habitada por los fueguinos. Son de estatura pequeña o mediana (159-162 cm), braquicéfalos (la deformación artificial "tabular" del cráneo, muy practicada antiguamente, acentuaba este carácter), con piernas cortas, tórax muy desarrollado en comparación con las extremidades inferiores, rostro ancho, nariz frecuentemente saliente, piel de color variable, aunque con intensa pigmentación, y fuerte atenuación del mongolismo.

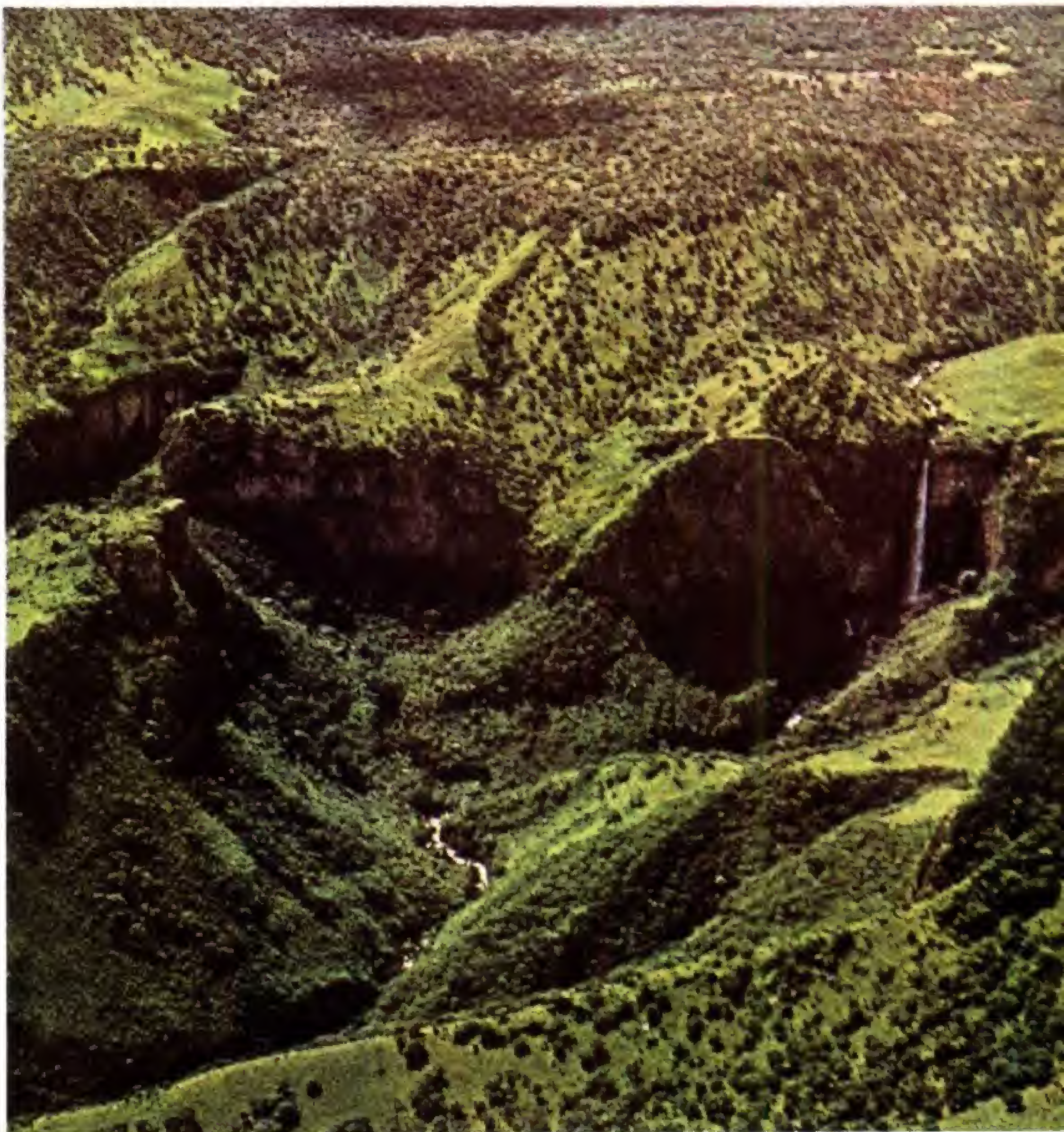
La cultura de los indios pueblo, llamados así por sus asentamientos –pueblos de viviendas cúbicas de varias plantas, construidas con piedra y adobes y originalmente sólo accesibles desde arriba por medio de escaleras– hizo su aparición hacia el año 700 y alcanzó su máximo florecimiento entre el 900 y el 1300. Los "cliff-dwellings", construidos debajo de las rocas salientes del cañón, pertenecen a una fase avanzada de la misma civilización. Los pueblos se dividen en clanes de descendencia matriarcal. En la ilustración el pueblo de Taos, en Nuevo México (familia lingüística tanotigua). (Foto Nino Cirani.)



Los indios pueblo-andinos desarrollaron grandes culturas y las mayores organizaciones políticas indígenas de América, cuyos restos arqueológicos aparecen esparcidos desde México hasta Bolivia. En la ilustración, ruinas del grandioso complejo de Tula, en México, que floreció entre los siglos X *y* XII *bajo los toltecas.* (Foto Nino Cirani.)



Mujeres indias huichol (abajo), con vestidos multicolores de algodón, preparan "tortillas". Los huichol (unos 7.000) viven en "rancherías", pequeños poblados situados en la Sierra Madre (arriba), en Jalisco septentrional y en Nayarit, y hablan una lengua uto-azteca. (Foto M. Poggi.)





Los amazónicos ocupan, en pequeños grupos dispersos, las áreas menos accesibles de la cuenca del río homónimo, con excepción de algunas zonas orientales (Xingu, Tocantins y Araguaia) donde se mezclan con los pampeanos y lagoanos cediendo su terreno. Son individuos de baja estatura (161 cm), mesocéfalos, complexión robusta, tórax amplio y arqueado, es decir, desarrollado en sentido antero-posterior, brazos largos y piernas relativamente delgadas, rostro más bien regular, oval o redondo, con pómulos poco salientes, nariz de longitud media y perfil recto, cabellos negros y lisos (en algún caso ligeramente ondulados), piel casi siempre clara, moreno-amarillenta o rosada.

Los lagoanos poseen caracteres "ecuatoriales" afines a los melanesios (especialmente en la forma de su cráneo, con bóveda muy elevada), con los que todavía parecen no tener ninguna relación genética. Se encuentran sobre todo en Brasil oriental, en sectores bastante distanciados entre sí, y en algunas zonas vecinas, aunque en el pasado debieron de tener probablemente un área de difusión más extensa. Los individuos supervivientes son, en general, bajos de estatura (150-158 cm), dolicocéfalos, con piel clara de color amarillento, cara larga y angulosa, nariz corta y boca amplia. Según Eickstedt, los lagoanos estarían relacionados con las protoculturas americanas: los fueguinos y los esquimales, a los que él definiría como "lagoanos mongolizados". En la cueva de Confins, cerca de Lagoa Santa (estado de Minas Gerais), han sido encontrados cráneos pleistocénicos con rasgos melanesios y australoides, que se remontan a una época en la que en la región existían grandes lagunas de origen pluvial, y denotando respectivamente caracteres lagoanos y fueguinos.

Los pampeanos (patagones, gente de las pampas e indígenas del Chaco y del Mato Grosso) son de estatura elevada (más de 174 cm), complexión atlética, piernas largas, piel morena clara o bronceada, frecuente mesocefalia, rostro largo, nariz bastante grande y saliente, mentón alto y fuerte, pómulos elevados y ojos ligeramente oblicuos. En el sur (Argentina, Paraguay) están en vías de extinción y han dado lugar a tipos metamórficos.

Los análisis de los grupos sanguíneos podrían proporcionar elementos de mayor interés para los fines de clasificación de los amerindios, pero no se iniciaron hasta hace poco tiempo entre un número limitado de



En la página anterior, mujer cuna (o tule), de lengua chibcha, tocando una siringa. Los cuna, agricultores sedentarios, están distribuidos a lo largo de la costa oriental del golfo de Urabá y en las islas de San Blas. (Foto Charles Lénars.)

pueblos, y resultaban bastante complicados. Se sabe, por ejemplo, que casi todos presentan el grupo sanguíneo 0, por lo que no pueden ser subdividuos sobre la base de este dato. Otros grupos sanguíneos especiales, como por ejemplo, el grupo llamado "Diego", pueden ser considerados, sin embargo, como factores discriminadores.

Comparando los mapas "raciales", lingüísticos y socio-económicos propuestos por los estudiosos se observa que coinciden de forma satisfactoria, aunque, como es obvio, dicha coincidencia no resista un análisis detallado. Este hecho se presenta raramente en los otros continentes y hace que las clasificaciones resulten más aceptables (aunque con las debidas precauciones). La cultura original de los amerindios aparece en una disolución total y conserva una "autenticidad" relativa solamente en pocas regiones aisladas: sin embargo, aparte de las transformaciones ocurridas y de las que están en curso, la economía de los supervivientes lagoanos, sonorianos, pacíficos y de algunos pampeanos del Chaco continúa tradicionalmente basada en la recolección.

Los individuos supervivientes practican una exixtencia nómada y construyen viviendas provisionales o sencillos refugios (cabañas de ramas, paravientos de ramajes, etc.). Los indios de las praderas (Dakota, etc.) y los pampeanos eran, sobre todo, cazadores nómadas: durante sus desplazamientos vivían en campamentos de tiendas desmontables. Tanto los primeros como los segundos construían (y construyen) sus tiendas con pieles de animales, frecuentemente decoradas interiormente, mientras que los pampeanos de las zonas "aculturizadas" del Chaco utilizan entramados de pajas de gramíneas. Los indios de Norteamérica, según una costumbre aprendida de los esquimales, llevan vestidos de pieles cosidas conjuntamente y cortadas a la manera de los sastres.



Mujeres y niños quechúas de Bolivia hacen un alto en su camino para observar la cuenca montañosa en la que se encuentra La Paz, dominada por las cumbres nevadas de la Cordillera Real. Los vestidos acusan la intensa influencia española. (Foto Nino Cirani.)



En la página anterior, vista de la Cordillera Blanca, en los Andes del Perú, con el Huascarán, la cumbre más elevada del país (6.768 m). Los indios del altiplano andino (pueblo-andinos) son agricultores "superiores" sedentarios, practican el riego artificial y utilizan fertilizantes. (Foto Giorgio Gualco).

Los distintos tamaños de los vestidos, lo mismo que los diversos tipos de calzado utilizados por los amerindios, estaban y están en relación sobre todo con los factores climatológicos y con las condiciones ambientales.

Los amerindios son agricultores "inferiores" de la selva (además de cazadores y pescadores); cultivan parcelas de tierra roturadas en un régimen cuadrienal. Practican una existencia semisedentaria y viven en cabañas de diferentes clases, construidas con maderas, cañas y otros materiales vegetales, generalmente reunidas para formar una aldea, aunque también pueden estar aisladas, especialmente las grandes viviendas "comunales" o restringidas a grupos familiares, llegando a la categoría social de la tribu. También los pueblos de cultura neolítica de la llamada zona oriental del maíz, al E. del Mississippi, vivían en aldeas. Eran, probablemente, pueblo-andinos y solían levantar pequeñas colinas o túmulos de tierra *(mounds)* de forma cónica, en terraza o en forma de pirámide truncada de base cuadrada o rectangular, e incluso con figuras de hombres o de animales, como las encontradas por decenas de millares en el Ohio y en el Mississippi y que han proporcionado a los estudiosos gran cantidad de esqueletos y de material arqueológico.

Los túmulos cónicos tenían carácter sepulcral; las terrazas y plataformas (como el gran *mound* de Cahokia) quizá fueran sedes de poblados importantes.



La población del Titicaca está constituida por una mezcla de descendientes de los antiguos uru y aimará; los últimos son los herederos de una cultura más antigua que la de los incas. (Foto Nino Cirani.)

Un pastor, a bordo de una típica canoa de cañas, alimenta al ganado con hierbas lacustres. (Foto Nino Cirani.)





En la página anterior, indios salasaca en un poblado de la zona del Chimborazo (Ecuador). Los indios de la sierra ecuatoriana visten generalmente el poncho y llevan sombreros de ala ancha; su religiosidad conjuga los santos católicos con las divinidades precristianas. (Foto Nino Cirani.)

Los pueblo-andinos son, por el contrario, agricultores "superiores" sedentarios, saben practicar la irrigación artificial y utilizan abonos; llevan generalmente vestidos tejidos en telares manuales. Desarrollaron la cultura de los pueblo en el norte y de los diaghitas en el sur, construyendo ciudades con casas de piedra que están rodeadas por recintos fortificados para protegerlas de los ataques de los enemigos.

Una treintena de pueblos, ruinas y viviendas en cavernas *(cliff-dwellings)* se encuentran esparcidos por el suroeste prehistórico de los Estados Unidos, en Arizona y Nuevo México (distritos del Pequeño Colorado, Río Gila, Río Grande y Río San Juan).

Los pueblo-andinos de América central y del sur desarrollaron las mayores organizaciones políticas indígenas: los antiguos Estados absolutistas de los pueblos aztecas, mayas, chibchas y quechúas (incas) que, a través de diversas alianzas y federaciones, tendían a constituirse en grandes monarquías teocráticas, y la confederación araucana de los cuatro "toki" o principales jefes territoriales. La mayor parte de las tribus amerindias estaban o están divididas en clanes y fratrías que con frecuencia han perdido su antiguo significado.

En su forma original, los clanes respetaban la descendencia matriarcal y las fratrías eran exógamas, resultado de la combinación de la cultura totemista con la matriarcal de las dos clases.

Otra división similar de los pueblos amerindios se basa en el concepto etnológico de área cultural, introducido por la antropología estadounidense (Kroeber, Wissler y otros), entendiendo con ella un territorio de límites fluidos, en el cual, sin embargo, influencias de diversos orígenes se han fusionado con el tiempo para dar origen a un cuadro cultural particular y uniforme.

También la división en áreas económicas nos presenta una útil visión de conjunto de América. Recorriéndolas de norte a sur se encuentra: la costa ártica con los esquimales; la región del caribú (o reno canadiense) y de la selva subártica; la región del salmón, con una civilización especializada que se prolonga por las costas occidentales; la región del bisonte (especie animal casi extinguida), con los indios de las praderas; la región del cultivo del maíz, que desde la Araucania sigue por los Andes, continúa por América central, domina el territorio de los mayas y México meridional, y se bifurca, por un lado a lo largo de las costas occidentales, y por el otro a lo largo de las costas orientales, interrumpiéndose al NO. del golfo de México (se difunde también por la cuenca del Mississippi y por todo el oriente); la región tropical de la mandioca, que ocupa las selvas de América meridional y las Antillas y se va difuminando en el Brasil oriental y en las zonas forestales batidas por los indígenas recolectores; las regiones del Gran Chaco y de la desembocadura del Río de la Plata, de cultivos mixtos; la





En las regiones orientales de la cordillera andina sobreviven varias tribus de indios amazónicos, lagoanos y pampeanos. Los amazónicos son agricultores "inferiores", cazadores y pescadores de la selva. Cultivan parcelas de tierras roturadas con alternativas cuadrienales. Generalmente son semisedentarios y construyen viviendas de diversas clases con materiales vegetales, reunidas para formar aldeas o bien aisladas. A la izquierda, mujer de los waikás ("matadores") de la cuenca del alto Orinoco, del Río Blanco y del curso medio del Río Negro, que forman parte de una nación semiindependiente de unos 25.000 individuos que se llaman a sí mismos "yanoama" o "yanomami", divididos en diversas tribus. A la derecha, indio suiá, de lengua ge, de la cuenca del río Xingu (Brasil), con un disco de madera insertado en el labio inferior. (Fotos G. Bamonte, Maurizio Leigheb.)

Indios kraho (lengua ge) de la reserva de Craolandia (Brasil) ejecutando una danza ceremonial.
(Foto H. Schultz-Marka.)



región de los pueblos extinguidos del extremo sur, que la cordillera de los Andes dividía en pescadores occidentales y cazadores del guanaco orientales.

La clasificación lingüística de los amerindios es sumamente complicada e incompleta, aunque la profundidad de las investigaciones científicas haya reducido gradualmente el número de los troncos lingüísticos.

Los parentescos lingüísticos establecidos por los especialistas no corresponden a las posibilidades de entenderse entre los que hablan lenguas afines, mientras que muchos lenguajes, antes de haber sido estudiados suficientemente, se han extinguido por completo.

A partir del final del siglo XIX la lingüística americana ha presenciado el florecimiento de una fecunda actividad investigadora que ha producido importantes contribuciones científicas, como, por ejemplo, la gran obra exhaustiva del jefe de escuela Franz Boas *(Handbook of American Indian Languages*, 1922).


En América septentrional se hablaban lenguas de gran difusión, como la atabasca, siux, iroquesa, uto-azteca, caddo, hoka (algunas incluso en México) y muchas más.

En América central las lenguas maya, chibcha y otras.

En el mapa lingüístico de América del Sur compilado por Cestmir Loukotka (1967) figuran 73 lenguas indígenas clasificadas, unas 40 aisladas y muchas sin clasificar. De las lenguas clasificadas, hablan 26 los indios paleoamericanos, 19 los de las selvas tropicales y 18 los andinos. La distribución de las lenguas suramericanas forma un mosaico a veces muy intrincado, sobre todo en los ambientes más protegidos y en las regiones en las cuales se han refugiado pueblos de procedencias diversas, a causa de la alteración del panorama étnico original y de la dispersión de los grupos indígenas, amenazados por la expansión económica de la civilización occidental. Por ejemplo, en la cuenca alta del río Xingu, que desde el año 1961 alberga un parque nacional para la protección de los indios, se hablan diversas lenguas y se ha producido una intrincada mezcolanza de bienes patrimoniales y un complejo mosaico de tipos somáticos.

Indios kamaiurá (lengua tupí) del río Xingu recorriendo la plaza del poblado tocando largas flautas sagradas (tabúes para las mujeres) en la víspera de un rito fúnebre celebrado por la muerte de un jefe (kwarup).
(Foto Maurizio Leigheb.)





En la página anterior, dos jóvenes kamaiurá se enfrentan durante un torneo de lucha (huca-huca) entre tribus: vence el que consigue sujetar al adversario por una pierna. Al fondo aparece una vivienda típica de base ovoidea, con una pequeña abertura de entrada, carente de ventanas y con la parte alta de la techumbre en forma de tragaluz para el paso del humo. (Foto Maurizio Leigheb.)



En los bosques y en las sabanas del Brasil central, del Chaco y de otras regiones aisladas sobreviven grupos de indios paleo-americanos seminómadas que no emplean la hamaca y se dedican a la caza y a la recolección de frutas y tubérculos silvestres, aunque asociadas con formas de agricultura "inferior". En la ilustración, cazadores ayoreos del Chaco paraguayo con el cuerpo tiznado de negro de humo y adornado con plumas pegadas con miel. (Foto Maurizio Leigheb).

Las principales familias lingüísticas de la cuenca del Amazonas son la caribe, la aruaca, la tupí, la pano (típicas de los pueblos de las selvas tropicales) y la gè, que reúne, en cambio, los lenguajes de las tribus de cazadores-recolectores del Brasil centrooriental.

Se advierte, por otra parte, que la caza y la recolección están siempre asociadas con diversas formas de agricultura rudimentaria. Como es sabido, los caribes o caraibes (cuyo nombre deformado se deriva de la palabra "caníbales") practicaban la antropofagia, igual que, aunque en formas diferentes, otros pueblos antiguos y recientes de América Central y del Sur y, todavía en la actualidad, algunas tribus amazónicas (p. ej., la de los yanoama, que practican un endocanibalismo necrófago ritual, limitado a la ingestión de los huesos pulverizados de los difuntos).

Acerca de la importancia de los amerindios antes de la conquista, los estudiosos han proporcionado evaluaciones contradictorias: desde los 45 millones (Sapper), a los 15 (Willcox) y a los 8.400.000 (Kroeber). Según la estimación que se considera más prudente, los habitantes del Nuevo Mundo estarían divididos aproximadamente en partes iguales (4.200.000) entre el norte y el sur, con concentraciones de unos 3 millones en México y en Perú, regiones de superior cultura. Si la estimación de Sapper fuese admisible, la población habría disminuido después de la conquista en 20 millones, es decir, en la elevadísima proporción de un 40 % (aunque algunos grupos hayan experimentado posteriormente cierta recuperación demográfica). Muchos pueblos indígenas, entre los que figuran los fueguinos y los habitantes de las Antillas, han desaparecido prácticamente, los últimos en un espacio de tiempo muy breve. De los 3 ó 4 millones de insulares (según la estimación de Sapper) el obispo Las Casas refiere que en 1542 en Santo Domingo y en Jamaica solamente quedaban 200 almas. Los indios que viven actualmente en el Canadá son 244.000, y en los Estados Unidos 793.000, pero en estas cifras están también comprendidos los mestizos. Ya Luigi Simonim (1874) había estimado que los indios de los Estados Unidos debían de ser 2 millones hacia el siglo XVII, reducidos a 500.000 al final del siglo XVIII, a 300.000 en 1866 y a 288.000 en 1870, con una disminución de 4.000 individuos anuales. En el año 1928 los indígenas de toda la América central eran, según Spinden, 2.500.000, y los de América del Sur, según Rivet, 8.670.000 en 1924, contra los 10 millones solamente en el antiguo Perú calculados por Sapper, Spinden y Ratzel. En la actualidad se estima que los indios de México y de América central son 3,5 millones.



En la página anterior, indio yaualapiti (aruak) con el cabello embadurnado con urucú, adornos de plumas de tucán en las orejas y collar de láminas de nácar. (Foto Maurizio Leigheb.)

También según Sapper, en la época precolombina, en la América suroriental existían de 5 a 10 millones de indios y en la región austral había 1 millón. Los indios de la región amazónica eran probablemente 2 millones cuando llegaron los blancos y 500.000 al final del siglo XIX.

En la actualidad se reducen a poco más de 100.000 personas. Solamente en el Brasil, las tribus extinguidas a partir de la llegada de los conquistadores eran centenares, mientras que las extinguidas durante los últimos 70 años son más de 90. Según los datos proporcionados por Darcy Ribeiro, en 1970 en el territorio brasileño vivían unos 13.825 aruacas, 12.775 gès, 12.400 tupís, 12.200 caribes, además de los 31.525 integrados en la sociedad nacional, los 18.075 en relación permanente con blancos, los 10.275 en contactos esporádicos con blancos y los 47.750 indios aislados. Entre los grupos aislados más importantes figuran varias tribus waicás (y afines de lengua yanoama) de la cuenca alta del Orinoco, en las fronteras de Venezuela con Brasil. Las cifras referidas muestran que los amerindios han disminuido de forma impresionante, y que en muchos casos su desaparición es un fenómeno progresivo e irrefrenable. Dicha desaparición hay que cargarla, en todo caso, en la cuenta de los blancos, que cometieron toda clase de delitos, genocidios, crueldades, arbitrariedades y abusos contra los indígenas, tanto a nivel de los conquistadores y de las autoridades coloniales, como a nivel de los colonos, y así lo atestiguan diversas crónicas de la época. Bastará pensar, aparte de los asesinatos intencionados, en las consecuencias del inhumano sistema de las encomiendas y de la mita (sorteo de esclavos indios). Por si no fuera suficiente, los blancos provocaron la difusión de graves epidemias, introduciendo enfermedades como la gripe, el sarampión, la difteria, la tos ferina (contra las cuales los indios no se encuentran inmunizados genéticamente), así como la viruela, el paludismo o malaria y el cólera. A estas causas hay que añadir la difusión de la sífilis y de la fiebre amarilla (que ya existía en América), las continuas guerras tribales y las penurias y hambres provocadas por las alteraciones económicas y demográficas causadas por los colonizadores; finalmente, toda una reciente serie de causas ecológicas, tecnológico-culturales, socio-económicas e ideológicas relacionadas con la expansión de la cultura occidental en las regiones donde se han refugiado los últimos grupos indios.

Escena familiar en una vivienda krano, del Goiás. Mientras el hombre caza, pesca o construye su vivienda, la mujer cría a sus hijos, prepara la comida, confecciona los vestidos y recoge leña para el fuego. (Foto H. Schultz-Marka.)



Joven indio txukarramae (lengua gè) de la cuenca del río Xingu con una rica diadema ceremonial de plumas de arara. Los txukarramae ("hombres sin arco") llevan los cabellos largos sobre sus hombros y se afeitan la parte frontal del cráneo. Emplean como armas las estacas de madera. (Foto Maurizio Leigheb.)



Fueguinos

Con el término geográfico de "fueguinos" (de Tierra del Fuego, la región insular que circunda la Gran Isla de América del Sur) se designan tres grupos humanos del extremo sur americano, hoy ya prácticamente extinguidos: los ona, los yamana y los alacaluf, que ocupaban respectivamente zonas aisladas de la costa atlántica y del interior, del extremo austral y de la costa del Pacífico. Los ona, dedicados a la caza del guanaco, eran, sin embargo, asimilables desde el punto de vista antropológico y etnológico a los cazadores patagones (pampeanos). Del tipo humano fueguino, que antiguamente tenía un hábitat muy difuso, quedan trazas en tres regiones: una peruana, otra chilena y otra magallánica. Pero, tras la extinción de los alacaluf (que en 1959 eran unos 40) y de los yamana o yahgan (magallánicos), queda un pequeño número de mestizos.

Los yamana eran 3.000 en 1832 (según estimación de Darwin), 1.000 en 1884 y 40 en el año 1933, diezmados sobre todo por las enfermedades importadas de los blancos (tuberculosis, sarampión, fiebre tifoidea, etcétera). Según M. W. Stirling, en 1968 tan sólo sobrevivían unos pocos en las cercanías de Puerto Williams (Chile), pero solamente dos podían considerarse "puros", aunque únicamente conservaban vagos recuerdos de su cultura original. Los fueguinos constituyen quizá la población más antigua de América y una de las culturas más "primitivas" (protoculturas), por lo cual revisten especial interés antropológico y etnológico.

La estatura de los peruanos extinguidos era de alrededor de 154 cm, mientras la de los pescadores costeros chilenos de la provincia de Coquimbo es de unos 166 cm. La estatura media de los alacaluf era de 154,7 cm, y la de los yamana poco mayor (157 cm). Ambos grupos eran mesocéfalos mientras que los individuos de las sepulturas peruanas eran braquicéfalos, quizá por la influencia andina. Los fueguinos y sus descendientes tenían y tienen la piel lisa, de una coloración moreno-amarillenta o rojiza clara, a veces semejante a la de los polinesios.



Los fueguinos, originarios de Asia, fueron quizá la población más antigua de América y una de las más "primitivas" de la Tierra. Entre los yamana y los alacaluf, grupos recientemente extinguidos, los hombres cazaban leones marinos y focas con lanzas y arpones de punta móvil, rematándolos con golpes de estaca; las mujeres recolectaban hongos, orugas o raíces y se zambullían en las gélidas aguas para pescar conchas y moluscos. Las numerosas acumulaciones de restos de cocina o "cúmulos de conchas" descubiertos en casi toda América, aunque proceden de diversas épocas, prueban que antiguamente los pueblos pescadores y consumidores de moluscos, como los fueguinos, habitaban en las costas del Atlántico y del Pacífico. De los Indígenas de la Tierra del Fuego tan sólo queda actualmente un pequeño número de descendientes mestizos. En la ilustración, mujer y niño ona.
(Foto Maurizio Leigheb.)

En la Patagonia meridional, los montes, modelados por los hielos y batidos por intensos vientos, dominan las vastas estepas y las costas recortadas (en la ilustración, las agujas del Fitz Roy y del Cerro Torre). Los indios de aquellas regiones eran cazadores antropológica y etnológicamente similares a los ona. (Foto Nino Cirani).



Sus cabellos eran gruesos, negros e hirsutos, el cráneo deprimido, con un espesamiento óseo frontal que formaba una especie de torus supraorbital y un mediano saliente sagital, el rostro generalmente desarrollado de arriba abajo, la nariz bastante estrecha, la mandíbula poco acentuada, el tronco largo y ancho, los brazos largos y las piernas cortas. Este conjunto de caracteres los aislaba de los demás indígenas americanos y formaba un grupo muy especializado.

Los yamana, lo mismo que sus vecinos alacaluf, eran nómadas y vivían de los productos del mar. Los hombres generalmente no sabían nadar y cazaban leones marinos o focas alcanzándolos con lanzas y arpones de punta móvil y rematándolos con golpes de estaca; a veces se enfrentaban con las ballenas en alta mar y cuando encontraban alguna encallada en la arena llamaban a sus compañeros por medio del humo de hogueras. Las mujeres se zambullían en las aguas gélidas para coger conchas y moluscos; en tierra buscaban orugas, raíces y hongos comestibles, especialmente abundantes entre los tocones de los hayedos. La pesca tenía menos importancia, lo mismo que la captura de pájaros a mano, con lazos, trampas u otros procedimientos. Otros pueblos de pescadores y consumidores de moluscos, lo mismo que los fueguinos, habitaban en las costas continentales del Atlántico y del Pacífico, como demuestran las numerosísimas acumulaciones de restos de cocina o "cúmulos de conchas" hallados (especialmente en las cercanías de Ancón, en Perú, y al sur de Río de Janeiro), procedentes de diversas épocas, de culturas primitivas y de otras mixtas.

Los yamana construían cabañas con un armazón de ramas cubierto de pieles, hierbas y trozos de corteza; eran redondas u ovaladas, con el pavimento algo hundido; también construían canoas con tres piezas de corteza cosidas conjuntamente, con varillas de ballena y pequeños travesaños para darles rigidez, y posteriormente con cinco tablas de madera. Las canoas se dirigían por medio de pagayas y estaban dotadas de hornillos. Obtenían el fuego mediante la percusión de piritas. De aquellas embarcaciones iluminadas procede el nombre de Tierra de Fuego. Como no eran del todo impermeables, llevaban a bordo un recipiente para achicar el agua. Los utensilios, las puntas de las armas y los ornamentos, antiguamente hechos con conchas, huesos y pedernal, fueron de vidrio después de establecer contacto con



El anciano que aparece en la ilustración sería el último ona superviviente. Los ona representaban uno de los tres grupos humanos que vivían en el extremo sur de América meridional, prácticamente extinguidos ahora. (Foto Lino Pellegrini.)

los europeos. Los indígenas no conocían la escritura ni la vajilla.

La organización social de los fueguinos se limitaba a la constitución de familias independientes entre sí, monógamas y a veces polígamas, que se atenían a costumbres y principios comunes, transmitidos mediante ritos en la pubertad e iniciaciones celebradas en secreto, durante las cuales algunos individuos que representaban a los espíritus llevaban máscaras de corteza de árbol y se pintaban el cuerpo de negro, blanco y rojo. No existían jefes ni clanes. Los hechiceros desarrollaban funciones mágico-terapéuticas y propiciatorias (especialmente en lo referente a la caza y al tiempo atmosférico), pronosticaban el futuro y se formaban en la escuela de los *pagè* más viejos. Todos los fueguinos que vivieron en los tiempos históricos reconocían la existencia de un Ser Supremo que residía en el cielo. A Martin Gusinde, el mayor estudioso de los yahgan, se debe el conocimiento de su mitología, basada en cinco elementos: el Ser Supremo Watauinewa, el mito de los primeros colonos llegados del Norte (del país de los ona), el del paso del poder de las mujeres a los hombres y el de la transformación de los seres humanos en animales, el mito del diluvio (del cual sólo se salvaron cinco montañas y pocos individuos y animales) y el de los orígenes de los lugares, de los hombres, de los animales, de las plantas y de los objetos.

Todos estos temas mitológicos primigenios, desde la figura del Ser supremo, señor del cielo, hasta el de los héroes culturales que inventan todas las cosas, son sin duda muy antiguos.



En la página anterior, el Garibaldi Pass, en la Tierra del Fuego argentina, donde las lluvias propician la existencia de bosques de hayas y coníferas australes.
(Foto E. Muench-C.E. Ostman.)

Polinesios

Son los habitantes de los archipiélagos y de las islas de la Polinesia, una superficie emergida de 26.000 km², distribuida en una zona muy extensa en cuyos extremos se encuentran la isla de Pascua (al E.), Nueva Zelanda (al O.) y las Hawaii (al N.): pocas decenas de millares de personas, divididas en pequeños grupos que, aparte de diversas peculiaridades locales e influencias extranjeras, forman una unidad homogénea desde el punto de vista "racial", lingüístico y cultural. Dicha unidad demuestra que el poblamiento de la Polinesia es relativamente reciente y que se ha mantenido por medio de continuos contactos entre los diversos grupos: de otra forma habrían sufrido las consecuencias del impresionante fraccionamiento insular.

Los polinesios realizaron numerosas migraciones en épocas y en direcciones distintas, a veces durante prolongados períodos de tiempo: algunas deliberadamente, con el fin de buscar nuevas tierras para su excedente de población, y después para mantener relaciones con las islas de procedencia; otras veces involuntariamente, por el efecto de los vientos y de las corrientes marinas que los empujaron hacia nuevos descubrimientos. El análisis de las conexiones lingüísticas, zoológicas y botánicas, de las estirpes y de las tradiciones orales, de los elementos culturales y de los caracteres físicos inducen a suponer que proceden de Occidente, quizá de la India, a través del archipiélago indonesio. Algunos autores suponen que al menos una de sus componentes puede ser americana. En favor de su procedencia del Nuevo Mundo se declaró el antropólogo y navegante noruego Thor Heyerdahl, quien en 1947 cruzó el Pacífico (desde las costas de Perú hasta las islas de Tuamotu) a bordo de la almadía "Kon-Tiki", siguiendo el hipotético itinerario recorrido 1.500 años antes por los polinesios.

Procedentes quizá de la India, a través de Indonesia y Melanesia, los navegantes polinesios realizaron migraciones en épocas y direcciones diversas. Los descubrimientos arqueológicos indican que los archipiélagos están poblados desde hace unos 4.000 años, pero la civilización polinesia ha decaído y sólo sobreviven algunos de sus aspectos, muchas veces al servicio exclusivo del turismo. En la ilustración, bailarinas de "hula" en la ciudad de Honolulú (Hawaii).
(Foto Charles Lénars.)





En la página anterior, joven indígena de Oahu. (Foto Charles Lénars.)

Heyerdahl los supone derivados de una "raza" preeuropoide pobladora de Asia en tiempos muy remotos, que pasó a América a través del estrecho de Bering (según una tesis apoyada por una vasta pero discutida documentación en la obra *Indios Americanos del Pacífico*, 1952).

Los más recientes descubrimientos arqueológicos parecen confirmar que la ocupación de Polinesia comenzó el año 1140 a. de J.C., por grupos de navegantes procedentes del oeste, en sucesivas oleadas.

Utilizando las Fidji como punto de partida, hace 3.000 años los antepasados de los polinesios desembarcaron en las islas de la Tonga y en las Samoa. A partir del año 1909 los arqueólogos han podido señalar, con cierta precisión, las etapas del viaje de aquel extraordinario pueblo de navegantes a través y más allá de la Melanesia: una cadena sin interrupción de descubrimientos prehistóricos (vajillas del estilo llamado *lapita*) enlaza, en efecto, localidades arqueológicas de Nueva Bretaña (1909) con otras de las Fidji (1947), de Nueva Caledonia (1952), de las Tonga (1963-64) y de las Samoa.

Continuando hacia el E., los polinesios, a principios de la era cristiana, alcanzaron las Marquesas y, poco después, Tahití y las demás islas de la Sociedad.

Las dataciones con radiocarbono revelaron (1955-1956) que la isla de Pascua fue colonizada hacia el año 400, mientras que Hawaii y Nueza Zelanda fueron ocupadas después del año 500. Profundizando en las lenguas y en los restos arqueológicos de Polinesia oriental, los estudiosos parecen haber obtenido las pruebas de que la cultura de la isla de Pascua fue desarrollada por un solo grupo de emigrados de las Marquesas.

Su recorrido a través de Indonesia explicaría el origen de sus rasgos mongoloides: por dicho motivo varios autores piensan en adscribirlos a la subespecie mongoloide, de la cual representarían una variedad poco diferenciada. Según otros, el eventual origen indio podría explicar ciertas afinidades culturales y morfológicas con los europoides (indios del norte).

Sin embargo, desde un punto de vista antropológico, los polinesios se aproximan, más o menos claramente, a los pueblos que habitan en aquellos países, y aún más a los melanesios y a los australianos.

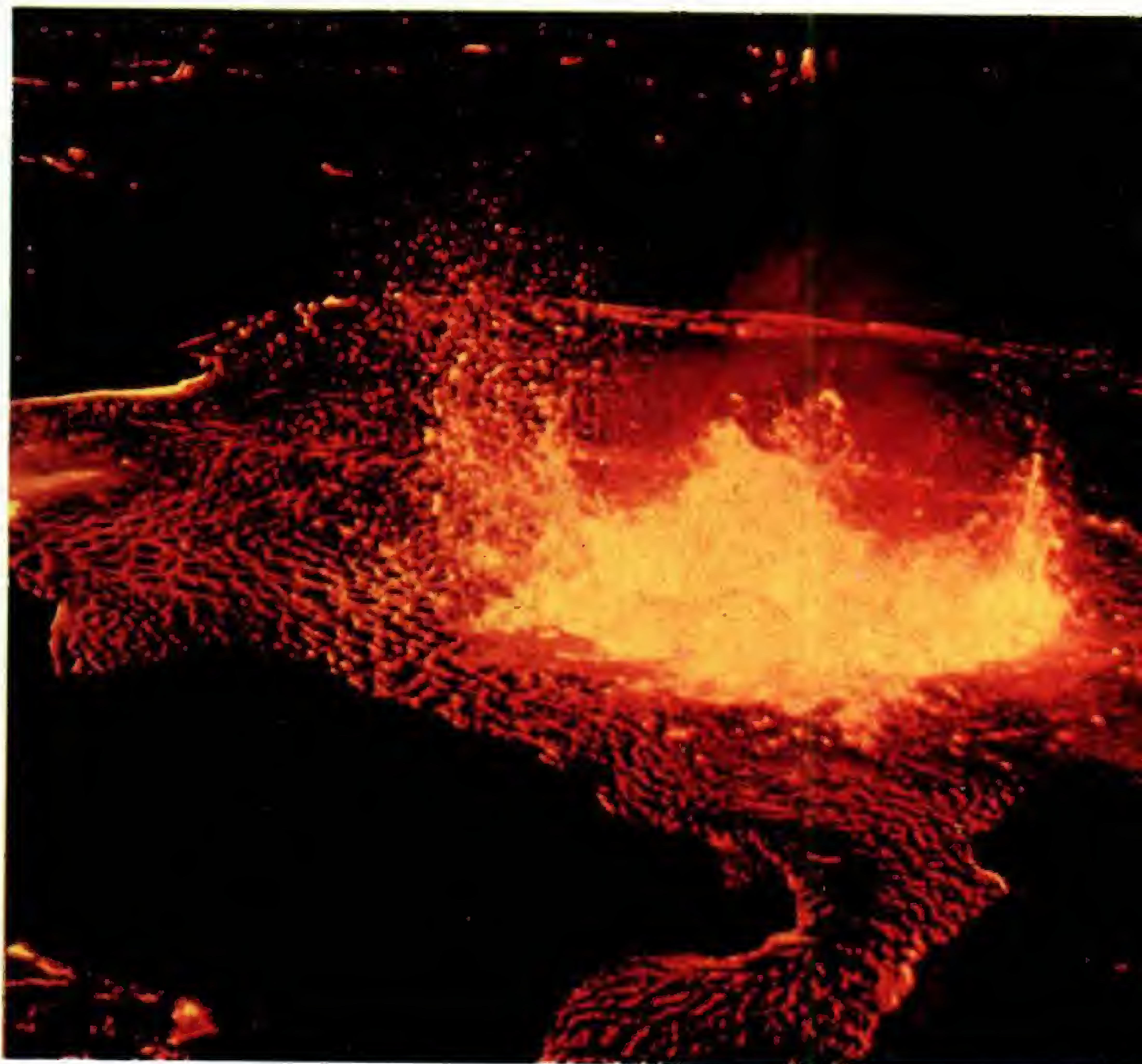
Normalmente son personas de elevada estatura, con promedios comprendidos entre los 171 y los 175 cm.

Tienen una complexión similar a la de los europoides (hombros anchos, cintura estrecha y pelvis bastante ancha).

La piel de los polinesios es casi siempre clara, lisa y suave, blancuzca o amarillo-morena; sus cabellos negros, lisos y ondulados, raramente rizados; el vello de su cuerpo escaso, pero espesa la barba; ojos negros, con el iris castaño-negro y con la abertura de los párpados de tipo europeo, aunque con indicios más o menos evidentes (especialmente entre los niños y las mujeres de Tahití) del pliegue mongólico. El rostro es grande y ovalado, con acusada anchura cigomática; su nariz es ancha y alta, de forma triangular, la boca grande, los labios carnosos, las mandíbulas, redondeadas, sin prognatismo. Los individuos de la Polinesia central tienen generalmente la cabeza más elevada, corta y ancha, es decir, son braquicéfalos (Hawaii, Tahití). Ambos sexos muestran tendencia a la obesidad.

Se dedican sobre todo a la pesca y a la agricultura: cultivan el ñame, la batata, el plátano, el árbol del pan y el cocotero. Como animales domésticos crían sobre todo el cerdo.

Emplean como estimulante el jugo extraído de las raíces de la *kawa*, triturándolas con los dientes, pero no conocen el betel.



Erupción volcánica en las islas Hawaii. La espléndida y selvática belleza de las islas de Polinesia inspiró la concepción religiosa y mitológica desarrollada en torno a las gestas de las divinidades, que incluía vicisitudes de las migraciones del pueblo y tradiciones históricas y genealógicas. Las genealogías de los jefes y de los sacerdotes estaban ligadas con las de los creadores, como Maui, el legendario héroe señor de los volcanes.

Polinesios de Raiatea llevando sus pequeñas embarcaciones hacia el mar. El sistema de vida indígena en contacto permanente con la naturaleza, los relatos de los antiguos viajeros europeos y los pinceles de Gauguin contribuyeron a crear el mito de un país tan feliz como despreocupado. (Foto Folco Quilici.)





La canoa estabilizada con un balancín es un ejemplo sencillo pero ingenioso de los útiles marineros peculiares en Polinesia. Este sistema permitió a los indígenas efectuar grandes migraciones en la antigüedad, y siempre se ha empleado para la pesca y la navegación entre las islas. (Foto I.C.P.)

Habitan en casas de una sola habitación, con techumbre de paja, agrupadas irregularmente y levantadas sobre grandes postes.

Las personas de cierto rango ocupan casas sobre plataformas de piedra. Su organización social se basa en la distinción entre el pueblo común y los nobles. Las genealogías de los jefes y de los sacerdotes están enlazadas con los creadores (como Tangaroa, creador del cielo y del mar, y el legendario héroe Maui, señor de los volcanes) que forman un gran panteón en torno al cual se ha desarrollado una abundante mitología transmitida oralmente: en ella se incluyen las vicisitudes de las migraciones y diversas tradiciones históricas y genealógicas.

Para las ceremonias religiosas y los sacrificios utilizan plataformas de caliza coralina o de piedra, llamadas *marae* (*heiau* en las Hawaii). Con las figuras de los jefes, de los guerreros, de los sacerdotes y de los magos relacionaban los conceptos de *mana* y de *tabú* (que se encuentran también en Melanesia y Micronesia).

El *mana* es una energía espiritual extraordinaria, un poder invisible que, según se cree, puede transmitirse a los hombres, a las cosas, a las almas de los muertos y a los espíritus. Puede tener un significado y una faceta benéfica o maléfica, y presentarse en el aspecto negativo de las prohibiciones *(tabú)*. Con otros nombres y con matizaciones diversas, una idea similar se encuentra entre otros pueblos "primitivos" de la Tierra. El *tabú* es una prohibición de acercarse, directa o indirectamente, a alguna cosa considerada como sagrada, que invade el campo religioso, económico, político, social, médico, sexual, etc. Puede referirse a la santidad de los lugares sagrados y a las divinidades, y por consiguiente, a cuanto pertenece a un jefe, sus útiles y sus vestidos, que no pueden tocarse, o a su nombre, que no puede pronunciarse.

También puede referirse a los sacerdotes y estar limitado a las mujeres, referirse a reglas de comportamiento durante la guerra, la pesca, el cultivo, la conservación de los alimentos, la terapéutica o los ritos funerarios.

Además de la distinción en castas, la sociedad polinesia se basa en la ordenación paternalista y en el clan exógamo. El jefe de la familia es el primogénito en línea de descendencia masculina. El título de jefe de una población independiente corresponde al descendiente más antiguo del primer jefe que formó su familia en un territorio determinado o en una isla dada. Los individuos visten, según la tradición, taparrabos y una faldita de fibras entretejidas. Antiguamente entre los polinesios estaban muy desarrolladas ciertas artes y técnicas, en especial la escultura, la confección de vestidos con cortezas decoradas, la danza, la música y el tatuaje (palabra derivada del samoano *tatua*), ejecutado por una categoría especial de artistas.

Entre los *maoríes* de Nueva Zelanda (cuyo

En la página anterior, arriba, pesca colectiva en la isla de Raiatea (archipiélago de las Sotavento). Hombres y mujeres, formando corros, agitan las aguas para empujar a los peces hacia las redes que sostienen. Abajo, las siluetas de las quebradas montañas de Mooréa vistas desde Tahití.
(Fotos Folco Quilici, Giorgio Gualco.)

nombre significa "normal, sencillo, capaz"), sobre todo a causa del clima más frío, se encuentran otras peculiaridades en el terreno de los cultivos agrícolas, pero faltan los coteros y el árbol del pan.

Aquellos indígenas habían inmigrado de las islas Cook, cuando ya algunos cazadores polinesios de Moa, llamados moriores (lo mismo que los indígenas que antiguamente vivían en las islas Chathas), las poblaban.

Mediante la datación con el carbono 14 se ha podido establecer que la costa neozelandesa estaba habitada por inmigrados polinesios después del año 500. Según una leyenda indígena, los antepasados de los maoríes habrían llegado a Hawaii (quizá Tahití) hacia el año 1350 (calculando 24 generaciones), a bordo de grandes canoas de balancín que transportaban 250 personas cada una, siguiendo la ruta indicada por un mítico pescador llamado Kupe, que se había acercado a las islas para capturar un pulpo gigantesco y había sido el primero en desembarcar en ella.

La organización social estaba basada en la tribu, gobernada por un jefe y dividida en clanes *(hapuu)* de descendientes de un mismo antepasado, subdivididos a su vez en grandes familias patriarcales.

Los maoríes se dedicaban tradicionalmente al cultivo del *kumara* (batata), a la recolección de raíces y orugas, y a la pesca de anguilas, cangrejos y moluscos de agua dulce.

Como es sabido, hasta mediados del siglo XIX (y aún después) practicaban la antropofagia: según Cook, comían solamente los cuerpos de sus enemigos muertos en combate, respetando especiales reglas ceremoniales. Sin embargo, otros testigos han referido que comían víctimas humanas no sólo después de sucesos bélicos, sino también con ocasión de sacrificios, nacimientos y tatuajes; la carne humana se consideraba sagrada, por lo cual era un tabú para las mujeres. Los cráneos de las víctimas se desecaban y se conservaban en las viviendas o clavados en estacas.

Mientras los hombres se dedicaban a la pesca, la caza y a trabajos de fortificación, las mujeres arrancaban las hierbas, recolectaban moluscos, trenzaban esteras, tejían o cocinaban los alimentos. Creían en diversas divinidades y espíritus *(Atua)*. El politeísmo ritual estaba regulado por la magia y reservaba gran importancia al culto de los antepasados *(Wairua)*. Según los maoríes existen doce cielos, y el universo era el resultado del equilibrio entre dos fuerzas opuestas y complementarias: *tapu* (tabú) y *noa* (libre de sortilegio).



El cañón Waimea, entre las formaciones volcánicas de la parte occidental de las islas Kauai, en las Hawaii.
(Foto Sandro Prato.)



Página anterior: muchacha maorí de Rotorua. Los maories, polinesios procedentes de las Cook, reducidos a 46.000 a finales del siglo XIX son casi el 10 % de los neozelandeses. Dos tercios viven en las reservas de las islas del norte, donde practican la agricultura, el esquileo, la mecánica o la enseñanza; otros han de realizar tareas más humildes. (Foto Charles Lénars.)

La armonía del universo y las actividades humanas estarían reguladas por las correctas relaciones entre dichas fuerzas y la observación de las relativas normas rituales.

Los maoríes habitaban en aldeas formadas por cabañas rectangulares con cubiertas a dos vertientes, construidas al nivel del suelo o sobre cimientos. Los asentamientos comprendían las casas de los nobles, la casa de las reuniones, las tiendas y las escuelas para los artesanos y para los sacerdotes, dispuestas circularmente alrededor de la *marae,* que en Nueva Zelanda es el patio o el recinto comunitario y, al mismo tiempo, el sagrario y el centro social de la tribu. A su alrededor estaban las viviendas de los diversos grupos familiares. Los edificios públicos y las residencias de los jefes estaban adornados con relieves tallados y con temas pintados sobre tableros de madera, hastiales o postes que repetían motivos mitológicos tradicionales o representaban figuras estilizadas de personajes heroicos o divinidades, mientras que las cabañas para las provisiones alimenticias se construían sobre palafitos. Por otra parte, cada tribu poseía aldeas fortificadas *(pa),* situadas en lugares de difícil acceso, rodeadas y defendidas por terraplenes, dobles empalizadas y fosos llenos de agua, de las cuales pueden visitarse actualmente algunas reconstrucciones. Además de un arte de cierto nivel (estatuas, bajorrelieves de las viviendas con temas geométricos o en espiral, ornamentos pectorales tallados en diorita, llamados *tiki*), los maoríes habían desarrollado una refinada forma de tatuaje facial.

En el año 1769, cuando Cook, dejando Tahití, desembarcó en diversas localidades de la costa neozelandesa, estimó el número de maoríes en unos 200.000, divididos en 50 tribus. A partir del año 1880 la población disminuyó sensiblemente, hasta el punto de reducirse, quince años después a 46.000 individuos. En la actualidad, los maoríes son unos 230.000 (incluyendo los mestizos), casi el 10 % de la población de Nueva Zelanda. Dos tercios de ellos viven en la parte septentrional de la isla del Norte (especialmente en las reservas que funcionan bajo la protección del ministerio de Asuntos Maoríes). Trabajan como agricultores, esquiladores de ovejas, mecánicos, profesores e incluso, como cargos parlamentarios, aunque no pocos tienen que contentarse con ocupaciones más humildes. Están integrados en la vida nacional, en las iglesias anglicana, católica, metodista, mormona y presbiteriana, pero en muchos casos no renuncian a sus creencias ancestrales (p. ej., el ritual fúnebre, el cual comprende a los parientes y ancianos que velan al muerto, recitando discursos conmemorativos y cantando poemas, el entierro del cadáver y el posterior banquete, la ceremonia para liberar la vivienda del difunto del *tapu* y, al cabo de unos meses, el rito para descubrir la piedra sepulcral).



Joven descendiente de maoríes, de la isla del Norte (Nueva Zelanda). (Foto Charles Lénars.)

Después de los perjuicios causados por los *Pakeha* (los europeos) a la organización social han dejado de vivir agrupados en grandes familias, para hacerlo en núcleos familiares individuales. Sin embargo, los descendientes de un mismo antepasado (en dos a cuatro generaciones) mantienen estrechas relaciones mutuas, reconocen la autoridad del hombre más viejo, poseen tierras en común, un clan de familia y una *marae* propia.

La *marae* actual comprende una moderna casa para las reuniones y un comedor frente al patio de la aldea. Representa todavía el centro de la vida comunitaria, en el cual se discuten los problemas sociales más importantes, se celebran los matrimonios y los ritos fúnebres y se reciben a los huéspedes.

Los "Moai" del Ahu-Akivi, en la isla de Pascua, grandes figuras monolíticas sin piernas, dispuestas sobre una plataforma ceremonial de bloques de piedra. Quizá fuesen monumentos dedicados a los jefes y sacerdotes, esculpidos con instrumentos pétreos.
(Foto Lino Pellegrini.)





Vista del atolón Aitutaki, en las Cook, islas que llevan el nombre del célebre navegante inglés al que se debe el conocimiento definitivo del Pacífico. En sus expediciones, entre los años 1768 y 1780, llegó a las principales islas y profundizó en su conocimiento científico. (Foto Giorgio Gualco.)

La casa para las reuniones puede estar decorada con esculturas, tanto en su interior como en el exterior, y contener figuras estilizadas de los antepasados comunes. La pérdida de muchas tierras, actualmente propiedad de colonos blancos, la escasez de recursos y el aumento de la natalidad han dado lugar al éxodo rural de una parte de la población hacia las zonas urbanas.

Los maoríes, dotados de un gran sentido de pueblo, comprenden que su integración progresiva puede comportar el peligro de su asimilación. Por ello, cuando se trasladan a la ciudad, tratan de no romper sus tradicionales vínculos de parentesco, adaptando la función social de sus propias instituciones originales al cambio del sistema de vida. Se reúnen en clanes familiares y culturales, en asociaciones tribales y en *maraes* urbanas para garantizar su cohesión étnica y consolidar las relaciones entre los grupos de la ciudad y los del campo.

La isla de Pascua, deshabitada hasta el año 400, habría sido ocupada por polinesios procedentes de las Marquesas, los únicos que empleaban la escritura a base de símbolos gráficos grabados. A causa de continuas hostilidades, su antigua cultura fue desapareciendo (siglo XVIII) y la población originaria casi se ha extinguido; los habitantes actuales no tienen prácticamente ninguna relación con ellos.

En las zonas costeras, en el interior del cráter y en las laderas del extinguido volcán Rano Raraku se encuentran una especie de terrazas formadas con enormes bloques de piedra *(ahu),* similares a las plataformas ceremoniales de otras islas, en cuyas cercanías se exponían los muertos.

Encima de dichas plataformas aparecen algunos centenares de bustos esculpidos, carentes de piernas, figuras monolíticas (moai) relacionadas con el culto al dios Make-Make; las menos antiguas tienen un gran cilindro de piedra sobre la cabeza.

Las cuevas de la isla contienen otras muchas de estas figuras incompletas o tumbadas, dañadas por la intemperie y por los hombres: se esculpieron empleando solamente instrumentos de piedra. Entre las culturas del Pacífico, la polinesia es la que más ha sufrido las consecuencias del contacto con los blancos, encaminándose a una rápida y casi total decadencia. La población indígena ha disminuido mucho y en su mayoría es mestiza.



En la página anterior, indígena de Yap ejecutando una danza con un bastón de bambú. Los micronesios constituyen una población heterogénea que acusa influencias raciales y culturales polinesias, melanesias e indonesias. (Foto Transworld-Black Star.)

Micronesios

Los micronesios (unas decenas de millares de individuos que viven en las islas Gilbert, Marshall, Carolinas y Marianas) forman un complejo racial relativamente uniforme, resultante de la mezcla de un tipo predominantemente polinesio con cierto número de elementos melanesios e indonesios. Son individuos de estatura inferior a la de los polinesios (media de 164 cm), tienen la piel de color más oscuro y un índice encefálico más bajo; además, presentan a menudo caracteres mongoloides más acentuados y ojos hundidos. Las islas orientales, más cercanas a la Polinesia y las occidentales, más próximas a la Melanesia, revelan sus respectivas influencias raciales y culturales.

A sir Arthur Grimble (llamado *Kurimbo),* que vivió en el archipiélago entre las dos guerras mundiales, se deben muchas informaciones inéditas sobre la cultura gilbertina, antes de que el contacto con los extranjeros causase su decadencia. Considerado por los indígenas como un hombre de Matang, el mítico país situado a occidente, más allá del mar, aprendió su lengua, observó sus costumbres, se convirtió en miembro del clan del sol *(Karongoa),* fue tatuado con el signo de la serpiente y dejó un recuerdo imperecedero entre la población por sus dotes de sabio.

Según la tradición oral, los héroes ancestrales de las Gilbert se derivan de las ramas y de las raíces de un solo árbol mítico, tienen la carne rosada y los ojos azules y son llamados "compañía del árbol, progenie de Matang".

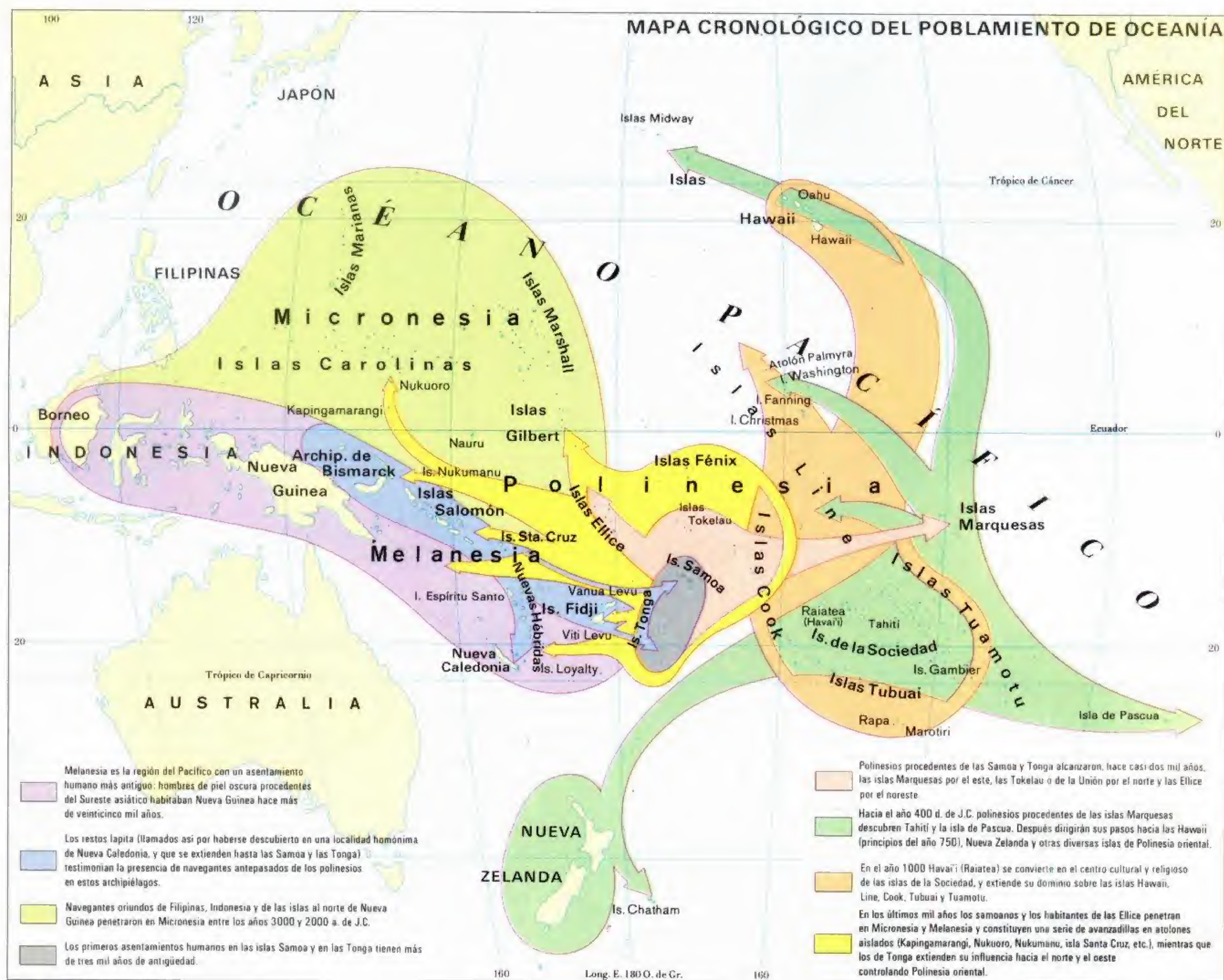
Matang, el paraíso perdido, hospeda por tanto a las divinidades de piel clara, como los europeos y los antepasados, que comen *re tenga* (probablemente el betel, inexistente en las Gilbert). El acceso a la "puerta de la muerte" está vigilado por Nakaa, el gran legislador, que dirigió a los antiguos progenitores en su fuga de Occidente, porque "habían jugado con las mujeres bajo el árbol de la muerte". Nakaa estrangula con una red a los muertos cuyos cónyuges no han respetado el ritual del *te kaetikawai* y empala a los incestuosos y a los profanadores de los santuarios de los huesos de los antepasados, mientras que los difuntos sin mácula trasponen el horizonte occidental, aunque no pueden regresar de Matang. Un mítico antepasado, Au del sol naciente, protector de los seres vivientes, desembarcará un día en las islas con su séquito de hombres de piel clara.

Las analogías existentes en los diversos elementos de la mitología y de la cultura material y espiritual, entre los nombres de las divinidades, islas y localidades del archipiélago y los de la zona indonesia, parecen apoyar la teoría de la inmigración de los "comedores de betel" y de otros pueblos del oeste y del suroeste, de las Filipinas, de Indonesia (quizás a través de las Molucas centrales) y de las islas al N. de Nueva Guinea, entre los años 3000 y 2000 a. de J.C. Dichos inmigrados se habrían mezclado con los más antiguos pobladores de Oceanía, pigmoides de piel oscura (de los cuales quizá se derive la figura del dios de las Gilbert *Na Areau Te Kikinto,* creador de la discordia), habrían sufrido la invasión de otros australoides y, posteriormente, de mongoloides asiáticos; pero solamente las investigaciones lingüísticas, antropológicas, genéticas y arqueológicas podrán consolidar o desmentir tales hipótesis.

Los insulares de las Gilbert son micronesios típicos, pero hablan en una lengua afín al melanesio y tienen una estatura media inferior a la de los indígenas de la misma "raza", mientras que los habitantes de las islas Ellice (o de las Lagunas) son asimilables a los polinesios. Los habitantes de las Gilbert combatieron antiguamente centenares de años en luchas intestinas, contra los tonganos y samoanos, y practicaban el canibalismo: acostumbraban, por ejemplo, morder las pupilas de los enemigos muertos, partiéndolas en dos según reglas rituales especiales. En la actualidad son pacíficos pescadores, habilísimos navegantes y recolectores de copra, establecen su orientación valiéndose de la observación de las estrellas o por los olores de las aguas, viven en aldeas construidas a sotavento de las islas y que constan de habitaciones para cocinar, de cobertizos para sus canoas de balancín y viviendas rectangulares con la techumbre inclinada, a la sombra de las palmeras y dispuestas en los lados de los caminos paralelos a la costa. Forman familias *(utu)* ordenadas patriarcalmente: los miembros de los clanes de cada isla acostumbran reunirse en la *maneaba,* casa tradicional del consejo o parlamento indígena, o bien discuten los problemas sociales durante interminables sesiones ceremoniales.

Indígenas de las Gilbert. Los micronesios de estas islas hablan un lenguaje similar al melanesio. Antiguamente practicaban el canibalismo, pero hoy son pacíficos pescadores, expertos navegantes y comerciantes de copra, convertidos en su mayoría a la religión católica y a la protestante. (Foto I.C.P.)





Convertidos en su mayoría a la religión católica y a la protestante, no han renunciado del todo a las prácticas mágicas y propiciatorias que regulan las acciones cotidianas, a las danzas religiosas, a los vigorosos cantos poéticos y a los mitos que han sobrevivido al tiempo y a las antiguas migraciones.

Grimble ha dejado testimonio de los dramáticos efectos de la enseñanza cristiana en el sistema de parentescos y en la ética tradicionales. La destrucción de los santuarios ancestrales que guardaban los venerados huesos y los cráneos de los antepasados, con la pretensión de erradicar las antiguas creencias y supersticiones, era para los indígenas una vejación y un crimen comparable con el incesto, puesto que su seguridad personal y su prosperidad *(mauri)* estaban comprometidas por estos dos pecados. La drástica prohibición de la poligamia, del *eiriki* (enlace de una mujer con dos hermanos) y del *tinaba* (de una mujer con un antiguo pariente de su marido), la prohibición de mantener relaciones con las hermanas uterinas de la primera mujer cuando tenían dificultades para encontrar marido, transformaron de repente a las mujeres honradas en adúlteras y a los hijos legítimos en bastardos, induciendo a gran número de personas al suicidio.

Las antiguas costumbres matrimoniales encontraban su justificación en el hecho de mantener la cohesión étnica; eran instituciones libres que se había dado un pueblo para garantizar una serie de exigencias, no despreciables, morales, materiales y sociales. En efecto, consolidaban las relaciones de parentesco con el afecto y, sin abandonar las obligaciones para con los hijos, las hermanastras y los hermanastros, garantizaban la posesión en común de la tierra mediante una serie de acuerdos recíprocos.

Los indígenas de las Marshall (conjunto de 34 islas y atolones coralinos situados en el hemisferio septentrional, a lo largo de dos cadenas paralelas, en dirección N.-NO. y S.-SE.) tienen la piel más oscura y los rasgos físicos más polinesios que los canacos de las Carolinas y que los micronesios occidentales.

Antiguamente vivían en casas cuadrangulares con el espacio habitable sobre una pla-



Página anterior: joven mestizo de las islas Pagan. También en Micronesia los contactos con extranjeros dieron origen a cruces raciales. Los indígenas "primitivos" de las Marianas se mezclaron con inmigrados de las Carolinas, con españoles, japoneses, escoceses y tagalos filipinos, cuya influencia se acusa en la cultura indígena. (Foto Transworld-Black Star.)

taforma y cubierta de hojas de palma, una forma intermedia entre las viviendas a ras del suelo y las construidas sobre palafitos.

Su ordenamiento social era de predominio matriarcal y comprendía la alta y la baja nobleza, los propietarios de las tierras y el pueblo común al servicio de la nobleza. La categoría social podía mejorarse por méritos especiales, sobre todo bélicos.

Los jefes de la alta nobleza detentaban el poder absoluto. Los clanes eran totémicos.

El tatuaje, realizado por profesionales con instrumentos de hueso, indicaba el rango de las personas y estaba considerado como de origen divino. En las Marshall los recursos naturales son reducidos y las lluvias escasean. La tierra no es adecuada para el cultivo del árbol del pan, del plátano y otras plantas, aunque hace poco tiempo se ha introducido el cultivo de la *Maranta arundinacea,* que los indígenas rallan y fríen en aceite de coco. La economía se basa, casi exclusivamente, en la pesca y en el aprovechamiento integral de los cocoteros.

A la calamidad de los tifones que azotan periódicamente las islas, se añadieron, entre los años 1946 y 1958, las diversas explosiones nucleares efectuadas por los estadounidenses en los atolones de Bikini y Eniwetok, que alteraron el equilibrio ecológico del ambiente.

A medida que se intensificaron los contactos con los extranjeros, el régimen de vida tradicional se fue diluyendo. Las islas fueron visitadas por los españoles en el siglo XVI, por el capitán Marshall en el año 1788 y por los rusos entre 1803 y 1823.

Sesenta años después los alemanes asignaron a los jefes indígenas una contribución en especies a pagar con ciertas cantidades de copra, pero en 1914 los colonizadores japoneses la abolieron, disminuyendo la autoridad y el prestigio de los jefes y haciendo caer la antigua ordenación social. Después de la llegada de los estadounidenses y de los perjuicios sufridos durante la segunda Guerra Mundial, los indígenas obtuvieron asistencia médica y escolar y empezaron a sufrir la influencia de la cultura americana. La importación de los primeros productos de consumo (bicicletas, frigoríficos, cocinas, alimentos en conserva, vestidos occidentales y películas) crearon nuevas necesidades y alteraron definitivamente la estructura económica tradicional, incapaz de satisfacerlas. Aunque el archipiélago de las Marshall ocupa una superficie muy extensa, sólo cuenta con 181 km² de suelo firme. Su población pasó de los 10.553 habitantes en 1948 a los 19.000 de 1968, y pertenece en su mayoría a la iglesia Cristiana de las Marshall, que sigue la tradición protestante y puritana de Nueva Inglaterra. Las reticencias de los indígenas convertidos, inducidos muchas veces a avergonzarse de su pasado, ha impedido prácticamente profundizar en la investigación de su religión nativa.

El archipiélago de las Carolinas, diseminado en una extensión de 1 millón de km² de océano y con una superficie en conjunto de 1.100 km², comprende los grupos de las Palaos y de Yap, al O., de Truk en el centro, y de Ponape y de Kusaie al E., constituidos por más de 900 islas, atolones e islotes. Las poblaciones de cada uno de estos grupos insulares tienen su lengua y cultura propias, aunque existen diferencias físicas incluso entre los individuos de una misma isla y entre la variedad de dialectos que hablan. Dichos dialectos debieron de tener un origen común, pero en la actualidad son incomprensibles entre sí.

En la isla de Yap, además de las monedas importadas por los extranjeros, se encuentran otras de piedra (aragonitos) con diámetros que varían desde algunos centímetros hasta más de 3 m.

De las mayores, semejantes a ruedas de molino y que pesan toneladas, los indígenas conocen el nombre, su historia y sus propiedades.

Yap era el centro de un imperio al que las demás islas tenían que pagar tributos anuales, para evitar los sortilegios de los magos locales. Cuando llegaron los europeos, sus habitantes dominaban en el archipiélago y formaban escuela en el arte de la navegación, en la artesanía y en la arquitectura. En la cumbre de su organización social figuraban sus jefes supremos, de los cuales dependían los jefes de los poblados. Los poblados se dividían en nueve categorías y sus viviendas correspondían al rango y a la antigüedad de sus habitantes. Los esclavos, privados de propiedades, trabajaban las tierras de los nobles. La población formaba, por otra parte, dos grupos militares distintos. Los miembros del clan totémico y los del matriarcal no podían casarse entre sí. Además de las viviendas familiares había clubs masculinos, a los que correspondía la vigilancia del poblado. Algunas muchachas ejercían la prostitución sin deshonor, libres



Página anterior: El archipiélago de las Carolinas comprende los grupos de las Palaos y de las Yap, al O., de Truk en el centro, de Ponape y de Kusaie al E., que suman más de 900 islas, atolones e islotes (en la ilustración) y albergan cada uno poblaciones distintas, con sus lenguas propias.
(Foto Transworld-Black Star.)



Afloramiento coralino en un atolón de las Ellice. En la inmensidad del Pacífico, las tierras emergidas y fragmentadas en miríadas de islas de diversas dimensiones representaron otras tantas etapas de las migraciones de los pueblos procedentes de Asia que se asentaron en los archipiélagos.
(Foto Sandro Prato.)

después para casarse. Lo mismo ocurría en las Palaos, en las que existían, sin embargo, también clubs femeninos. Las casas para las reuniones tenían cubiertas de elevadas vertientes, estaban construidas con tablas de madera y decoradas con esculturas y relieves pintados, mientras que las calles de las aldeas estaban embaldosadas con piedra. Aparte de los jefes de distrito (hombres y mujeres) y de poblado, había subjefes de sector. Los isleños de las Palaos hablan una lengua indonesia, como los descendientes de los chamorro de las Marianas; los otros micronesios de las Carolinas hablan, en su mayoría, lenguas melanesias. En las Truk se nota más la influencia melanesia, aunque con elementos indonesios y polinesios.

En Ponape, en la isla de Kusaie, se encuentran grandes ruinas de piedra de fortalezas, viviendas, tumbas y santuarios, las más importantes de las cuales son las de Nan Matol, donde estaban las residencias del rey, de los nobles, de los sacerdotes y un cementerio, testimonios de la existencia de un gobierno centralizado de hace unos 500 años. En las construcciones se usaron bloques superpuestos de piedra coralina y columnas de basalto de varias plantas, a veces separadas por canales navegables. El reino de Ponape fue destruido por los señores de Kusaie.

En las Marianas, los descendientes de sus primitivos moradores se mezclaron con grandes núcleos de inmigrantes que influyeron en la cultura indígena. En la arquitectura familiar, en la indumentaria, en la ganadería bovina y en el empleo del carro con ruedas es evidente el influjo filipino.

Los chamorro tenían una organización social similar a la de las Palaos y Yap, con su "clásica" división en nobleza, clase media y pueblo llano, y sus clubs masculinos con prostitutas. La mujer ejercía una función importante en la vida de los poblados, a causa de su organización matriarcal. Eran pescadores y navegantes, aunque sabían cultivar el arroz en las terrazas regadas artificialmente y conocían el arte de la cerámica.

Los descubrimientos de la isla de Pascua, las ruinas de Ponape, de Kusaie y de otras islas, y las columnas de caliza coralina con capiteles, que servían de basamento a las casas de los nobles chamorro, figuran entre los elementos culturales más originales de las culturas del Pacífico.



En la página anterior, indígena de Wolea cortando una nuez de coco. Su pulpa, troceada, representa el símbolo tradicional de la hospitalidad en toda Micronesia; este producto se emplea en la obtención de la copra, que constituye uno de sus escasos recursos económicos, junto con los fosfatos.
(Foto Transworld-Black Star.)



Tres mapas que reflejan la gran difusión y especialización de la subespecie mongoloide en Asia y en América. No obstante, dicha difusión ha sido superada hasta la época contemporánea por la de los pueblos europeos, cuya cultura se ha convertido en ecuménica gracias a su expansión económica y demográfica.

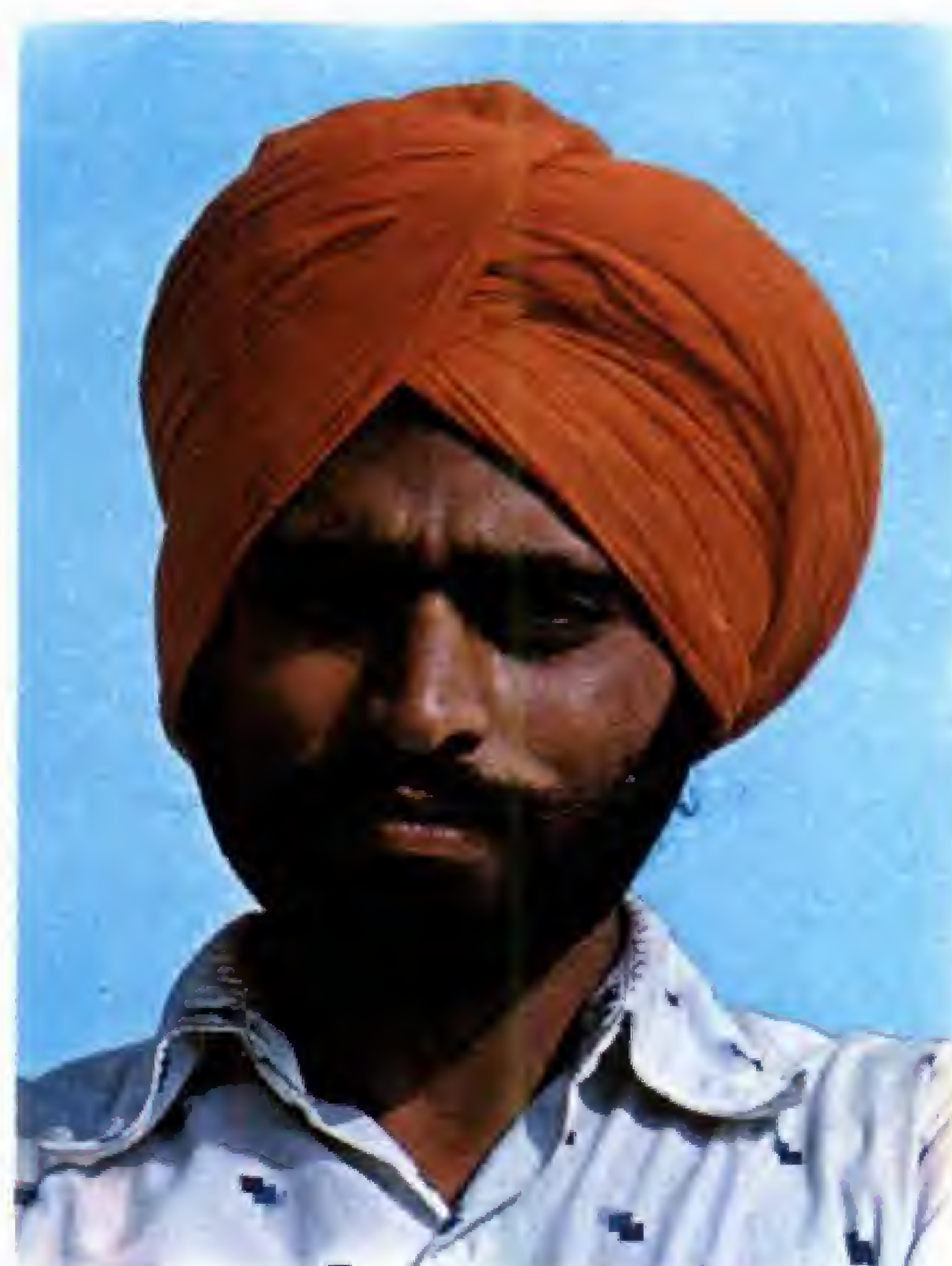




"Sentada" de protesta en una ciudad europea. La subespecie caucasoide, así llamada por el descubrimiento de Johann Friedrich Blumenbach de unos restos de huesos craneales en el Cáucaso, en el centro de las masas continentales de Europa, es probablemente la menos "pura" y homogénea de la Tierra. (Foto A. Negrin.)







Ejemplos de las tres principales poblaciones caucasoides (la europea, la árabe y la hindú): una muchacha sueca de tipo nórdico, un nómada saudí y un sikh del Punjab.
(Fotos Koch-Rapho, Maurizio Leigheb.)

Subespecie caucasoide

Todos los pueblos de Europa y sus parientes de ultramar, los árabes de África septentrional y de Oriente Medio, los pueblos de Irán, Afganistán, Pakistán y de la mayor parte de la India, los ainú de las islas Hokkaido y Sajalín, varios pueblos de Etiopía y de Somalia, forman parte de la misma subespecie caucasoide.

Según datos aproximados y parciales (aunque significativos), los europeos son unos 600 millones, los árabes 120 millones, los iraníes 26 millones, los afganos 16 millones, los pakistaníes 43 millones, los hindúes 550 millones, los etíopes 27 millones y los ainú solamente 15.000, 300 de ellos relativamente "puros". Hay que añadir los europeos emigrados a diversas partes del mundo.

En la segunda mitad del siglo XVIII, Johann Friedrich Blumenbach eligió como ejemplar típico de la llamada "raza blanca" un cráneo muy bien conservado procedente de las montañas caucásicas: desde entonces la "raza blanca" se llamó caucasoide.

En realidad, sobre la base de las investigaciones arqueológicas y paleontológicas y del análisis de la distribución moderna de las razas, no ha sido posible establecer aún con precisión su lugar de origen. Según diversos científicos se encontraría en África, donde los caucasoides se habrían diferenciado por selección natural y por variaciones somáticas, debidas al desarrollo de la cultura bajo las influencias ambientales.

Los grupos evolucionados en África habrían emigrado posteriormente hacia las regiones mediterráneas y hacia Europa central, dando origen a los pueblos de "raza blanca", mientras que otros grupos habrían emigrado hacia el centro de África o al Asia oriental, formando la "raza negra" y la "amarilla". El proceso sintetizado de este modo sólo puede dar una vaga idea de la compleja formación y especialización de los grupos humanos en general, y de los caucasoides en particular, que, por encontrarse en el centro de las masas continentales del antiguo mundo, son probablemente los menos "puros" entre todas las subespecies humanas.

Por efecto de la colonización y de las emigraciones, la subespecie caucasoide está presente en todos los continentes y, por su específica sensibilidad físico-psíquica, ha dado origen a diversas "subrazas" e innumerables "tipos raciales".

Desde el punto de vista físico, una de las más importantes características distintivas de la subespecie caucasoide es, generalmente, la clase de pigmentación de su piel, ojos y cabellos.

En el amplísimo territorio que comprende Europa, África mediterránea, Asia interior, la India y África oriental pueden considerarse varias zonas de pigmentación, pero esto no incide en la unidad de la subespecie, ya que las diferencias se deben a una adaptación al ambiente y a la selección genética.

En la página anterior, dos ejemplos de concepciones urbanísticas de dos épocas diferentes del desarrollo de la cultura europea. Arriba, Carcasonne, rodeada de murallas medievales. Abajo, una vista de la ciudad residencial de Parly, en los alrededores de París.
(Fotos B. Beaujard-Titus, Schmidt-Metz-Archivo IGDA.)

En la primera zona se observa menor pigmentación (Noruega, Suecia, Finlandia, Islandia, Países Bálticos, Rusia, Polonia, Dinamarca, Alemania septentrional y Gran Bretaña oriental): sus individuos tienen la piel muy clara, los cabellos muy rubios y los ojos azules.

En la segunda zona (Irlanda, Escocia, Inglaterra occidental, Francia septentrional y regiones de Alemania y de Rusia) existe una elevada proporción de individuos rubios, intermedios entre castaños y morenos.

En la tercera zona la pigmentación está equilibrada, con proporciones equivalentes de los tipos rubios y castaño-morenos (regiones septentrionales de España, de Italia, de los Balcanes, sur de Rusia, Laponia).

En la última zona la pigmentación es más acentuada (España meridional, Italia meridional, sur de los Balcanes y Grecia insular, África mediterránea, Oriente Medio, India, África oriental).

Los intentos de clasificar a los caucasoides por sus grupos sanguíneos son todavía problemáticos: el grupo A y el grupo O son frecuentes de manera casi idéntica en todas las "razas" y "subrazas"; el grupo B es más abundante al este que al oeste; el factor Rh-negativo es mucho más numeroso que en las otras subespecies.

Al tratar de los pueblos europeos, el gran desarrollo de su cultura material y espiritual, que ha dado lugar al conjunto de conocimientos denominado "cultura occidental" (en sentido etnológico y no común), no permite profundizar aquí en sus diversos aspectos, demasiado amplios, tecnológicamente avanzados y especializados.

Sólo es posible describirlos sintéticamente, según los criterios antropológicos y etnológicos adoptados por diversos autores, haciendo especial referencia a las tradiciones y costumbres arcaicas que sobreviven en la sociedad moderna.

Nueva York, es uno de los símbolos —si no el máximo— de la economía comercial y de la dimensión planetaria de la cultura de Occidente; imagen del desarrollo industrial y tecnológico y de un bienestar basado en el consumismo, a riesgo de deshumanizar al hombre amenazando su equilibrio e incluso su propia existencia.
(Foto Marka.)



Vista de Ålesund, importante centro económico noruego con establecimientos para la elaboración del pescado y astilleros navales. La existencia de los pueblos nórdicos está intensamente condicionada por el clima y la morfología ambiental. (Foto R. Ostuni.)



Lapones

Los lapones viven en el extremo norte de Europa, más allá del Círculo Polar Ártico. El interés científico que ha despertado siempre este reducido grupo humano se refiere, sobre todo, a su discutido origen. A partir del siglo XIX los estudiosos se dividieron, prácticamente, en dos corrientes: quienes los suponían "preeuropoides" (caucasoides) y quienes los pretendían mongoloides. Tras el examen de las frecuencias de los grupos sanguíneos, hoy nadie se opone a la clasificación de los lapones entre los pueblos "caucasoides"; no obstante, se sostiene que su cepa es de antigua formación (paleomorfos), y hay quien opina que se han "especializado", es decir, caracterizado distintamente respecto a los pueblos limítrofes, a causa de su aislamiento.

Sus caracteres somáticos distintivos son: reducida estatura, braquicefalismo unido a un rostro reducido, aunque ancho, con pómulos salientes, nariz breve y cóncava, mandíbulas anchas, barbilla pequeña y pigmentación relativamente oscura. La estatura está en relación directa con el género de vida: los nómadas pastores de renos son normalmente más bajos que los seminómadas y que los sedentarios.

La zona ocupada por los *sami* o *samek,* como se autodenominan los lapones, con un término quizá derivado de Suomi (Finlandia), al ignorar el apelativo que les dan los suecos derivado de *löpa* (correr), se extiende desde la península de Kola, en la región septentrional de Suecia y Noruega, pasando a través del norte de Finlandia. Habitan, por tanto, en un medio natural similar al de Europa de la era glacial, y llevan un tipo de vida que, a pesar de algunos cambios, recuerda al de hace miles de años.

Para los lapones dedicados al pastoreo el reno es la base de todas sus actividades: les suministra leche, manteca, queso y carne; con sus pieles, convenientemente curtidas, confeccionan vestidos y tiendas; con sus tendones se preparan cuerdas e hilos para coser; con los huesos y cuernos objetos del mobiliario y herramientas, lámparas, platos, cuchillos y cucharas. Es también un animal para el transporte: durante los viajes en busca de nuevos pastos se utiliza para transportar tiendas, utensilios y personas.

Lapones finlandeses con sus vestidos y gorros tradicionales. El examen de las frecuencias de sus grupos sanguíneos ha confirmado su origen caucasoide. (Foto Charles Lénars.)



En la página anterior, arriba, un lavo, *tienda lapona de forma troncocónica; abajo, un lapón finlandés a la cabeza de un pequeño convoy de renos con trineos* (pulke). *El nomadismo lapón, no muy antiguo, depende de la adaptación a sus cambiantes condiciones de vida.* (Foto Osvaldo Langini, Charles Lénars.)

Funcionarios del Gobierno controlan las manadas, por lo cual los ganaderos capturan a lazo los sementales para castrarlos y adaptarlos al arrastre de los trineos. Los pequeños trineos *(pulke)* semejan barcas lacustres cortadas por la mitad en sentido transversal: un lapón con sus esquíes (sin canaladuras y con puntas también en la parte posterior) guía al primer reno que, a su vez, conduce a los demás con sus trineos.

La vida nómada tan sólo se interrumpe durante el invierno, cuando el frío azuza a los renos hacia los bosques. Tan pronto se inicia el deshielo, para huir de los mosquitos y tábanos de la tundra, las manadas se ponen en marcha hacia los pastos más elevados, siguiendo el curso de los ríos, protegidas y controladas por perros. Los nómadas preparan una tienda en forma de tronco de cono *(kota)*, cubierta, según las estaciones, con trozos de tela o de piel de reno: en el centro se encuentra el hogar, delimitado con piedras para que no se extiendan las cenizas. El humo sale por el vértice, que sólo se cierra cuando llueve o nieva. El suelo se recubre con ramitas de abedul y de abeto y con pieles de reno. En primavera y otoño los seminómadas construyen cabañas con terrones, mientras que los lapones de los bosques prefieren las viviendas casi fijas *(sita)* que pueden alojar a muchas familias. Estas casas de troncos, vistas desde el exterior, parecen muy bajas, por tener el suelo bajo el nivel de superficie del terreno. Carecen de ventanas y tienen una sola abertura. En los campamentos de primavera se levanta el *njalla*, una pequeña cabaña de madera colocada sobre un tronco de árbol que sirve de almacén y despensa. Tiene la finalidad de conservar las reservas de carne a salvo de los animales silvestres y se accede a ella mediante un tronco en el que se han tallado escalones.

La vida de la comunidad es ordenada y tranquila: el robo se desconoce, prácticamente; la generosidad y la alegría caracterizan todas las manifestaciones sociales. Durante el invierno los miembros de varias comunidades se reúnen en ferias y mercados y se organizan fiestas como lugar de conjunción de los jóvenes con vistas al matrimonio.

La hembra del reno, como animal de arrastre, y el trineo, como medio tradicional de transporte, se ven sustituidos actualmente con frecuencia por los vehículos motorizados especiales para circular por nieve. (Foto Charles Lénars.)





En la página anterior, un lapón pone a secar la piel de un reno. Para los grupos dedicados al pastoreo, el reno es la base de todas sus actividades: les proporciona carne, leche, queso y manteca; con su piel se confeccionan tiendas y vestidos y es muy útil para transportar enseres y personas en los viajes. (Foto Osvaldo Langini.)





Arriba, a la izquierda, dibujos sobre la piel de un tambor empleado por un chamán: la antigua religión se basaba en el culto a los espíritus de la naturaleza y a un ser supremo llamado Jubmel; derecha, recipientes lapones de fabricación moderna. (Foto Charles Lénars, Osvaldo Langini.)

El matrimonio, celebrado por pastores protestantes (la mayoría de los lapones son luteranos) o por popes ortodoxos, es indisoluble. Después del rito nupcial se celebra una fiesta, con participación de parientes y amigos. Los presentes ofrecen o prometen obsequios, según sus posibilidades, bajo la atenta mirada de un invitado que registra, puntualmente, las promesas hechas, para que más tarde no surjan equívocos ni haya arrepentimientos. Los obsequios consisten casi siempre en dinero o en renos. Concluida la fiesta, los recién casados son propietarios de cierto número de nuevos animales que incrementa el rebaño aportado como dote por la novia. Durante la ceremonia nupcial los futuros esposos se intercambian las arras nupciales. La esposa será obsequiada con nuevos anillos en cada acontecimiento alegre (nacimiento de hijos, fiestas, etc.) que irá guardando en un cofrecito *(kisa)* fijado al basto de una hembra de reno.

Antiguamente, cuando nacía un niño, un chamán lo exorcizaba. Hoy sólo asisten a la parturienta las mujeres de la familia. La mayor de ellas toma entre sus manos la cabeza del recién nacido, procurando, según una antigua tradición, redondearla: para los lapones la cabeza alargada es antiestética.

El niño se cría con muchas precauciones, sobre todo para defenderlo de los peligros del frío, en una atmósfera familiar llena de afecto. Duerme en una típica cuna de abedul o de abeto, protegido con pieles. Su destete es bastante precoz. Cuando al lactante le aparece el primer diente su padre le regala un reno, y a continuación un trineo y un puñal típico. El niño empieza su vida al aire libre, en plena naturaleza, aprendiendo a conocer los peligros y los recursos. Juega con los otros niños de su edad, va a pescar, a cazar y a recoger frutas, hasta que, a los ocho años, asiste a una de las escuelas especiales nómadas abiertas por el Gobierno.

Según los relatos de viajes de hace algunos siglos, la religión de los lapones se basaba en el culto a los espíritus de la naturaleza y a un ser supremo (Jubmel); figuras importantes eran también Maddler-Akka, diosa de la fecundidad, Peive, dios del Sol, Horagalles, dios del trueno, y Bieggolmai, dios del viento. También se practicaba el culto del oso, origen de abundantes danzas y ceremonias mágico-religiosas. El número actual de lapones se calcula en unos 35.000, distribuidos sobre una superficie muy amplia y entre más de 2 millones de habitantes. Más de 6.000 estarían aún dedicados al nomadismo y a la cría del reno: 1.800 en Noruega, 3.000 en Suecia y 1.500 en Finalandia.

El nomadismo lapón no es muy antiguo, dado que parte de una adaptación a condiciones de vida cambiantes. Antes de transformarse en ganaderos nómadas, los lapones eran sobre todo pescadores y cazadores de renos y de otros animales peleteros. Bajo la presión de pueblos escandinavos más poderosos, y en busca de nuevos medios de subsistencia al disminuir los animales de caza, se dedicaron a la cría de renos.

Una pareja de recién casados saliendo de una iglesia luterana de Kautokeino (Noruega) después del rito nupcial: la esposa luce sobre el pecho grandes adornos de oro. El periodo pascual está considerado como la época más idónea para la celebración de los matrimonios y las reuniones de grupos. (Foto Popperfoto.)



Los testimonios del pasado y los hallazgos arqueológicos demuestran que los primeros habitantes de Laponia, llamados por los pueblos nórdicos fineses o skridfineses, eran cazadores y pescadores. En las sagas aparecen mencionados también como hábiles constructores de embarcaciones y carpinteros. La economía de los lapones se basaba en la caza en los bosques y en las gélidas landas y en la pesca en los ríos, lagos y mares. Las presas marinas más codiciadas eran las ballenas, focas, peces y diversas aves; en tierra eran los renos, alces, aves y peces de agua dulce.

Según relata el caudillo noruego Ottar, hacia el año 900 los lapones habían desarrollado un floreciente comercio de pieles de oso, nutria, reno, foca boreal, foca común, ardilla, zorro y armiño, con las que pagaban también sus impuestos. Durante la Edad Media este tráfico estaba monopolizado por los comerciantes finlandeses y noruegos que residían en Birkkala y en Bergen. La búsqueda de pieles causaría el progresivo exterminio de las especies animales y la dependencia de los lapones de los centros de producción de las manufacturas que ellos no fabricaban. En especial el empleo de los reclamos y las trampas *(vuobman)* para la captura de los renos salvajes redujo drásticamente la importancia numérica de las manadas.

El ciclo anual de su existencia recorría un exacto calendario venatorio, con diversas migraciones y permanencias en viviendas situadas en los lugares aptos para la caza y el pastoreo de los renos criados por reclamo y como animales de tiro. Los desplazamientos se efectuaban de la costa hacia el interior, a lo largo de las orillas de los ríos y de los lagos, de forma que se alternasen los períodos de pesca con los de caza del reno salvaje del altiplano. En ciertas localidades aquel ritmo migratorio todavía no ha cesado, como en la región de Skolt, al sur del fiordo de Varanger. En los siglos VI y VII, cuando los renos salvajes empezaron a escasear, fue necesario intensificar la cría y reproducción de los domésticos. La cría se difundió rápidamente por casi toda Laponia, de forma que los antiguos cazadores se convirtieron en pastores. Los pastos se ampliaban proporcionalmente a la cantidad de ganado criado, invadiendo los antiguos territorios de caza. Mientras los criadores de los bosques efectuaban migraciones de corto radio, dirigiéndose a los altiplanos circundantes, los de las montañas emigraban a grandes distancias, superiores a los 300 km. Los intercambios comerciales con los pueblos vecinos y el aumento de la demanda de pieles y de carne, incrementaron las dimensiones de las manadas que vagaban sin control por pastos cada vez más extensos. Al mismo tiempo, los grupos costeros que continuaban viviendo de la caza y la pesca se vieron forzados a intensificar la busca de sus propios medios de sustento en el mar; aunque identificados con el tono de vida de los colonos noruegos, conservaron más tiempo sus formas de vida, el tipo de vivienda rural hecha con terrones, los utensilios de madera, los vestidos de piel de foca, de reno, de cabra o de tela ricamente tejida y bordada a mano.

Pero dos nuevos factores estaban destinados a transformar radicalmente la existencia de los lapones: la progresiva colonización de sus tierras y la industrialización. En otros tiempos Laponia, tierra de bosques, lagos, ríos, torrentes y desnudos montes con sus laderas descendiendo a los fiordos, ocupaba gran parte de Noruega, Suecia y Finlandia, desde el mar Blanco hasta el Atlántico, el Báltico y el océano Glacial Ártico. Actualmente, sus nuevos límites meridionales, especialmente en Finlandia, se han desplazado hacia el norte. Rusia, Suecia y Noruega han reivindicado desde el siglo XVIII diversas partes del territorio sobre la base de fronteras naturales, y han instalado en ellas fortificaciones militares.





Dos tipos lapones finlandeses. La mayoría de los individuos presentan un evidente braquimorfismo craneal, mandíbulas anchas, pómulos elevados y barbilla pequeña. Su estatura está en relación con su tipo de vida: los nómadas normalmente son más bajos que los seminómadas y los sedentarios.
(Foto Frédéric-Explorer, Charles Lénars.)



En la página anterior, reunión de lapones finlandeses. Sobre su organización en siidat, *(familias) y* siida *(consejo de ancianos), se han impuesto las administraciones nacionales, minando las antiguas estructuras comunitarias cuando la población tenía que afrontar la vida moderna y su impacto con la sociedad industrial.* (Foto Charles Lénars.)

Las fronteras entre Noruega y Suecia se establecieron en 1750, las de Rusia con Noruega en 1826 y las de Rusia con Finlandia en 1919.

Ya hacia el año 900, en las latitudes al norte de la actual Tromso se habían fundado diversas colonias, y en el 1200 en Vardo, el asentamiento más oriental de Noruega, se construyó un fuerte y una iglesia. Los suecos que penetraron en Laponia se expandieron hacia el norte, a lo largo de la costa del Báltico, forzando a diversos grupos de lapones a retirarse hacia los fiordos. El avance de los fineses, después del año 1100, causó daños al patrimonio forestal que se prolongaron durante más de 600 años, pues practicaban la agricultura con el sistema de "tala y quema". Hacia mediados del siglo XVIII habían ocupado incluso el extremo norte, hasta el fondo del golfo de Botnia.

Los lapones no se opusieron a estos y otros invasores con la fuerza sino con la paciencia, la astucia y la negociación: era lo más natural en un pueblo pacífico, curtido en una dura existencia a base de constantes sacrificios y de continuas adaptaciones a difíciles condiciones ambientales. Entre tanto, en la Laponia oriental, hacia el siglo XVI se habían fundado las primeras misiones rusas y los primeros monasterios. A finales del XIX dos importantes innovaciones en la industria de la pesca –la aplicación de motores a las embarcaciones y la construcción de barcas con puente– revolucionaron la vida de los lapones. Aquel cambio no se produjo uniformemente en todo el país: la población de las localidades costeras era reacia a la adaptación; pero después de la segunda Guerra Mundial alcanzó idéntico nivel de desarrollo que las demás comunidades. Incluso los habitantes del interior que, divididos en pequeños grupos, realizaban antiguamente breves migraciones, instalándose en diversas residencias estacionales a causa de la escasez de animales de caza, acabaron por fijar más establemente sus sedes, convirtiéndose en semisedentarios. En algunas zonas se detenían para explotar los recursos de la economía local y pescar en los lagos y en los ríos, aunque alternando estas actividades con la migratoria.

La cría del reno y la agricultura (sobre todo el cultivo de cereales y de patatas) representaban un papel cada vez más importante en la economía del interior del territorio, alcanzando su máximo desarrollo. Al mismo tiempo, los *siidat,* pequeñas comunidades laponas cuyos elementos básicos eran la familia, y el *siida* o consejo de ancianos, ya no conseguían hacer frente a las nuevas exigencias e iban perdiendo su antiguo papel y autoridad. Los funcionarios noruegos, suecos y finlandeses empezaron a designar miembros de los *siidat* entre los cabezas de familia, al mismo tiempo que aumentaban los matrimonios mixtos. Suecia pretendía cobrar de los *siidat* de varios distritos un impuesto por usufructo de las tierras que los lapones, nacidos en ellas, consideraban propias por derecho natural; además, cedía lotes a los nuevos colonizadores. En Noruega, los territorios de los lapones, declarados propiedad de la corona, podían ser cedidos a cualquiera, con el derecho de exigir tasas a favor del tesoro. Estas medidas administrativas resultaron funestas para los lapones. Mientras se minaba la base de su antigua estructura comunitaria, tenían que afrontar el nuevo sistema de vida moderna.

A partir de la segunda Guerra Mundial las comunidades tuvieron que afrontar además el impacto con la sociedad industrial. El desacuerdo entre ellos y los pueblos escandinavos y fineses acerca de la consecución del bienestar social era notable, pero la adopción de una eficaz política para las minorías étnicas, aunque tardía, redujo los inconvenientes. Además, el aislamiento contribuyó a sostener una actitud despectiva en sus contactos con las mayorías étnicas.

Actualmente no pocos lapones, abandonada la vida nómada, trabajan como leñadores, pescadores o mineros, habitan en viviendas modernas confortables y envían a sus hijos a las escuelas del Estado. Emplean trineos motorizados en lugar de los antiguos perros. En las costas y tierra adentro han surgido pequeñas aglomeraciones urbanas con una población que llega a los 30.000 habitantes, enlazadas con las industrias y las minas por carreteras y líneas aéreas. La existencia de los lapones mantiene el ritmo tradicional sólo en granjas y caseríos aislados, sobre las orillas de los fiordos y en localidades remotas. A pesar de los nefastos esfuerzos de los países dominantes para erradicar la cultura de los lapones, las autoridades han estudiado nuevas medidas para integrarlos en la vida nacional y preservar su patrimonio lingüístico y cultural. Conscientes de su propia idéntidad étnica y dispuestos a protegerla, los lapones han fundado organizaciones políticas representadas en el Consejo Lapón del Norte.

Casas de Reykjavik con techos de vertientes inclinadas. El ambiente característico de los países nórdicos, con su clima frío y sus largos inviernos, influye notablemente en los usos y costumbres y a veces facilita también la conservación de algunas formas de vida, asentamientos e industrias arcaicas. (Foto Maurizio Leigheb.)



Nórdicos

Distintos antropólogos clasifican como nórdicos a los pueblos de Escandinavia, a los islandeses y daneses, a los alemanes del norte y a los holandeses, ingleses e irlandeses. En total, unos 121 millones de personas que han conservado casi sin filtraciones exteriores gran parte de su territorio étnico (especialmente los noruegos, suecos, daneses e islandeses).

Según el antropólogo alemán Egon Freiher von Eckstedt, sus características somáticas más "puras" serían las siguientes: escasez de pigmentación (piel, ojos y cabellos claros), estatura elevada, estructura corporal esbelta, rostro largo y afilado con barbilla fuerte, nariz alta y estrecha, cráneo moderadamente alargado, cabellos ligeramente ondulados, ojos de tamaño mediano hundidos en arcos superciliares bien marcados, boca pequeña y labios delgados.

Mayor variedad de tipos se encuentran en las islas británicas, donde coexisten un tipo nórdico poco pigmentado (zona oriental), un tipo moreno (Gales, Cornualles y otros distritos del interior) y un tipo moreno irlandés, muy caracterizado (que algunos científicos consideran como una subraza). Este último se observa en Escocia y sobre todo en Irlanda: tiene estatura elevada, complexión maciza, rostro largo y ancho, arcos superciliares marcados, nariz de punta gruesa vuelta hacia arriba, labios convexos, barbilla alta y prominente, ojos generalmente azules (nunca castaños ni grises), piel blanca rosada y cabellos castaños, con buena proporción de rubios y pelirrojos.

Los países habitados por los nórdicos son de clima frío y largos inviernos, que influyen notablemente sobre los usos y costumbres y a veces favorecen también la conservación de formas de vida y de industrias arcaicas.

En Islandia existen casas parcialmente enterradas, con las vertientes de sus techumbres cubiertas de terrones herbosos; en algunas zonas de Suecia se hallan recubiertas con bloques de turba.

En Suecia meridional el asentamiento tradicional es la aldea con graneros adornados antiguamente con tallas y esculturas. En Holanda es común la casa "frisona", semejante a la de tipo alemán (sajona), de una sola planta, cubierta con una elevada techumbre de inclinadas vertientes.

Los asentamientos están separados y, en las regiones meridionales, viviendas, establos y almacenes se cubren con una techumbre única.

La limpieza interior de las viviendas es muy escrupulosa y las fachadas están pintadas con vivos colores.



Antigua vivienda rural islandesa hundida en el terreno, con la techumbre recubierta de terrones herbosos. Al igual que en otras formas de construcciones tradicionales esparcidas por diversas regiones europeas, los islandeses utilizaban para levantar sus viviendas los materiales autóctonos, de acuerdo con las diversas tradiciones y las posibilidades propias de una economía de subsistencia. (Foto Maurizio Leigheb.)



En la página anterior, lanzamiento del haz de hierba por un escocés vestido con el tradicional kilt. *En Escocia, donde se mantienen fielmente antiguas costumbres transmitidas de padres a hijos, se celebran todos los años diversas competiciones de fuerza y habilidad.* (Foto G. Nimatallah.)

Los pueblos nórdicos conjugan su actual desarrollo tecnológico con una profunda fidelidad a sus tradiciones. Arriba y en el centro, cofias típicas entre la población alpina de la Selva Negra; abajo, muchachas islandesas con sus vestidos tradicionales. (Foto Marka, Maurizio Leigheb.)

En el norte de Alemania y en Gran Bretaña son frecuentes las viviendas tradicionales de tipo bajo-sajón: la alemana está constituida por un solo edificio, rectangular de una planta y una gran cubierta de paja, y aloja una espaciosa cocina central rodeada de habitaciones, almacenes y establos; la inglesa, tanto si se trata de una casa rural como de una pequeña villa en el campo, está formada por una gran sala de estar con chimenea, una cocina lateral y las habitaciones, abuhardilladas en la planta superior por las inclinadas vertientes del tejado.

Las actividades económicas de las poblaciones nórdicas son muy diversas: de la agricultura a la pesca, ganadería, industria de la madera, explotación de los recursos minerales y demás actividades industriales modernas. Los pueblos nórdicos, en general, logran conjugar un notable desarrollo tecnológico con un tenaz amor por sus tradiciones.

Los ancianos conservan a menudo funciones importantes y simbólicas en el seno de los grupos familiares y de parentesco. En Suecia, en Navidad, el hombre de mayor edad de la casa preside la mesa, y, a veces, sustituye también al ministro del culto religioso en los oficios fúnebres.

También en Alemania, donde obviamente ha cambiado el sistema de vida familiar, especialmente en las ciudades y en las zonas industrializadas, se conservan antiguas tradiciones: en el nacimiento de un niño, por ejemplo, se da mucha importancia a la elección del padrino, por creer que en el futuro puede influir en el carácter del recién nacido; en ciertas aldeas se planta un joven peral cuando nace una niña y un manzano cuando es un niño.

En el campo y en los suburbios en Inglaterra, lo mismo que en Alemania, todavía se celebran las antiguas fiestas de mayo (grupos de muchachos y muchachas, adornadas con cintas y guirnaldas, desfilan por la población) y de la recolección (grandes hogueras de paja). Para determinar el territorio de una parroquia, el párroco, seguido por cuatro hombres con azadas, conduce en procesión al pueblo hasta sus límites: en cada descanso los hombres con sus azadas arrancan cuatro terrones que simbolizan la cruz y el párroco planta una ramita verde.

En Escocia y en Irlanda la fidelidad a las tradiciones es todavía más profunda: se expresa sobre todo en los cantos transmitidos de padres a hijos y en las danzas festivas al son de la gaita y la dulzaina.







Desfile con vestidos magiares en Szekszard. En el aspecto social y cultural la población húngara es bastante homogénea, pero en el físico aparecen asociados caracteres carpáticos, dináricos y alpinos, correspondientes a los tres grupos humanos que fueron "magiarizados" por las primitivas tribus húngaras. (Foto P2.)



Bálticos

Son los pueblos de Polonia, Rusia europea, Lituania, Letonia, fineses occidentales (Finlandia, Carelia y Livonia), Checoslovaquia y parte de Hungría. Tienen generalmente estatura media, complexión robusta, cabeza grande, cabellos lisos de color rubio ceniza, ojos grises o azules, abertura de los párpados estrecha, arcos superciliares acentuados, rostro ancho y aplanado, nariz corta vuelta hacia arriba y boca grande.

El elemento báltico tuvo mucha importancia para la definición étnica de los pueblos eslavos, incluso en las zonas de los Alpes orientales, habitadas por eslavos que establecieron contacto con elementos nórdicos, entre los que se encuentran frecuentemente individuos con caracteres bálticos.

Los eslavos, lo mismo que los latinos y los germanos, están constituidos por grupos más o menos diferenciados, cuya distribución geográfica no corresponde a zonas lingüísticas ni a divisiones políticas; pero el tipo somático más representativo es el báltico, con sus numerosas variantes.

Los grupos fineses occidentales (finlandeses) que habitan en los países costeros del mar Báltico han unido a sus caracteres bálticos algunos otros nórdicos. Éstos pueden dividirse en occidentales (que comprenden los fineses del Varsinais-Suomi, las poblaciones de Botnia meridional y los tavastos), orientales (que comprenden los savolastos y los carelios) y septentrionales (kainulastos). Tienen elevada estatura en las zonas occidentales y menor en las orientales, rostro y nariz alargados y cabellos claros, en su mayoría rubios y castaños. Los campesinos habitan en sus tradicionales *pörte,* casas de madera de planta cuadrangular, con cubierta a dos aguas y casi siempre de dos plantas y con una gran chimenea, completadas con otros edificios, como la sauna, el granero (o los graneros), los secaderos, almacenes, establos y la cocina al aire libre o *kota* (una cabaña cónica de listones largos y delgados).

Los húngaros representan un caso particular en la historia de la antropología europea. No pocos científicos (como Pittard, p. ej., en 1924) les atribuían una unidad étnica homogénea, pero posteriores análisis somáticos modificaron aquella convicción. Las primitivas tribus húngaras llegaron a su residencia actual desde las vastas llanuras bañadas por el Volga. "Magiarizaron" a las tribus preexistentes, creando un bloque homogéneo en el aspecto social y cultural, pero mantuvieron los caracteres somáticos de los tres grupos premagiares principales: carpáticos (bálticos, p. ej., en la *puszta*), dináricos (adriáticos) y alpinos.

Los lituanos y los letones, unidos por lazos lingüísticos, presentan también numerosas afinidades antropológicas: estatura mediana o elevada, forma ancha de la cabeza, rostro alargado, piel clara, cabellos rubios y ojos predominantemente azules.

En Europa existe una gran proliferación de tipos físicos, que tan sólo mantienen cierta homogeneidad sobre bases regionales. Este hecho hace problemática cualquier clasificación tipológica. De norte a sur se observa un progresivo aumento de la pigmentación cutánea. Abajo, izquierda, muchacha polaca; centro, húngara; derecha, muchacha checa con rasgos bálticos. En las clasificaciones "raciales" propuestas por los antropólogos, la distribución geográfica de los pueblos no se corresponde con las zonas lingüísticas ni con las divisiones políticas. (Foto Charles Lénars, Marka.)







Arriba, un pastor de la "puszta" de Hortobagy conduce su rebaño a los pastos. La población del lugar se distingue por la presencia del elemento báltico. Abajo, "bordei", casas rurales rumanas pertenecientes a la región del Danubio, construidas con paredes de tierra y techumbres de paja. (Foto P2, I.C.P.)



Mujeres búlgaras trabajando en una plantación.
(Foto Amedeo Vergani.)

Los rusos, clasificados en tres complejos étnico-lingüísticos –grandes rusos, rusos blancos y pequeños rusos (ucranianos y rutenos)– muestran notables diferencias (evidentes sobre todo entre los grandes y los pequeños rusos). Los grandes rusos son de estatura medianamente elevada (164-167 cm), tienen ojos grises o castaños y los cabellos morenos con diversas matizaciones; los rusos blancos tienen altura ligeramente superior y mayor proporción de individuos rubios; finalmente, los pequeños rusos, asentados en las regiones orientales de la Polonia histórica y en los Cárpatos, Ucrania, alcanzan la estatura más elevada de la Rusia europea y presentan un tipo moreno, con cabellos castaños o negros.

Los rusos, que habitan a lo largo del arco de los Cárpatos y en territorios rumano, polaco (Galitzia y Volinia) y eslovaco, son braquicéfalos de rostro ancho, nariz recta y ojos claros en su mayoría; los grupos rutenos de la montaña (huzules, boikos y lemkos) tienen estatura más elevada, pigmentación más oscura y rasgos faciales acusados. Los polacos, cuyos primeros centros nacionales fueron Gniezno, Kruszwica, Poznan (Gran Polonia), Cracovia y Sandomierz (Pequeña Polonia), sufrieron presiones de pueblos germánicos y se expansionaron por los territorios orientales de los rutenos y de los rusos blancos. Un fenómeno que les afecta (lo mismo que a otros pueblos de Europa septentrional) es el aumento de su estatura media durante los últimos cincuenta años, quizás por las mejores condiciones económicas, una alimentación más rica y normas higiénicas más escrupulosas.

En la Gran Polonia son frecuentes los individuos de cráneo alargado y elevada estatura, y en la Pequeña Polonia los de cráneo abombado y estatura reducida.

Predominan los cabellos rubios y los ojos claros (sobre todo grises y azules); aproximadamente la tercera parte de la población tiene ojos oscuros.

Los checos son generalmente de elevada estatura, cráneo braquicéfalo, cabellos oscuros y ojos claros; entre los eslovacos la presencia del braquicefalismo es menor y la estatura más pequeña. A la variedad de tipos con características básicas comunes corresponde, más enraizada en temas fijos, una notable variedad de culturas. Los letones y los lituanos prefieren las aldeas y las viviendas diseminadas.



En la página anterior, joven rumana de los Cárpatos. (Foto Amedeo Vergani.)

La techumbre de las viviendas tiene sus vertientes cubiertas de paja: antiguamente constaban de una sola habitación que servía de cocina y de dormitorio; actualmente, por la influencia rusa y alemana, alrededor de la estancia central, con el hogar en situación destacada, se alinean diversas habitaciones. Junto a la casa se encuentra otra construcción *(pirt)* para la sauna, un granero a veces adornado con un pórtico con columnas, un amplio local con calefacción en el que se seca el trigo, y los establos. En Rusia la casa rural no es muy diferente: la *isba* tiene planta rectangular y tejado a dos aguas recubierto con tablas y paja, y está rodeada por graneros, secaderos y establos; las paredes se construyen a base de troncos de árboles, escuadrados y encajados en sus extremos unos con otros. Por la escasez de madera, los ucranianos hacen sus casas con ladrillos: la habitación de mayor amplitud es la sala de estar con su estufa, precedida por un vestíbulo; los lechos pueden colocarse en habitaciones aparte. En la pequeña Polonia y en Eslovaquia las paredes exteriores están decoradas con temas geométricos policromados.

En la antigua Rusia los miembros de una comunidad familiar poseían colectivamente la casa, el ganado y los aperos; las tierras eran patrimonio de la aldea y las cosechas se repartían proporcionalmente entre los habitantes.

Los eslavos son muy aficionados a la danza, la poesía y el canto (las antiguas canciones épicas se transmiten cuidadosamente. En Rusia el advenimiento del nuevo régimen introduciría en las antiguas composiciones fragmentos dedicados a Lenin y a otros personajes de la revolución.

El patrimonio de fábulas de los eslavos está considerado como un "material más antiguo que el mito griego". El examen de sus elementos y el de la cultura material ha inducido a definir la cultura eslava como "agrícola matriarcal", y ha puesto de relieve sus afinidades con ciertas comunidades agrícolas de Indonesia occidental.



Baile con vestidos típicos al compás de músicas zíngaras, en la atmósfera tradicional de la "csarda", lugar de reunión, descanso y diversión después de los trabajos del campo. (Foto P2.)

La región de los Urales ocupa una zona de transición entre los pueblos caucasoides europeos y los mongoloides asiáticos. En algunos enclaves étnicos se han conservado tipos humanos y elementos culturales uralianos (fineses orientales, ceremisos y mordvinos). En la ilustración, tipo humano de Rusia oriental. (Foto Marka.)



Uralianos

Los fineses orientales presentan menor estatura, piel, ojos y cabellos más oscuros que los occidentales: se presume, por tanto, que hayan conservado el tipo finés primitivo, es decir, el uraliano. Los uralianos, en efecto, se caracterizan por término medio por su baja estatura, piel, ojos y cabellos oscuros y cráneo redondeado (sobre todo entre los ceremisos y los mordvinos de la región del Volga). El rostro es ancho y macizo, con pómulos salientes y nariz pequeña o bien larga, aquilina y recta.

Las costumbres antiguas se conservan en parte, especialmente las femeninas. Los ceremisos visten una larga chaqueta bordada sobre la camisa y los pantalones, ciñen sus pantorrillas con bandas de tela oscura y calzan zapatos sujetados a la pierna con cordones entrelazados. En la cabeza llevan un gorro cuadrangular de piel, adornado con monedas; en el cuello, las muñecas y las orejas lucen numerosos adornos metálicos y de piel, con conchas.

La poligamia es bastante común y en ciertos lugares sobreviven prácticas mágico-animistas. En algunas localidades operan los chamanes, individuos con poderes psíquicos o metapsíquicos especiales para –según afirman– comunicarse con los muertos y con los espíritus de la naturaleza. En los bosques existen lugares sagrados *(lud)* en los cuales, con fines propiciatorios, se sacrifican caballos, bueyes, carneros y aves domésticas. El acceso a los *lud* está prohibido a las mujeres; sólo los hombres penetran allí para orar ante el árbol personal y sagrado. Incluso, entre los uralianos, lo mismo que entre los lapones y los fineses occidentales, se practica todavía el culto del oso.

El Ser Supremo Creador, llamado *Jume* por los ceremisos, recuerda al *Jumala* del poema Kalevala; la Diosa Madre se llama *Sotsenawa,* y el Espíritu maligno *Sceitan* (nombre que denuncia influencias musulmanas). La caza es una de la principales fuentes de alimentación y proporciona pieles para la venta, pero la población se dedica también a la agricultura y a la apicultura. La tierra es propiedad colectiva de la aldea; las cosechas se reparten entre las familias en proporción al trabajo prestado y al número de miembros que las componen.



"Isba" de los alrededores de Moscú, construida con sólidos troncos y decorada exteriormente con tallas policromadas. La "isba" es la vivienda típica rusa (difundida hasta en Siberia) en el medio forestal; aunque adecuada a las exigencias modernas de higiene y comodidad, ha conservado sus características propias. (Foto S.E. Hedin-C.E. Östman Agency.)



La aldea de Vegna, en Val Cavargna, en los Prealpes de Como, protegida por la vertiente de un valle, bajo las cumbres nevadas. La existencia de pequeñas comunidades alpinas está en relación con los pastos de primavera, los pastizales de altura y los pastos estivales. Los habitantes que no han emigrado en busca de fortuna subsisten, como antiguamente, de los recursos agrícolas naturales y de la ganadería. (Foto Amedeo Vergani.)

Alpinos

La llamada "raza alpina" se encuentra presente en muchos Estados europeos a partir de Holanda, donde sobrevive en algunas islas de Zelanda. En Bélgica se halla en las Ardenas, en Francia en Bretaña y en la zona comprendida entre el Rhin y los Pirineos occidentales; está también bastante difundida en Alemania meridional, Austria y Suiza, en la costa cantábrica española y, en territorio italiano, en los Alpes occidentales y centrales, en Carnia y en el Alto Adigio.

Los caracteres originales propios de dicha "raza" han sufrido diversas modificaciones independientes en las distintas regiones europeas. En líneas generales, la "raza alpina" estaría caracterizada por una estatura relativamente reducida (promedio aproximado de 163 cm), complexión robusta, piel clara, cabellos oscuros, ojos negros, rostro alargado y nariz estrecha, a veces cóncava.

Según George Montandon, la "raza alpina" no estaría limitada a Europa. Muchos etnólogos y antropólogos la han localizado asimismo en el Asia anterior y central, representada por los "armenoides" (de von Luschan) y por los "asiroides" (de Deniker).

En Francia, las personas braquicéfalas de la "raza alpina" tienen generalmente estatura poco elevada, son de complexión maciza y poseen rostro ancho y nariz corta. En los Vosgos, Saboya y Auvernia aparece un tipo físico más rudo, de rostro corto, con pómulos salientes y nariz ancha y cóncava, que ha sido definido como "laponoide"; los antropólogos franceses del siglo XIX fundaron sobre esta semejanza la teoría del origen asiático de la raza celta (o alpina). Este fenómeno parece, sin embargo, muy limitado, pues los individuos con las características "laponoides" están localizados en Bretaña, donde constituyen simplemente una forma local ("bretona") de la "raza alpina".

En Suiza, junto a los individuos claramente "alpinos", que se hallan, por ejemplo, en el cantón del Tesino, en el de Uri y en el Appenzel (estatura reducida, piel oscura, ojos y cabellos castaño oscuros), exiten los "braquicéfalos rubios" (Appenzel, zonas de Zurich, Basilea, Ginebra y Berna) que están considerados como una variante (espontánea o por cruzamiento) de la "raza alpina".

En Italia, la "raza alpina" está bien representada por individuos de cráneo braquicéfalo (es decir, bajo y de gran diámetro transversal) y estatura variable entre mediana y baja. En los Alpes de Biella, en Carnia y en la Alta Valtellina la estatura es claramente inferior a la media; en el Alto Adigio, en el valle del Po y en Dora Baltea tiende a aumentar la proporción. Los caracteres faciales más comunes son: rostro ancho y lleno, nariz corta y cóncava, y abertura palpebral estrecha; en las mujeres se han observado con bastante frecuencia rasgos fisonómicos infantiles.

La vivienda de tipo alpino más conocida es la "alto germana". Difundida en la altiplanicie bávara, en la Selva Negra y en los Vosgos, consta de varias plantas, tiene cimientos de mampostería y paredes de madera, y agrupa bajo un mismo techo todas las estancias de uso familiar y rústico.



Una granja en los Alpes suizos, rodeada de árboles frutales. (Foto Berengo Gardin-Archivo IGDA.)



En la página anterior, baile con trajes típicos en Quimper (Francia). Según las observaciones realizadas por algunos antropólogos, en Bretaña estaría difundida una forma local perteneciente a la "raza alpina", cuyos individuos están dotados de los caracteres denominados "laponoides".
(Foto Charles Lénars.)

La techumbre es de vertientes muy inclinadas y tejas de madera; las ventanas se abren en su mayor parte a la fachada orientada al mediodía, y la entrada (en general con una escalera de acceso a la planta superior) a uno de los laterales.

En Suiza se encuentra una variante de dicha vivienda, llamada *Landerhaus* (literalmente, "casa con techo poco inclinado"), con la techumbre cubierta por tejas de madera sostenidas con piedras y vértices de poca inclinación. El granero, frecuentemente construido aparte, es totalmente de madera, con el establo en la planta baja y el henil en la superior. Los cimientos son de mampostería, lo mismo que, a veces, parte de las paredes. En la vertiente italiana de los Alpes, la techumbre tiene sus vertientes muy inclinadas y cubiertas con losas de piedra. No faltan, sin embargo, las casas construidas parcialmente con madera y techumbre cubierta también con tejas de madera (Valle de Aosta, Alto Adigio, Cadore). En Istria predomina la vivienda de mampostería de dos plantas, llamada "itálica"; su estructura es similar a la de la vivienda "alto germana". La planta baja se utiliza como dependencia rústica (en ella se encuentran los almacenes, establos y heniles) y la parte superior se dedica a las habitaciones (comprende una amplia cocina, los dormitorios y el granero).

En Bretaña los vestidos antiguos se llevan con frecuencia: los hombres visten anchos pantalones de franela blanca y las mujeres valiosos chales y delantales. En algunas localidades los hombres de Bretaña conservan la antiquísima costumbre de llevar los cabellos largos en trenzas caídas, mientras que las mujeres los ocultan bajo una gran cofia. La forma de llevar el largo cabello tradicional, con cintas de terciopelo y bandas que caen de lado, indica el estado civil del hombre: si es casado la punta vuelve hacia atrás, si es soltero hacia la oreja y si es viudo hacia adelante.

Las fiestas de primavera, ante el despertar de la naturaleza, se celebran en casi todas partes: es famosa la del *Maio* (fiesta de Mayo) en la Selva Negra. Cortejos de jóvenes y muchachas cubiertas de hojas verdes recorren bosques y aldeas cantando y danzando; a veces se sustituye a las muchachas por muñecos cubiertos de trapos y hojas. La vida de los montañeses austríacos está regulada por sus desplazamientos estacionales (subida a las montañas en verano y descenso a los pueblos en invierno), que son ocasiones de fiesta celebradas a veces con desfiles de hombres y animales vivamente adornados. Las cosechas se bendicen en procesiones, durante las cuales se transportan coronas y caballetes en forma de cordero, adornados con frutas. Las antiguas relaciones mágicas con el mundo de los animales se manifiestan en la celebración de las cosechas de lino, cuando los muchachos se esconden en los bosques imitando los reclamos de caza. En diversas localidades suizas se conservan vestidos tradicionales y diversas tradiciones sociales y culturales: en las montañas de Berna, el anciano cabeza de familia mantiene un indiscutido dominio en el ámbito de toda la parentela. Este hecho se subraya exteriormente por la casaca de antiguo corte que viste y por su larga barba.



Joven rumano con traje de baile; constituye el tipo alpino de la "subraza dinárica".
(Foto Charles Lénars.)



Espectáculo folklórico en Lombardía.
(Foto Luisiada-Explorer.)

NERO

Participantes en el "baile de las vacas", en la zona del lago Bohinj (Eslovenia).
(Foto Marka.)



Adriáticos

La "raza adriática", con sus variedades "dinárica" e "ilírica", se encuentra, aparte de en Italia (llanura de Romaña, Marcas y Toscana), en Alemania occidental (donde se mezclan elementos dináricos con alpinos: Silesia, Sajonia, Baviera, Pomerania, etc.), Hungría (con dináricos llegados del sur), Suiza (grisones), en toda Yugoslavia y en diversas zonas de Grecia y Albania. En la llanura de Romaña la "raza adriática" de variedad "paduana" tiene una estatura más pequeña que lo normal, complexión robusta, ojos y cabellos oscuros, piel blanca, rostro muy alargado, nariz alta y delgada, boca pequeña y mentón alto. Este tipo presenta generalmente líneas más bellas que las formas dináricas.

La "raza adriática", lo mismo que la "alpina", ocupa vastos territorios de la península italiana, incluyendo productos híbridos, obtenidos por cruzamientos con otras razas u otros tipos regionales: por ello se distingue fácilmente tanto en las Marcas como en Toscana.

En Yugoslavia, los eslavos del sur (o yugoslavos propiamente dichos), los croatas, los eslovenos y los servios replantean el problema del origen de los eslavos meridionales, y de las relaciones existentes entre los adriáticos y los dináricos, o eslavos de los Balcanes. El país puede dividirse en dos zonas: una menos homogénea (territorios orientales, Serbia) y la otra más homogénea, ocupada casi totalmente por el tipo dinárico (regiones occidentales adriáticas).

Los adriáticos son más numerosos, con variantes de pigmentación clara, sávica de Herzegovina y nórica (presente también en el Véneto). Los sávicos tienen las características típicas de la raza, pero con los ojos claros, tanto grises como azules; los nóricos tienen ojos claros y cabellos rubios (rubios, rubio-ceniza, rubio-rojizo). Influencias nóricas se advierten en individuos que tienen pigmentación clara en la región de Bosnia y también en la pigmentación rubia de los niños serbios.

La forma adriática alargada del rostro deriva a veces hacia formas más pronunciadas, especialmente en Montenegro (en la región de Durmitor).

En los cruces entre tipos mediterráneos y dináricos inmigrados de Yugoslavia continental, la "raza mediterránea" tendería a imponerse a la adriática.

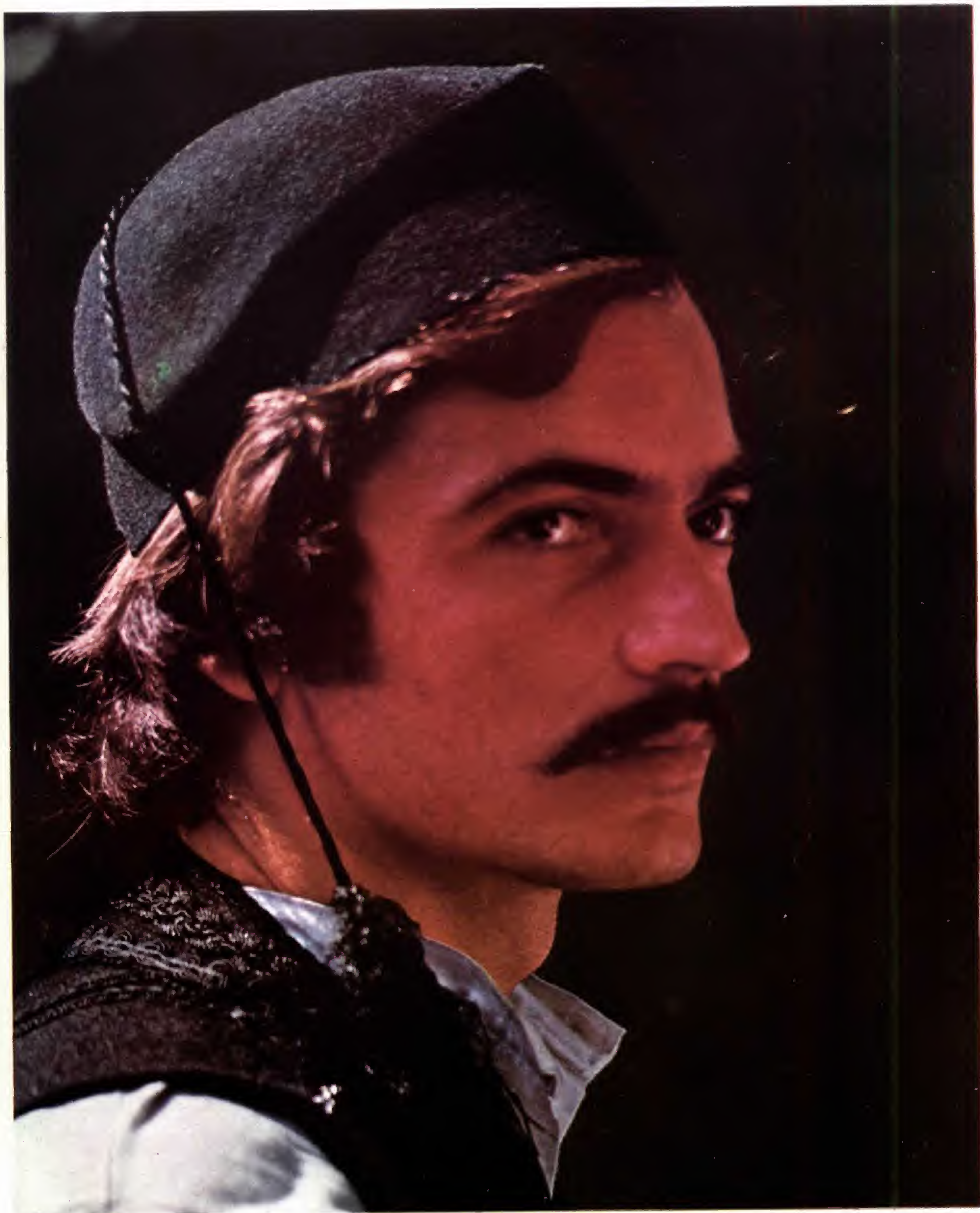


Mujeres eslovenas con ricos vestidos nacionales. Los adriáticos, distinguidos generalmente en las variedades dinárica e ilírica, están difundidos por toda Yugoslavia, pero sus caracteres físicos se descubren también en Italia, Alemania occidental, Hungría, Suiza y en diversas zonas de Grecia y Albania. (Foto Marka.)

Campesino de Istria conduciendo sus bueyes a lo largo de la carretera de Motovun. (Foto Amedeo Vergani.)



Joven griego. Los actuales griegos poco o nada tienen que ver con los antiguos helenos: son producto de la fusión entre los balcánicos y los anatólicos, mientras que en las costas del Peloponeso, de Tesalia y en las islas predomina el elemento mediterráneo.
(Foto Charles Lénars.)







Mujeres adriáticas: a la izquierda, una yugoslava; a la derecha, una representante de la minoría albanesa del Kosovo. (Foto Marka, Amedeo Vergani.)

Los albaneses, según diversas teorías antiguas y modernas, serían los descendientes de los antiguos ilirios, asentados en las tierras del norte y del este Adriático, o bien de los tracios procedentes de las tierras cercanas al mar Negro. Los estudios para determinar su tipo antropológico siempre fueron laboriosos (a las diferencias raciales contemporáneas se han añadido las descubiertas en los restos de esqueletos antiguos). Los albaneses tienen la cabeza relativamente pequeña, rostro ancho, mentón en punta y nariz prominente, recta y convexa. La mayor parte de la población tiene cabellos y ojos oscuros; la proporción de individuos rubios es escasa.

La componente dinárica es evidente en el tipo llamado *kthela* (Albania septentrional), en los serbios y en los bosnios. Elementos dináricos han pasado de Albania a Grecia, donde se observan sobre todo en el Epiro, el Peloponeso y en las islas jónicas. Entre los yugoslavos y los albaneses la unidad social se basa en el núcleo familiar patriarcal: la mujer ejerce un cometido no inferior al del hombre y sus sugerencias son escuchadas. Pero no le corresponde la herencia. Se exceptúan de esta regla algunas mujeres de las zonas montañosas que deciden permanecer solteras, y que suelen dirigir todos los asuntos de la familia en lugar de sus parientes varones.

Las viviendas de los adriáticos varían de forma según las exigencias locales. Los pastores de la región dinárica construyen cabañas cónicas con troncos de árboles; los de Bosnia viven a veces sobre palafitos, como sus antepasados de la Edad de los Metales; los eslavos meridionales de la región dinárica tienen viviendas de troncos, con cubiertas a cuatro vertientes. El hogar está en el centro de la única habitación: como carecen de chimenea, el humo sale por aberturas practicadas en las paredes.

En Dalmacia, Herzegovina y Montenegro predomina la vivienda de piedra de tipo italiano, llamada también "adriática", con el tejado poco inclinado y a dos aguas, recubierto con tejas curvas o losas de piedra. También en Albania está muy difundida la casa de planta cuadrangular, con la techumbre poco inclinada; pero, lo mismo que en Herzegovina y en Bosnia, aparecen también las *kulle,* resistentes casas-fortaleza de dos plantas, cada una con una sola habitación. En Yugoslavia y en Albania, por la presencia de los musulmanes, la arquitectura rústica puede ser "turca" en lugar de "cristiana". A diferencia de la casa "cristiana", la "turca" suele tener la planta superior en saledizo. En las zonas dináricas tiene la planta baja adaptada para despensa o granero, y la superior para viviendas, dividida en dos habitaciones: una reservada a las mujeres *(aremlik)* y la otra a los hombres *(selamlik).*



Mujer sarda de Nuoro, con un elegante vestido para participar en la procesión del Redentor. Físicamente, los mediterráneos se distinguen entre los europeos por su pigmentación más acentuada, su complexión mediana, su estatura más reducida y los cabellos oscuros. En algunos lugares de Cerdeña existe un tipo más arcaico.
(Foto Charles Lénars.)

Mediterráneos

La llamada "raza mediterránea" está presente, sobre todo, en Francia, España, Portugal, Italia peninsular e insular y Rumania, y en proporciones más reducidas, incluso en Alemania, Bulgaria, Yugoslavia y Grecia.

George Montandon ha suscitado el problema de la pertenencia de los beréberes y los árabes a dicha raza. Elliot Smith cree haber resuelto el problema con la introducción de la teoría de la existencia de una "raza morena", que incluiría a los antiguos y a los modernos egipcios, y que estaría presente, aparte de en las costas mediterráneas, mucho más al oriente, en las del mar Rojo y océano Índico, hasta las islas de Indonesia. A las características de la "raza mediterránea" Elliot Smith añade también "...rostro y cuerpo lampiño, salvo en el mentón, arcos superciliares inexistentes o poco acentuados, frente recta y estrecha o poco abombada, occipucio prominente, órbitas generalmente horizontales, mandíbula débil, ...mentón en punta...". Las fronteras antropológicas que resultan son discutibles, tanto más cuanto que Smith incluye a los etíopes e indonesios.

En la actualidad, la mayoría de los antropólogos indican generalmente con el nombre de "raza mediterránea" el tipo europoide moreno. A dicha definición ha aportado Coon algunas modificaciones sustanciales aceptables. En el tipo mediterráneo ha distinguido:

a) la forma mediterránea propiamente dicha, presente en Europa peninsular, África del Norte y Arabia;
b) la atlántica mediterránea, de elevada estatura, que en Europa está presente sólo en pequeños grupos;
c) La irano-afgana, que no afecta a la población europea.

Una de las mejores descripciones de las características de la llamada "raza mediterránea" se debe a F. E. von Eickstedt: "...Los mediterráneos, en conjunto, constituyen la más delicada y elegante y también la más intensamente pigmentada de las razas europeas. Sus facciones son más regulares y armoniosas que las de los nórdicos; su complexión, aunque de menor estatura, es esbelta y proporcionada, no es basta como en la raza alpina; sus grandes y brillantes ojos negros dan al rostro una expresión de vivacidad. La cabeza es larga y estrecha... También el rostro es estrecho, finamente modelado, de forma regularmente oval, a menudo afilado hacia abajo. La nariz es alta y delgada... Los pómulos son pequeños y estirados hacia atrás, el mentón sólido y fuerte...". Los caracteres fisonómicos de los franceses de las provincias mediterráneas y de los Pirineos corresponden a dicho tipo, mientras que la variedad "perigordiana" (Dordoña, Vienne, Indre) presenta contornos más angulosos, rostro menos alargado y nariz menos estrecha: se trata de una característica forma local, típicamente "occidental" o "atlántica", que se encuentra también en el norte de Francia, fusionada con algunos elementos nórdicos.

Chozas de la zona de Alberobello, en Apulia (Italia). Son viviendas rústicas, con paredes de adobes y cubierta cónica de piedra, que siguen una disposición de la época megalítica. (Foto Berengo Gardin-Archivo IGDA.)



En España el tipo mediterráneo aparece en la variante "ibérica", de rostro alargado y rasgos incisivos. La altura del cráneo es relativamente grande en las regiones meridionales, con predominio de las formas estrechas, mientras en las septentrionales son más pequeños (los llamados "dólico-morenos" europeos). Las formas altas denotan una condición más arcaica, que se encuentra también en el norte de África (sin establecer con esto ningún parangón entre hispano-portugueses y norteafricanos). A pesar del alto porcentaje de individuos de ojos claros en Aragón y Castilla la Nueva, los españoles, en conjunto, son morenos, similares en este sentido a los italianos meridionales.

Los vascos representan un caso aparte. Las teorías sobre sus orígenes son múltiples, pero casi nunca concluyentes. Están considerados como un tipo ibérico regional especializado, por falta de contactos con otros elementos de la misma "raza", o mejor, una forma local de la "subraza litoral" de los ibéricos, denominada "pirenaica". En ninguna parte de su territorio aparecen, no obstante, fisonomías con características arcaicas. Los individuos tienen, en general, elevada estatura, formas elegantes, robustas y ágiles, piel, cabellos y ojos oscuros, rasgos acentuados aunque agradables, rostro ancho en la parte superior que se va adelgazando en la inferior. En la "raza mediterránea" italiana se presenta también un tipo arcaico, localizado en Cerdeña, con arcos superciliares marcados, pómulos salientes, nariz con la base deprimida y cóncava, e intensa pigmentación (piel, ojos y cabellos oscuros).

En otros lugares los tipos se han afinado, como en la variedad apenina (Lacio, Abruzos, Toscana, Liguria, Elba y Córcega), en la "subvariedad" de Apulia, con pómulos salientes, ojos, cabellos y piel oscuros, y en la forma regional apuana (zona de Luca y de la Garfagnana), con la cabeza alargada, nariz afilada y labios delgados. El supuesto parentesco antropológico entre las poblaciones italianas y rumanas siempre ha suscitado el interés de los estudiosos. Es una hipótesis que se considera con reticencias, pues en los rumanos se observa una buena proporción de elementos carpáticos (bálticos), alpinos y nórdicos; pero la mayor parte de los "dolicoides morenos" está indudablemente relacionada con la "raza mediterránea", llamada localmente "romano-mediterránea". La pigmentación de estos últimos individuos es siempre muy morena, los cabellos claros representan aproximadamente un 20 %, su estatura tiende a promedios reducidos y son numerosos los rostros alargados, con el perfil nasal recto. Eutropio relata que para colonizar Tracia, Trajano recurrió a colonos procedentes de todas las tierras del imperio romano. Muchos de aquellos colonos eran, probablemente, ilirios y tracios romanizados, otros muchos eran romanos, y de ellos descendieron los actuales rumanos que viven en grandes núcleos en las llanuras del Danubio, en Moldavia y en las regiones centro-meridionales de los Cárpatos.



Tejido de tapices en Corfú: un aspecto de la vida tradicional en las islas griegas. (Foto Len Sirman Press.)



Trilla en una pequeña era de Creta. (Foto Jacques Santon-Explorer.)

Jóvenes con vestidos típicos en la "fiesta de Mayo" de Niza. También en Francia, sobre todo en las zonas meridionales, está difundido el tipo mediterráneo, que, según F. E. von Eickstedt, es en conjunto la más delicada y elegante y también la más intensamente pigmentada de las razas europeas. (Foto Charles Lénars.)





Los caracteres somáticos de los griegos modernos no recuerdan a los de la antigüedad clásica. Son resultado de la fusión de elementos balcánicos y anatólicos, mientras en el archipiélago, en las regiones costeras del Peloponeso y en Tesalia ha permanecido el elemento mediterráneo. La pigmentación es generalmente intensa, la estatura oscila en torno a los 167 cm, los rostros son ovalados y la nariz estrecha, larga y recta.

En las zonas meridionales de España, Italia y Grecia está muy difundido el tipo de vivienda llamada "mediterránea" (erróneamente "casa de tipo árabe", en África septentrional), con la cubierta en terraza o en cúpula baja, pocas ventanas, paredes blanqueadas con cal, una planta al nivel del suelo, con bodega subterránea y, a veces, una planta superior.



La vivienda tradicional del campesino rumano se compone, en general, de dos habitaciones. En el vestíbulo *(tinda)* se colocan las tinajas para el agua y la harina y el molino manual. La primera habitación, grande y con calefacción, sirve de cocina, sala de estar y dormitorio, y la otra de trastero.

En las zonas boscosas las viviendas se construyen con maderas selectas, encajadas sin necesidad de clavos; cuando escasea la madera, las paredes se arman con delgadas tablillas entrelazadas, cubiertas con tierra, pajas y estiércol de buey. La cubierta sobresale de las paredes de la vivienda formando un característico pórtico, delimitado y protegido por una valla baja.





Diversos ejemplos de la difusión de los tipos humanos mediterráneos y de su fusión con otros elementos europeos y de ultramar: arriba, joven de Les-Saintes-Maries-de la Mer (Provenza); en el centro, muchacha sevillana; abajo, paraguayo descendiente de españoles y guaraníes (izquierda) y anciano rumano de Moldavia (derecha).
(Fotos Charles Lénars, Amedeo Vergani, Maurizio Leigheb, Nino Cirani.)

Rebaños en una aldea de Turquía central. La existencia de los pueblos anatólicos está en gran parte relacionada con el ciclo de las actividades agrícolas (la agricultura es la fuente de riqueza más importante de los pueblos sedentarios) y nómadas. (Foto Giorgio Gualco.)



Anatólicos

Después de la primera Guerra Mundial desaparecieron de Anatolia dos antiguos pueblos, los armenios y los griegos, víctimas de expulsiones, deportaciones y asesinatos, lo que favoreció el proceso de "orientalización" e "islamización" de Turquía. Por otra parte, la decidida acción política de Kemal Atatürk "occidentalizó" rápidamente las estructuras sociales. La población actual parece todavía dividida en dos grupos principales, uno sedentario y otro nómada (aunque en proceso de sedentarización). El primero comprende a las personas residentes en las ciudades (o en los campos, donde trabajan) que ha ido asimilando diversas influencias, agrupándolas en una "fisonomía europea"; tienen una coloración clara, cabellos y ojos castaño-negros y estatura mediana, más elevada en el centro de la península. El segundo grupo comprende un importante número de tribus, aparte de minorías disidentes que viven apartadas del resto de la población.

Los nómadas más importantes son los juruki (o gocebe).

Los turcomanos (denominación que, según la etimología popular, significa "similares a los turcos"), pastores que crían también camellos y poblaciones sedentarias, constituyen probablemente el último pueblo llegado a Turquía desde Oriente.

En el siglo XI diversos grupos fundaron en el Asia anterior el imperio de los selyuqíes. Actualmente habitan, en su mayor parte, en la región iraní de Gorgan, en la provincia de Khorasán septentrional y en el



Turkmenistán soviético, donde se están adaptando a la vida sedentaria. Divididos en tribus y en clanes exógamos, mantienen una rigurosa organización patriarcal. Por su aspecto se distinguen con bastante claridad de los demás turcos de Asia central: presentan, en efecto, un mongolismo muy atenuado, predomina el rostro regular, algo alargado, los ojos grandes y el cráneo dolicocéfalo.

Las mujeres llevan vistosas prendas tradicionales (vestido en forma de camisa, pantalones y gorros cónicos o cilíndricos) mientras que los hombres suelen vestir pantalones de tela o de piel, camisa, un largo abrigo llamado ***kholat,*** y se cubren la cabeza con grandes gorros redondos confeccionados con piel de cordero.



Arriba y abajo, qashqais de la provincia del Fars (Irán meridional), pertenecientes a un conjunto de tribus seminómadas y sedentarias que hablan una lengua turca y emigraron a la región por orden de Nadir Sha.
(Foto Maurizio Leigheb.)

En la página anterior, arriba, Chopendoz, grupo de jinetes participantes en un buskashi, sin duda la competición ecuestre más popular entre los jinetes nómadas de Asia central; abajo, una yurta, vivienda característica de los nómadas turcomanos. (Foto Tchekof Minosa.)

Las mujeres destacan en la fabricación de tejidos y renombrados tapices, productos nómadas típicos. El teñido de la lana con anilina, en sustitución de los tintes vegetales naturales, ha desmejorado y depreciado en parte esta apreciada forma de artesanía.

Entre los grupos disidentes "heréticos", los kizilbash, es decir, "cabezas rojas", llamados así por su gorro rojo que los distingue, pertenecen a la secta sií, mientras que el resto de la población turca son sunníes. Los "cabezas rojas" conservan incluso rituales y ceremonias no islámicos: comen carne de cerdo, beben vino, creen en un Dios en tres personas y en la Virgen María; en sus oficios religiosos distribuyen pan y vino.

La agricultura es la principal fuente de riqueza de los sedentarios, mientras que los nómadas crían ganado en cantidades poco importantes. Los nómadas habitan en tiendas de tipo árabe (levantadas sobre postes), y los campesinos en viviendas de tipos bastante diversos: la casa más difundida en el Asia árida es de una sola planta rectangular, con paredes de entramado de madera recubierto con barro mezclado con pajas o con estiércol de buey. Los espacios interiores están distribuidos en dos filas opuestas, para los varones y para las mujeres. La techumbre es de terraza en las regiones áridas y con tejados inclinados en las lluviosas. La vivienda está dotada, con frecuencia, de un mirador abierto hacia la fachada, mientras que la planta baja se utiliza como establo y almacén. Las casas aparecen reunidas en aldeas que incluyen la mezquita, el mercado *(suk)* y los típicos locales de té.

La población turca del Azerbaidján ejerce múltiples actividades, desde la agricultura y la jardinería hasta la pesca y el comercio; en las costas del mar Caspio se dedica a la producción en gran escala del caviar, o trabaja en los pozos petrolíferos. En territorio persa viven más de novecientos mil turcos, divididos en tribus. Los qashqai forman un conjunto de tribus sedentarias y seminómadas (subdivididas en subtribus compuestas por numerosos núcleos familiares) que ocupan la provincia montañosa del Fars. Los nómadas se desplazan a lo largo de los pastizales de los montes Zagros.



El apego constante a la tradición y la habilidad artesana de los turcomanos se manifiesta de manera especial en la fabricación de sus famosos tapices, así como en la indumentaria femenina y en la riqueza de sus adornos y joyas. (Foto Michaud-Rapho.)



En la página anterior, mujer turcomana con su clásico gorro cilíndrico, cubierto con un chal que le cae sobre los hombros. (Foto Tchekof Minosa.)

El nombre *qashqai* significa "caballo con una mancha blanca en la frente" y, según una convicción popular, trae suerte.

Varias tribus tártaras del Cáucaso: caraciais, taules (bolkaros, cabardinos de las montañas), grupos de turcomanos, taracamanos y tártaros del Azerbaidján, revelan por su aspecto un tipo iraniano tartarizado en épocas sucesivas.

También en las tierras del suroeste de la Rusia asiática que se extienden al este del mar Caspio, hasta el Pamir y los altos valles del Turquestán, habitan grupos étnicos que hablan lenguas turcas. Al sur del lago Aral, en la república autónoma de su mismo nombre, viven los karakalpakos, más de doscientos mil pastores, agricultores y pescadores, asimilables por su sistema de vida y su lengua a sus vecinos uzbekos, más de seis millones de personas de estatura elevada, cabeza y rostro anchos, cabellos negros lisos y escaso vello en el cuerpo.

Los individuos pertenecientes a tribus semisedentarias son, en general, braquicéfalos, de rostro alargado, coloración amarillenta y ojos horizontales; es decir, presentan una serie de caracteres mongólicos relativamente acentuados. Los uzbekos ocupan gran parte del Uzbekistán, pero se encuentran también diseminados en la región de Os, en la república de los kirguises, en el Kazakistán y en Afganistán. Su nombre se deriva de Ozbeg, famoso jan del siglo XVI, divulgador del islamismo en el Turquestán del Noroeste.

A las tribus islamizadas se debe la fundación de los janatos de Cagatai (bajo Saibani), Jiva y Bojara (Bujara), y, hacia el final del siglo XVIII, de Jokant. En su mayoría son agricultores sedentarios, aunque en diversas tribus y linajes, unidades no raramente similares a las de los cosacos, presentan varias etapas intermedias entre el nomadismo y el total sedentarismo. Entre los grupos sedentarios figuran los satos (literalmente "sedentarios" del territorio de Taskent y del valle del Fergana, que representan el tipo "pamiriano", o mejor "anatólico-pamiriano", reconocible en la mayor parte de los individuos del Pamir y de las montañas del Turkestán.

Dos mujeres turcomanas de Afganistán, con voluminosas cofias y vistosos vestidos tradicionales, en la entrada de una yurta. (Foto Tchekof Minosa.)





En la página anterior, anciano de Bujara, situada en el centro de una región en la cual se mezclan pueblos de origen turco, turco-mongólico e iraniano. (Foto Nino Cirani.)



Los grandes monumentos islámicos de Bujara (en la ilustración, un gran alminar) y de Samarkanda, dan testimonio del gran pasado de los pueblos de Asia central y de las invasiones sufridas por obra de los ejércitos extranjeros. (Foto Nino Cirani.)

Los antropólogos rusos suponen que se trata de una "raza" europoide independiente, debida a mutaciones autónomas de las antiguas formas asiáticas del tronco del *Homo sapiens europaeus,* que se distingue de la "raza alpina", sobre todo, por la forma de la cabeza y el aspecto armenoide de sus rasgos fisonómicos: nariz recta y delgada de puente alto, labios finos y abertura palpebral bastante estrecha.

Antes de la revolución, los nómadas designaban a los agricultores sedentarios de los oasis con el nombre peyorativo de *sart* (que según la etimología popular se derivaría de *sar yt,* "perro amarillo"). Para los comerciantes iraníes, *sart,* término turco que significa "conductor de caravanas", se convirtió en el nombre genérico nacional de los pueblos turcos de Asia central, de lengua irania. Al contrario de los tagicos, que conservaron su lengua original, los sartos asimilaron la turca. Excepto las tribus del janato de Horezin (la antigua Jiva) y algunas otras, los sartos renunciaron a su antiguo nombre. Los individuos septentrionales se parecen a los turcos y los meridionales a los iraníes: son de menor estatura, rostro ovalado, pómulos poco salientes y coloración oscura. Las mujeres abandonaron el tupido velo de crines de caballo con el cual, según las prescripciones del Islam, debían cubrir su rostro. Dicha circunstancia dio lugar a violentos choques entre los dos sexos, pero la mujer conquistó posiciones importantes para su emancipación, especialmente desde que la legislación soviética abolió la poligamia, permitida por el islamismo.

La mayor parte de los habitantes del campo se dedica a la agricultura, la fruticultura y la horticultura, mientras que en las ciudades viven los comerciantes y artesanos. En los terrenos áridos se conduce el agua mediante canales subterráneos llamados *aryk,* similares a los *qanat* iraníes. En su artesanía y en muchas manifestaciones de su vida artística y cultural aparece la influencia persa de los siglos XVII y XVIII.

Música, danza y canto, ejecutados por artistas profesionales de ambos sexos, permanecen todavía en boga.

Muchachas kurdas pertenecientes a la zona del lago Van (Turquía suroriental). Los kurdos, que se encuentran fraccionados entre Turquía, Siria, Irán e Iraq, eran belicosos nómadas, pero actualmente están sedentarizados en su mayor parte.
(Foto Giorgio Gualco.)



Iraníes

El tipo "iraní" se encuentra ya en el intrincado mosaico étnico del Cáucaso. En efecto, los caucasianos están clasificados lingüísticamente en tres grupos, y comprenden en el primero de ellos a los circasianos (adigué, cabardinos, fraccionados y divididos por la colonización soviética) y los abscasinos de las orillas del mar Negro; el segundo (grupo meridional) a los georgianos, lasos y mingrelos del mar Negro y a los suanos; el tercero (grupo oriental) a los cecenos y lesgos; presentan los tipos "iraní" y "armenoide", casi siempre con gran delicadeza de rasgos. Las mujeres del Cáucaso, especialmente las circasianas, morenas, de elevada estatura y de buen porte, con ojos oscuros y vivos, nariz bien moldeada y boca pequeña, eran muy apreciadas por los turcos ricos. Rasgos iraníes tienen también los armenios, a menudo de tipo moreno dolicocéfalo.

Los iraníes están asentados en la gran altiplanicie desde Persia hasta el Afganistán y el Beluchistán. En las cadenas montañosas occidentales de la altiplanicie, desde las zonas más abruptas, vive una población organizada en tribus, a menudo muy diferenciadas entre sí; entre ellas destacan los kurdos (esparcidos entre Irán, Iraq y Turquía), que presentan una notable mezcolanza de tipos, y sus vecinos luri (o lore del Lorestán), que incluyen cuatro tribus principales: bactriaros, mamasanos, kuhgaln y luri propiamente dichos, actualmente pacíficos, pero antiguamente belicosos, siempre dispuestos a la sublevación y a la revuelta. También son kurdos los yacidos (o yezidos), unos sesenta mil del Gebel Singiar (noroeste del Irak), de algunas ciudades cercanas y regiones colindantes, reunidas en una comunidad social y religiosa repetidamente perseguida.



Pastores khevsures del Cáucaso. La población más antigua de la región, fraccionada por elevados valles, forma un complicado mosaico étnico que, sin embargo, presenta cierta homogeneidad física y cultural. El tipo más común, el iraní, se prolonga hasta el Beluchistán a través de Irán y Afganistán. (Foto B. Glinn-Magnum.)

En la página siguiente, vista de Yazd, ciudad persa situada a orillas del desierto de sal, que conserva su fisonomía de la antigua época islámica. En sus casas, las habitaciones que rodean el patio central están cubiertas por pequeñas cúpulas, con un respiradero circular o chimenea de ventilación. Una larga red de "qanat", antiguos canales subterráneos, conduce el agua hasta la ciudad. (Foto Maurizio Leigheb.)



Conservan costumbres, cultos, templos y mausoleos propios, cubiertos por pequeñas cúpulas blancas y cónicas sobre paredes verticales, y un clero que custodia los libros sagrados y venera la tumba del jeque Adi (décimo descendiente del califa omeya Yazid, reencarnado en una divinidad) en el santuario-fortaleza de Ain Sifni, al norte de Mosul.

La concepción religiosa yezida, aunque acusa influencias diversas, sobre todo islámicas y cristianas (pero también agnósticas y maniqueas), está centrada en la creencia en dos principios: el Dios Creador y el señor del Mundo, *Melek Taus* ("angel pavo real"), representado simbólicamente por un pavo real. Se trata de Satanás, el diablo-ángel caído: no está considerado como maligno porque, "arrepentido, se redimió, y vertiendo lágrimas extinguió las llamas del infierno". Por este aspecto de su religión los yezidas son conocidos como "adoradores del diablo".

En las provincias orientales de Irán viven los belucos, divididos en numerosas tribus, que ocupan casi todo el Beluchistán, los ormuros (del Afganistán central) y los afganos, con varias tribus dedicadas sobre todo el pastoreo itinerante (duranos, guilzaos, afridos, dauros, batanos y sheranos).

En el Pakistán septentrional y en el Nuristán (o "país de la luz") viven los restos de la tribu indo-iraní de los cafiros (unos sesenta mil). El apelativo de cafiros (del árabe *kafir,* infiel), atribuido por los musulmanes a los montañeses no convertidos al islamismo, se refiere actualmente a una exigua minoría de población. Los habitantes de los principales valles de la región, katos, waigalos, ashkunes y parunes, toman sus nombres de los ríos que recorren sus territorios y hablan en diversas lenguas dárdicas, pertenecientes a la familia indo-iraní.

En los años 1896-1898, el emir de Afganistán hizo asaltar las aldeas de los cafiros para convertir a sus habitantes al Islam por la fuerza. Desde entonces, aunque conservan diversos elementos de su religión ancestral, se denominan, con más propiedad, nuristanos. Constituyen una excepción los kalash, que hablan un dialecto indio y han conseguido preservar de influencias extrañas su religión y cultura tradicionales. En 1895, en el momento de la separación de Afganistán de la India a lo largo de la "línea Durand", los valles de Rumbur, Bomboret y Berir se encontraron separados en territorio pakistaní (Chitral). Ello impidió que los kalash fueran convertidos por los invasores afganos.



Tumbas y "torres del silencio" en la zona de Yazd, en cuya cumbre los guebros (parsos) dejan sus cadáveres como pasto para los buitres.
(Foto Maurizio Leigheb.)



Un "mullah" en oración en la mezquita Vakil de Shiraz. La población del Irán es, en su mayoría, musulmana sii.
(Foto Maurizio Leigheb.)



Página anterior: anciano kurdo yezida del Irak. Los yezidas, que conservan costumbres, templos, libros sagrados y clero propios, creen en un Dios Creador y en el Señor del Mundo "Melek-Taus" (Satanás transformado en ángel), que se representa por un pavo real ("taus").
(Foto Maurizio Leigheb.)

No obstante, el Islam consiguió atraerse a buena parte de aquella población: de los cerca de cuatro mil kalash de la región, tan sólo la tercera parte practica la antigua religión y el culto de sus antepasados.

Los nuristanos habitan en casas de techo plano con paredes de guijarros en seco, alternados con vigas de madera, reunidas en aldeas adosadas a las laderas de las montañas o apoyadas en palafitos en los valles.

Generalmente las casas comprenden, además de la planta baja, con pórtico o zaguán, habilitado como depósito de alimentos o utensilios, una planta superior con dos o tres habitaciones y un mirador. La construcción de las casas y de los puentes, los estilos arquitectónicos y los sistemas de irrigación y de cultivo en terrazas, la escultura sepulcral y las tallas de madera, la fabricación de vasos, sillas, cestas y tejidos, son sus principales actividades. Los utensilios, asientos, mesas y puertas están decorados o tallados con dibujos que indican el rango del propietario; los realizan una exigua clase de artesanos, considerada como inferior y que va transmitiendo de generación en generación los secretos del oficio.

La economía local se basa en la agricultura y en el pastoreo trashumante. Hombres y mujeres se distribuyen las labores: mientras los primeros, al desaparecer las nieves, conducen sus cabras, carneros y vacas a los primeros pastizales estacionales, ascendiendo gradualmente a mayores alturas, las mujeres reparan los canales de riego y siembran los campos en terrazas con cebada, arroz, mijo, trigo o maíz, que cosechan a finales de agosto. Un grupo de adultos tiene la misión de controlar la observancia de las normas de explotación de las propiedades, el respeto a los cultivos, la distribución rotatoria del agua de riego y la recolección de la fruta, así como poner multas a los transgresores.



Lanas para la fabricación de tapices puestas a secar en una tintorería de Yazd.
(Foto Maurizio Leigheb.)



Nómadas kuchi de Afganistán bailando el "atan", danza frenética y violenta al ritmo de tambores y flautas.
(Foto Maurizio Leigheb.)



En la página anterior, rito de "acusación pública" entre los cafiros kalash del Hindukush durante la fiesta de Kitramas, que dura siete días. Cantando y danzando, grupos de hombres y mujeres desahogan los resentimientos que han acumulado durante todo el año.
(Foto Tchekof Minosa-Ber.)

En el otoño, cuando ha terminado su función de control, se organiza una gran fiesta con la recaudación de las multas.

Reservas de cereales, manteca hervida y queso salado permiten afrontar el invierno. Su incentivo para producir por encima de las necesidades familiares obedece más al deseo de destacarse socialmente que al de mejorar la propia situación económica.

La organización en clanes de descendencia patriarcal garantiza la cohesión del grupo e implica una serie de derechos y de obligaciones bases de la organización social, económica, religiosa y política: no existen jefes, jueces, tribunales, leyes escritas, policía ni ejército. Personas reconocidas por su capacidad dirimen los litigios; en general consiguen establecer acuerdos, haciendo pagar una cuota.

Los cafires kalash dedican templos a Jestak, diosa protectora de la familia, de la prole y de la casa, y le rinden culto en las fiestas de primavera y otoño con danzas y cantos. También reservan una zona sagrada del poblado para el dios Mahandeo. Durante el año celebran diversas fiestas familiares, ceremonias y sacrificios relacionados con el ciclo agrícola y ganadero de su existencia. Las mujeres no llevan velo, sino originales sombreros adornados con hileras de conchas.

Visten largas túnicas oscuras y grandes chales, tejidos a bandas horizontales bicoloras. Gran diversidad de caracteres y de costumbres se observa en las poblaciones sedentarias persas y tágicas, más pacíficas y sencillas, dedicadas a actividades agrícolas o ciudadanas, cuyo núcleo más auténtico se encuentra en la región de Isfahán, en el Fars y en el Sistán.

En el Irán oriental, especialmente en las cercanías de Yazd y Kermán, viven unos dieciocho mil guebris *(parsos)*, cuya mayoría reside en la India. Herederos del mazdeísmo, una religión inspirada en las enseñanzas de Zoroastro (Zarathustra) y en el culto al fuego, abandonan a sus muertos a merced de los buitres sobre las llamadas "torres del silencio", especie de toscas construcciones cilíndricas situadas en la cumbre de pequeñas colinas.

Su carácter y su modo de vida influyen incluso sobre las características somáticas de los pueblos iraníes, generalmente más rudas en las tribus de las montañas y más finas entre las poblaciones sedentarias y ciudadanas. El "tipo iraní", en todo caso, aparece siempre evidente, con el rostro levantado, los ojos profundos, la nariz recta o aguileña. Las capas más antiguas y nobles de la población conservan los rasgos de tipo "mediterranoide". En general, sus cabellos son de color castaño oscuro o negro, la piel blanca, sobre todo en las mujeres (que aparecen en público muy cubiertas) y en los habitantes de las ciudades (entre los campesinos y montañeses se oscurece por la vida a la intemperie). Los kurdos y los cafiros contabilizan una elevada proporción de individuos rubios y de ojos claros.



Bhután, imágenes de difuntos, talladas en madera, en un cementerio. Entre los nuristanos, la escultura, actualmente en decadencia, está relacionada con el culto a los antepasados.
(Foto Tchekof Minosa-Ber.)



Muchacha kalash ataviada con el "kupass", sombrero adornado con hileras de conchas.
(Foto Tchekof Minosa-Ber.)

Aldea afgana de casas de tierra con cubierta plana, entre Samangan y Kulm, a los pies del Hindukush.
(Foto Charles Lénars.)



En Irán la agricultura se practica desde tiempos muy remotos: ha podido desarrollarse en los oasis y en las zonas suficientemente irrigadas o irrigables, es decir, en los valles y en las laderas montañosas; el riego artificial se practica desde hace siglos, o incluso milenios. "Una larguísima red de canales, por encima y por debajo del suelo *(qanat)*, diques, pozos y conducciones de madera que, enlazando los canales con acequias y regueros, conducen el precioso líquido a su lugar de destino y hacen surgir por todas partes, como por encanto, una fertilidad exuberante. Se cultiva trigo, cebada, centeno, mijo y arroz, en las zonas bajas cálidas y húmedas de las costas del mar Caspio, legumbres y toda clase de frutas y verduras..." (Bleichsteiner).

Todavía hoy las ciudades conservan una fisonomía que recuerda las antiguas épocas islámicas; los mayores y más vistosos edificios públicos son los baños, serrallos para las caravanas, mezquitas y escuelas coránicas. Los bazares agrupan tiendas en las que se encuentran testimonios de la antigua habilidad artesana persa (objetos diversos de decoración, joyas y tapices).

La religión es la musulmana sií, excepto entre los lurios, los afganos y los beluchis. Para los siíes, solamente son descendientes de Mahoma Alí y sus hijos, venerados junto con Fátima, hija del Profeta y mujer de Alí. La familia es de descendencia patriarcal: el hombre es su parte principal, aunque la mujer no está oprimida y vive en mejores condiciones sociales y familiares que en otros países islámicos.

Los hebreos pueden incluirse entre los iraníes y los árabes. En el actual tipo hebraico se encuentran tanto los sefardim, dolicocéfalos, como los ashkenazim, de índice encefálico más elevado. Los sefardim y los ashkenazim podrían considerarse como dos variedades en órdenes distintos, pero en la agitada historia de aquel pueblo el aislamiento y la marginación durante siglos favorecieron la difusión homogénea de los caracteres "raciales" predominantes. Por ello, precisamente en los grupos que podrían parecer menos "puros" (p. ej., los europeos), las características somáticas específicas son más evidentes y sobrevive el antiquísimo tipo "asiroide": estatura mediana, nariz prominente, labios gruesos, ojos bastante salientes, piel clara (con excepciones muy oscuras), cabellos ondulados o rizados y una gran proporción de individuos rubios y pelirrojos de ojos claros.



Un patán de Kolat, con su típico sombrero y con la barba teñida de rojo, según una tradición islámica. "Pathan" (patanos) es el nombre de los grupos afganos residentes en Pakistán.
(Foto Maurizio Leigheb.)



Un hebreo hasidim (ortodoxo) del barrio de Meah Shearim, de Jerusalén. El pueblo hebreo ha sido víctima de una agitada historia y de una diáspora que, por decirlo así, lo dividió en dos corrientes: la meridional de los sefardim (diseminados por Europa y África) y la oriental de los ashkenazim (esparcidos por Asia Menor, el Cáucaso, la región balcánica y los países del Este de Europa).
(Foto Charles Lénars.)

Mujeres y niños árabes reunidos para asistir a la celebración de la fiesta nacional de Kuwait. Los niños llevan vestidos modernos de corte occidental, las mujeres velos negros impuestos por la tradición islámica.
(Foto Maurizio Leigheb.)



Árabes

Los árabes constituyen la población más importante demográficamente del Asia anterior, ocupada por los territorios de Arabia, Siria, Iraq, Líbano y Jordania, y de los países del África mediterránea. Se encuentran también en importantes minorías en Persia y en África oriental y central.

La denominación de "árabes" no designa a un solo grupo étnico, una sola nacionalidad, ni un solo grupo religioso, sino que reúne a diversos pueblos que hablan una misma lengua y conservan las mismas tradiciones culturales. La difusión de dicha lengua y cultura en la península arábiga y en el África mediterránea alcanzó su apogeo a raíz de las conquistas de los siglos VII y VIII. Los conquistadores sometieron pueblos con diversos patrimonios culturales, lingüísticos y sociales, y, a su vez, fueron influidos por ellos. Su religión, el islamismo, afectó también a los persas, turcos, kurdos, circasianos, beréberes, etc. El mundo árabe y África septentrional, con una superficie conjunta de más de 13 millones de km^2 y con más de cien millones de habitantes, alberga un conjunto de pueblos con lenguas e instituciones diversas. En la antigüedad fueron escenario de viejas culturas, como la egipcia, la sumeria, la babilónica y la asiria. Los países del Oriente Medio habían sido parte de distintos imperios (persa, griego, romano, árabe, mongol, tártaro y turco), mientras que los del norte de África habían formado parte de los imperios cartaginés, romano, vándalo, bizantino y árabe. En la Edad Media la penetración de los cruzados orientales desde el Mediterráneo para liberar Tierra Santa de los musulmanes, y, en época moderna, las injerencias y dominaciones coloniales española, italiana y francesa en el norte de África, Siria y Líbano, y las inglesas en Jordania, Arabia e Iraq, ejercieron influencias diversas.

Aunque herederos de un patrimonio cultural común, los árabes difieren por sus formas de vida y lengua. Junto con el árabe clásico, hablado por los árabes cultos, existe una variedad de dialectos que acusan las influencias de los grupos étnicos cercanos.

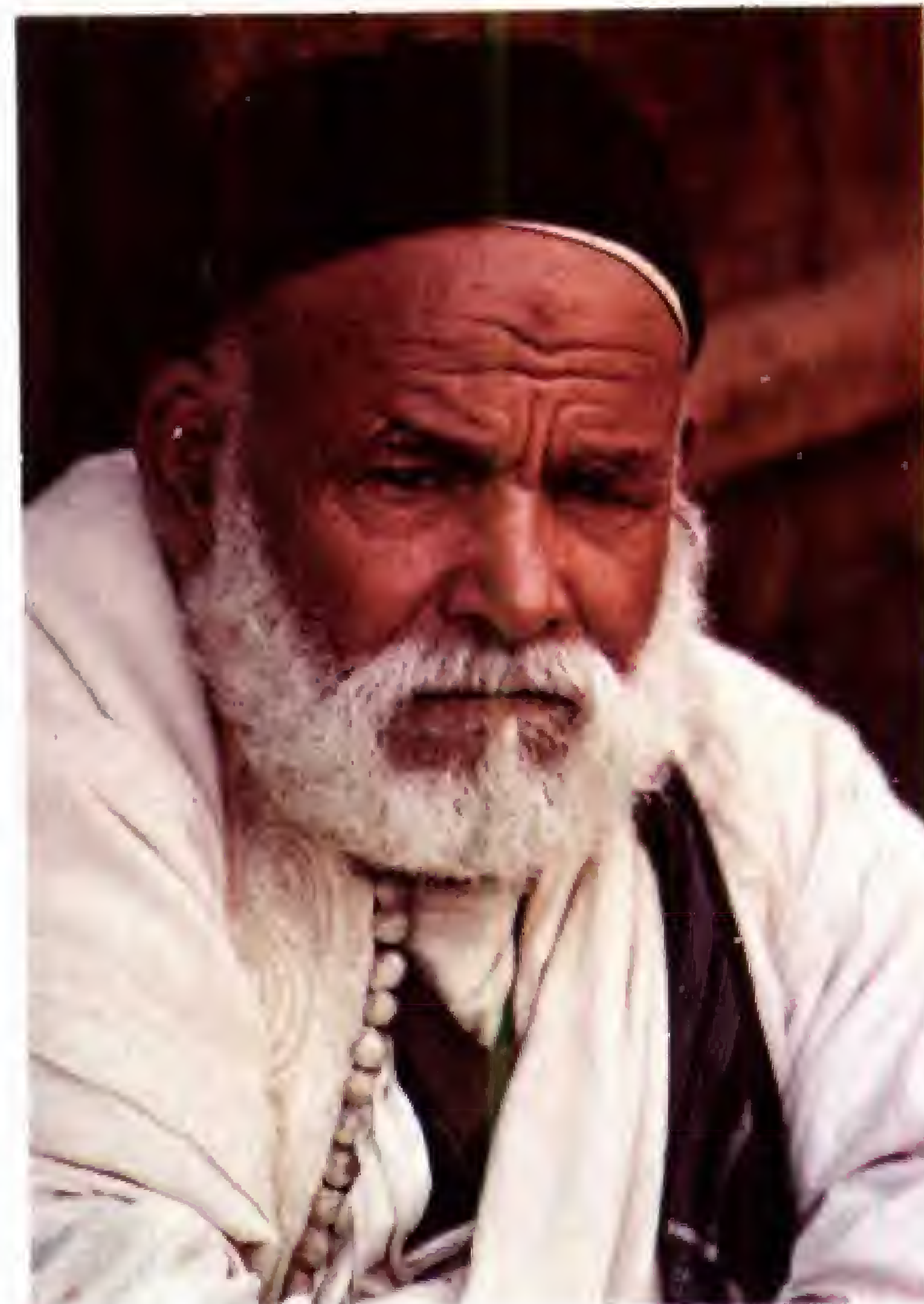
La denominación "árabes" aparece por primera vez en la forma "aribi" en relatos de guerra de los asirios del siglo IX a. de J.C.

Conocidos fundadores de estados (anteriores a Mahoma) fueron los nabateos de Petra (Jordania), en el siglo V a. de J.C., la población de lengua y cultura arameo-griega de Tadmor (Palmira) y, en una época posterior, los gasanidas y los lahmidas (Jordania oriental). Las noticias que hacen referencia de ellos los muestran divididos desde los primeros siglos de nuestra era en nómadas y sedentarios. Los primeros no alcanzaron el desarrollo cultural de los segundos; la base de su vida asociativa es la tribu *(cabila, qabilah)*, dividida en grandes grupos patriarcales regidos por el varón de mayor edad.

Los árabes no forman un solo grupo étnico, sino un conjunto de pueblos que hablan la misma lengua y conservan tradiciones culturales comunes. En la ilustración, tres tipos del mundo árabe: de izquierda a derecha, un saudí, un notable yemení y un anciano libio. (Foto Charles Lénars.)









Página anterior: los peregrinos dan tres vueltas alrededor de la Ka'ba, edificio sagrado de forma cúbica donde se guarda la piedra negra en la gran mezquita de La Meca, principal templo del Islam. La "hajj", o peregrinación a La Meca, es uno de los cinco deberes fundamentales de todo buen musulmán. (Foto Monty-Rapho.)

La tribu conservó intacto su valor y su función social a través de los siglos. Aunque en algunas ocasiones determinadas familias hayan adquirido una extraordinaria importancia por el número de sus componentes, los vínculos de sangre que existen entre uno y otro grupo contribuyen a mantener inalterable el equilibrio del poder.

En el mundo árabe surgieron tres grandes religiones monoteístas: el islamismo, el cristianismo y el hebraísmo.

Los árabes son, en su inmensa mayoría, musulmanes (de *muslim,* "el sometido"): el Islam ("sumisión") actúa como una religión unificadora. El Corán y la Sunna son sus fuentes religiosas primarias; se trata de transcripciones en versículos de las revelaciones recitadas de memoria, el primero, y una recopilación de frases del Profeta, la segunda. Un antiguo proverbio dice: "... la Sunna puede vivir sin el Corán, pero el Corán no puede vivir sin la Sunna".

La palabra Corán se deriva de *Qur'an,* que significa "recitación", y recoge las palabras pronunciadas por Mahoma y que son debidas a la inspiración divina.

Al lado de Alah, Dios único y misericordioso, los ángeles y los *ginn,* espíritus de la naturaleza, pueblan el cosmos.





La recitación de las cinco oraciones cotidianas (salat) *es una de las bases del Islam. Arriba, fieles en oración en la mezquita de Tetuán, en Marruecos; abajo, estudiantes de la universidad de Dhahran (Arabia Saudí) en oración, orientados en dirección a La Meca.* (Foto Amedeo Vergani, Maurizio Leigheb.)



En la página anterior, mausoleo de Al-Abbas (Kerbela, Iraq), uno de los doce imam sucesores de Alí. Los peregrinos viajan a las ciudades santas para visitar los santuarios de los imam, hacer votos sobre sus tumbas y adquirir rosarios, velos y porciones de tierra sagrada.
(Foto Maurizio Leigheb.)

Todavía en la actualidad pueden advertirse restos de antiguas religiones animistas preislámicas, difundidas y practicadas casi a diario: por ejemplo, cuando una familia duda ante una importante decisión, consulta a sus "oráculos domésticos" o interpreta las circunstancias más variadas según códigos particulares.

Aparte de la lectura ocasional de algunos versículos del Corán, como respuesta a problemas urgentes, se recurre a métodos de adivinación más complicados.

Así, tras haber recitado el versículo de la sura que dice: "Solamente Dios tiene las llaves de las cosas ocultas, sólo El conoce, sólo El sabe sabe lo que hay sobre la tierra y lo que está oculto en los abismos del mar; ni una sola hoja cae de un árbol sin que El lo sepa; no existe ni una sola semilla en el vientre oscuro de la tierra ni una hierba se seca si no está escrito en el gran libro...", se coloca, al azar, el índice de la mano derecha sobre un tablero de ajedrez especial, llamado *ez-zeirgé,* que se sostiene sobre las rodillas.

El tablero es cuadrado y está dividido en cien cuadros con una letra en cada uno de ellos.

A partir de la letra en que está apoyado el índice, y según complicadas reglas, se combinan las letras situadas en la misma columna vertical y en la quinta columna a la derecha de la elegida.

Estas prácticas no son más que reminiscencias que sirven de fondo a la religión oficial.

Los cinco pilares del Islam, las cinco devociones obligatorias para todo musulmán son: *kalima,* o profesión de fe; *salat* o rezo de las cinco oraciones cotidianas acompañadas de abluciones; el ayuno, el más importante de los cuales es el del mes del Ramadán; *zakat,* o limosna a los mendigos, y *hajj,* o peregrinación a la ciudad santa de La Meca.

La religión condena la usura y los juegos de azar, prohíbe comer carne de cerdo y beber bebidas alcohólicas, permite la poligamia y exige la presencia en la mezquita todos los viernes para el sermón.

La sencillez y la precisión de las prácticas religiosas del islamismo constituyen una de las causas de su extraordinario éxito; imponen un ideal de vida caracterizado por una disciplinada sumisión, con grandes limitaciones en la comida y en la bebida.



La pequeña ciudad árabe de Moulay Idriss, cerca de Fez, en Marruecos, famosa como centro de peregrinaciones. Lleva el nombre de un descendiente de Alí, fundador de la primera dinastía árabe que reinó en Marruecos, hoy enterrado en el mausoleo que aparece en primer término
(Foto Viard-Explorer.)

En la página anterior, arriba, campamento de los reguibat, en el Sáhara occidental; abajo, tienda de los beduinos al-fuhaidah, entre las dunas del Rub'al-Khali (Arabia Saudí). Los nómadas se desplazan desde los oasis hasta los límites de las tierras cultivadas.
(Foto J.L.S. Dubois-Explorer, Transworld-Black Star.)



Beduinos llevando a abrevar su ganado en un pozo del Neged, en Arabia Saudí. Aunque para muchos occidentales los nómadas continúan representando la imagen tópica de las tierras árabes del interior, en realidad constituyen sólo el 10 % de la población. Crían ovejas, cabras y dromedarios, que venden a los campesinos sedentarios para poder comprar productos agrícolas y alimenticios u otros artículos de primera necesidad.
(Foto Maurizio Leigheb.)

La profesión de fe, al no existir un "clero" en sentido estricto, separado de los fieles (aunque existen jefes religiosos conocidos por su piedad y cultura, al servicio de las mezquitas), y no existir ceremonias especiales para ser admitidos entre las filas de los creyentes, se reduce simplemente a la recitación, al menos una vez al día, de la conocida fórmula "No hay más Dios que Alá (contracción de *Al Ilah* que significa "el fuerte" o el "poderoso"), y Mahoma es su profeta".

La plegaria individual es muy libre, pero no la comunitaria, que sigue rituales escrupulosos: cinco veces al día el ritmo de la vida cotidiana se interrumpe con la llamada del *muezzin* que invita a dirigir el pensamiento, más allá del cansancio y del trabajo, hacia Alá. Los fieles adoptan una serie fija de actitudes y recitan plegarias en que se alternan las preguntas con las respuestas. No se descubren la cabeza, pero se quitan los zapatos y sandalias y, tras una serie de abluciones rituales, se alinean respetando el *gibla*, y orientan el cuerpo hacia La Meca, detrás del oficiante, que se sitúa en el centro de la fila. El individuo aislado efectúa los mismos ritos en cualquier lugar donde se halle, extendiendo su propia estera.

Las cinco "horas" para el recitado de las plegarias son el alba, el mediodía, la media tarde, el crepúsculo y la noche, antes de acostarse. El ciclo completo tiene por objeto impedir que los fieles olviden por mucho tiempo a Dios; el tiempo empleado en la oración es breve, y parece tener en cuenta las dificultades que encuentran muchas personas para concentrarse durante más de algunos minutos. Cada uno de los cinco grupos de oraciones recitadas se llama *rak'a* y comprende ocho acciones rituales distintas. Al principio los fieles se mantienen en pie, con las manos levantadas a la altura de los oídos y recitan algunas invocaciones a la Majestad Divina terminadas con el estribillo "Dios es el más grande".

Después, permaneciendo en pie, bajan sus manos, apoyan la derecha sobre la izquierda y recitan: "Gloria a ti, oh Dios, bendito tu nombre, exaltada sea tu Majestad. Sólo tú mereces que se te adore y se te sirva". Recitan la primera sura con un acto de sumisión y la fórmula "Dios es el excelso". Entonces inclinan el cuerpo hacia delante en ángulo recto, apoyando las manos en las rodillas. Repiten este gesto y dicen: "Gloria a mi Señor, al que todos exaltan". Adoptan la cuarta posición con el cuerpo erguido y dicen: "Dios acoge a los que le son gratos. Oh, Dios nuestro, que asciendan a ti todas las alabanzas". En la quinta posición se arrodillan, apoyando las manos en el suelo e inclinan el cuerpo hasta tocar el suelo con la frente por tres veces, diciendo: "Gloria a mi Señor, al Altísimo. Dios es el excelso".

Poblado yemenita en los alrededores de San'a. Entre la Arabia suroccidental y la República Popular del Yemen se encuentran los ejemplos más típicos de la antigua arquitectura árabe, que quizá tuvo sus orígenes en la arquitectura comunitaria de Mesopotamia y del Irán. (Foto Giorgio Gualco.)



En la sexta posición los fieles permanecen arrodillados, pero con el busto erguido y las manos apoyadas en las rodillas.

Las dos últimas posiciones son repeticiones de la quinta y de la sexta, acompañadas por la recitación de las mismas oraciones. El ciclo completo de posiciones y recitaciones constituye una *rak'a*, pero las oraciones pueden comprender dos, tres y hasta cuatro *rak'a*. Para terminar, los fieles recitan una plegaria por Mahoma, para sí y para la congregación, piden perdón a Alá por sus pecados, se inclinan a derecha e izquierda para saludar a los ángeles invisibles presentes y les dicen: "La paz y la misericordia del Altísimo sean con vosotros".

Puesto que en la sociedad árabe tradicional la mujer ocupa un lugar inferior al ocupado por el hombre, también en la oración adopta actitudes diferentes: no se postra en el suelo y permanece arrodillada, diciendo las fórmulas con los brazos cruzados.

El ayuno del Ramadán se practica en el mes lunar del mismo nombre, anterior a los días de la peregrinación a La Meca. En dicho período los fieles, desde la salida hasta la puesta del sol deben abstenerse de comer, de beber, de fumar y de tener relaciones sexuales. Están exentos de tan severas prescripciones los viejos y los niños, las mujeres parturientas, los viajeros y los soldados en campaña. Incluso el mundo del trabajo ha tenido que adaptarse: las oficinas públicas permanecen abiertas hasta más de medianoche. A los obreros, aunque sólo trabajan media jornada a causa de las escasas energías diurnas, les corresponde su salario completo.

Surgido en Arabia durante el siglo VII como movimiento nacionalista árabe, el Islam se extendió a partir de mediados del siglo VIII por medio de la coacción, del comercio, de la colonización o simplemente por puro proselitismo, por todo África septentrional y gran parte de Asia Central. Siempre fue una religión única que reconocía como jefe al califa, pero en el año 656, veinticuatro después de la muerte de Mahoma (ocurrida a los sesenta y dos años), se desencadenó una encarnizada lucha por su sucesión, alimentada por divergencias religiosas, aparte de rivalidades familiares y políticas. Tras el nombramiento de los dos primeros sucesores, se inició un período de corrupción. Una parte de los musulmanes se alineó junto a un califa de nombramiento electivo y otra al lado del sucesor hereditario del Profeta. Aquella divergencia causó la división en dos sectas principales: los *sunni* (o sunníes), que constituyen la mayoría de los árabes y de todos los musulmanes y no limitan la sucesión en el califato a los herederos de Mahoma, y los *shi'a* (o siíes), que solamente reconocen el derecho al nombramiento a los descendientes de Alí, cuñado y primo de Mahoma.

Aldea rural del Asir (Arabia Saudí), construida entre los huertos del uadi Bishah, cerca de Khamis Mushayt. Las casas-fortaleza son el producto de una sociedad que mantiene una estructura arcaica. Hospedan diversos núcleos familiares y terminan en una terraza sobre la que se ponen a secar al sol los cereales y otros productos agrícolas. En la parte superior se encuentran las habitaciones destinadas a las mujeres. (Foto Maurizio Leigheb.)





Página anterior: vista de Jibla, ciudad yemenita. Los antiguos palacios, construidos con bloques de piedra, albergan en la planta baja los establos, almacenes y graneros, en la segunda planta las salas de recepción, en la siguiente el "harem" y en la última las habitaciones para el servicio. (Foto Maurizio Leigheb.)

En el año 1918, Kemal Pachá, el jefe nacionalista turco, abolió el califato de los Sunníes, dejando sin jefe a la mayor secta islámica. Las sectas sunní y sií, a su vez, se fraccionaron en otros órdenes menores. La teología sií se centra, aparte de la consideración de Alí como legítimo sucesor del Profeta, en la veneración de los otros once *imam*, maestros de la fe designados por Dios, santos y mártires que realizan milagros, como intermediarios entre Alá y los creyentes, y en la convicción de que el último de ellos, Al-Mahdi, desaparecido en el siglo IX cerca de la ciudad iraquí de Samarra, volverá a la tierra para imponer la verdadera fe.

Para los creyentes musulmanes la peregrinación a las ciudades santas, y en primer lugar a La Meca, reviste una especial importancia. La ciudad, a la cual afluyen peregrinos procedentes de todos los lugares del mundo, ha adquirido un carácter sagrado, bien por mandamiento divino expreso, bien por estar asociada a la tradición religiosa. En ella surgieron escuelas para la enseñanza de la teología y diversas comunidades religiosas, mientras que se prohibieron los cines, los teatros y cualquier otra diversión. Sede de santuarios famosos, con sus correspondientes mezquitas anexas con grandes cúpulas doradas y minaretes, las ciudades santas son importantes centros urbanos. Algunas son visitadas por todos los musulmanes y otras por los de una secta determinada. A La Meca, Jerusalén y Medina se dirigen musulmanes de cualquier extracción, mientras que las ciudades santas iraquíes de An-Najaf, Karbala, Al-Kadhimain, Al-Kufa y Samarra, y las iraníes de Mashhad y Qum, son veneradas y frecuentadas sólo por los siíes.

Según las prescripciones del Corán, peregrinar a La Meca o a Medina es, como se ha dicho, una de las cinco obligaciones fundamentales para todo buen musulmán, y se efectúa durante el duodécimo mes del año islámico *(dhu'l-hjjah)*.

El peregrino abandona toda actividad terrenal la víspera de su partida para La Meca y viste un hábito blanco. Llegado a Arabia, debe respetar una serie de prescripciones, como permanecer en pie delante de Alá en la llanura de Arafat, lapidar al demonio y caminar siete veces alrededor de la *Ka'ba*, el edificio cúbico sagrado, revestido de lienzos negros, que se encuentra en el centro de la Gran Mezquita de La Meca y guarda la piedra negra, objeto de gran veneración.



Ventanas típicas de un palacio de San'a, embellecidas por blancos temas decorativos bajo una especie de vidrieras multicolores con nervios de yeso. (Foto Maurizio Leigheb.)

Cultivos en terraza y aldeas de Manakhah (Yemen), que se encuentran en los acantilados del borde montañoso que domina el tórrido tihamah. En primer término se distinguen las matas de qat, un excitante muy utilizado en el país.
(Foto Eugenio Turri.)





El zoco, mercado tradicional y lugar de reunión en las ciudades árabes, está situado generalmente en el viejo centro histórico. En la ilustración, vista de un ángulo del zoco de Riyadh, capital de Arabia Saudí. (Foto Maurizio Leigheb.)

La *Ka'ba* o Caaba habría sido construida por Abraham y por su hijo Ismael por orden divina, como copia exacta de la casa de Dios en el cielo. Los peregrinos deben besarla y hacerle la ofrenda de un sacrificio animal, además de recorrer siete veces las colinas gemelas de Safa y de Marwa. El musulmán que haya efectuado su peregrinación a La Meca tiene derecho al título de *bajj*. Los fieles que se dirigen a la ciudad (que era ya sagrada antes del advenimiento del Islam) no hacen más que seguir el ejemplo de Mahoma que, en el año anterior a su muerte, se dirigió en peregrinación a la casa de Dios. La importancia de La Meca como principal lugar del culto se debe también a que es sede de la *Ka'ba,* es el lugar del nacimiento del Profeta y el de su primera predicación. En la Gran Mezquita está la fuente *zem zem* de agua milagrosa y purificadora (habría brotado en el desierto, a los pies de Agar, cuando su hijo Ismael estaba a punto de morir de sed), la tumba de Fátima y algunas palmeras plantadas por ella, y el pozo del Profeta.

Medina, antiguamente llamada Yathrib, era solamente un pequeño oasis de 14.000 habitantes, en la confluencia de dos cursos de agua al norte de La Meca, cuando llegó el Profeta en un aventurado viaje, huyendo de sus enemigos. Allí permaneció algunos años, organizando y conduciendo una serie de incursiones contra sus vecinos de La Meca; éstos, en un intento de conquista de la ciudadela del Profeta, dispusieron un ejército de 10.000 hombres, pero, con la ayuda de un ingeniero persa, Mahoma creó un sólido sistema de fortificaciones y adoptó una táctica de espera.

La llegada de las lluvias trajo el descontento entre los asaltantes, y sus jefes se vieron forzados a proponer un compromiso. Fue entonces cuando el Profeta, convencido de que era necesario recurrir a la fuerza para imponer su ideología en Arabia y en el mundo entero, declaró haber tenido la revelación de la guerra santa *(Jihad)*. Se iniciaron los ataques contra las caravanas que partían o se dirigían a La Meca, y la imposición a los hebreos, bajo pena de exterminio, de convertirse en seguidores suyos, el destronamiento de la aristocracia de La Meca y la conquista de la ciudad, tras una serie de intentos fracasados.

Yathrib, que había dado asilo a Mahoma, cambió su nombre por el de *Madinat un-nabi* (Medina), es decir, la "ciudad del Profeta". Capital del imperio islámico desde los tiempos de su ocupación por Mahoma (624), fue conquistada por los omeyas, que trasladaron la capital a Damasco (683).

La localidad de Shibam, que está considerada como una de las principales ciudades del uadi Hadramaut. Conserva el aspecto de los antiguos centros de caravanas, que florecieron en la época de los intercambios comerciales entre Oriente y el Mediterráneo. (Foto Milone.)



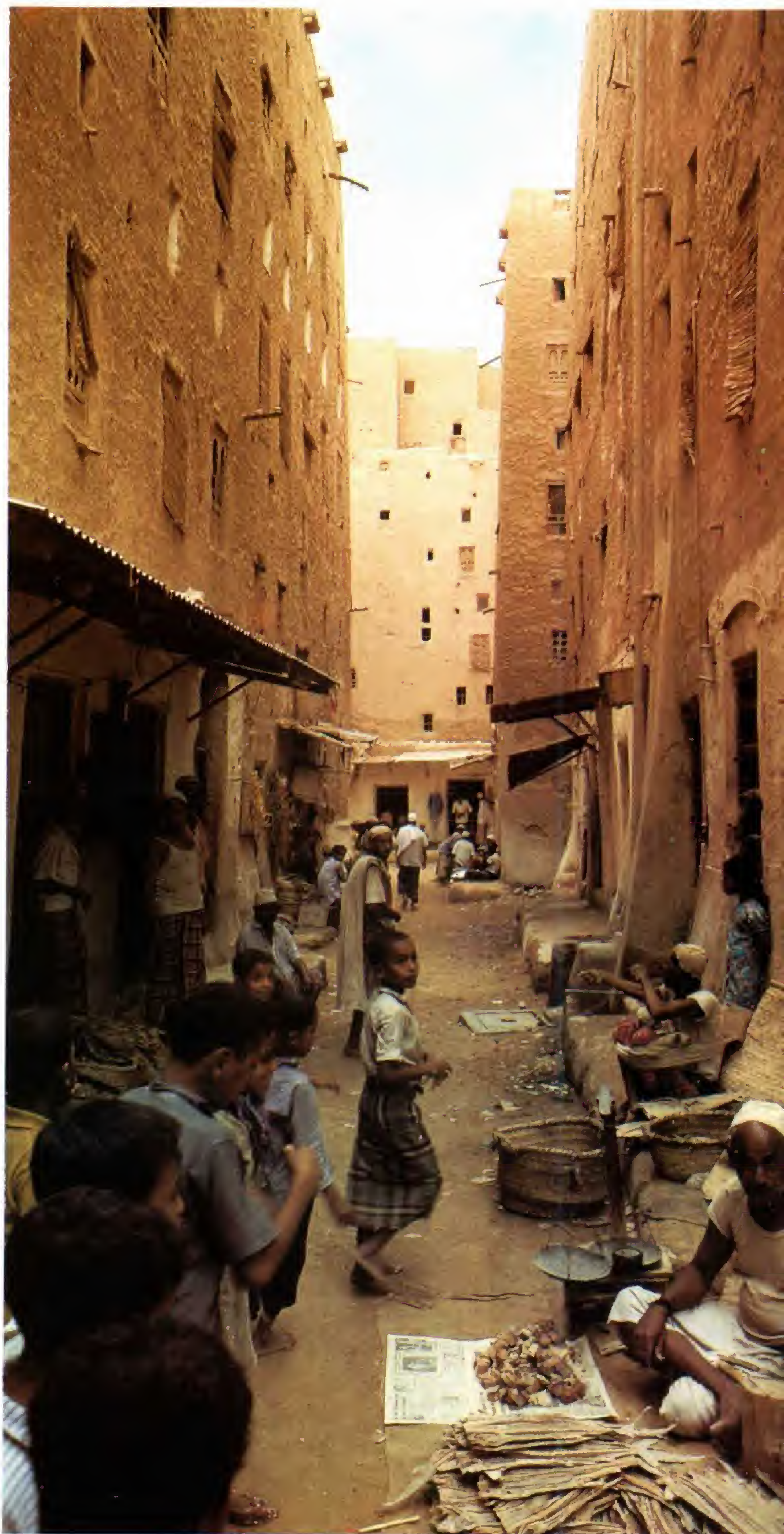
Perdió, con ello, su importancia política y se convirtió en meta de peregrinaciones, como residencia del Profeta y lugar de su sepultura. La Gran Mezquita de forma cuadrangular, que hizo construir Mahoma, contiene en una sala anexa, aparte de su propia tumba, los sepulcros de los tres primeros califas que le sucedieron.

Jerusalén, ciudad sagrada para los hebreos y los cristianos, lo es también para los musulmanes. Según la tradición islámica, en el lugar que ocupa la Cúpula de la Roca (Qulbat al-Sakhra), que fue construida a principios del siglo VII, el Profeta habría emprendido su ascensión a los cielos. Sobre aquella misma roca, en la cumbre del monte Moriah, se construyó asimismo el templo de Salomón, y allí condujo Abraham a su hijo Ismael para sacrificarlo a Dios.

Las ciudades santas de los musulmanes siíes surgieron y se desarrollaron alrededor de los santuarios de los *imam* más venerados. Los peregrinos afluyen a ellas en el primer mes del año islámico *(almuharram)* procedentes de Irak, Irán, Afganistán, India, Pakistán y de otros países diversos. La peregrinación está considerada como un acto de devoción y fe, y un medio para adquirir especiales méritos. Los creyentes hacen votos en las tumbas de los *imam,* adquieren rosarios para sus plegarias, velos y porciones de tierra sagrada, dando vida a un floreciente comercio de objetos religiosos.

Los siíes aspiran a ser sepultados cerca de las tumbas de los *imam*, en especial de la de Alí. Este hecho transformó sus ciudades santas, metas de peregrinación, en grandes lugares de enterramiento.

Alí, el fundador de la secta, está sepultado en An-Najaf en el santuario construido, al parecer, en el siglo VIII por Harun ar-Rashid, aunque murió apuñalado en Al-Kufa. En Kerbala, meta de peregrinaciones desde el siglo VII, se encuentran los santuarios dedicados a Al-Husein, su veneradísimo hijo, y a su hermanastro Al-Abbas: ambos encontraron la muerte en la batalla del mismo nombre en el año 680. En Al-Kadhimain, en las orillas del Tigris, no lejos de Bagdad, se custodian las tumbas del VII y del IX *imam*, y en Samarra las del X y XI *imam*.



Una callejuela de la ciudad de Shibam: los vendedores ambulantes exponen sus productos bajo las altas paredes de los palacios, en las cuales se abren ventanas con celosías para proteger la vida familiar de las miradas extrañas. (Foto Milone.)



Página anterior: en la localidad de Matmata, Túnez meridional, entre palmeras e higos chumbos, existen viviendas subterráneas que tienen con frecuencia varios pisos, con cúpulas excavadas en el terreno para permitir el paso del aire y de la luz.
(Foto Amedeo Vergani.)

Las principales ciudades santas de Irán son Mashhad y Qum; pero hay otras metas de peregrinaciones de la población sií.

El santuario de Mashhad custodia los restos del *imam* Reza, octavo sucesor del Profeta. Se trata de un grandioso complejo religioso con una cúpula revestida de oro, construido en el siglo XV y hecho restaurar en el año 1606 por el sha Abbas, con otros edificios anexos y la estupenda mezquita de Gowarshad, que hizo edificar en el año 1414 la mujer del sha Rokh. En Mashhad, caso único entre las ciudades santas siíes, existen locales para la proyección de películas y modernas industrias. En Qum, ciudad iraní en que abundan los santuarios siíes, está la mezquita dedicada a Fátima la inmaculada.

De todos los musulmanes, los beduinos suelen ser los menos religiosos. No se preocupan excesivamente de las prácticas religiosas y parecen ignorar los dogmas de la fe. Los wahabitas, no obstante, son una excepción; miembros de la secta fundada en Arabia central por Muhammad ben Abd-al Wahab (1703-1787), que aportó a los beduinos la observancia del Islam ortodoxo, practican un riguroso puritanismo contra las tentaciones politeístas. Insisten en la adoración de Alá, único Dios verdadero, y repudian toda tendencia liberal, encaminada a deducir del Corán atributos cristianos enfrentados con Alá.

Entre los beduinos y las poblaciones agrícolas la difusión del Islam no ha impedido la conservación de prácticas que se remontan a las antiguas religiones semíticas (veneración de las tumbas de los santos, sacrificios de sangre, culto de los lugares elevados, de los árboles sagrados, de las piedras fálicas).

El sentimiento de la muerte, tan enraizado en el hombre árabe y tan particular en sus matizaciones, ayuda a comprender diversos fenómenos del pasado y del presente. Desde hace siglos los árabes combatieron contra una naturaleza hostil, expuestos a peligros constantes y, la mayor parte de las veces, impotentes para resolver situaciones extremas. De ello sacaron la conclusión de que cuanto el hombre tiene que soportar inevitablemente depende de un Poder Inmenso, que traza las líneas de misteriosos designios (como la muerte): el individuo no se anula renunciando a la vida, sino que se potencia en la perfección de sí mismo.



Embarcaciones árabes en un pequeño puerto de Kuwait. La pesca y la recolección de perlas y esponjas, actividades tradicionales de las gentes del golfo Arábigo, están en decadencia desde hace algún tiempo.
(Foto Maurizio Leigheb.)

Mercado de ganado entre los reguibat, que habitan en el Sáhara occidental. Gracias a estas relaciones comerciales, los árabes entran en contacto y se mezclan así con diversos pueblos nómadas, con los beréberes y con los moros. (Foto J.L.S. Dubois-Explorer.)

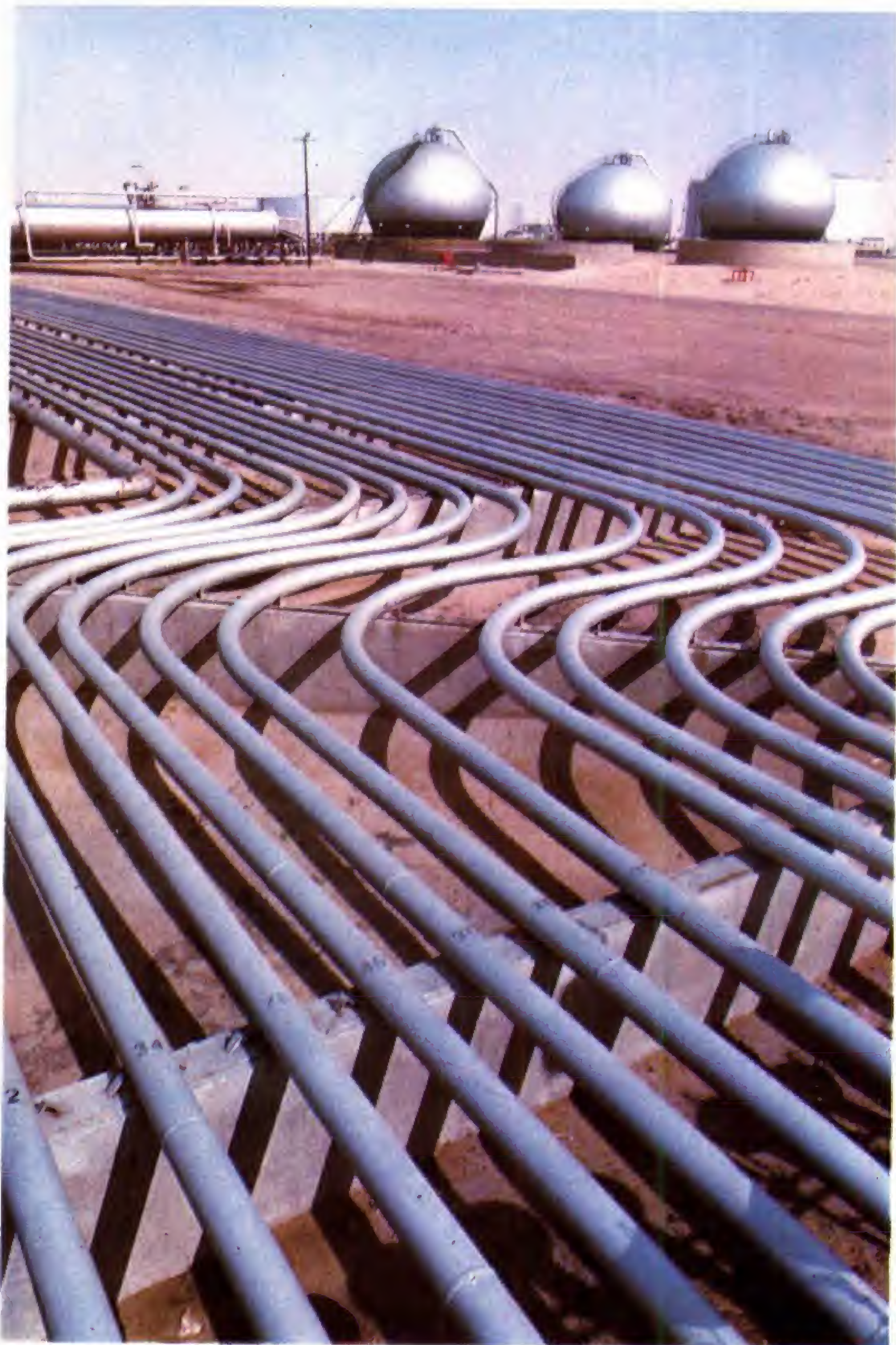


El conjunto de las actitudes calificadas por los occidentales como "fanatismo árabe" depende en gran parte de la enraizada convicción de que la muerte, como deseada por Alá, es fuente de nueva vida. La naturaleza de los diferentes ambientes habitados por los árabes explica la variedad de sus sistemas de vida, de sus diversas organizaciones sociales y económicas.

El Mundo árabe y el de África septentrional incluyen varios desiertos: los principales son los del Sáhara y el arábigo (Rub-al-Khali o "Cuarto Vacío"). Estos inmensos espacios inhóspitos, recorridos por las caravanas, alojan algunas instalaciones de prospecciones geológicas (para la extracción del petróleo y del uranio), campamentos de técnicos, de nómadas y pequeños núcleos de habitantes de los oasis, pero, en su mayor parte, están deshabitados.

El territorio más densamente poblado por los árabes disfruta de un clima mediterráneo, con veranos largos y calurosos, inviernos relativamente suaves y lluviosos y breves estaciones intermedias, la primavera y el otoño. Las tierras más fértiles se encuentran en los valles bañados por los ríos y están constituidas por ricos depósitos de aluvión. El Nilo, el Tigris y el Éufrates representan arterias vitales para casi la mitad de la población del mundo árabe y de África septentrional.

La agricultura es la actividad económica más importante, puesto que por sí sola constituye entre el 20 % y el 40 % de la renta nacional de los países árabes y norteafricanos, aunque está lejos de interesar aún a todas las tierras cultivables. La ley islámica sobre la herencia representa todavía un obstáculo para el desarrollo de la agricultura: a la muerte de un propietario, sus tierras se reparten entre sus herederos, causando a menudo un excesivo fraccionamiento de la propiedad. Aproximadamente un 75 % de la población árabe está constituida por agricultores sedentarios, el 15 % por la población urbana y solamente un 10 % por ganaderos nómadas. Cítricos, algodón y dátiles son los productos agrícolas más exportados.





El descubrimiento y la explotación de ingentes riquezas petrolíferas ha revolucionado el mundo árabe, con reflejos económicos y sociales de gran alcance. Arriba, instalaciones para producir derivados del petróleo en Abqaiq, en la región de Al Hasa; abajo, técnicos sauditas en un moderno estudio de televisión de Riyadh. (Foto Maurizio Leigheb.)



El nomadismo ocupa a una minoría de la población, pero para muchos occidentales continúa representando el tópico de las tierras del interior árabe. Los nómadas crían ovejas, cabras y dromedarios, que venden luego a las poblaciones sedentarias para poder adquirir productos agrícolas, alimentos y otros artículos de primera necesidad.

Algunas tribus se han organizado en poderosos grupos políticos, como ocurre en Jordania, Arabia Saudí y en los Emiratos Árabes Unidos. Viven en tiendas desmontables de pelo de cabra o de camello, y efectúan periódicos desplazamientos desde los oasis hasta los límites de los territorios cultivados, visitando los asentamientos estables para vender sus ganados y hacer compras. La constitución de gobiernos centralizados ha puesto fin, en casi todas partes, a las rapiñas y a las guerras tribales.

El descubrimiento de ricos yacimientos de minerales, sobre todo de petróleo, los avances de la industrialización y de los modernos medios de transporte y las transformaciones económicas han dado lugar a una crisis en el mundo de los nómadas beduinos, especialmente en lo que respecta a su papel de guías y protectores de las caravanas. Se ha intentado sedentarizarlos (p. ej., en Egipto y en Arabia Saudí), pero el descubrimiento del petróleo los ha convertido en mano de obra para la industria, evitando su gradual transformación en agricultores y llevándolos bruscamente del nomadismo al medio urbano. El descubrimiento y la gran producción del oro negro constituyen un hecho revolucionario para el mundo árabe y para todo el norte de África. Son pocos los países habitados por árabes en los que escasee el petróleo: Arabia Saudí, Iraq, Kuwait, Bahrein, Qatar, Emiratos Árabes Unidos, Libia y Argelia lo poseen en grandes cantidades, y Egipto y Marruecos en menor medida. En los países del África mediterránea se extraen, además, hierro, plomo, cinc, antimonio y fosfatos.

La población sedentaria construye viviendas de diversas clases. Las casas de los campesinos son de piedra y barro o adobes. En muchas localidades se emplean los materiales de construcción sustraídos de antiguos edificios. En Arabia septentrional para entrar en las viviendas, generalmente de una sola habitación, hay que cruzar un patio; la habitación está dividida en varias secciones (que sirven de despensa o de dormitorio) por pilastras que sostienen arcos de piedra sobre los que se apoya la techumbre (vigas de madera cubiertas con ramas o cañas). Junto a la casa, o en su parte anterior, se encuentra el establo para el ganado. En muchas casas se observa el típico recipiente semiesférico de barrio para que incuben las gallinas y las cisternas para el agua.

En los barrios antiguos de las ciudades existen palacios con las habitaciones abiertas a patios interiores provistos de estanques o fuentes, a veces con decoraciones, tallas de madera y estatuas de piedra. En las casas árabes tradicionales la fachada que da a la calle carece de ventanas, para sustraer la vida doméstica, especialmente la de las mujeres, a las miradas indiscretas.



Jinete árabe marroquí con vestidos típicos.
(Foto Charles Lénars.)



En la página anterior, mujer árabe de los pantanos del Éufrates. Las mujeres campesinas, al contrario de las que viven en las ciudades, no se ocultan el rostro. El uso del velo y de la máscara constituye un hábito tradicional femenino en los países dominados por la moral puritana. (Foto Maurizio Leigheb.)

En el emirato de Asir y en los dos Yemen se encuentran los más originales e imponentes ejemplos de arquitectura de la península Arábiga. Las ciudades y los poblados defendidos con torreones, construidos a lo largo de los uidian, sobre las laderas o en las cumbres de las montañas y de los collados, dominan los oasis y las plantaciones de arroz en terrazas, de hortalizas y *qat*.

Se pasa de las aldeas fortificadas, rodeadas de muros de ladrillos de arcilla, que rodean varios torreones, con los pisos más altos reservados a las mujeres, a pueblos medievales propiamente dichos, con estrechos *suk* e hileras de tiendecitas, callejuelas con pronunciadas escaleras de piedra e imponentes palacios de varias plantas construidos total o parcialmente con bloques de piedra y ladrillos.

Estas soberbias construcciones alcanzan su expresión más monumental en los principales centros históricos del Yemen septentrional, en las ciudades del uadi Hadramaut (Haynin, Shibam, Tarim), y encuentran su justificación en las antiguas estructuras feudales y tribales de la región, aparte de en la necesidad de defenderse del calor tórrido y de las incursiones de los enemigos en las luchas continuas por el control de las aguas disponibles.

Entre las minorías árabes que han desarrollado formas especializadas de economía y que han conservado mejor las formas de vida tradicionales merecen mención aparte las antiguas tribus seminómadas de la vasta región pantanosa comprendida entre el Tigris y el Éufrates, antes de la confluencia en el Shatt el Arab. Según una reciente estimación, en dicha zona, en una superficie de unos 13.500 km² viven 400.000 personas.

Al contrario de lo que ocurre en casi todo el Oriente Próximo, donde escasea el agua, los ríos allí se desbordan, inundando la llanura, formando lagos, pantanos permanentes o estacionales y centenares de islotes. En este vasto ambiente anfibio, aprovechando el periódico flujo de las aguas, el hombre ha construido sus propias y originales viviendas de cañas, ha excavado canales, construido carreteras, cultivado los campos y criado ganados.

Para construir sus propias cabañas en las orillas fangosas, protegidas por una barrera de cañas y matorrales, los árabes de los pantanos empiezan por hincar en el barro haces de cañas que se atan entre sí para obtener una serie de arcos.







Tipos humanos de la península Arábiga: de arriba abajo, niña de un poblado de Serat (Yemen), un árabe iraquí y una mujer de Qatar, con su tradicional máscara. La religión islámica obliga a la mujer a cubrirse el cuerpo pero no a ocultar su rostro con un velo. A pesar de ello, los conceptos tradicionales del honor familiar y del pudor femenino contribuyen a mantener la costumbre de taparse el rostro. (Foto Maurizio Leigheb.)

En la página anterior, arriba, alojamiento para los huéspedes en el estilo de los "mudhif", las grandes casas comunes, centros de la vida política, religiosa y judicial, construidas totalmente con cañas; abajo, embarcaciones adaptadas para penetrar entre los cañaverales de los pantanos.
(Foto Maurizio Leigheb.)

Para formar las paredes fija verticalmente a los anteriores varios encañizados y haces de juncos. Para construir el techo abovedado emplea vigas de cañas recubiertas con capas de esteras superpuestas como tejas. En el frente abre una puerta de entrada pequeña y baja. La vivienda así construida, semejante a un corto túnel, puede desmontarse fácilmente y trasladarse cuando la crecida o el flujo de las aguas obligan a la tribu a instalarse en otro lugar. Las cañas de los pantanos *(qasab)* constituyen la riqueza fundamental de la población. Además de emplearlas para construir sus viviendas, las utilizan para arrear el ganado, para proteger los márgenes de los canales y de las islas y para la fabricación de esteras, ampliamente exportadas a partir de la primera Guerra Mundial. Aparte de las viviendas comunes, cuyo alquiler pagan al jeque, la tribu construye una gran casa común, el *mudhif,* centro de la vida política y judicial. En ella se reúne el consejo de los ancianos para dirimir las controversias tribales, y se utiliza como mezquita y casa para los huéspedes. Un complicado ceremonial, que atiende a las diferencias de rango, regula la disposición de los asientos y los saludos rituales.

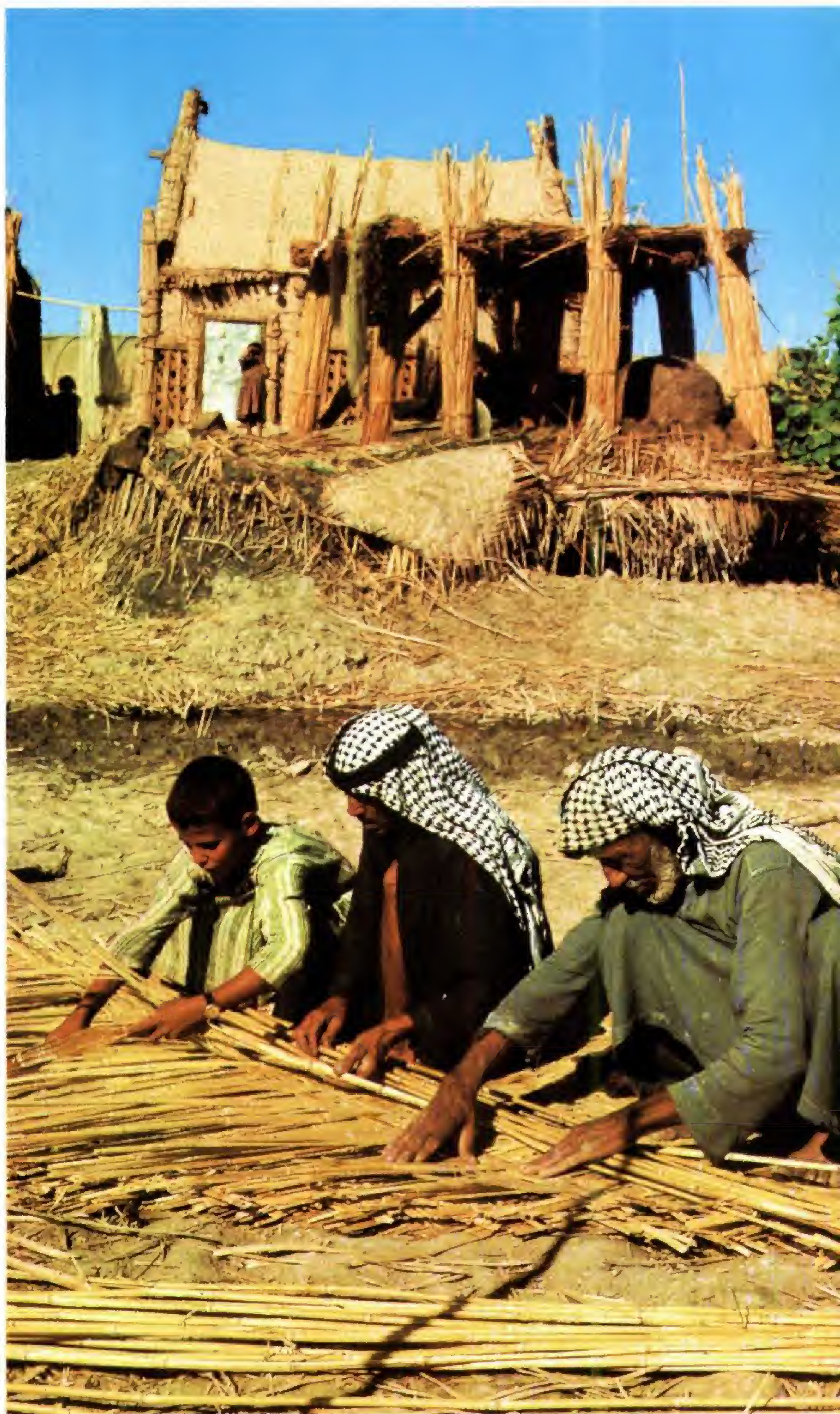
El *mudhif* es una espaciosa y original construcción, elaborada totalmente con haces de cañas y esteras. Las fachadas están enmarcadas por cuatro pequeños pilares cónicos de cañas, hincados verticalmente, entre los que se colocan ventanillas de encañizados agujereados y la puerta de entrada al recinto.

El interior presenta una espaciosa bóveda de cañón, sostenida por grandes rollos cilíndricos de cañas que forma una sucesión de arcadas. En la base de dichas arcadas se abren una serie de ventanitas de cañizos horadados. El pavimento se recubre totalmente de esteras. En el centro del *mudhif* se encuentra el hogar con grandes recipientes para la preparación del café, símbolo de la hospitalidad.

En sus campamentos de verano los árabes cultivan arroz, mijo y sandías, y en los invernales trigo y cebada. En los mercados se venden hortalizas, leche, mantequilla, queso y estiércol. En los pantanos temporales el nivel del agua representa un elemento fluctuante: la crecida anual puede proporcionar inmejorables terrenos de pastos, pero un flujo rápido puede transformarlos en zonas desérticas. Los pantanos estacionales y permanentes ofrecen, en cambio, condiciones más favorables, bien por el crecimiento de las cañas silvestres, bien porque la tierra puede protegerse con diques, ser desecada y convertida en cultivable. Los hombres se desplazan en los pantanos por medio de piraguas *(tarade).*

Diversos descubrimientos arqueológicos han permitido comprobar que este tipo de embarcaciones era ya utilizado por los sumerios y los caldeos.

Preparación de las esteras para una vivienda, entre los beni assad de los pantanos. Los poblados temporales se construyen sobre islotes y zonas fangosas. Las cabañas deben ser fácilmente desmontables y transportables.
(Foto Maurizio Leigheb.)



Muchachas beni assad de los pantanos del Éufrates delante de un "mudhif".
(Foto Maurizio Leigheb.)



Mujer árabe transportando agua. En vastas zonas del mundo árabe existe gran escasez de agua; por ello la población vive concentrada preferentemente en los países de la franja mediterránea y en los fértiles territorios bañados por el Nilo, Tigris y Éufrates.
(Foto J. L. S. Dubois-Explorer.)



La cuarta parte de la población tribal, los madan, se dedica, con buenos resultados, a la ganadería del búfalo de agua. En la jerarquía feudal de la región están considerados por los agricultores como individuos inferiores por su nacimiento y ocupación. Este hecho les permite monopolizar la cría del búfalo, aunque también les fuerce a llevar una vida seminómada.

Los madan viven en núcleos aislados en los pantanos permanentes y construyen sus viviendas sobre islas artificiales de barro y cañas secas. Cada familia posee aproximadamente de una a diez cabezas de ganado. La organización tribal respeta la descendencia patriarcal y la autoridad del jeque, e impone el reparto de los gastos para reparar las ofensas, las muertes y las venganzas. Su religión es la islámica de los siíes. Los habitantes de los pantanos visten como los beduinos comunes, pero han desarrollado un sistema social y una economía especializada que representa un caso único en el interior del mundo árabe. Son los dueños de un ambiente difícilmente controlable, en el cual, a la escasez de medios de transporte se añaden los ataques de numerosos animales salvajes y de tempestades tan temibles como imprevisibles. Ello no les impide la importación de utensilios, sal, café, azúcar, tejidos y armas del exterior. El mundo anfibio que mantiene su equilibrio ecológico y garantiza la existencia tradicional de diversas tribus árabes parece amenazado con la puesta en práctica de un vasto programa de desecación y saneamiento.

En diversos países de la zona mediterránea y norteafricana la mujer árabe disfruta actualmente de mayores derechos que antiguamente, y participa en la vida pública y económica, mientras que en otros todavía se mantiene segregada y continúa cubriéndose con el velo.

En realidad la religión islámica le obliga a cubrirse el cuerpo, aunque no a ocultar el rostro. El velo fue abolido en distintos Estados (en 1920 en Egipto y en 1935 en Irán), pero se conserva en los feudos del conservadurismo social y religioso, hasta llegar a estigmatizar el estado de subordinación de la mujer, impuesto por la moral puritana imperante, por los conceptos tradicionales del honor familiar y del pudor femenino. En ciertas naciones árabes, además del velo, cuando la mujer cruza el umbral de su casa, debe llevar una máscara sobre el rostro con sólo dos orificios o ventanillas rectangulares para poder ver.

En el barrio de los tintoreros de Fez los hombres sumergen los tejidos en el tinte con sus propias manos.
(Foto M. Trionfi.)



Esta costumbre la observan especialmente las clases más acomodadas. Las beduinas del desierto llevan una vida que no permite semejantes restricciones: no solamente abandonan el uso del velo a menudo, sino que dirigen libremente la palabra y ofrecen su hospitalidad a los extraños. Las reglas de la segregación prohíben, por el contrario, a las demás mujeres cualquier contacto con los hombres, aunque sea breve o casual, a menos que se trate del marido o de parientes inmediatos con los que no pueda casarse.

En ciertas localidades las restricciones referentes a las mujeres se prolongan incluso después de la muerte: los cadáveres femeninos se envuelven en un doble sudario y se sepultan escondidos por un baldaquino. La segregación acentúa los contrastes entre la vida pública y la privada: mientras los hombres se dirigen los viernes a orar a la mezquita, en algunos países las mujeres solamente oran dentro de los muros domésticos; los locales, las oficinas públicas y los mercados sólo los frecuentan los hombres.

Las mujeres pueden visitarse, haciéndose acompañar por una amiga o por una pariente. La reputación de una mujer acerca de su castidad implica el honor de toda su familia. Si se viera comprometida, sus hermanos y hermanas correrían el riesgo de no poder casarse. Donde rige el ordenamiento tribal, el respeto al código del honor puede inducir a un hermano o a un primo paterno de la mujer a cometer un homicidio para salvar la reputación de la familia.

La condición subordinada de la mujer comporta diversas restricciones sociales y económicas. El matrimonio de una muchacha se apalabra a menudo entre sus progenitores cuando aún es una adolescente: la novia, en general, pasa a vivir a casa de sus suegros. La falta de hijos varones puede constituir suficiente motivo para divorciarse de la mujer. La viuda o divorciada sin hijos varones es objeto de segregación conforme avanza su edad.

El arte y la historia de las poblaciones árabes son monumentales. Los edificios y las construcciones diseminadas más allá de las tierras ocupadas actualmente por ellos (p. ej., en Europa) dan testimonio del refinamiento de una cultura no solamente de nómadas y pastores, sino de hombres de ciencia, arquitectos, habilísimos artesanos, príncipes y nobles de espíritu generoso y guerrero. Mientras en la Europa del año 1000 las actividades científicas y culturales atravesaban un período tenebroso, el Islam alcanzaba su Renacimiento. Basta con citar tres nombres entre los protagonistas de aquel esplendor: Ibn al-Haytham (más conocido como Alhazén), al-Biruni e Ibn Sina o Avicena.

Alhazén, nacido en Basra, fue un genio ecléctico. Dejó escritos de diversos temas científicos, aunque sobre todo inherentes a las ciencias ópticas (en la línea de los trabajos de Euclides, examinó la naturaleza de la luz, enunciando muchos principios que se convirtieron en un perfecto canon del método experimental).

Al-Biruni nació en las cercanías del lago Aral. Geógrafo, astrónomo y filósofo, visitó la India en el séquito de un rico potentado y describió la cultura del país en su *Crónica*. El conocimiento de diversas lenguas extranjeras (hecho notable para un árabe de aquel tiempo) le permitió remontarse a las fuentes de la ciencia hindú sin ninguna clase de intermediarios, proporcionando un testimonio vivo y digno de crédito. Algunas de sus obras permanecen todavía inéditas, y se supone que pueden proporcionar nuevos elementos para acrecentar la fama de su autor.



Mujeres árabes de Rabat con el rostro oculto con el velo y con sus vestidos tradicionales. (Foto Nino Cirani.)

Venta de halcones amaestrados para la caza en el zoco de Doha, en Qatar. La pasión por la caza con halcón, muy antigua, es un signo de prestigio social. Los animales más hábiles y apreciados pueden alcanzar un precio considerable.
(Foto Maurizio Leigheb.)



Avicena ha pasado a la historia por su fama como médico. Nacido cerca de Bujara, tuvo una vida muy intensa: se convirtió en visir y acabó, a los pocos meses de su elección, encarcelado por divergencias con su soberano. Su obra más conocida es el *Canon de la medicina,* adoptado hasta el siglo XVI en todas las universidades europeas como texto fundamental. Dividido en cinco partes, trata la medicina teórica, la práctica, la anatomía, las enfermedades de las partes del cuerpo, las enfermedades no localizables y los medicamentos. En segundo término, aunque siempre de relieve, aparece la figura de Averroes (Ibn Rusd), nacido en Córdoba, que ocupa un lugar especial en la historia de la filosofía.

Las actuales ciudades árabes se están transformando rápidamente a causa del aumento de su población, de la mejora en las comunicaciones, de la difusión de la enseñanza y del desarrollo de la industria petrolífera, que incrementa la demanda de mano de obra y mejora la situación económica de diversos sectores de la población.

El proceso de industrialización puesto en marcha en algunos países es causa de un creciente éxodo rural hacia las ciudades. Dicho fenómeno acentúa a veces las diferencias sociales y las instancias políticas y la disparidad social en los centros urbanos.

Las grandes ciudades árabes mantienen por lo general sus tradicionales divisiones en barrios, en los que residen grupos diferentes según su religión, tribu, origen étnico y profesión; pero también acogen nuevos barrios modernos que, en parte, absorben a los inmigrados del campo, y barrios de barracas que reflejan los problemas del desempleo y de la carencia de servicios sociales.

En esta sociedad en transformación se observa una neta mejoría de las condiciones de vida, y una gradual, aunque no uniforme, emancipación de la mujer, paralela al declive de la poligamia y al relajamiento de las relaciones familiares tradicionales. No obstante, el cabeza de familia sigue manteniendo en todas partes su indiscutible autoridad, y los tradicionales vínculos de sangre y las reglas de la organización tribal representan todavía un papel no despreciable en los asuntos políticos, económicos y sociales.

El mundo árabe, impregnado de continuos fermentos nacionalistas, parece caracterizarse por cierta inestabilidad política, consecuencia de la diversidad entre sus variados regímenes políticos, de las hostilidades entre árabes e israelitas, del problema de los refugiados palestinos y, sobre todo, de la riqueza del petróleo, que ha convertido en estratégica la parte de mundo situada entre Europa, Asia y África, escenario de la rivalidad entre las grandes potencias. Los deseos de solidaridad no impiden la aparición de fenómenos de signo contradictorio, como la progresiva secularización de algunos países y el retorno a una rígida ortodoxia islámica en otros. Pero la cohesión del mundo árabe antiguo no ha decrecido, e incluso en los conflictivos acontecimientos del último decenio, y del actual, siempre se ha replanteado una toma de conciencia étnica y cultural cada vez más intensa.



Arabe de Yidda fumando el "narghilé" en el umbral de su casa. (Foto Maurizio Leigheb.)



En la página anterior, jinetes beréberes durante la celebración de una fiesta típica. Según los antropólogos, los beréberes constituyen el sustrato de la población de África mediterránea, aunque no puede distinguirse del elemento árabe que se le ha superpuesto.
(Foto J. L. S. Dubois-Explorer.)

Beréberes y saharianos

Los egipcios, griegos y romanos dieron a todas las gentes del Sáhara, que a sus ojos ofrecían cierta unidad cultural y que consideraban atrasadas, el sobrenombre de "bárbaros". Dicha denominación se ha conservado en el término *berber.* Según diversos científicos, los beréberes de la antigüedad habrían sufrido escasas modificaciones antropológicas y comprenderían cinco o seis tipos característicos, entre los cuales predominan el dolicocéfalo, con ojos oscuros y estatura mediana. Descubrimientos que se remontan al mesolítico revelan entre ellos incluso la presencia de elementos cromagnoides, es decir, mandíbulas anchas, pómulos amplios, estatura elevada y fuerte complexión, elementos que sobreviven entre los habitantes del Atlas.

Los antropólogos están de acuerdo en sostener que el sustrato de la población del África mediterránea es beréber, aunque sea imposible distinguir este elemento del árabe que se le ha superpuesto. Según F. Beguinot, los grupos de beréberes que más al margen se han mantenido de la arabización son los de las zonas de Jefren, Fasatu, Nalut, Zuara, Gadames y Gat. Hablan en árabe los de Ofella, los habitantes de Garian y del oasis de Augila.

En el gran arco del África septentrional comprendido entre Marruecos y el delta del Nilo se encuentran grupos muy diferenciados de árabes, como los zenhaga, los kunta, los habitantes de los oasis del Sáhara occidental (Mauritania, In-Salah, el-Goléa, etc.), los shleu de la región del Dra, los tekna, los ulad delim, los reguibat (aunque parcialmente) los beraberi del Anti Atlas y del suroeste de Marruecos, los cabilas (o beréberes de Argelia), los beréberes libi de Tunicia y los libios.

En el Sáhara central y en las zonas sahelianas adyacentes (sobre todo en el sur de Argelia, Tunicia y Libia y en el norte de Malí y de Níger) viven los tuareg. Probablemente son descendientes de los garamantes citados por Herodoto, que en la época romana ocupaban el África septentrional. También los mencionan Ibn Batuta y al-Idrisí, viajeros y escritores árabes de los siglos XIII y XV.



Un "ksar", aldea beréber fortificada en el valle del Dra, al pie del Yebel Sarhro. Está construida con piedras y tierra apisonada. Las torres, además de servir de vigía, están adaptadas para graneros.
(Foto Amedeo Vergani.)

Vista del oasis de Yanet, a los pies del Tassili-n-Ajjer (Sáhara argelino), en la región habitada por los tuareg del Norte.



Ibn Haldún cita: "un grupo beréber que habita al sur del desierto de arena y acostumbra a cubrirse el rostro con un velo, distinguiéndose así de todos los demás pueblos". Los hombres tuareg, en efecto, colocan alrededor de su rostro un velo azul violáceo muy oscuro, llamado *tagelmust* en tamashek (lengua hablada junto con el tamahak) y *lizam* en árabe, que solamente deja al descubierto los ojos. No se lo quitan ni siquiera para comer (quizá por suponer que para un hombre resulta indecoroso mostrar la boca, o porque teman, por una antigua superstición, que puedan entrar por ella los espíritus malignos, los *ginn)* aunque lo usan sobre todo para protegerse la cara de los rayos del sol y del viento arenoso. En la cabeza llevan el *cheche,* trozo de tela blanca o negra en forma de turbante.

En ocasiones especiales visten también otras clases de *gandura* y de atuendos, así como velos negros o blancos más sencillos, y calzan sandalias de cuero y de pieles. Complementa la indumentaria un collar con amuletos (pequeños estuches de cuero que contienen fórmulas mágicas y versículos del Corán), una especie de carteras que llevan como pectorales *(tarabalt),* tabaqueras y armas de diversas formas, como espadas *(takúba)* y puñales *(tilok).*

Los tuareg están divididos en dos grupos: los del norte (del Hoggar, del Tassili o tuareg Azger) y los del sur (tuareg ifora del Adrar, tuareg ayr, tuareg kel gress, iulemedden o aulimmidas y tengherghif). La "pureza" de su estirpe disminuye de norte a sur, donde se acentúa su cruce con negros. Son unas 400.000 personas, sobre todo nómadas, aunque también sedentarios, unidos en confederaciones compuestas por tribus: cada tribu está subdividida en clanes y cada clan en fracciones.

Las confederaciones eligen "soberanos" llamados *amenokal* ("patrones del poblado" o "de todas las tierras"), con un poder casi siempre más bien formal.

Tipos de beréberes cabileños de Argelia. (Foto Amedeo Vergani, Charles Lénars.)





El mercado de Boumalne-du-Dadès es uno de los lugares tradicionales de encuentro de las gentes beréberes del Alto Atlas marroquí.
(Foto Amedeo Vergani.)





Danza beréber ("haonèch"): los hombres tocan sus tambores y cantan, mientras las mujeres responden y bailan. (Foto J. L. S. Dubois-Explorer.)

En el vértice de la organización social, jerarquizada en forma feudal, figuran los nobles *(ihaggaren)*, en segundo lugar los vasallos *(imrad)*, después los artesanos *(inaden)*, los agricultores y los jardineros *(barratin)*, esclavos negros o mestizos liberados o campesinos libres, y los siervos *(iklan)*, esclavos raptados o comprados e integrados en la tribu.

Los tuareg nobles han dejado de dedicarse a las acciones guerreras, pero continúan desdeñando los trabajos agrícolas, artesanos y domésticos. En la sociedad *targui* se advierten las trazas institucionales de un antiguo ordenamiento matriarcal: las mujeres están consideradas en igualdad, son dueñas de su tienda, transmiten de generación en generación la lengua libia escrita *(tifinar)*, pueden abandonar a su marido sin verse privadas de sus hijos y, si son nobles, pueden casarse con esclavos, transmitiendo a sus hijos su propia nobleza.

Las caravanas de dromedarios de los tuareg del Hoggar se dirigen a las minas de *natron* (sal natural) a cielo abierto, para recoger las lastras y los bloques que luego revenderán en el sur; en julio se reúnen en la región de Tahoua (Níger) para intercambiar diversos productos. La vida económica de los beréberes está en estrecha relación con su ambiente natural.

Para sembrar el arroz, el maíz y el trigo emplean un arado primitivo. Desde tiempos remotos conocen diversos árboles frutales: perales, albaricoqueros, granados, higueras y almendros.

También sus construcciones están relacionadas con el medio: en las regiones costeras son frecuentes las casas con dos habitaciones, de una sola planta cuadrangular. Las cuevas naturales o artificiales se encuentran adosadas a las viviendas y forman, a veces, ciudades propiamente dichas (Marruecos, Tunicia y Tripolitania). Las *ghorfa* tunecinas son, en cambio, hileras de construcciones a modo de pequeñas celdas superpuestas, con cubierta abovedada, en las que viven muchas personas (son famosas las que forman el llamado castillo de Medenin). En el Rif, en el Atlas marroquí y en los montes del norte de África se encuentran casas, poblados fortificados y castillos con paredes de barro o de piedra y torreones que con frecuencia sirven de almacenes.



En la página anterior, mercado en Bamba, a orillas del Níger (Malí), frecuentado por los tuareg, que se desplazan desde casi todo el Sáhara occidental. (Foto Amedeo Vergani.)



La vida social se centra en la gran familia y en el clan: las relaciones de sangre son muy intensas y las decisiones corresponden a los cabezas de familia y a los ancianos.

Los moros ocupan Mauritania y están repartidos por casi todo el Sáhara occidental. Son descendientes de los árabes y beréberes, derivados de la progresiva fusión de ambos grupos, y generalmente distinguidos en moros-blancos y moros-negros. El ordenamiento de su sociedad es sustancialmente similar al de los tuareg, con cuatro castas: los guerreros (aristócratas privilegiados), los morabitas (agricultores y artesanos), los tributarios o líberos (vasallos de los árabes), y los siervos o domésticos. Los primeros están muy arabizados, los segundos y los terceros son generalmente beréberes y los últimos negros o mulatos. Al contrario de sus vecinos los tuareg, los moros llevan los cabellos largos y el rostro descubierto.

A pesar de su intensa islamización (la ciudad de Chinguetti está considerada como la séptima ciudad santa del Islam), la mujer mora difruta de gran prestigio social.

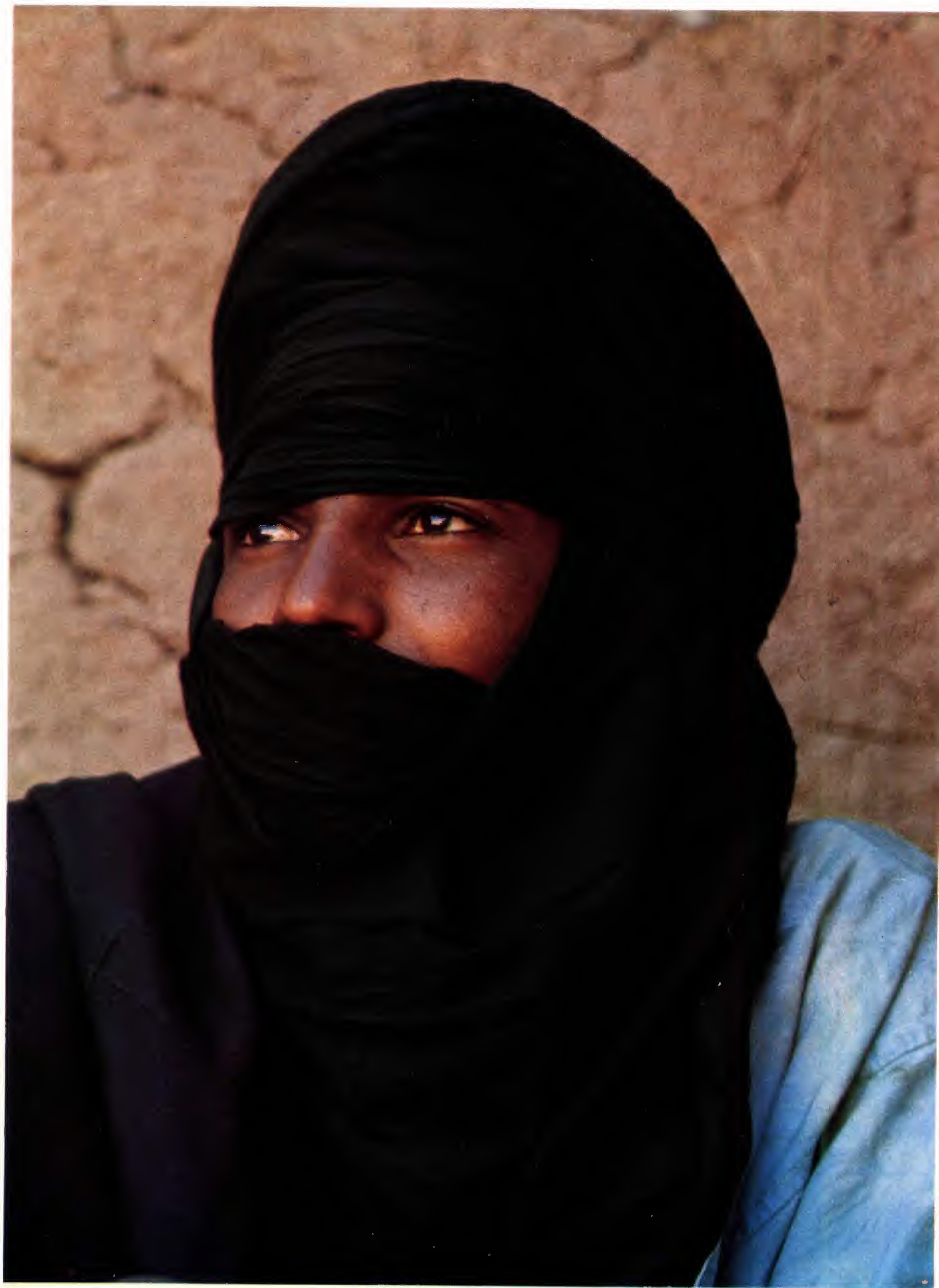
Los hombres son sobre todo nómadas ganaderos (especialmente criadores de dromedarios), aunque también comerciantes y artesanos.

Bastante insegura resulta la clasificación de los peul o fulbe (ful, fula, fulanos, etc.), unos 4.000.000 de personas (la mitad de las cuales viven en Nigeria), que se encuentran diseminados o reunidos en grupos numerosos, en una amplísima región, desde las orillas occidentales del lago Chad hasta el Fouta Djalon (Senegal), especialmente en la franja saheliana. En general son sedentarios y, convertidos al islamismo, viven en ciudades, muy mezclados con los negros, aunque en parte también practiquen una vida nómada de ganaderos y conserven su antigua religión. Una gran serie de datos hacen pensar que pueden ser descendientes de los antiguos pobladores del Adrar (Sáhara occidental), aunque su origen sigue siendo muy discutido. Las noticias históricas referentes a ellos los describen siempre en movimiento entre los antiguos reinos de Chad y de Níger (Kanem, Bornu y Banirmi), como protagonistas de empresas guerreras (como la sumisión de los estados haussa por Osman Danfodio) o como fundadores de imperios que posteriormente declinaron.

Son hombres de cuerpo esbelto y grácil, piel de color bronceado claro (o más intenso), rostro ovalado, ojos grandes, nariz afilada, labios relativamente delgados y no hinchados y cabellos ligeramente crespos: no es raro que haya elementos de gran belleza (especialmente las mujeres). El grupo de los pastores nómadas bororo ha conservado mayor autonomía, evitando los cruzamientos y dejándose influir solamente por el Islam.

Arriba, caravana de dromedarios ("azalai") transportando sal a través del Sáhara, desde los yacimientos de Taoudenni hasta Tombuctú. Es una escena que evoca el pasado esplendor de los reinos sudaneses, relacionados con el desarrollo del tráfico sahariano, sobre todo con el comercio de esclavos y del oro. Abajo, durante un viaje en dromedario por el sahel, un targhi se detiene para orar a orillas del Níger. (Foto Amedeo Vergani.)





En la página anterior, targhi de Niger, enmarcado por el característico velo azul violáceo ("taghelmoust"). Con él se protegen el rostro de los rayos solares y del viento del desierto cargado de arena. En la cabeza lleva la tradicional tela negra a modo de turbante.
(Foto Maurizio Leigheb.)

La cultura de los fulbe acusa diversas afinidades con la de los ganaderos camitas orientales en su descendencia patriarcal, en la presencia del consejo de los ancianos, en la construcción de sus cabañas agrupadas en forma de colmena y en sus antiguos vestidos tradicionales de cuero.

Los tebu (tubu, tubbu, tibu, teda), definidos como una "raza fósil viviente" son un pequeño pueblo sahariano que vive en núcleos diseminados en el Tibesti, en el oasis de Cufra, en Borkou, en Ouadai, hasta el lago Chad, dividido aproximadamente en dos grandes grupos: los teda en el norte y los daza en el sur, que comprenden numerosos clanes. El clan reúne a todos los individuos que descienden, en línea paterna, de un solo abuelo, y constituye, junto con el grupo familiar, el único organismo social reconocido. Los pertenecientes a un clan están obligados a respetar una serie de reglas consuetudinarias: por ejemplo, las normas que regulan la explotación rotatoria de los pastizales para los animales y de las propiedades comunes, constituidas por los palmerales, pozos, tierras cultivadas y árboles frutales. Lo mismo ocurre con los matrimonios: la endogamia, es decir, la unión entre personas pertenecientes a un mismo clan, está permitida solamente si los dos miembros están separados por cierto número de generaciones; es, por tanto, más corriente el matrimonio entre personas pertenecientes a clanes diferentes.

Según Jean Chapelle, los clanes que predominan entre los tebu son los zeila, gunda, tehigai y braoya en el Tibesti, los cufra, uria, arna, tomagra, guezebida y gunda en el Agadem, y los gunda en Gouré; mientras que los que predominan entre los daza son los kecherda, uandella, azza, godoa, dogorda, djagada, kreda, noarma, anakazza, kokorda, donza, unia, gaeda, erdia y murdia. La figura del *derde* o *dardai,* jefe de toda la comunidad tebu y daza, que residía en Bardai y más tarde en Zouar, fue suprimida por el Gobierno de Chad. Tradicionalmente los designaban en el clan de los tomagra, el más noble entre los clanes nómadas del Tibesti, y ejercía sobre todo las funciones de juez. Por su aspecto físico, los tebu revelan indudables caracteres negroides, unidos a peculiaridades beréberes (cuerpo esbelto, busto corto, piernas largas y articulaciones delgadas). Diversos rasgos somáticos los hacen semejantes a los tuareg, pero tienen la nariz más ancha, los labios más gruesos y la piel más oscura (del amarillento claro al negro brillante).



A la izquierda, muchacha targhi del Adrar des Iforas (Malí). Abajo, danza de mujeres tuareg del Ahaggar.
(Foto Amedeo Vergani, F. Henrion-Explorer.)





En la página anterior, mujeres moras de Oualata. En la sociedad targhi y en la mora la mujer disfruta de un prestigio social que no se halla en los demás pueblos islamizados. (Foto Amedeo Vergani.)

Se trata, generalmente, de personas ágiles y expertos conocedores del terreno circundante, especialmente resistentes a la fatiga, a la marcha, al hambre y la sed.

Los teda son algo más altos que los tébu. Descritos como astutos y pendencieros, antiguamente eran quizá los primeros e indiscutibles dueños del Sáhara.

Forzados a retroceder hacia zonas más reducidas por los tuareg, no renunciaron a sus antiguas prácticas bandoleras, especialmente contra víctimas indefensas (caravanas, individuos aislados y poblados), cuando las garantías de impunidad eran totales. La rapiña es una de las más visibles manifestaciones de su ideal individualista de vida anárquica, de su habilidad de hombres capaces de afrontar el desierto con un puñado de dátiles. Venganzas y sangrientos delitos pueden conmover a clanes enteros y solamente cesan tras el pago de castigos. El que ha cometido un delito contra el honor cambia de nombre y realiza una serie de ritos propiciatorios.

La idea de la justicia y de las leyes que la regulan son muy diferentes a las vigentes entre otros pueblos. Al final del verano, cuando los nómadas y los seminómadas regresan a los poblados, se reúnen en consejos para juzgar a los reos de diversos delitos. Suele ser castigado más severamente el que ha realizado cualquier hurto o el que haya cometido un delito contra el honor. El homicidio da lugar a toda una serie de reacciones en cadena en las que los parientes figuran como cómplices del asesinato, mientras que las leyes del gobierno les imponen la denuncia del culpable. Si el culpable no puede pagar la indemnización reclamada por los parientes de la víctima para reparar el delito, está obligado a abandonar la región y permanecer alejado durante algunos años. A su regreso, después de haber declarado abiertamente el crimen y de haber cambiado de nombre, es readmitido en la sociedad.

Un complicado código penal prevé una serie de sanciones, multas y compensaciones para reparar los daños causados al prójimo. Para un crimen irracional está prevista la tortura con agua hirviendo; en caso de lesiones voluntarias se impone el pago de una multa, y para diversos delitos menores la reparación con donaciones de animales. Al final del verano, cuando los alimentos son más abundantes y maduran los dátiles, se celebran los matrimonios: las mujeres danzan al son de los tambores, imitadas por los hombres a respetuosa distancia.



A la izquierda, joven mauritano. Abajo, un marabuto desarrollando su labor de maestro de una escuela coránica entre los nómadas del Tilemsi. (Foto Maurizio Leigheb, Amedeo Vergani.)





Página anterior, dos pastores tébu del Tibesti. Los tébu, grupo étnico de dudoso origen, derivados quizá de antiguos cruzamientos entre beréberes y negros, son unos 250.000 individuos, y representan la máxima adaptación fisiológica posible al clima árido del desierto.
(Foto L. Pellegrini.)

Se organizan asambleas al aire libre para emitir sentencias y juzgar a los culpables. Los nombres de *tu-bu* y *te-da* significan, ambos, "hombres de las rocas, de la piedra o de los guijarros". Dicho apelativo, procedente del idioma tébu-kanuri, se refiere en particular a los habitantes del Tibesti. La población, propiamente dicha, que habita el macizo montañoso, no supera los 13.000 individuos, pero, mezclados con los descendientes de los esclavos *kamadja* y con los teda, forman un conjunto de unos 30.000 habitantes.

Como entre los tuareg, los herreros-forjafores *(dudi)* fabrican joyas, amuletos y armas, y forman una casta aparte, dotada de poderes especiales, aunque considerada inferior y obligada a la endogamia. Pertenecen al clan aza, y físicamente no se diferencian de los demás tébu. Los tamadja tampoco pueden casarse más que con sus similares y se les trata con menos humanidad que a los tuareg. Los teda, además de maltratarlos, llegan incluso a cortarles el tendón de Aquiles para que no intenten huir.

El conjunto de las gentes tébu asciende, probablemente, a unos 250.000 individuos, incluidos los habitantes del Tibesti y los kamadja. En la llanura suelen llamar gorane a los tébu. Ocupan un territorio menos amplio que los tuareg y no son tan numerosos, pero generalmente se adaptan a vivir en lugares más inhóspitos y desérticos, penetrando en el sahel solamente hacia el sur y el sureste. Son un grupo étnico de dudoso origen, híbrido y antiguo. La poca frecuencia con que emplean los dromedarios, de los que a menudo prescinden, parece probar que su llegada a la región es anterior a la difusión africana del animal. Conservan no pocos elementos culturales arcaicos, como el encendido del fuego por frotación, el uso de las cabañas de bóveda, los vestidos femeninos confeccionados con pieles y un arma arrojadiza de puntas múltiples llamada *murri* o *musciri;* se trata de un hierro plano, de unos 80 cm de longitud.

Aunque en diversas zonas frecuentadas por los tébu las armas han sido prohibidas, los hombres no se separan nunca de sus *lui masakalam,* un puñal con empuñadura en cruz, llevado en el antebrazo izquierdo y, por tanto, fácilmente empuñable con la mano derecha. La antigua lanza de acacia, de una longitud de unos dos metros, con la punta en forma de hoja de laurel, ha caído en desuso. Incluso las mujeres llevan un cuchillo de hoja plana y ancha *(lui semu)* que esgrimen durante sus danzas o en su defensa. En sus encuentros a corta distancia, a la grupa de sus dromedarios, los nómadas se defienden con una azagaya de punta lanceolada y aserrada por ambos lados *(edi tomada* o *edi tenei).*



Mujeres tébu del oasis de Bardai danzando en grupo al son de los tambores, imitadas por los hombres, que se mantienen a respetuosa distancia, durante la celebración de un matrimonio.
(Foto L. Pellegrini.)

La escasez de recursos alimenticios impone el fraccionamiento de la población en pequeños núcleos diseminados por enormes superficies. Hombres y adolescentes tienen que efectuar largos y fatigosos desplazamientos a pie o a la grupa de dromedarios, mientras las mujeres permanecen en los poblados, dedicadas a la horticultura o a la cría de sus pocos animales domésticos, como las cabras y gallinas. Los hombres fabrican odres, cuerdas, construyen, modifican o amplian sus viviendas, encienden el fuego y preparan el té, mientras la mujer prepara la comida, recoge los productos del huerto, va a buscar el agua o teje esteras de fibras o de paja.



En la página anterior, mujer peul, de Malí, con un elaborado peinado.
(Foto Amedeo Vergani.)

Como no saben tejer, adquieren los tejidos de los comerciantes extranjeros, especialmente libios.

Los nómadas se alojan en las mencionadas cabañas abovedadas, formadas por una armadura de ramas arqueadas cubiertas con esteras. Son viviendas sencillas, elásticas y muy resistentes al viento; aparte de ser fácilmente desmontables y transportables.

Los habitantes de los pequeños oasis viven en reducidos poblados de cabañas, constituidas por una red circular de piedras y tierra comprimida sobre la que se apoya una cubierta de cúpula de hojas de palmera o de cañas entrelazadas que sobresalen a manera de alero, sostenida por un poste central. El interior donde se ubica el lecho está protegido por paredes de esteras. La vajilla y diversos objetos se guardan en cestos sobre el suelo.

Cuando un niño cumple los once años de edad debe ser circuncidado. La ceremonia, llamada *kafo,* es pública y se efectúa en la época de la recolección de los dátiles, entre julio y agosto.

Después de la iniciación, los niños pasan a ser verdaderos hombres, cambian de indumentaria y reciben obsequios de parientes y amigos. Sus padres degüellan una cabra y organizan una fiesta a la que invitan a los padrinos y conocidos. A los doce años las muchachas se hacen tatuar el labio inferior. Los orificios se realizan con espinas y en las heridas se introduce una mezcla de color azulado (a base de antimonio, hiel y carbón) que permanece indeleble y se considera como un atributo de belleza.

Los matrimonios son bastante precoces: los hombres hacia los veinte años y las muchachas a los quince o antes. Los padres realizan largas conversaciones para determinar la cuantía de la dote. El novio ya no necesita, como antiguamente, poder vanagloriarse de haber matado a un enemigo o de haber robado, al menos, un dromedario. Para casarse no es necesaria la intervención de un oficiante musulmán; los respectivos padres se intercambian obsequios del mismo valor. Si los tratos se prolongan excesivamente, el novio rapta a su futura esposa con su consentimiento. Según una costumbre tradicional, el matrimonio debe consumarse en la segunda noche de boda y el marido debe exponer las pruebas visibles de haberse producido la desfloración. Los esposos han de permanecer encerrados en su casa durante siete días y respetar toda una serie de hábitos consuetudinarios. Entre los tébu predomina la monogamia, pero los nómadas y los comerciantes que recorren los mismos itinerarios no es raro que desposen a varias mujeres (hasta un máximo de cuatro), formando diversas familias separadas en los oasis que suelen visitar.



Mujeres bororo enlazadas entre sí contemplan la danza de cortejo de los hombres y jóvenes (yake). En los tobillos llevan pesados anillos de latón.
(Foto Transworld-Black Star.)



En la página anterior, pastor peul del valle del Níger. Los peul, convertidos al islamismo, viven preferentemente en las ciudades, donde se mezclan con los negros.
(Foto Amedeo Vergani.)



Pastores peul con sus cebúes reunidos en Tahoua, renombrado mercado de Níger, al que llevan estacionalmente sus rebaños. Para describir las relaciones, casi simbióticas, entre los peul y sus animales, y el valor que atribuyen a la posesión del ganado, los estudiosos hablan de "boolatría".
(Foto Trevisan.)

La mujer debe permanecer fiel, porque el hombre traicionado tiene derecho a matar a la adúltera. El divorcio parece ser una prerrogativa masculina. La existencia femenina está en parte sometida a las restricciones islámicas. La mujer tiene derecho a participar en las asambleas de los hombres libres.

Los tébu se alimentan con dátiles, leche de dromedario y cabra y cereales machacados, amasados y cocidos de distintas maneras, que adquieren diferentes nombres según su preparación. Durante los períodos de hambre no desdeñan la carne y los huevos de las aves migratorias.

Los tébu profesan la religión islámica, aunque conservan diversas creencias preislámicas. Es muy difícil, en sus condiciones de vida, respetar, por ejemplo, el Ramadán, pero como pertenecientes al orden senusita no pocos individuos son celosos musulmanes.

Según sus creencias, cada parte del cuerpo posee su alma; la más importante *(oro)* reside en la respiración y vuela desde la boca en el momento de la muerte. El alma del corazón debe responder de las acciones realizadas en vida, antes de volver al difunto. Dicha creencia ofrece cierta analogía con la psicostasia egipcia, de la que se habla en el *Libro de los Muertos.*

Los difuntos pueden ser buenos o malos, e influir en sentido positivo o negativo sobre la vida de los vivos, así como los individuos que llevan el mal de ojo. El cielo está poblado de diversos seres sobrenaturales, de los cuales se oyen los versos y las lamentaciones nocturnas. Los tébu practican curas medicinales y terapéuticas basadas en antiguos conocimientos empíricos: baños de vapor, masajes con sustancias grasas, hierbas y cauterizaciones contra las picaduras de escorpiones y reptiles venenosos. Saben también realizar, sin anestesia alguna, intervenciones quirúrgicas en animales y en los hombres: por ejemplo, suturación de heridas, cosido de músculos y tendones heridos, trepanación y extracción de partes de la corteza craneal para curar hemicráneas y anormalidades diversas. El clima árido del desierto y los intensos rayos solares destruyen los microorganismos y facilitan la rápida cicatrización de las heridas.



Tejedor peul de Niafounké trabajando en su comercio.
(Foto Amedeo Vergani.)

Participantes en una ceremonia religiosa de la iglesia cristiana de Etiopía, de rito copto monofisita.
(Foto Nino Cirani.)



Etíopes

Sobre las huellas de pastores nómadas, continuando por el territorio de África oriental, considerado como centro de las lenguas camíticas orientales, es decir, cuscitas, habladas por pueblos que no tienen casi nada en común con los bantúes de gran parte de África, se encuentran los pueblos galla, somalíes, afar y saho.

Los galla se dividen en grupos importantes, como los borana, los bararetta y los kofira. Al noroeste de los borana viven los giam-giam; al este del grupo de los lagos los arussi (diecisiete tribus), y en el Shoa otras numerosas tribus, agrupadas con el nombre de tulama.

Los somalíes, "camitas de la península oriental", son aproximadamente un millón de personas divididas generalmente en cinco grupos: dir, darod, hawiyya, rahanwen y digil; al contrario de los galla, están totalmente islamizados.

Los afar son criadores de cabras, bovinos y camellos y están divididos en dos castas: la de los nobles y la de los siervos. Los saho participan en el mismo tipo de cultura, poniendo en claro la elevada consideración personal que los ganaderos tienen de sí mismos y el desprecio que experimentan hacia todos los que se dedican a otras actividades. Han esclavizado a las tribus autóctomas de los territorios que han ocupado, destinando a trabajos considerados como "impuros" a los individuos más pobres de su propia tribu.



Arriba, pastores amhara de las tierras altas centrales. Abajo, abisinios participantes en la fiesta del debterá o Epifanía etíope. Los pueblos etíopes hablan diversas lenguas y profesan distintas religiones, pero desde un punto de vista antropológico constituyen un grupo propio que presenta una fusión de los rasgos fisonómicos europeoides con caracteres tegumentarios y esqueléticos negroides.

(Foto Maurizio Leigheb-Pime, J. Prevost-Explorer.)

También los begia pertenecen a la gran familia lingüística cuscita. De estatura elevada o medianamente alta, tienen la piel oscura, cabellos ondulados, características faciales similares a los antiguos egipcios y a las de los pueblos mediterráneos.

La vivienda más común entre los grupos bisciarios, amarar, hadendoa y beni amer es una sencilla cabaña de esteras rápidamente desmontable. La alimentación de los begia se basa preferentemente en la leche y los cereales; la carne sólo la consumen durante los períodos de prosperidad.





En la página anterior, cortejo conmemorativo de las bodas del maharajá de Jaipur, sentado en un palanquín dorado y seguido por elefantes enjaezados, por una carroza de oro arrastrada por vacas sagradas y por invitados de honor y músicos.
(Foto Tchekof Minosa-Ber.)

Índidos, orientálidos, melánidos, védidos

Las provincias geográficas de la región india, es decir, de la India propiamente dicha, corresponden, en general, a regiones étnicas. Las lenguas y las culturas de la región himalaya presentan afinidades con las de Asia central, mientras que en las regiones más occidentales han superado a las culturas indoarias. Los arios, última oleada étnica llegada al suelo indio, lo encontraron ya densamente poblado.

Los vocablos munda presentes en el sánscrito, lengua de los arios, señalarían a los munda como los primeros pobladores de las llanuras del Indo y del Ganges; la península habría sido ocupada por los drávidas. El aspecto racial ofrece una composición compleja y variada: junto a tipos leucodermos índidos y orientálidos, viven tribus primitivas védidas y melánidas. El tipo índido (o indo-afgano) tiene la piel clara, estatura mediana, formas agraciadas y armónicas, frente alta, nariz recta y generalmente delgada, cabellos ligeramente ondulados.

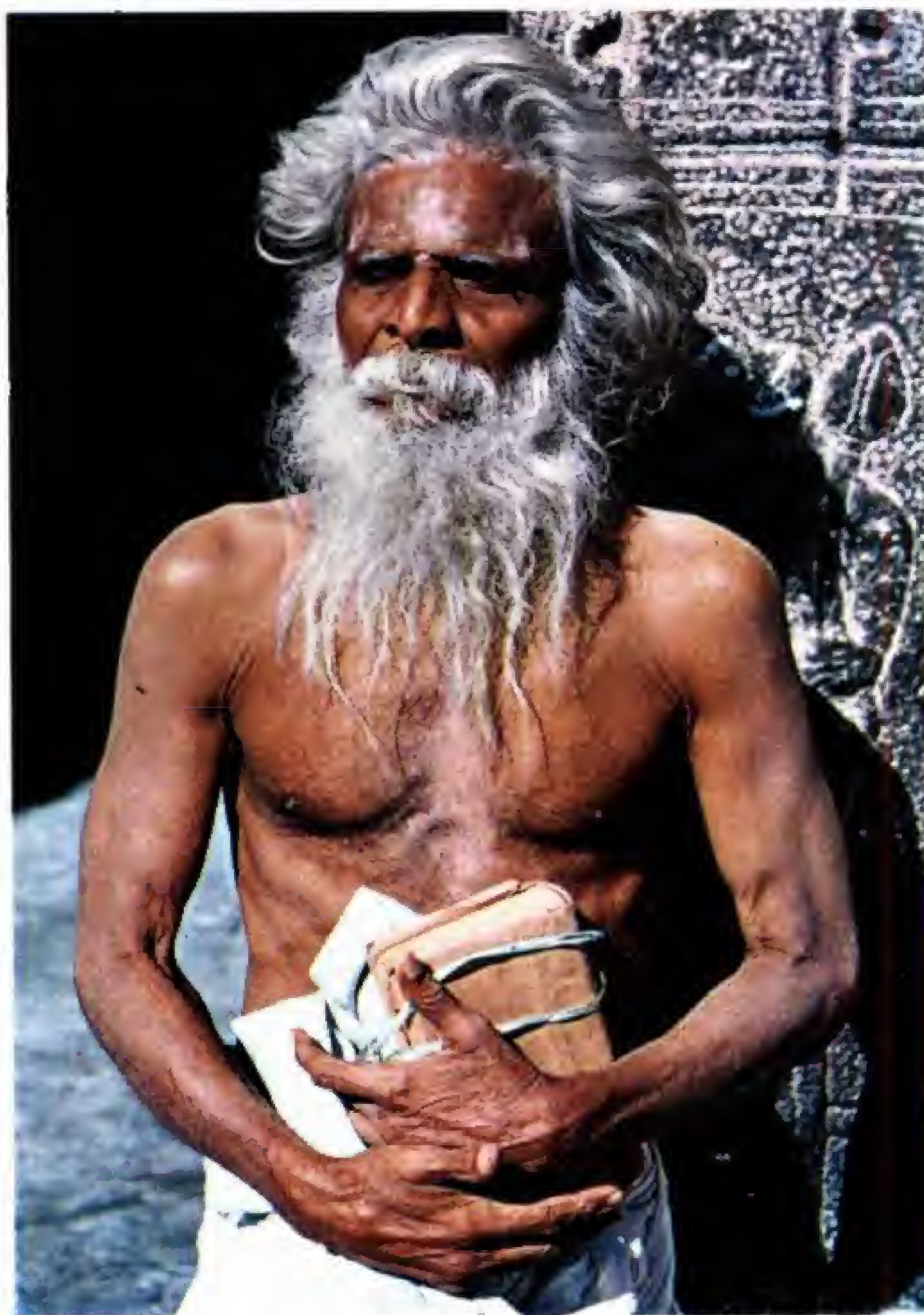
A la raza "orientálida", difundida entre las tribus del Indo y los musulmanes del Deccán, pertenecen individuos vigorosos y esbeltos, de estatura no alta, rostro delgado, nariz arqueada, piel morena y ojos almendrados. A los védidos, que comprenden el subgrupo de los málidos (del dravídico *mal,* es decir, montaña), "primitivos" de la India peninsular, y de los góndidos (subvariedad de los anteriores, con un conjunto más importante de tribus), pertenecen personas de baja estatura (154-156 cm) con cuerpos infantiles y piel morena oscura, dolicocéfalos, de rostro redondeado, frente alta, ojos grandes hundidos, nariz aplanada, cabellos ondulados rizados, manos y pies pequeños.





En el subcontinente indio existe una gran variedad de pueblos y tipos raciales: índidos, orientálidos, védidos y melánidos. A la izquierda, pescador tamil de la costa del Coromandel; a la derecha, habitante de Cachemira.
(Foto Maurizio Leigheb, H. Berthoule-Explorer.)





A la izquierda, mujer nepalí con un niño; a la derecha, anciano del Tamizhagan con rasgos dravídicos.
(Foto C. Zeppelli, Maurizio Leigheb.)

Juego de la bola de piedra entre los toda de los montes Nilgires. Influida por el cristianismo, dicha minoría étnica conserva las viviendas y la indumentaria tradicionales, una poliandria "libre" y elementos de su antigua religión, de fondo animista. (Foto Folco Quilici.)





Viviendas toda, con cubierta abovedada. Los toda crían búfalos y vacas y conservan la leche en construcciones sagradas de forma cilíndrica, hundidas en el terreno y con una elevada cubierta cónica. (Foto Folco Quilici.)

Finalmente, los melánidos (santal, tamil) son hombres de estatura mediana, piel moreno-negra, mandíbula saliente y cabellos muy ondulados.

Entre los melánidos septentrionales del Bihar y del Orissa se observa el subtipo de los kolidos (de la tribu de los kolaros) que ha sufrido una gran influencia de los góndidos y que se presenta en su estado más puro entre los santal y los ho.

Elementos melánidos del norte se extienden hasta la parte occidental de Bengala, con avanzadillas incluso más interiores. Numerosas castas y tribus de los márgenes orientales del Deccán señalan el tránsito al área racial de los melánidos del sur, cuyos principales representantes son los tamil, drávidas presentes también en Ceilán.

Sobre el suelo indio, como observa Egon von Eickstedt, vinieron a encontrarse en un espacio muy restringido (a menudo en un mismo poblado) los tres grupos raciales del mundo; europoides (caucasoides), negroides (congoides) y mongoloides.

Los indoarios en su origen reconocían, como grupo principal de su sociedad, la "gran familia" de descendencia patriarcal. Aunque existe la poligamia, la mujer ocupaba posiciones de prestigio; la base principal de su riqueza eran los bovinos y la agricultura. Todavía hoy el 70 % de la población vive del cultivo de la tierra. Los grandes propietarios terratenientes son los descendientes de los antiguos señores feudales; los pequeños campesinos viven en condiciones de pobreza: a menudo las cosechas demasiado escasas o las etapas de carestía y hambre los llenan de deudas que difícilmente consiguen pagar. Maderas preciosas, como el sándalo, la teca y el ébano, son fuentes tradicionales de comercio y de beneficios; las especias se producen todavía en gran escala; el té y toda clase de legumbres y frutas se consumen en el interior e incluso se exportan. El bambú es uno de los materiales más usuales en la construcción de viviendas, graneros, establos y *picotas*, pértigas con unos cubos montados en un tronco en forma de horquilla movida con los pies.

Un reducido número de vedas, que constituyen uno de los pueblos más primitivos de la tierra, sobreviven en Ceilán (Sri Lanka), en la región comprendida entre las laderas orientales del macizo central y el mar. Los vedas supervivientes son los últimos descendientes relativamente "puros" de una capa racial que, en época prehistórica, estaba difundida en el sur y sureste de Asia, en especial por dos grupos de cazadores "primitivos" (yakkaha y naga) que, después de la llegada de los cingaleses, se fusionaron en un pueblo único.

Durante la fiesta india de Holi, con la llegada de la primavera, las gentes de las castas inferiores queman un gran muñeco de paja y celebran una serie de actos bajo chorros de agua y polvos de colores.
(Foto Folco Quilici.)



Después de estudiar a los vedas, los antropólogos llaman védidos a los pueblos que presentan un conjunto de afinidades físicas y culturales pertenecientes al mismo grupo racial. Entre éstos se encuentran numerosas minorías étnicas de la India meridional, de Malasia y de los archipiélagos del sureste asiático. Los vedas actuales viven generalmente en poblados, mezclados con los campesinos tamil, y practican una forma de agricultura itinerante, o bien trabajan como braceros agrícolas.

El proceso de sedentarización afectó a los primeros grupos indígenas a partir de principios del siglo XX. Entonces todavía existían bandas que vivían en la selva. Erraban en busca de tubérculos, frutos silvestres, miel y caza silvestre que mataban con sencillos arcos con cuerdas de fibras vegetales y flechas con la punta de hierro. Para desenterrar los productos comestibles espontáneos empleaban rudimentarios bastones de excavación y cocían sus alimentos con asadores o a la brasa, sin utilizar el agua. Iban en busca de miel de una especie de abejas silvestres *(Apis cerana)* que anidaban en las cavidades de las rocas. Una vez descubiertas las colmenas, los vedas las alcanzaban con escalerillas de cuerda colgadas de los árboles inmediatos a las grutas, y las separaban con una especie de espada de madera.

Eran habilísimos cazadores y adiestradores de perros, pero no empleaban trampas. Pescaban envenenando las aguas o atravesando los peces con sus flechas. Durante la estación de las lluvias se guarecían en cavernas naturales o en refugios de piedra, mientras que durante la estación seca pernoctaban cerca de las fuentes y cazaban los gamos que acudían para abrevar, abrigándose temporalmente con hojas o acampando a la sombra de los árboles. Cada grupo estaba compuesto por un mínimo de tres a cinco familias, con derechos de caza y de propiedad sobre un determinado territorio. Los hombres casados también podían cazar en los terrenos propiedad de los padres de su mujer. El respeto a tales derechos estaba regulado por normas muy severas, que incluían incluso la pena de muerte para los transgresores. Los límites tenían un exacto trazado a lo largo de las dorsales montañosas y de los cursos de agua; en las zonas selváticas estaban indicados con incisiones en la corteza de los árboles, representando hombres con flechas tensas.



Mujeres cingalesas en oración delante de un Buda yacente y de su discípulo Ananda, esculpidas en la roca de Gal Vihare de Polonnaruwa. (Foto Alecchi-Enrico Silingardi.)



En la página anterior, la celebración de la fiesta del Puram, en Trichur (Kerala).
(Foto Charles Lénars.)



Fieles arrastrando un gigantesco carro con largas cuerdas, para celebrar la fiesta del matrimonio de Siva con Madurai. La India es cuna de las grandes religiones, la más difundida de las cuales es el hinduismo, que profesan más de las dos terceras partes de la población.
(Foto Charles Lénars.)

En 1630, un viajero portugués que se aventuró en las selvas de Ceilán lo hizo acompañado, entre árbol y árbol preseñalado, por grupos de cazadores armados. Cada grupo lo retenía hasta que un mensajero, tras oír el beneplácito del anciano del grupo, regresaba con el permiso de dejarlo pasar. Un arquero lo escoltaba entonces hasta el límite del territorio del grupo y allí lo entregaba a nuevos guerreros para repetir la operación. Durante siete días el extranjero fue escoltado por doce guías diferentes.

Los vedas, organizados en clanes de descendencia matriarcal, respetan la monogamia y suelen casarse con la hija de una tía materna.

A pesar de sus contactos con los budistas y los hindúes de la isla, conservan diversas creencias religiosas animistas y continúan practicando el culto a las divinidades y a los espíritus de la naturaleza y de los difuntos *(yaka),* capaces de condicionar su existencia con intervenciones benignas o malignas. Los espíritus de los muertos (nuevos espíritus) juzgan y controlan las acciones humanas y aborrecen la cólera y la violencia. La divinidad suprema, Gale-Yaka, es el espíritu de las rocas.

Algunos individuos dotados de poderes mágicos *(kapurale, dugganava)* pueden caer en trance y actuar de intermediarios entre el hombre y los espíritus. Las divinidades atienden a las peticiones humanas cuando están propiciadas con ofrendas y plegarias. Antiguamente, durante ciertas danzas mágico-venatorias, los cazadores podían alcanzar un estado de trance colectivo.

La indumentaria tradicional consistía en un simple puñado de hojas y un trozo de algodón que cubría el sexo. El fuego se mantenía encendido todo el tiempo posible con sistemas arcaicos, como entre las tribus "primitivas" de la India (p. ej., los toda).

Las relaciones entre los cazadores vedas y los agricultores cingaleses, vecinos suyos, con los cuales intercambiaban miel y pieles por flechas, parecen haber sido muy antiguas. Las crónicas, mitos y leyendas citan príncipes budistas y divinidades con mujeres o concubinas vedas. Se recuerdan con los nombres de *rjadha* o *pulinda,* es decir, "selváticas", que debieron derivarse de la unión de un príncipe real con el demonio Kuveni. Quizá, como guerreros de los antiguos reyes, están considerados como la casta superior de los *vellala.*



En la página anterior, peregrinos congregados para un baño ritual en Madurai, uno de los más importantes centros religiosos de la India meridional. En el fondo aparecen los elevados "gopuram" del gran templo dedicado a Siva. (Foto Folco Quilici.)

Los toda constituyen uno de los "enigmas" antropológicos más interesantes de la India. Su número es muy reducido (en 1941 se calculó que no llegaban a las 600 personas, aunque desde 1963 la mortalidad infantil disminuyó mucho) y viven esparcidos en pequeños poblados en los montes Nilgiri, en Tamizhagan. Subsisten gracias a la ganadería, y practican un culto especial por el búfalo y su leche, considerados sagrados. Junto con otras tribus montañesas (kota, badaga y kurumba), hasta hace poco tiempo llevaban una clase de vida autónoma, interdependiente económicamente. Su tipo físico es esencialmente europeoide, pero hablan una lengua dravídica y conservan una religión de fondo animista.

Su indumentaria consiste en un gran lienzo blanco con algunas tiras rojas verticales, arrollado a manera de toga. La vivienda, hundida en el terreno, tiene una pequeña entrada cuadrangular y cubierta abovedada, constituida por dos grandes vertientes que bajan hasta el suelo; estructuras similares se encuentran en tierras muy lejanas (p. ej., en Oceanía y también en los poblados árabes de Mesopotamia.

El sistema matrimonial, complicado y singular, es el resultado de innumerables prescripciones: cada mujer puede casarse con varios hombres, puede tener, además de éstos, diversos amigos con derecho marital y, al mismo tiempo, actuar como mujer de los hermanos y primos de su marido. Los toda no serían, como se creía, los descendientes de invasores arios, pero atestiguan la precoz descendencia del tipo europoide en la península de la India.

Los tipos de la raza malica (kadae, kurumba, jeravá), con cabellos crespos, labios túmidos y leve prognatismo, replantean el problema de la presencia del elemento negroide entre los primeros pobladores de la India. De origen indio son también los zíngaros, autodenominados rom o manush, es decir, "hombres". Diseminados por Europa y norte de África, Asia menor y Asia anterior, desde Irán al golfo de Bengala, América, Australia y Nueva Zelanda, donde adquieren diversos nombres, presentan una notable variedad de tipos locales, resultantes de los cruzamientos de sus razas índidas originarias con diversos pueblos. Aunque a menudo hablen la lengua y sigan la religión del país que los hospeda, conservan trazas de su origen en la lengua y en antiguos hábitos, y muestran en su aspecto físico cierta frecuencia de caracteres meridionales: intensa pigmentación y cuerpo ágil y esbelto. Muchos de ellos, a pesar de sus intentos de sedentarización y de recurrir a medios modernos de transporte, conservan tendencias al nomadismo y a la migración vagabunda en caravanas.



Un sadhu y sus discípulos caminan por una calle de Puri. El sadhu es una de las figuras más populares, aunque no sea un verdadero ministro del culto: representa la vida ascética, es decir, el último estadio de la existencia del perfecto hindú. (Foto Nino Cirani.)

Parada típica de gala, con la participación de flautistas y elefantes enjaezados.
(Foto Transworld.)





Diversas naciones, como la Unión Soviética, España y los países balcánicos, les han concedido derechos equivalentes a los de otras minorías étnicas, ayudándoles a conservar su propia identidad, pero, al mismo tiempo, han prohibido el nomadismo.

Al parecer los zíngaros llegaron al territorio bizantino en el siglo XII, después de cruzar Persia y el Asia mediterránea, a Europa meridional en el siglo XIV, extendiéndose sobre todo por los países balcánicos (Hungría, Rumania y Bohemia) y por España, y a Roma en el año 1420.

Tradicionalmente ejercían actividades de músicos y danzantes, quiromantes, adivinadores, herradores, caldereros, etc. Dichos trabajos, lo mismo que su vida errabunda, se simultanearon con el proceso de industrialización de los países occidentales. Los zíngaros abandonaron el caballo, importante fuente de beneficios, y sus antiguos carros a cambio de los automóviles, las furgonetas y las *roulottes,* más confortables y más apropiadas para el tráfico de las ciudades modernas y de las autopistas. El ritmo de la existencia gitana se ha alterado totalmente. El desarrollo urbanístico ha reducido las zonas periféricas en las que solían acampar. Los propietarios y las autoridades se resisten cada día más a que los gitanos se establezcan en los terrenos privados o de dominio público. El consumismo y la producción en serie asestaron un duro golpe a la artesanía y, finalmente, la mecanización agrícola redujo la posibilidad de prestar una mano de obra estacional.

La madre anciana está investida de una autoridad especial; el esposo forma parte del grupo de su mujer, al cual competen los hijos y el patrimonio. Existen jefes electivos.



Arriba, boda india celebrada según el rito hindú: los esposos llevan en el cuello grandes guirnaldas de flores. Abajo, el maharajá rajput de Jaipur con vestidos de ceremonia.
(Foto Transworld-Black Star, Tchekof Minosa.)



En la página anterior, danzarina india con atuendos típicos. Surgida como representación sagrada y ritual en los templos, la danza se convirtió en el arte y la ciencia del gesto. Con diversos estilos de expresión, desarrolla temas mitológicos, épicos y venturosos con gran rigor y ejecución refinada. (Foto Maurizio Leigheb-Pime.)

Los zíngaros europeos se reúnen todos los años en el mes de mayo en la localidad de Saintes-Maries-de-la-Mer, en Camargue (Francia), para celebrar una fiesta en conmemoración de su patrona Santa Sara. Según una antigua leyenda, de más de cinco siglos, cuando las dos santas Marías desembarcaron en la costa francesa, la primera mujer que les salió al encuentro para saludarlas fue la zíngara Sara, convertida a la religión de Cristo y después santa. Las imágenes de la Marías, llevadas en procesión y seguidas por manadas de caballos, se sumergen por tres veces en el mar con un rito de purificación y de bendición.

La región de la India es cuna de grandes religiones, la más extendida de las cuales es el hinduismo, profesado por los dos tercios de la población. El islamismo cuenta con más de 51 millones de seguidores, el budismo casi 4 millones, el jainismo más de 2 millones, el sikhismo más de 10 millones y el cristianismo más de 14 millones (con las tribus mongólicas de nacionalidad india).

El hinduismo comprende múltiples concepciones religiosas desarrolladas durante siglos, dando lugar a un número impresionante de sectas. Como ha sido justamente observado para otras religiones, no es necesario, al tratar de la religión hindú, considerarla como una institución, sino como un hecho histórico a seguir en su evolución. Al contrario que el cristianismo, no presenta dogmas ni un ritual único, ni siquiera un concepto unívoco de la divinidad: partiendo de una idea política llega a un panteísmo monoteísta de bases filosóficas, y pasa de las prácticas fetichistas e idolátricas a la concepción de un Ser Supremo y de una alma del mundo.

En la India el desarrollo de la religión comprende dos primeras fases, bastante oscuras: la fase "prehistórica" y la de la invasión dravídica, de las que quedan vagos y fragmentarios testimonios. Les siguen la etapa védica (de 1500 a 900 a. de J.C., aproximadamente), que se prolonga siete siglos, con la conquista y la expansión de los pueblos de origen septentrional; la etapa "brahmánica" (del 800 al 500 a. de J.C.), durante la cual se desarrollaron las instituciones sacerdotales del hinduismo; la etapa del nacimiento y difusión del jainismo y del budismo (del 600 al 100 a. de J.C.); una etapa en que se consolida la idea de las sucesivas encarnaciones (aproximadamente desde el 200 a. de J.C. hasta el año 600) con la infiltración del cristianismo nestoriano; la etapa de la invasión musulmana (del 600 al 1206); la etapa de la religión individualista de los santos *bjakti* (desde el siglo XIII hasta nuestros días), y la época de la colonización y de la influencia europea.

La anterior división, muy esquematizada, propuesta por diversos estudiosos, pone de manifiesto las cuestiones innovadoras que caracterizaron a los diferentes períodos históricos, aunque su influencia se haya obviamente extendido a los posteriores.

Princesas rajput del Rajasthan adornadas con las joyas de su casta. De los elegantes sari y pungabi empleados en el norte se pasa a los llamativos vestidos de los estados meridionales. (Foto Tchekof Minosa.)



Srinagar, capital de Cachemira: palacios de piedra y de madera frente al río Jhelum; en primer término, las viviendas-embarcaciones desde las cuales sus habitantes, sobre una capa formada por raíces y por hierbas flotantes cultivan pepinos, tomates y melones. (Foto Nino Cirani.)



Durante la época de los vedas la religión se refería sobre todo al culto a las fuerzas de la naturaleza y de las almas. Brahma es un "dios superior", Indra la personificación de la energía desencadanada por la tempestad, el matador de dragones, el principal dios de los guerreros indoarios invasores. Soma es la encarnación de la bebida usada en el culto, Asvin una pareja de gemelos divinos, y Agni, el dios del fuego, amigo de la familia. Otros dioses diversos son personificaciones de fenómenos naturales, pero el más adorado de todos es Varuna, el dios del cielo, protector de los juramentos, que en algunos himnos parece adquirir los matices del dios único de los hebreos. Rudra personifica la falta de piedad de la naturaleza y es un digno representante de los espíritus del mal.

La idea de la reencarnación no está todavía bien delimitada, aunque se cree que los guerreros muertos pasan a vivir a una especie de Valhalla. En aquella etapa las ceremonias se desarrollan al aire libre, probablemente alrededor del fuego o de un altar.

Durante la etapa "brahmánica" se desarrolla el sistema de las castas que, según diversos indicios, existía ya entre los drávidas. El sacerdocio se transforma y surgen las figuras de los brahmanes. Se acumulan los libros sagrados y se regulan las reglas del ceremonial. La literatura religiosa de la India, exceptuando los dos grandes poemas épicos, el *Ramayana* y el *Mahabharata*, da poco relieve a los acontecimientos históricos, pero, lo mismo que la bíblica, tiene la función de transmitir, a través de las generaciones, la revelación mediante el recitado y las experiencias emotivas de carácter religioso.

Los textos fundamentales son los *Veda*, los *Brahmana* y el *Upanishad*. La palabra Veda significa "conocimiento". Su recopilación comprende el *Rig-Veda*, en diez libros y 1.028 himnos, compuestos entre el 1500 y el 1000 a. de J.C.), el Sama-Veda, que reúne himnos para los sacrificios, el *Yajur-Veda*, texto litúrgico, y el *Atharva-Veda*, un libro de encantamientos. Hasta el año 700 a. de J.C., aproximadamente, no empezaron los *rishi* o videntes a interpretar el *Veda* como mensaje de la revelación cósmica. Nace así la exigencia de añadir comentarios en prosa a los *Brahmana*, referentes sobre todo al ritual. Su contenido fue posteriormente absorbido en el *Upanishad*.

En su significado original, *Upanishad* se traduce como "sentado cerca", o, en sentido figurado, "el que aprende sentado cerca de un maestro", es decir, el que absorbe las enseñanzas y las instrucciones esotéricas impartidas por un místico ascético. El *Upanishad* reúne un conjunto muy variado y heterogéneo de anotaciones, citas y aforismos, himnos y fórmulas mnemotécnicas de variada importancia que los primeros comentaristas interpretaron de diferentes maneras.

El *Brahma* está descrito como el principio de todo, el Absoluto. Para tratar de describirlo es más sencillo descubrir lo que no es que lo que es. Se desarrolla el concepto de Atman, palabra sánscrita que indica el espíritu o la personalidad, y que va adquiriendo el significado de "único Gran Yo", diferente del ego individualista. El hombre religioso se dedica a la meditación del Gran Yo (no cognoscible racionalmente), dominando la vanidad de su ego con el *tapas*, la técnica ascética.

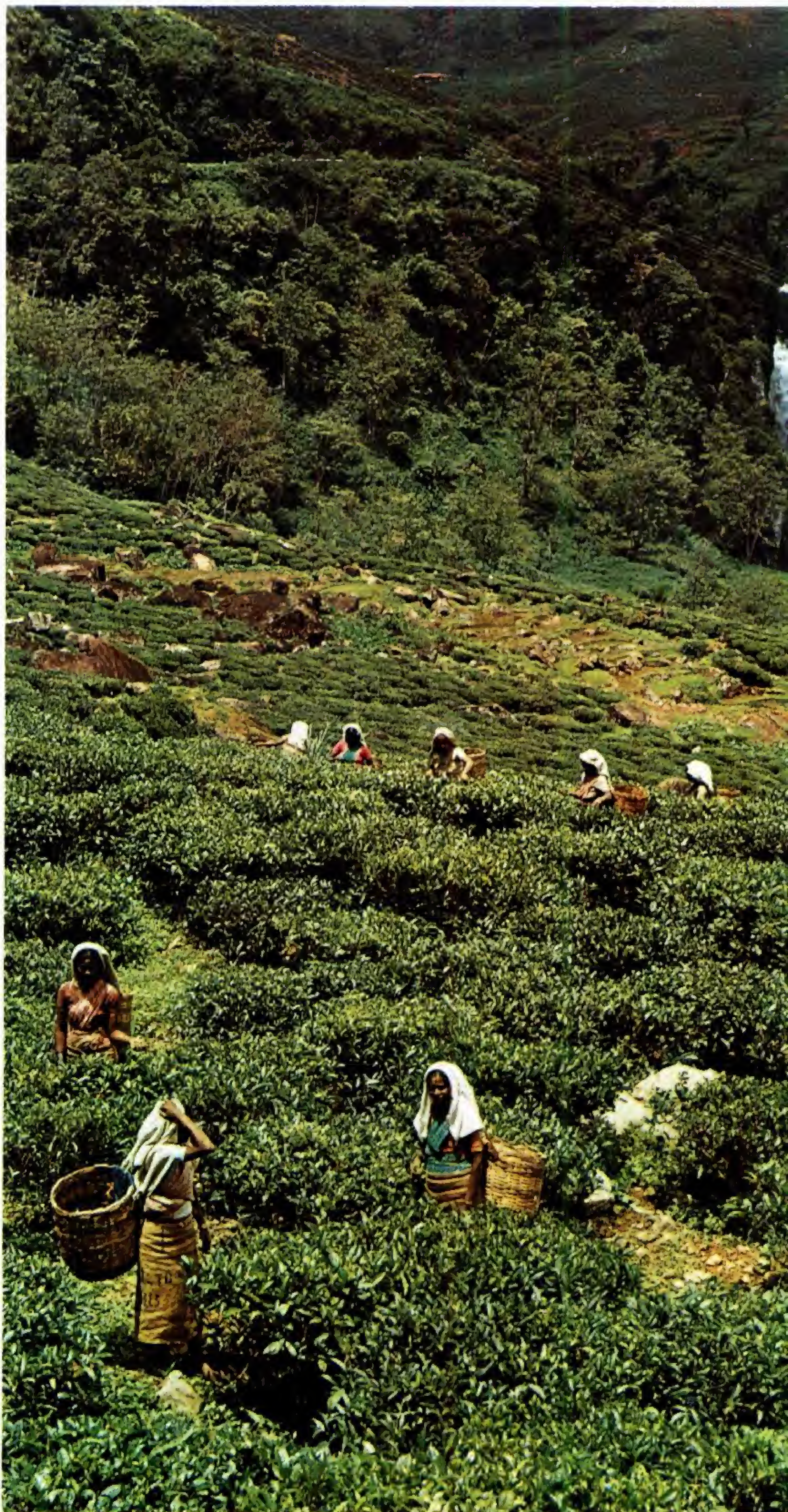


Detalle de las casas-embarcaciones propias de Cachemira, con la entrada de escalones y techumbre de cabaña con revestimiento imbricado. (Foto Nino Cirani.)

Embarcaciones de los pescadores cingaleses de la costa occidental de Sri Lanka, cerca de Negombo.
(Foto Giorgio Gualco.)



Recolección del té cerca de Nuwara Eliya, en las laderas del macizo central de Sri Lanka. (Foto Giorgio Gualco.)



La beatitud consiste en la fusión con el Brahma, y se realiza tras una muerte temporal durante un profundo sueño y, en vida, solamente recurriendo a la técnica hipnótica del *yoga* (de la raíz indoeuropea *yug*). La doctrina del Karma ("acción") afirma que las acciones humanas, buenas o malas, causan un renacer de los individuos en otros seres superiores o inferiores, a través de la técnica upanishádica de la fusión del Yo Absoluto que rompe el *samsara,* es decir, la cadena de las reencarnaciones.

El ejercicio del culto está en manos de la clase sacerdotal, o *brahmanes.* Esta palabra, derivada del vocablo griego *brahman,* indica en su origen una planta sagrada o, en abstracto, el poder propio de los sacrificios; aunque en la etapa filosófica adquiere un nuevo significado, se transforma en prerrogativa y fuerza del *brahman,* el poderoso sacerdote que tiene el mágico predominio del ritual y es como un dios en la tierra. Como su poder era milagroso, para propiciar a las divinidades o para espiar el mal, en la antigüedad se recurría al sacrificio de un *brahman.*

Brahma forma, como persona, junto con Siva y Visnú, una trinidad divina, llamada *Trimurti.* En una época reciente Siva adquirió gran importancia. Se le concebía como el dios que descendió a la tierra bajo diversas formas, realizando sucesivas reencarnaciones, llamadas *avatar,* es decir, "descensos". La idea de los sucesivos descensos se vuelve a encontrar entre las creencias de los pueblos más antiguos de Irán y en los textos zoroástricos procedentes quizá de Asia central.

Visnú es un dios benéfico. Según la tradición, se reencarna diez veces, en general en el cuerpo de animales, como peces, tortugas, jabalíes, etc. Existen diversas sectas que veneran a Siva como patrón de los mundos, dios de las generaciones y de la destrucción, representado como un asceta *brahman* con un tercer ojo pintado en la frente. Parvati, su mujer, hija del Himalaya, es una divinidad terrorífica, como Kali, honrada y aplacada con sacrificios de sangre, antiguamente humanos. Siva y Kali se veneran en la forma del *lingam* y del *yoni,* representaciones del sexo masculino y femenino. El dios de la guerra, karttikeya, y el dios de la literatura, Ganesa, con cabeza de elefante, son hijos de Siva.

Según el *Mahabbarata* y el *Ramayana,* compuestos ambos en sánscrito, Visnú se habría encarnado, para el bien de la humanidad, respectivamente en la persona del héroe Krishna y en la de Rama o Ram, el rey héroe.

Pescadores de Orissa recogiendo sus redes en una playa de Puri.
(Foto Giorgio Ricatto.)



La idea de la reencarnación de Siva, contenida en los dos grandes poemas, es anterior en unos dos siglos al cristianismo. El *Ramayana* parece inspirado en un cuento popular, en verso, del poeta Valmiki, que habla de un buen rey llamado Rama, que después de su *avatar* se convirtió en dios. El *Mahabharata* describe la guerra entre las dos facciones enemigas de los pandava y de los kuru. En el relato se alternan con las vicisitudes guerreras una serie de poemas didácticos y religiosos, el más importante de los cuales es el titulado *Las doctrinas secretas enseñadas por el Altísimo Señor (Bhagavadgita-Upanishadah).* En el culto de Siva están inspirados los *Tantra,* manuales de magia y mística, centrados en la adoración de las *sakti,* energías femeninas a las que se dedican sacrificios cruentos y ritos mágicos.

La *bakti* es una doctrina desarrollada por los *alvar,* un grupo de santos tamil devotos de Visnú que vivieron en los siglos VII y VIII.

Dicha doctrina fue llevada a la India septentrional por un discípulo de Ramanuja, llamado Ramanand. Los santos *bakti* exageran el aspecto personal de la experiencia religiosa y, como reacción contra el ateísmo de hecho del sistema *Tamkhya,* mantienen la idea de una Superalma o Señor Universal *(Isvara).* La comunión con *Isvara* se alcanza con el *yoga,* relación personal y emotiva.

En conclusión, el hinduismo se presenta como una religión heterogénea, basada en el tradicional reconocimiento de la división de la sociedad en castas, en la veneración de los *brahmanes,* en la inviolabilidad de la vaca y en la consideración del *Veda* como revelación divina. La vida del perfecto hindú comprende cuatro estadios: el de discípulo que obedece al maestro; el de cabeza de familia; la etapa de retiro (aunque sin renunciar al estado conyugal), y la vida de asceta. El clero comprende a los sacerdotes *brahmanes (purobit),* custodios del ritual y tutores del orden religioso y social, guías espirituales y maestros *(guru),* objeto de especial veneración; los monjes ambulantes *(sadhu* o *sunnyasi),* de todas clases, dignos de respecto aunque no sean verdaderos ministros del culto, y las personas que, aunque practiquen una vida errabunda, son venerados como exorcistas *(bhagat).*

Entre los lugares de culto, los templos, a veces de grandes dimensiones, comprenden patios, piscinas o pequeños lagos para las abluciones, locales, viviendas para el clero y alojamientos para los peregrinos.

Inundaciones causadas por las precipitaciones monzónicas estivales en una llanura cruzada por un afluente del río Mahanadi, en Orissa. Las lluvias monzónicas son factores reguladores del ciclo agrícola y condicionan la existencia de millones de indios. Con ellas vuelve la vida, y se aleja el espectro del hambre, pero, a menudo, acarrean catástrofes e inundaciones que dejan sin hogar a decenas de millares de personas. (Foto Magnum.)





En la página anterior, campesina de la India central con un conjunto de joyas tradicionales. (Foto Maurizio Leigheb.)

El templo propiamente dicho, con el ídolo de la religión, es honrado todos los días con ofrendas de arroz cocido, manteca fundida, flores, aromas, música, cantos y danzas. Aparte de los dioses principales, se veneran la Madre Tierra, las montañas sagradas (como el Kailasa, en que reside Siva), diversos ríos (en primer lugar el Ganges, cuyas aguas purifican del pecado), las higueras sagradas y muchos animales, entre los que figuran el pavo real, el mono y las serpientes.

En diversas localidades y en las ciudades famosas por acontecimientos históricos y religiosos, sobre todo en Varanasi (Benarés) se celebran grandes peregrinaciones, y en otras (como en Puri) se organizan procesiones de carros, arrastrados manualmente, con estatuas y representaciones de las divinidades, y se celebran festejos anuales dedicados a diversos dioses.

Del encuentro entre hinduismo e islamismo surgió el sikhismo, un movimiento religioso que ha tenido numerosos seguidores, sobre todo entre los habitantes del Punjab. Su doctrina se deriva de las enseñanzas de un tejedor musulmán llamado Kabir, que, unido al *guru* hindú Ramananda, recopiló sus enseñanzas en el *Kabir-panth,* un libro que influyó en el hindú Nanak (1469-1538), nacido en Lahore, fundador de la nueva religión y del grupo político de los *sikhs.*

Dicha organización era ya poderosa en el siglo XVI. Su cuarto jefe, Ram Das, construyó en Amritsar el famoso templo de oro y su hijo, el *guru* Arjun, compiló el *Granth,* el libro sagrado de la secta, con las plegarias y aforismos recitados por Nanak y Kabir. El sikh Govind Singh fundó la *Khalsa* ("la pura"), una cofradía de santos-guerreros difusores del nuevo orden reformado.

El jainismo es, en cambio, una religión que acepta el sistema *samkhya* ("enumeración"), o bien el concepto de la existencia eterna de innumerables individualidades inmateriales y de la *prakrti,* la materia, sin reconocer ningún Ser Supremo, y venera solamente un restringido círculo de espíritus que han alcanzado el Absoluto.

Su fundador quizá sea el sabio Vardhamana, contemporáneo de Buda. Tanto el budismo como el jainismo surgieron en el siglo VI a. de J.C., como sectas especiales reformadoras del hinduismo upanishádico. El jainismo se distingue por su mayor tolerancia religiosa en lo referente a la limitación del ascetismo de la casta brahmánica, y por la rigurosa observancia del *ahimsa,* la "no violencia" hacia todos los seres vivientes. De ella se deducen precauciones como la de filtrar todas las bebidas, llevar un trapo en la boca para filtrar incluso el aire y no tragar organismos vivos, utilizar escobillas especiales para espantar las moscas, para no matar los insectos a lo largo de su camino y desnudarse para no matar los parásitos entre los pliegues de los vestidos.



Zíngaros reunidos en Saintes-Maries-de-la-Mer, en la Camargue, para honrar a su legendaria protectora Santa Sara. Los zíngaros, esparcidos desde el Asia oriental hasta América, son al parecer de origen indio. (Foto José Dupont-Explorer.)

Los jainistas veneran una divinidad colectiva de espíritus formada por individuos heroicos que han alcanzado la santidad (Jiva) liberados de las consecuencias del *karma* mediante el ascetismo. Se dividen en dos sectas: la de los svetambara y la de los digambara, que no concuerdan en el número de textos sagrados tenidos por auténticos. Los escritos fundamentales de la religión son los *purva* y los *anga.*

La superposición de etnias y el cruzamiento de las grandes religiones hacen de la India un mundo, más que un país.

El gran desarrollo del arte (desde la música y la danza hasta la arquitectura, la escultura y la miniatura), de la filosofía y de las técnicas ascéticas, lo replantean periódicamente en el mundo occidental como término estimulante de comparación y de autocrítica.

Japoneses vestidos con indumentaria aino cerca del lago Akan, en la isla de Hokkaido. Los verdaderos ainos son unos quince mil, aunque tan sólo trescientos se considerarían "puros".
(Foto Yori-Orion Press.)



Ainos

Los ainos viven en diversas zonas de la isla de Hokkaido en contacto con los japoneses, mezclados con los ghiliacos, orocces y tunguses en las Kuriles meridionales y en la península de Kamchatka. Antiguamente ocupaban todo el cordón insular de las Kuriles y parte de Hondo septentrional. Acerca de su origen los científicos formularon diversas y contrapuestas hipótesis: estarían emparentados lingüísticamente con los esquimales y habrían representado un papel muy modesto en la formación del actual pueblo japonés y en el desarrollo de su cultura.

El cuadro etnológico actual resulta complicado por las múltiples influencias ejercidas por los pueblos vencedores, por la presencia de grupos diferentes por su lengua y cultura y por los restos de grupos tribales más antiguos.

Los caracteres físicos diferencian claramente a los ainos de los japoneses y demás pueblos asiáticos: tienen estatura baja, complexión robusta y ruda, piel de color blanco opaco, hasta olivácea, cráneo alargado y alto, rostro ancho con pómulos no muy salientes, nariz ancha y plana, con dorso a menudo cóncavo, raíz hundida y punta vuelta a menudo hacia arriba, ojos claros u oscuros aproximadamente en un 50 %, hundidos en las órbitas, ausencia de verdadero pliegue mongólico, acentuados relieves supraorbitales, acusada vellosidad corporal, especialmente en cuanto a los cabellos ondulados y a la barba nutrida. Además de distinguirse claramente de los mongoloides, presentan cierto grado de afinidad con algunos caucasoides europeos y, desde el punto de vista osteológico, se asemejan a los maoríes neozelandeses.

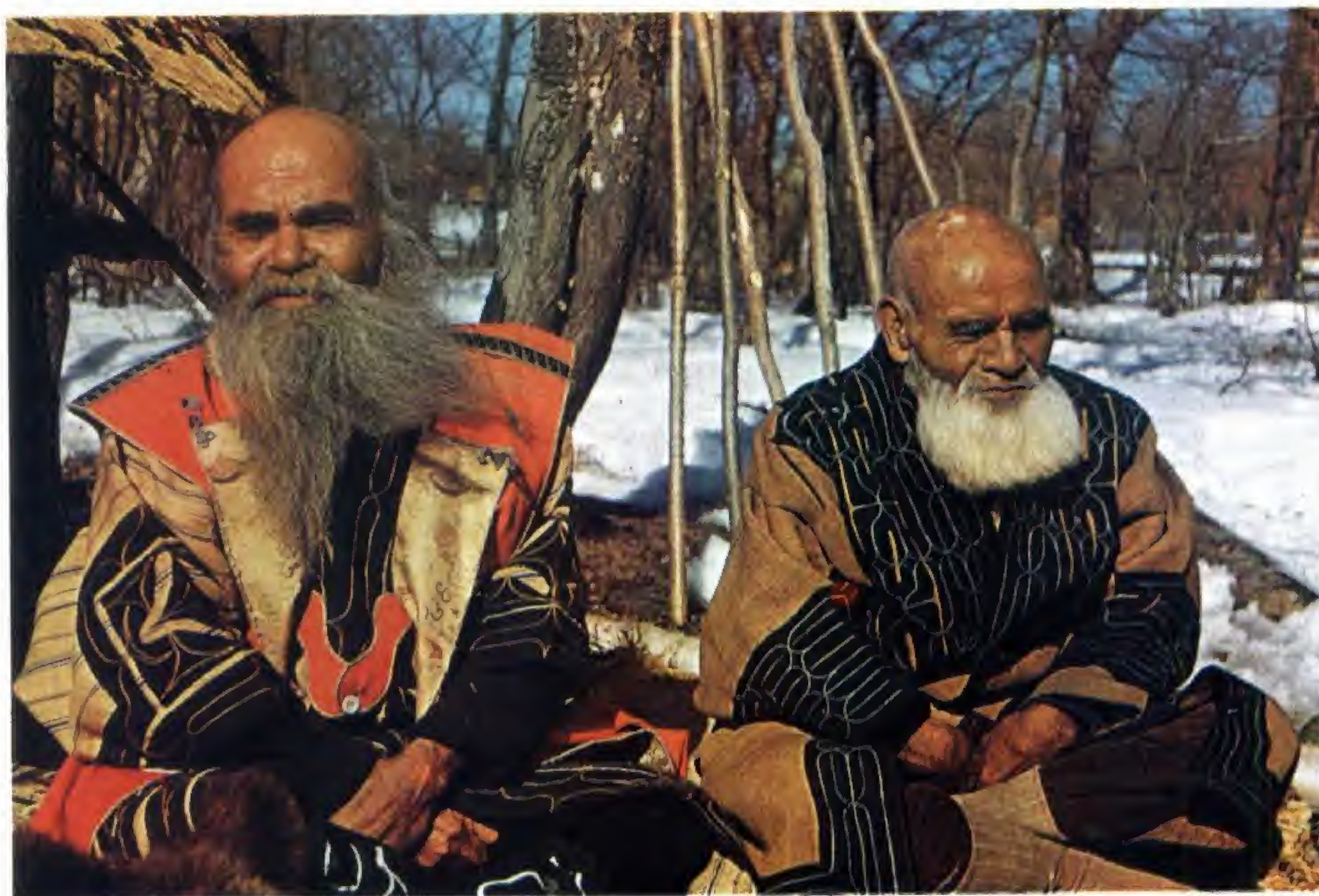
Los ainos vivían en cabañas construidas al nivel del suelo, rodeadas de graneros levantados sobre estacas. Las paredes de sus viviendas se componían de troncos de árboles atados, junto con ramajes y hojarasca tapando los intersticios. La cubierta, de paja, era a cuatro vertientes. En el frente oriental se abría la "ventana de los dioses", para dar paso a la esencia divina de las cosas, mientras en el lado opuesto se encontraba la entrada. En el interior había un hogar rectangular y, sobre el mismo, una gran olla atada a un gancho; en las paredes y en el techo colgaban los bienes familiares (espadas con empuñaduras ricamente decoradas y toda clase de utensilios y recipientes). La caza en los bosques (osos y ciervos), la pesca en los ríos, lagos y en el mar (peces, crustáceos e, incluso, focas y ballenas) y la recolección constituían las principales actividades para la subsistencia.



Mujeres ainas de Hokkaido cantan y danzan formando un círculo durante una ceremonia de carácter animista, repetida actualmente con fines turísticos. En su sociedad tradicional la mujer ocupaba una posición subordinada: no podía participar en el culto a los dioses, sino solamente en el de los antepasados. A los diecisiete años se tatuaba los labios y se los teñía de azul para poder ser solicitada como esposa. (Foto World Photo Service.)

Vista del lago Mashu, en el parque nacional de Akan (Hokkaido), en la zona de bosques donde viven algunos de los últimos grupos ainos.
(Foto Maurizio Leigheb.)





Dos "ekashi", hombres que forman parte del consejo de ancianos, con importantes funciones en la vida social y religiosa de los ainos.
(Foto Popperfoto.)

La carne de mayor consumo era la de ciervo, y el pescado preferido el salmón. El calendario de las actividades de pesca y caza, muy intenso, comprendía tres estaciones. Una de ellas, más apropiada para la pesca, estaba caracterizada por la llegada de los *taimen* y de la lasca, una especie de carpa (abril hasta después de mayo), del salmón rojo (julio-septiembre) y finalmente del *Oncorhynchus* (septiembre-octubre), que, secado y ahumado, proporcionaba una indispensable reserva alimenticia para el invierno. Dichos peces se capturaban con nasas de diversas formas o con arpones. La cacería del ciervo se iniciaba al principio de la primavera y en el otoño, y la del oso de enero a marzo.

Las herramientas de piedra de la antigüedad se sustituyeron por las de madera y hueso. Como armas más usuales figuraban las lanzas, clavas, los arcos con flechas envenenadas, los arpones y los cuchillos. El principal animal doméstico era, y es, el perro, empleado para la caza y como animal de tiro. Tejidos y kimonos de confección tradicional fueron sustituidos por vestidos de pieles, plumas, de cortezas de olmo y de tilo, mientras que permanecen en uso los antiguos adornos y los hombres viejos continúan llevando cabellos y barbas largas.

La organización social se basa en la pequeña familia (mononuclear) de estructura patriarcal y carácter totémico (1), generalmente con herencia en favor del hijo mayor. La sociedad está dividida en clanes, que a menudo se identifican con las comunidades de poblado, practican el mismo culto, tienen propiedades en común y el mismo árbol genealógico. La autoridad agnaticia está a cargo de la tutela del culto y de la ley. Por tradición, el matrimonio se realiza entre individuos de un mismo clan o grupo local. En la sociedad aina la mujer ocupa una posición subordinada: está excluida del culto de los dioses, pero participa en el de los antepasados. La compleja reglamentación de los signos de propiedades de los clanes, familias e individuos y de los derechos de caza, pesca y sucesión. así como del derecho penal, ha decaído actualmente. Antiguamente, cuando había que juzgar a un culpable e infligirle una eventual pena, era el jefe quien pronunciaba un juicio tras haber escuchado el parecer del consejo de los ancianos.

(1) La palabra totem es una corrupción de *ototeman* (que significa "su pariente" en el sentido de "consanguíneo"), que pertenece a la lengua de los indios ogibwe, de la familia algonquina (región del norte de los Grandes Lagos norteamericanos). Dicha palabra designa no solamente un animal especial, una planta o un objeto confeccionado, sino que se refiere a la relación de parentesco que un grupo étnico cree tener con dicho animal. El hombre-animal (hombre-planta, etc.) que constituye el totem actúa como prototipo tanto de todos los seres humanos pertenecientes al grupo, como de todos los animales de la especie que descienden de él (G. Guariglia: *El mundo espiritual de los primitivos*, vol. 1: Las categorías mentales).


宮

En la página anterior, anciano jefe aino con la tradicional corona de mimbre trenzado terminada detrás de la nuca en una masa de rizos. La acusada vellosidad corporal es uno de los rasgos físicos más evidentes que diferencian a los ainos de los japoneses y, en general, de los mongoloides.
(Foto Maurizio Leigheb.)

Para los casos de los delitos más graves existían diversas penas corporales y mutilaciones o se recurría al destierro, pero nunca a la pena capital. Localmente existían grupos consanguíneos masculinos descendientes de antepasados comunes y otros femeninos que llevaban un mismo tipo de cinturón. Los modelos de cinturones estaban reservados y se prohibía su uso a los hombres; se bordaban siguiendo las instrucciones de las madres, heredadas por vía materna, y agitados de cierta forma rechazaban los maleficios.

Las creencias religiosas de los ainos contemplaban una gran jerarquía de dioses superiores e intermediarios con cometidos delegados. La "diosa del fuego y de la tierra" *(Kamui Fuchi)* controlaba y protegía la vida familiar y penetraba invisiblemente en las viviendas. En cuanto a todo lo referente a la pesca, ésta permanecía en contacto con *Petorum Kamui,* "diosa de las aguas dulces", que informaba a su vez a *Chepatti Kamui,* el jefe del *Oncorhynchus* (salmón), acerca del comportamiento de los hombres. *Chepatti Kamui* vivía en mar abierto, en una casa similar a las de los ainos, frente a la desembocadura del río que solían remontar los salmones.

Cuando los primeros *Oncorhynchus* remontaban el río y eran avistados en los lugares de reproducción, el propietario del tramo de orilla rogaba a la "diosa del fuego" y a la "diosa de las aguas dulces", ofrendando sus *inau,* típicas vergas descortezadas de manera que se produjeran virutas rizadas, con un extremo decorado o modelado para simbolizar diversas divinidades. Los cabezas de familia llevaban los *inau* tallados a las orillas de los ríos y los colocaban en los lugares de reproducción de los peces, para que las divinidades o los espíritus menores pudieran encaramarse encima.

El primer pescado capturado se entregaba al jefe, quien lo ofrendaba a la "diosa del fuego". El resto lo consumían los miembros de la comunidad, quienes fijaban a los *inau* las quijadas, pulidas y cuidadosamente conservadas. Al terminar la estación de la pesca el jefe y los cabezas de familia celebraban una ceremonia para agradecer a los espíritus de los peces, y suplicarles que volvieran: al hacerlo lanzaban al río los *inau* con las quijadas.

Cuidado especial se reservaba a todos los alimentos y bienes consumidos, incluidos los cráneos animales, que se fijaban en pértigas, huesos y desperdicios vegetales.

Los jefes ejercían las funciones de sacerdotes del ceremonial, vidente y curanderos, y practicaban la adivinación por medio de cráneos y mandíbulas de animales. Para controlar la eficacia de sus instrumentos mágicos los apoyaban primero sobre la cabeza, y luego, pronunciando fórmulas mágicas, los dejaban deslizar sobre las esteras en que estaban sentados.

De la misma forma predecían el éxito de una empresa, juzgaban la culpabilidad o la inocencia de un hombre o se curaban a sí mismos de una enfermedad. Para sanar a los demás tenían, por el contrario, que recurrir a los poderes de una médium *(tusu)* quien tenía consciencia de poseerlos tras superar una psiconeurosis especial, llamada *imi,* que se manifestaba con alteraciones en los ojos, jaquecas, artritis, pesadillas y otros síntomas, señales de que un espíritu maligno la poseía. Pasada la crisis, y al caer en estado de trance, era capaz de sugerir una serie de remedios útiles. Para curar a un enfermo, un anciano hacía caer en trance a una *tusu* con encantamientos especiales, con el fin de que indicase la causa maligna.

Si el enfermo se encontraba a su vez afectado por el *imi,* el origen de sus males se encontraba, probablemente, en el *Panchi Kamui,* el espíritu de la locura y del baile histérico. Entonces era necesario escenificar un complicado drama simbólico en varios actos, durante los cuales, entre otras cosas, el paciente era azotado, despojado de diversas prendas y arrojado al agua, mientras se empleaban diversos *inau* en formas prescritas ritualmente. El drama representaba el antagonismo simbólico existente entre el fuego y el agua, los dos elementos que debían derrotar al mal que se encontraba anidado en el cuerpo del paciente.

En la base de las concepciones religiosas se encontraba la creencia en los *kamui,* seres divinos que vivían en la tierra bajo formas físicas o humanas.

Los seres divinos se manifiestan bajo formas terrestres para estar al alcance de los hombres. Por el culto de la misma divinidad liberaba la esencia divina de su apariencia terrena y la devolvía al "País de los Dioses". Los actos del culto y las ceremonias religiosas más importantes (fiesta del oso, de los antepasados, ceremonias fúnebres) tenían precisamente la función de devolver a los *kamui* al más allá, o favorecer (con obsequios votivos, el buen tratamiento de los *kamui* en la tierra, etc.) el retorno entre los ainos.



En la página anterior, artesano aino esculpiendo en madera figuras tradicionales de animales en el parque Nacional de Akan (Hokkaido). La escultura se ha convertido en una actividad artesana en relación con la afluencia turística.
(Foto Maurizio Leigheb.)



Un momento del ciclo del ceremonial relacionado con el culto del oso. Capturado de cachorro y criado por las mujeres durante uno o dos años, el oso se sacrifica y se come siguiendo reglas rituales para propiciar a las divinidades protectoras.
(Foto World Photo Service.)

En la antigüedad las actividades venatorias eran el principal acontecimiento social, ritual y mágico-religioso, y el sacrificio de los osos capturados (antes de que fuese prohibido por los japoneses en el año 1700) la mayor ceremonia anual. La prohibición se hizo observar a partir de los años 1930-1940.

Según la tradición aina, también el oso, lo mismo que otros animales, adquiere formas terrenales y vive en una verdadera casa, similar a un cubil para los hombres. El oso *kamui,* el Padre de los Osos, vive en las montañas. Sus "representantes", al llegar la primavera, se ponen en camino y adquieren apariencia humana.

El espíritu del fuego, por voluntad de la diosa *Kamui Fuchi,* los envía para alcanzar a los hombres. Los espíritus mensajeros llegan a las casas de los ainos y entran por las ventanas sagradas, abiertas al este, dejando como obsequio una piel de oso y carne. El dueño de la casa les reserva una solemne acogida, haciéndoles donación de un *inau* que los mensajeros llevan a su jefe. Si el Padre de los Osos queda favorablemente impresionado por el viaje de los espíritus a la tierra, el año siguiente enviará otros espíritus hacia los poblados ainos.

En el mes de marzo, cuando los cachorros empezaban a caminar, los cazadores organizaban batidas para tratar de capturarlos. Cuando conseguían su intento, los transportaban a sus casas y los distribuían en grupos, de forma que cada asentamiento poseyera al menos uno. A las mujeres correspondía su cría y engorde, proporcionándoles el alimento silvestre que encontraban (raíces, frutos, miel y castañas), sin desdeñar amamantarlos ellas mismas. Para destetarlos los alimentaban con comida masticada, por el procedimiento boca a boca.

Durante el verano, cuando ya eran grandes, los encerraban en jaulas de madera construidas sobre estacas, preocupándose por mantenerlos lo más alegres posible. La crianza se prolongaba durante uno o dos años y resultaba, por tanto, además de molesta, muy costosa. Los oseznos eran tratados como hijos adoptivos y las mujeres se encariñaban con los animales hasta el punto de que cuando llegaba el día de su sacrificio y tenían que contemplar cómo los mataban y después comer su carne se veían afectadas por verdaderas crisis emotivas. Este hecho quizá les ayudaba a creer en el ciclo vital y sagrado del animal.



En la página anterior, ekashi *delante de su vivienda, con sus armas tradicionales, actualmente conservadas como reliquias.*
(Foto Katsuhiro Yamanashi-Orion Press.)

Los ancianos *(ekashi)* se reunían en consejo y establecían las reglas y la duración de la fiesta del oso, pues los participantes debían sacrificar por turno un animal y mantener a sus huéspedes en sus poblados. En los desplazamientos de un poblado a otro estaban obligados a respetar durante un mes, aproximadamente, un itinerario bien definido, hasta que el ciclo de los sacrificios hubiera terminado.

Antes de cada fiesta las mujeres preparaban alimentos, sobre todo dulces y hogazas de pasta o de mijo, algunas grandes, destinadas al oso, otras medianas, para los huéspedes, y muchas pequeñas para los niños. La víspera de la ceremonia los huéspedes llevaban ofrendas de comida a la casa del jefe, en la cual debía efectuarse el sacrificio. El jefe ofrecía libaciones a la diosa del fuego y a otras divinidades.

Algunos voluntarios hincaban un poste en el suelo y luego lo adornaban con ramas de abeto y con un haz de *inau.* Hacían salir al oso de la jaula a través de una trampilla practicada en el suelo, con un lazo en el cuello y con las patas atadas con cuerdas para controlar sus movimientos. Lo enfurecían con tirones, palos y flechas con la punta aplanada, rozándole con ramas de abeto mientras cantaban himnos tradicionales. Después era atado al poste y un arquero lo hería con una flecha de bambú envenenada, de forma que sangrase lo menos posible y que la sangre no cayera al suelo. El hombre encargado de matarlo se elegía en el último momento, de forma que su identidad fuera desconocida para los espíritus malignos. Después de su muerte, el espíritu sagrado del oso iniciaba su viaje para alcanzar el más allá, un *ekashi* lo invocaba y varios arqueros disparaban flechas mágicas sobre dulces de pasta. Durante una especie de macabra pantomima un grupo de hombres fingía, entre las risas de los asistentes, estrangular al animal, apretándole el cuello entre dos troncos, según la costumbre antigua. Después desollaban al animal, y ofrecían a los presentes tazas llenas de su sangre. La cabeza y la carne se introducían en la casa del jefe a través de la ventana sagrada, mientras un *ekashi* invocaba al dios creador *Nusa Koro Kamui.* Hombres y mujeres llevaban ofrendas a sus respectivos antepasados, mientras los niños jugaban y comían golosinas. Entretanto, en la casa del jefe se cocía la carne del oso. Cuando se encontraba a punto se ponía cerca de la ventana sagrada, junto con otros manjares, y después se distribuía entre los presentes, en mayor o menor cantidad teniendo en cuenta la categoría de cada uno.

Terminado el banquete, los hombres bebían aguardiente sake, bailaban y cantaban hasta emborracharse. Después de la primera ceremonia observaban dos días de descanso, para dirigirse luego hasta el poblado más cercano e iniciar una segunda fiesta. Concluido el ciclo ceremonial, los jóvenes organizaban nuevas batidas para capturar los oseznos del año siguiente. La ceremonia anual del sacrificio del oso contribuía a consolidar las relaciones entre las comunidades asentadas en un mismo valle fluvial o lacustre, tras el final de las alianzas de guerra, bajo el mando de un jefe supremo. Terminadas las hostilidades a causa de la llegada de los japoneses, durante toda la duración de los ritos los ainos podían circular libremente por los territorios pertenecientes a las demás comunidades, sin ser acusados por ello de extraterritorialidad.

La influencia japonesa sobre la cultura aino se inició al principio del siglo XVII, pero solamente hacia el final del siglo XIX incidió en la gradual transformación de su economía tradicional, basada en la caza, la pesca y la recolección. Con la introducción de una agricultura rudimentaria y el abandono de su antiguo sistema de vida se iniciaba la pérdida de la autonomía cultural y la disgregación social progresiva.

Antiguamente los ainos no producían cerámica ni sabían trabajar los metales; para el cultivo de los cereales, las raíces comestibles y los árboles frutales empleaban instrumentos agrícolas de madera. El empobrecimiento de las reservas pesqueras y forestales, las prohibiciones de caza, la introducción de utensilios de metal y de las armas modernas favorecieron la desculturización.

Los supervivientes viven hoy en los parques nacionales de Hokkaido. Subvencionados, en general, por diversas municipalidades, durante el día se exhiben para los turistas en poblados reconstruidos a propósito, a los que se accede entre dos hileras de bancos en los que se exponen tejidos y esculturas, imitaciones de un arte animalístico original. Comitivas de turistas japoneses y extranjeros se agolpan sin cesar para asistir a las danzas, a las repeticiones de cantos y de antiguos ritos, degenerados en meras curiosidades turísticas. Hacia el atardecer, los nobles y viejos ainos de largas barbas regresan a sus confortables viviendas modernas.

Dani Kurelu, de las montañas centrales del Irian Jaya, en espera de recibir su porción de carne de cerdo durante un banquete ceremonial de amistad. Las tribus papúas de lengua dani del gran valle del Baliem (unas 75.000 personas) han preservado su propia cultura de influencias externas.
(Foto Maurizio Leigheb.)









Subespecie australoide

La Subespecie Australoide comprende las "razas" melanodermas difundidas en Nueva Guinea, demás islas de Melanesia y Australia, e incluso también en regiones de Indonesia, de las Filipinas, de Malasia, del archipiélago de las Andamán y de la península de la India: conservan, en conjunto, los caracteres más arcaicos y "primitivos" de la Tierra. Su línea evolutiva y su difusión de oeste a este pueden seguirse sobre la base de los descubrimientos de fósiles efectuados hasta ahora, desde el sureste asiático hasta Australia: más de treinta localidades, datables con cierta precisión, proporcionaron los huesos de más de un centenar de individuos, cubriendo un período de tiempo que se extiende desde una época anterior al pleistoceno medio hasta la actual (Coon).

Entre las "estaciones" más importantes de las migraciones tardíopleistocénicas figuran los hallazgos de fósiles de Java, relativos a cuatro poblaciones humanas: *Pithecanthropus,* muchacho de Modjokerto, hombre de Solo y hombre de Wadjak (los restos más antiguos de la región faunística oriental).

A partir del territorio indio, al oeste de los montes que lo separan de Birmania, junto con los pueblos caucasoides de las llanuras se encuentran zonas habitadas por negritos y australoides, mientras que en las colinas predominan los mongoloides. En el suroeste de Asia y en los archipiélagos indonesio y filipino, habitados sobre todo por pueblos mongoloides, viven minorías étnicas refugiadas en las montañas y en las selvas, que son más antiguas y que representan tres capas raciales: la mongoloide primitiva, la negrita y la australoide.

Al este de la línea de Wallace, continuando por las Molucas y las Pequeñas Islas de la Sonda, hacia Nueva Guinea, se encuentran gradualmente pueblos papuásicos y melanesios. Nueva Guinea, Melanesia y Australia estaban y siguen estando habitados por tres tipos principales de indígenas, pertenecientes todos ellos a la Subespecie Australoide: negritos, negroides oceánicos de dimensiones normales y australianos, que fueron los primeros en ocupar su residencia actual.

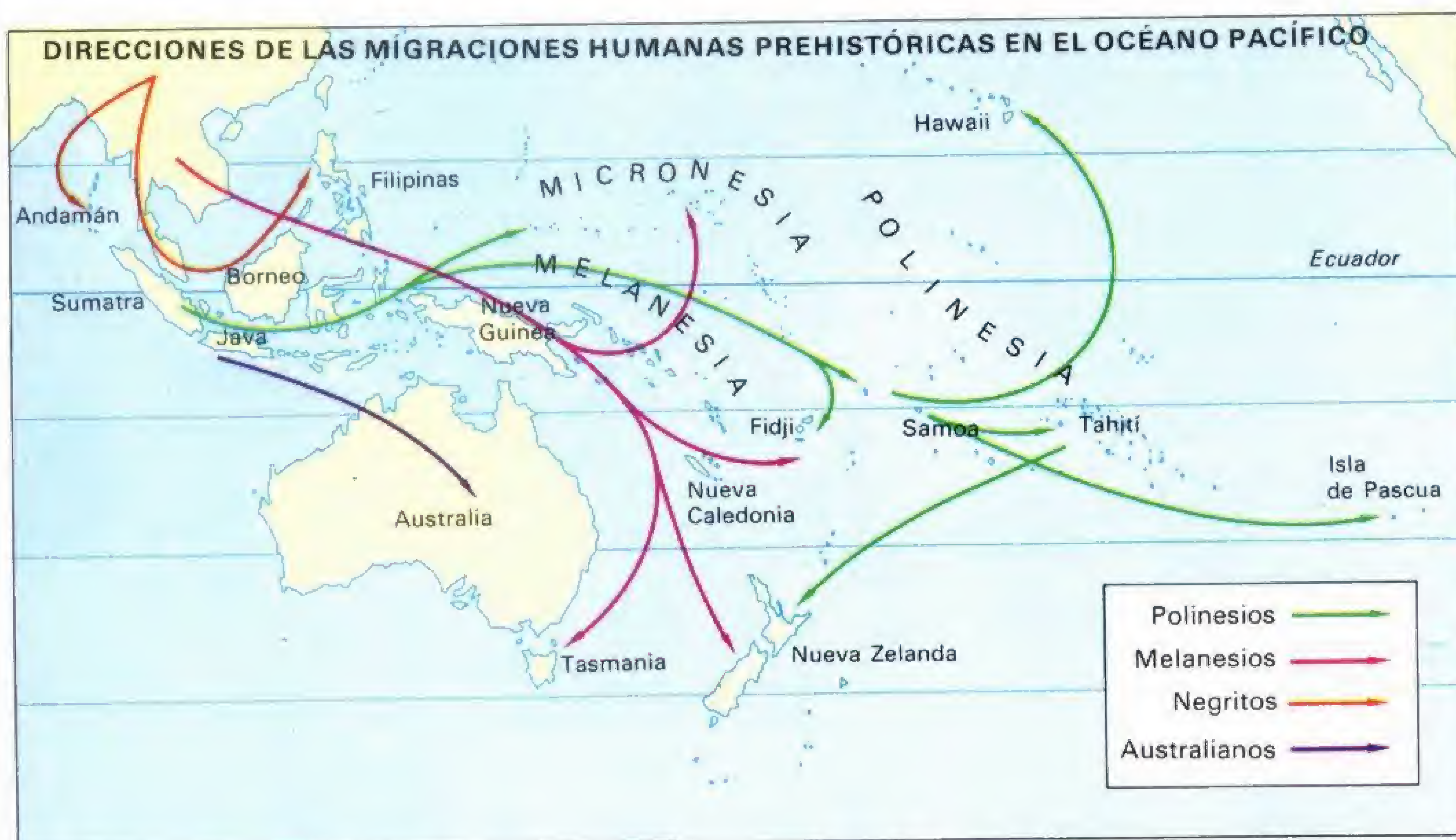
Dichos tipos humanos presentan muchas diferencias físicas locales, pero se distinguen por sus dimensiones corporales y la forma de su cabellera, dando lugar a tres "razas geográficas": australoides propiamente dichos, con dimensiones corporales normales y cabellos rectos y ondulados; papuomelanesios (y, antiguamente, tasmasianos, actualmente extinguidos), con dimensiones corporales normales y cabellos de tipo negroide; negritos, con dimensiones corporales pigmoides y cabellos de tipo negroide (cabellos negros, cortos y crespos).

Las variaciones de las dimensiones somáticas, especialmente de la estatura, han sido a menudo interpretadas con la hipótesis de la génesis del enanismo.

De izquierda a derecha: melanesio baelelea, de Malaita (islas Salomón) con adornos preparados con conchas y una peineta de madera: fidjiano de Viti Levu, y aborigen australiano del desierto Gibson.
Foto Mauricio Leigheb, Maurizio Leigheb-Arch. IGDA, P 2.)

En la página siguiente, guerrero Okapa, de Papua Nueva Guinea, adornado con plumas de casuario.
(Foto Charles Lénars.)





La historia migratoria de los pueblos del Pacífico desde sus originarios asentamientos asiáticos, sin estar científicamente documentada, sigue siendo objeto de controversia. En Nueva Guinea, por ejemplo, métodos arqueológicos sólo se han emprendido recientemente. Los primeros australianos llegarían a la Tierra de Arnhem y a la península de Cabo York tras la última era glaciar, haciendo quizá etapa en la isla de Timor, entonces distante unos 160 km de la costa australiana. Los primeros melanesios obligados a emigrar de Asia por las presiones mongólicas, penetrarían en Nueva Guinea hace unos 20.000 años, y luego en las otras islas melanesias. Polinesios y micronesios llegarían a sus hábitats actuales hacia el año 1000 a. de J.C., obligando a los australoides, que les habían precedido, a retroceder a las zonas montañosas del interior.

Coon opina que es lícito suponer que las tres "razas" pueden descender de un antepasado común, a través de una línea politípica que implica un cierto grado de evolución local y de diferenciación genética. En el caso contrario, no se conocerían los lugares de origen y habrían penetrado por sitios distintos, separadamente, en las áreas que ocupan en la actualidad, siguiendo una evolución completa sin ponerse jamás en contacto entre sí y realizando un gran número de migraciones.

Según se ha dicho a propósito de las migraciones de los pueblos indonesios y polinesios, los científicos suponen que antiguamente un puente terrestre unió durante algún tiempo a Asia suroriental con Nueva Guinea a través de Indonesia. Este hecho explicaría por qué la segunda isla del mundo en extensión, situada entre Asia meridional, Australia y Oceanía alberga simultáneamente formas de vida que se encuentran en aquellas lejanas regiones del globo, tal como atestiguan los hallazgos fósiles, las variedades del género humano, muchas especies de la flora y de la fauna. Diversos pueblos melanodermos del paleolítico y del neolítico habrían sido impulsados hacia el océano Pacífico por las civilizaciones avanzadas en expansión. Algunos se habrían refugiado en Nueva Guinea, mientras otros habrían poblado islas más lejanas. En el paleolítico, al menos cuatro oleadas de emigrados de Asia habrían atravesado Indonesia en fases sucesivas, aprovechando también, con toda probabilidad, los vientos y corrientes favorables: los antepasados de los negritos, de los papúes, de los tasmanos y de los australianos. En el neolítico llegarían los melanesios y, algunos siglos antes de nuestra era, los indonesios y los polinesios.

Según otra hipótesis, las "razas" de Melanesia y de Oceanía podrían derivar del mestizaje de los diversos inmigrados con los negritos, con los que estarían estrechamente emparentados los pígmidos asiáticos y melanesios. Los pueblos que llegaron al Pacífico se mezclarían con los negritos de la primera serie, dando así lugar a todas las diferentes poblaciones actuales que demostrarían el predominio de uno u otro de sus elementos originarios. Estas y otras teorías difusionistas parecen a veces querer justificar la terminología y las clasificaciones antropológicas propuestas por varios autores.

Los estudios más recientes sobre el poblamiento de las islas del Pacífico parecen, sin embargo, inclinarse por el factor accidental, es decir, por una inmigración de pequeños grupos humanos ocurrida casualmente y en un largo período de tiempo.

Las investigaciones de Simmons (1956) sobre grupos sanguíneos de los pígmidos melanesios (de los que los primeros, los tapiro, fueron descubiertos en Nueva Guinea en 1911) demuestran que no existe relación genética alguna con los pigmeos africanos, hecho que ya Martin Gusinde defendió utilizando simples criterios morfológicos.



Mujer negrita del bosque lluvioso de Pahang (Malasia), donde sobreviven pequeños grupos dispersos de una antiquísima población, dedicados todavía a la caza y a la recolección de vegetales y pequeños animales salvajes. A pesar de la existencia de algunas organizaciones asistenciales que se proponen protegerlos, los negritos figuran entre las minorías étnicas próximas a extinguirse. (Foto J. Thomas-Explorer.)



En la página anterior, guerreros papúes de los altiplanos centrales de Papua-Nueva Guinea en uno de los festivales que cada año se celebran en el monte Hagen o en Goroka, sobre todo por exigencias del turismo.
(Foto Charles Lénars.)

Negritos

Los negritos supervivientes aparecen subdivididos geográficamente en tres grupos: los aeta de las Filipinas, los semang de los estados septentrionales de Malasia continental y del extremo meridional de Thailandia, y los andamanes, indígenas de las islas Andamán. Las proporciones corporales y la forma del cabello son comunes entre ellos; sin embargo, no es posible sostener con seguridad un origen común.

También en Nueva Guinea y en otras islas de Melanesia viven pequeños grupos de pigmoides afines a los negritos, que vienen a ser variedades enanas de la población dominante.

Los pígmidos papuo-melanesios suman unas pocas decenas de millares, sujetos a la dispersión geográfica propia de otras minorías étnicas "primitivas" y en vías de extinción. En Irian, algunos viven en el saliente peninsular del noroeste (región de Tjendrawasih) y en localidades occidentales y orientales de la cadena de los montes Maoke (respectivamente, los tapiro, pesegem y timoriki, los goliath y los botem), mientras en Nueva Guinea oriental otros grupos se encuentran dispersos por las cimas y los valles de las regiones montañosas septentrionales y orientales.

Elementos de reducida estatura mezclados con poblaciones de mayor talla viven asimismo en la península de las Gacelas de Nueva Bretaña (baining), en Bougainville, en las Salomón (buin), en el sur de Malekula (mbotgote o pequeños nambas) y en las montañas del Espíritu Santo, en las Nuevas Hébridas.

Todos estos pigmoides se dedican a la horticultura, roturan el terreno con palos y crían cerdos grises; esta actividad la simultanean con la recolección de vegetales espontáneos, con la pesca fluvial y la caza. Viven en cabañas aisladas (a veces reunidas en pequeños poblados que se asientan en pendientes cultivadas), de planta cuadrangular, con techo inclinado de palmas entretejidas (tapiro) o bien de planta circular de techo cónico de hojas de atap o de pandano (afere, goliath, etc.), con armazón de estacas y las paredes de corteza de árbol y hojas. Generalmente son monógamos y están separados en núcleos familiares que ocupan una parcela de terreno cada uno. Su estatura media es de 148 y 150 cm, con valores más bajos entre las mujeres, los tapiro (144,9 cm), los aiome y los habitantes de Gran Andamán. Los aeta tienen la piel más o menos morena, los semang achocolatada, los andamanes color bronce oscuro o negra, los grupos de Nueva Guinea y de Melanesia la misma pigmentación de los pueblos más altos que los circundan. El cráneo presenta una anchura media en los tapiro, en los aeta y en los semang, y algo mayor en los andamanes. La nariz es a menudo mediana, pronunciada en los tapiro y más larga en los andamanes.

Los aeta se hallan establecidos en casi todas las islas mayores de las Filipinas (especialmente en Luzón, Mindanao y Palawan) y en otras menores. Son aproximadamente 36.000 individuos, de los que sólo unos 5.000 conservarían los caracteres "raciales" más "puros". Por tradición, son preferentemente cazadores, pescadores y recolectores, al igual que los otros negritos asiáticos, los semang y los andamanes. Los aeta poseen un profundo conocimiento del medio forestal en que viven, de la fauna y de la flora.

Los hombres llevan una faja limbar o cinturón de corteza o de tela, y las mujeres un faldellín corto; a veces se tatúan con fines matrimoniales, cazan con arco simple y con flechas envenenadas y, en algunas localidades (Palawan), usan la cerbatana. Conservan la familia patriarcal monógama; combinan los matrimonios entre los hijos desde su adolescencia, seleccionan y a veces compran la esposa entre la parentela, mientras que en otro tiempo la raptaban de otro grupo.

Además de enterrar a los muertos, en ciertas localidades los ponen entre troncos de árboles; protegen los lugares de sepultura con un cobertizo y lo vallan con estacas de bambú. Demuestran una concepción religiosa animista y organizan danzas venatorias nocturnas, relacionadas con el culto a la Luna.

Los semang hablan una lengua austroasiática (en 1952, según el padre Schebesta, eran unos 2.000 individuos, distribuidos en varias tribus) y están establecidos en una zona forestal más bien unitaria, al este y oeste de los montes septentrionales de Malasia, pero están también dispersos en pequeños grupos aislados algo más al sur y al norte, en el territorio thailandés colindante. También construyen paravientos de ramaje preferentemente sólidos, sostenidos por puntales y dispuestos en fila, adosados unos a otros con las aberturas juntas a fin de formar un campamento o bien una especie de túnel cerrado en los extremos. Utilizan vestimentas de vegetales (o de tela importada) y saben

En la página siguiente, un negrito de Luzón nororiental pone a secar al sol flechas de punta envenenada con ipoh. Los cazadores negritos utilizan el arco sencillo y se sirven de trahillas de perros para espantar y acosar a los animales de la selva. Poseen un profundo conocimiento de las costumbres de los animales salvajes y del ambiente forestal y saben indicar el poder nutritivo, medicinal o venenoso de gran número de especies vegetales. En diversas ocasiones, observadores extranjeros han asistido a danzas venatorias nocturnas y a representaciones mímicas realistas de algunos negritos filipinos, ejecutadas al ritmo de instrumentos de percusión.
(Foto Annunziata-Explorer.)



producir el fuego mediante percusión de piritas y piedras con cuarzo, o bien mediante fricción en movimiento de sierra. Poseen la cerbatana de tipo sakai de doble pared (que casi por doquier ha sustituido al arco), con la que arrojan flechas envenenadas con *ipoh*. Creen en un ser supremo que se manifiesta a través de fenómenos naturales. Practican la inhumación, envolviendo a los cadáveres en esteras o telas, y les gusta ejecutar danzas colectivas al son de instrumentos de percusión en parte autóctonos y en parte importados.

Los andamanes o mincopi son los únicos pígmidos que hablan una lengua propia y exclusiva. En otro tiempo formaban dos grandes grupos regionales: los grandes y los pequeños andamanes. Eran tal vez más de 8.000 (5.500 hacia mediados del siglo XIX; 1.882 a principios del siglo actual y unos 500 en la década de los años cuarenta); hoy se calcula que no llegan a 600.

Los isleños del primer grupo están prácticamente extinguidos (sólo quedaban 29 en 1966); en Strait Island sobreviven dos docenas de mestizos.

En la Pequeña Andamán viven un centenar de önge (eran 200 en 1956; 161 en 1960 y 112 en 1975), en la isla North Sentinel quedan 150 sentinelos y en la Gran Andamán y en la Andamán del Sur unos 300 jarawa confinados en una reserva de la vertiente occidental.

Los andamanes se dedicaban y se siguen dedicando a la recolección de frutos de la tierra y del mar, a la pesca y a la caza; no tienen perros, porque, según afirman algunos autores, sus ladridos revelarían a los extraños su presencia; tradicionalmente siempre mantenían encendido el fuego; como armas defensivas y para la caza usan el arco sencillo o plano y flechas sin emplumar ni veneno; también usan lanzas, cuchillos, hojas de hachas y puntas de hierro de importación. En otro tiempo construían tres tipos de vivienda, de los que hoy sólo utilizan uno consistente en grandes cabañas redondas, de 8 a 10 m de diámetro y 5 m de altura, con una abertura para la ventilación en la parte superior.

Esta última construcción ha seguido estando en uso entre los önge, que viven en poblados completamente independientes y situados a lo largo de la costa; además, tales habitáculos pueden llegar a dar cobijo a toda una comunidad compuesta por una decena de familias.

Los andamanes usaban y a veces usan todavía pequeños taparrabos de hojas, sencillos cinturones, collares, brazaletes y aros para las piernas, todo de hibisco y de pandano; practican pequeños tatuajes por escarificación y se pintan el cuerpo con tierra y ocre de color blanco, amarillo y rojo.

Los matrimonios son monógamos, planeados ya desde temprana edad y sin obligaciones exógamas, pero prohibidos entre consanguíneos. El hermano menor debe casarse con la viuda del hermano mayor: en la juventud se permite la libertad sexual. La unidad social de base es la familia patrilineal: un conjunto de familias forma una especie de tribu. Los difuntos son sepultados acuclillados o bien colocados en plataformas, en las ramas de los árboles, y sus huesos se limpian y conservan.

Los andamanes creen en un universo animado por espíritus buenos y malos, contra los cuales adoptan diversos sistemas de defensa, aunque sin consumar sacrificios. Practican el culto del Sol, de la Luna y de un Ser Supremo que toma distintos nombres, personificado por el cielo y por el trueno, inmortal y omnisciente, creador del mundo, de los hombres y de todos los demás seres vivientes, juez que condena y castiga el homicidio, la injusticia y el robo, el adulterio, la brujería y otras malas acciones. Piensan que es casado y padre de hijos de piel negra, llamados "espíritus celestes".



Negrita semang de Malasia central con recipientes de bambú que sirven para transportar el agua y cocer los alimentos. El tradicional collar vegetal se sustituye por telas de algodón, adquiridas al trueque con campesinos malayos. (Foto J. Thomas-Explorer.)

En la página siguiente, papúes adornados para participar en el "festival" tribal del monte Hagen. Con ocasión de ceremonias, danzas y guerras, los papúes despliegan una extensa variedad de adornos, llenos de fantasía y de color, grotescos y terroríficos, utilizando toda clase de productos vegetales y animales y, con el paso del tiempo, también productos de la civilización de consumo. (Foto Invernizzi.)



Melanesios

La inmensa mayoría de la población de Indonesia oriental, de Nueva Guinea y de los archipiélagos melanesios está constituida por hombres de piel más o menos oscura, con proporciones corporales normales y con cabellos crespos de tipo negroide. Este conjunto de gentes (unos 3 millones y medio de individuos), que recuerdan físicamente a los negros africanos, forma una "raza geográfica" independiente, llamada melanesia, que se diferencia de la australiana, además de por la forma del cabello, por los caracteres fisionómicos, por su frente más alta y ancha, por la nariz a menudo ancha, con perfil cóncavo y raíz deprimida, y a veces convexa, con el dorso tan prominente que, basándose en algunos individuos, ciertos antropólogos han hablado de "tipo semita". Los melanesios ("isleños negros") se dividen generalmente en dos "subrazas geográficas", la melanesia propiamente dicha y la papúa.

Los tipos pertenecientes a la primera "subraza" ocupan sólo algunas zonas de Nueva Guinea Oriental y casi todas las restantes islas melanesias, mientras los pertenecientes a la segunda ocupan la mayor parte de Nueva Guinea y varias islas de Indonesia oriental. Los melanesios en sentido estricto (unos 500.000) son de origen más reciente y de mayor talla, tienen el cabello menos crespo (entre crespo y ondulado) y nariz más ancha y deprimida que los papúas. Los indígenas de Nueva Caledonia y de las Nuevas Hébridas conservan caracteres más "primitivos".

Unos y otros tienen una estatura ligeramente superior a la media, complexión robusta y musculosa, piel muy oscura (con tonalidades rojizas), labios gruesos, muy pigmentados, cara tosca con acusados arcos supraorbitales, ojos oscuros, hundidos y vivos, nariz muy gruesa, con nacimiento deprimido y orificios nasales anchos, y fuerte prognatismo. El tipo de Nueva Caledonia acentúa algunos de estos caracteres, acercándose más a los aborígenes australianos; el de las islas Fidji se caracteriza por su mayor vellosidad, mayores proporciones corporales y cabello menos rizado.

Los papúes, en general más "primitivos" que los melanesios y casi siempre de estatura inferior, presentan al menos dos tipos físicos más comunes: uno más difundido y más afín al melanesio, braquicéfalo al norte y dolicocéfalo al sur, de complexión corporal maciza, cráneo grande, frente huidiza, fuertes arcos supraciliares, discreto prognatismo y nariz ancha y prominente; y otro, más frecuente en Nueva Guinea nororiental y entre los ríos Digul y Fly, más alto, de complexión corporal más esbelta y enjuta, rostro más afilado y nariz con el dorso muy convexo, a veces de tipo semita. Ambos tipos tienen arcos supraorbitales menos prominentes que los melanesios y una abertura palpebral bastante estrecha.

En Melanesia se hablan más de mil lenguas y dialectos diferentes. Al igual que, en general, en toda el área del Pacífico, la clasi-

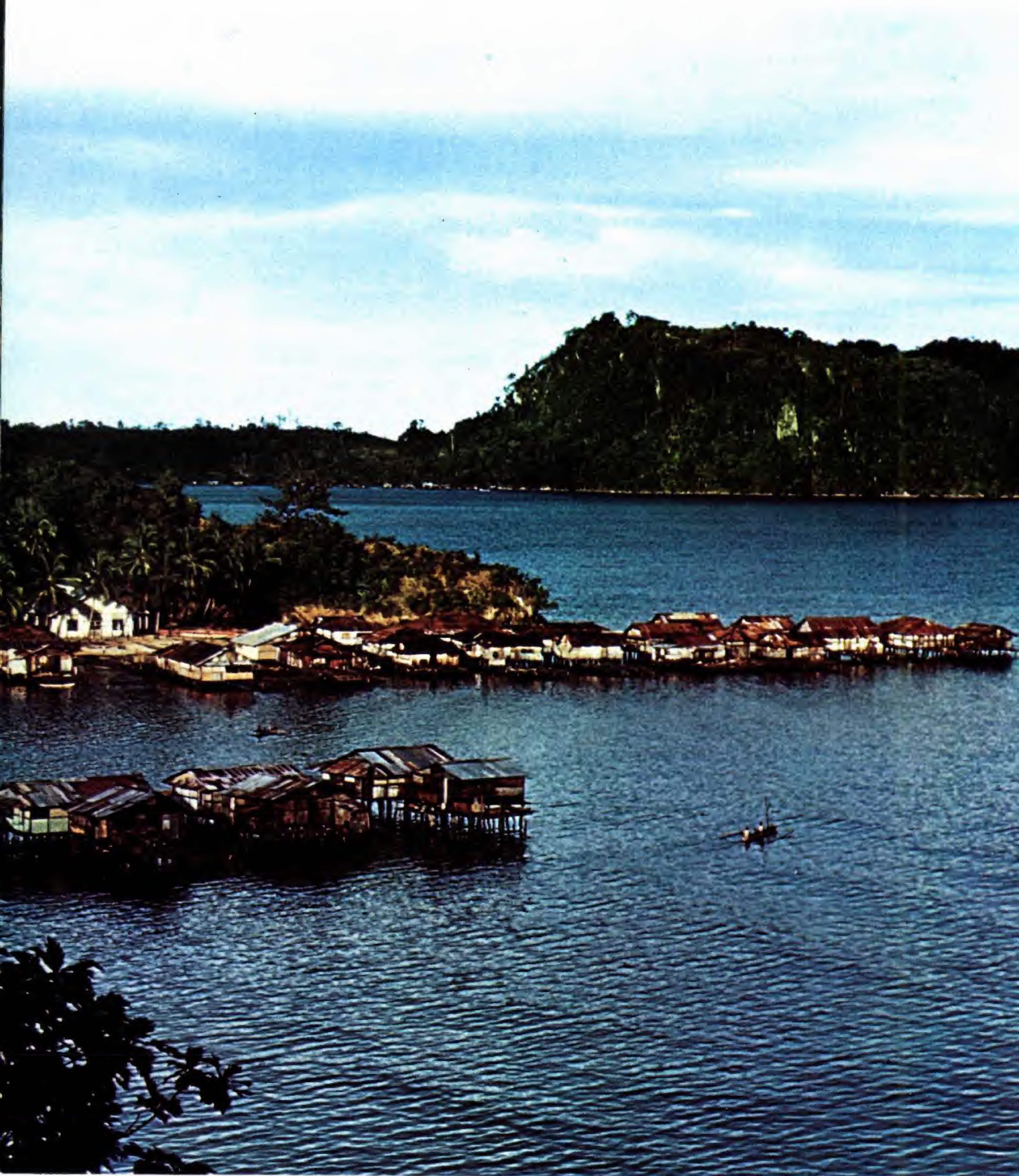
Tres rostros melanesios: una mujer roro de las regiones de Kaikuru (Papua-Nueva Guinea) con la cara tatuada; un dani de los montes centrales de Irian con colmillos de jabalí en la raiz como adorno guerrero, y un isleño de Pentecontés meridional (Nuevas Hébridas) con flores de hibisco en el cabello. En Melanesia, donde las diferencias entre las poblaciones son más lingüísticas que antropológicas, se hablan más de mil lenguas y dialectos, muchos de los cuales son todavía desconocidos para los occidentales. Una gran parte de la población habla todavía el "pidgin english" como lengua franca, que comprende palabras inglesas, alemanas, melanesias, polinesias y malayas. También esta lengua, que sigue las reglas gramaticales melanesias, presenta buen número de diferencias de un archipiélago a otro. (Foto Maurizio Leigheb.)







En Nueva Guinea a lo largo de la faja costera, sobre las orillas de lagos y ríos, la población papúa construye casas sobre palafitos, que albergan familias enteras cosanguíneas. En la foto: poblado pescador en la bahía de Humboldt junto a Djayapura, capital del Irian Jaya.
(Foto Maurizio Leigheb.)



ficación lingüística se basa en dos grupos de lenguas: las que pertenecen a la familia austronesia (o malayo-polinesia) y las papúes.

Los papúes (término malayo que significa "rizado") son agricultores arcaicos en su mayoría totémicos, cuyas tribus están subdivididas en clanes que reconocen una descendencia de antepasados míticos como animales, plantas y objetos confeccionados tradicionalmente. No conocen la escritura (los mitos y leyendas se transmiten oralmente), la rueda ni la pala, y trabajan la tierra con ayuda de un bastón de punta aplanada a cuchillo.

También los melanesios son sobre todo horticultores. Los productos agrícolas más cultivados son los tubérculos, las batatas, algunas palmas, plátanos y otros frutales legumbres calabaza, caña de azúcar y tabaco. En las zonas húmedas y pantanosas de Nueva Guinea crece espontánea, y también se cultiva, la palma de sagú *(Metroxylon rumphii)*, cuya fécula blanquecina, obtenida de la medula del tallo, representa un alimento fundamental para muchos.

Un cultivo de importación que cada vez se extiende más es el de la palma de coco, del que, como es sabido, se utilizan el tronco, las ramas, las hojas y los frutos, para obtener diversos materiales de construcción y productos alimenticios. En el llano se hace amplio uso de bebidas fermentadas y de estimulantes como el betel *(Areca catechu)* y la kawa *(Piper metysticum)*; esta última se cultiva sobre todo en Melanesia oriental.

Los melanesios observan preferentemente una descendencia por línea femenina, mientras los papúes respetan la patrilineal, o bien la descendencia masculina en la persona de un jefe, guerrero famoso y hombre sabio, cuyo poder puede extenderse a uno o varios poblados: este "gran hombre" no es una figura autoritaria ni de rango hereditario.

En Melanesia oriental se han desarrollado formas de gobierno más centralista: en la isla de Nueva Caledonia, en las islas Fidji y en las islas Salomón, bajo la influencia polinesia, se han impuesto dinastías de carácter hereditario.

El intercambio ritual de bienes entre los diversos grupos es una ocasión para exhibir la propia riqueza: quien no es capaz de cambiarlos con igualdad es indigno de estima y pierde la consideración de los demás.

En la página siguiente, pornowols de Pentecostés meridional en una pequeña plantación de taro en seco. Como los papúes, los melanesios son predominantemente horticultores: trabajan la tierra con ayuda de un simple palo para excavar y cultivan sobre todo tubérculos comestibles. La dieta de almidón (a base de taro, ñame, batatas y frutos del árbol del pan) los vuelve con frecuencia panzudos. Los cerdos criados se sacrifican y comen solamente con ocasión de las ceremonias.
(Foto Maurizio Leigheb.)



Danis del gran valle del Baliem (Irian) en la cumbre de un collado montan guardia vigilando los huertos de la tribu.
(Foto Maurizio Leigheb.)



La cría de cerdos ocupa un lugar destacado en la economía de papúes y melanesios. Son cerdos grises, semejantes a jabalíes; para que sus colmillos crezcan curvados se les extraen los incisivos superiores y se aplican diversos métodos correctores; cuando han alcanzado un desarrollo considerable, se convierten en objeto de comercio o en adorno preciado. Los animales, considerados bienes preciosos, se sacrifican, se asan y se comen en las grandes solemnidades, durante ceremonias y banquetes rituales, o sirven como artículo de cambio en los contratos importantes (por ejemplo, el "comprar" esposa).

Como entre algunos pueblos indonesios, en la sociedad melanesia el culto y el sacrificio de los cerdos suele estar en relación con las ceremonias de ascenso del grado. El rango que el individuo ocupa en la sociedad le confiere el derecho a ocupar un lugar determinado en la casa de los hombres y a adornarse con objetos exclusivos. Ascendiendo en la jerarquía social, puede adquirir prestigio en las ceremonias de culto, así como en el ámbito tribal, hasta alcanzar el puesto de jefe de tribu, título que puede transmitir a sus herederos.

A lo largo de los ríos y de las zonas costeras se practica la pesca, más desarrollada entre los melanesios. muy expertos en el arte de navegar; además de balsas y canoas monóxilas, utilizan la canoa de batanga o balancín, característica de la cultura malayopolinesia. La caza tiene en general importancia secundaria.

Una etapa decisiva en la existencia de los papúes es la pubertad, durante la cual se celebran los ritos de iniciación de los adolescentes. Estos deben pasar un período de aislamiento antes de entrar a formar parte de la sociedad de los adultos, o cumplir los ritos para la admisión en sociedades secretas. El matrimonio está regulado por el tipo de organización social, por diversas y complejas relaciones de parentesco, sobre todo de clan (totémicas) y exogámicas, y por las costumbres locales. Predomina la monogamia; la costumbre indígena no prohíbe la poligamia, pero la limita a algunos jefes y a una minoría de personas de elevada condición. La caza de cabezas y el canibalismo (este último con fines de venganza y propiciación, o más a menudo, con fin mágico-ritual, para heredar la esencia vital, las cualidades del enemigo muerto o de los parientes más admirados) se practicaban en varias regiones. Los cráneos de los muertos siguen siendo conservados como objetos de culto en varias islas. Cuando un pariente importante muere, algunos grupos tallan largos postes de madera, denominados *bis* (notables ejemplos de arte primitivo), y se comprometen a vengar su muerte.

Mientras en el cuerpo de los papúes se pueden observar cicatrices ornamentales, en el de los melanesios es más frecuente el tatuaje.

Las creencias religiosas de Melanesia son muy diversas: en general están relacionadas con los espíritus y los antepasados, que inspiran temor por su influencia sobre la suerte de los vivos.

En la página siguiente, una joven papú se somete al tradicional "maquillaje", para participar en una fiesta ritual. (Foto Invernizzi.)



Figuras de antepasados y motivos ornamentales, vegetales y zoomorfos, de un "bis", poste funerario que los asmat de los ríos Lorentz y Eilanden (Irian) dedican a los personajes importantes de la tribu. (Foto Maurizio Leigheb.)



Los papúes imaginan el más allá semejante al mundo terrenal. Las ceremonias fúnebres figuran entre los momentos más significativos de su cultura y presentan diversos rituales: inhumación del cadáver, incineración o exposición en plataformas, mientras deudos y amigos se reúnen para participar en las exequias. Las mujeres se untan el cuerpo de barro, hasta darle un color blancuzco; lloran, se lamentan, a veces se mesan los cabellos y se golpean la frente, mientras los hombres se mutilan algún miembro (dedos, lóbulos de las orejas) en señal de luto.

En diversas islas de Melanesia se han observado cultos proféticos y milenaristas (culto de John Frum en Tanna), que derivan de la convicción indígena de que un día un barco o un avión les aportará, junto con los antepasados, los bienes materiales de que disfrutan los blancos.

Las viviendas y poblados de papúes y melanesios presentan una notable diversidad de formas y dimensiones. Los habitantes de Nueva Guinea, a excepción de algunos grupos más evolucionados, fijan su residencia en áreas geográficas bien definidas, como la llana faja costera, los bosques del interior (en general montañosos), algunas zonas lacustres, las mesetas y las sabanas. A orillas de los ríos predominan las viviendas palafíticas sobre troncos de árboles, por lo general rectangulares y con techo a dos aguas. Además de las pequeñas construcciones hay otras de varios metros de longitud, que albergan a familias enteras. Hombres y mujeres suelen ocupar zonas diferentes: los hombres de un determinado grupo, aunque estén casados, viven en común; las mujeres viven aparte, con los niños más pequeños, separadas por clanes o familias. La forma del techo de las cabañas varía según su tamaño y función. En la costa se encuentran diversos tipos de cabañas y largos cobertizos para resguardar las embarcaciones; en muchos lugares existen "casas de los hombres".

En los valles de montaña y en las mesetas centrales se construyen cabañas a nivel del suelo, de planta circular u oval, con el techo esférico o cónico. Donde perduran rivalidades intertribales, los poblados están defendidos por setos, empalizadas y fosos.

Las fachadas y los postes de sostén de las viviendas pueden estar tallados y pintados, como en las grandes casas ceremoniales de los espíritus del clan de los abelam, en la cuenca del Sepik (Nueva Guinea oriental), con techo de vertientes muy inclinadas.



Un muchacho albino entre los melanesios de las islas Trobriand. En la cultura matrilineal de las islas Trobriand, una de las mejor conocidas de Melanesia, no se ha alterado el complejo sistema de intercambios ceremoniales ("kula") que regula toda la vida social como una ética de la amistad intertribal. (Foto E.P.S.-Globe Photos-J.L. Anderson.)

La vestimenta tradicional de los pueblos melanesios es muy reducida y en algunos casos no existe. El vestuario femenino es más variado y consta de una falda corta de fibra vegetal, con formas que varían según las tribus y el estado civil de la mujer. En ocasión de ritos, guerras, danzas y ceremonias, los hombres lucen una sorprendente variedad de adornos, pinturas corporales y atuendos simbólicos, grotescos y terroríficos, o simplemente decorativos. Para confeccionarlas utilizan productos vegetales y animales (fibras, hojas, conchas, pieles, dientes, garras, huesos, etc.).

Cuando todavía queda mucho por conocer sobre los pueblos de Nueva Guinea y de las islas vecinas (la cartografía de ciertas regiones aún no se ha completado), algunos pueblos melanesios han disminuido en medida alarmante, no sólo a consecuencia de las continuas guerras, sino también de la "caza" de que son objeto por parte del hombre blanco (reclutamiento forzoso como mano de obra para las plantaciones), de las enfermedades y del alcohol importados, del cambio de alimentación y de vida, de la pérdida de vinculación con su cultura originaria.

En diversas regiones se ha formado una cultura mixta que está unificando las peculiaridades culturales de los diferentes grupos.

En la página siguiente, aborígenes australianos de la Tierra de Arnhem ejecutan una danza ritual para propiciar la caza de animales salvajes. (Foto Folco Quilici.)



Australianos

Los aborígenes australianos descienden de antepasados que llegaron al territorio después de los tasmanos (extinguidos desde 1877). Probablemente provienen de Asia meridional, a través de Indonesia, o de la misma Indonesia: el hecho estaría atestiguado por hallazgos fósiles como el cráneo de Keilor, que presenta caracteres anatómicos muy similares a los del hombre de Wadjak (Java).

Según Elkin, en 1788 los australianos debían de ser unos 300.000, divididos en 500 tribus y subtribus, que hablaban distintos dialectos y comprendían un promedio de 500-600 miembros cada una. En 1961 estaban reducidos a poco más de 40.000, pero sólo unos pocos miles llevaban el modo de vida nómada. Los últimos grupos independientes viven diseminados, sobre todo, en localidades de la Tierra de Arnhem y en las áridas regiones centrooccidentales, pero son atraídos poco a poco por las estaciones gubernamentales, por los complejos mineros, por los centros ganaderos y por las misiones cristianas.

Los aborígenes australianos se diferencian de los negros africanos y presentan características neandertaloides y europeas: el cabello y la vellosidad del cuerpo son similares a las del europeo medio, pero no así el color de la piel, la forma de la cabeza, cara, nariz y boca, el espesor de los huesos y la capacidad craneal. El tipo físico australiano se asemejaría (hasta cierto punto) a los hombres prehistóricos; de éste habrían derivado las razas modernas (Keith) o representaría al hombre auriñaciense (G.E. Smith), el primer ser humano decididamente moderno aparecido en Europa.

Los australianos dan su nombre a una subespecie o "raza geográfica" aparte, la australoide. Su aspecto físico se caracteriza por la piel de color achocolatado, cabello ondulado, vellosidad bien desarrollada en cara y cuerpo, cabeza estrecha, frente baja y huidiza, ojos muy hundidos, arcadas supraorbitales muy pronunciadas, nariz aplastada en la base y ancha, acusado prognatismo, mentón huidizo, labios gruesos, calota craneal espesa, tronco corto, piernas largas y delgadas, manos pequeñas y finas, nalgas poco desarrolladas, porte erguido, estatura más bien elevada (promedio de 1,67 cm en los hombres y unos 10 cm menos en las mujeres).



Aborigen de la península de Gove (Tierra de Arnhem) con la cara pintada para una ceremonia. La complejidad de la organización social australiana tiende a garantizar la supervivencia de los individuos y se basa en la exogamia totémica, es decir, en la exigencia de buscar esposa en tribu diferente. Durante las reuniones tribales se forman nuevas parejas: las mujeres pueden ser cedidas a los huéspedes o cambiadas por otras mujeres. (Foto Folco Quilici.)

La economía de los aborígenes australianos independientes se basa en la recolección, la caza y, a veces, en la pesca en el mar y en los ríos. La recolección de vegetales espontáneos es tarea de las mujeres, que se ayudan con un bastón y guardan lo recolectado en un saco que llevan en bandolera. Según Thomas, más de 300 especies de plantas suministran semillas, frutos, raíces y hojas comestibles; en cuanto al mundo animal, todo lo que se mueve y anda es comestible (marsupiales, dingos, larvas, hormigas, termitas, etc.). Para la caza se emplean la lanza (a menudo con propulsor) y el *bumerang;* la captura de las diversas especies de animales salvajes requiere técnicas perfeccionadas, como el señuelo mediante reclamos, el mimetismo del cazador, la persecución de la pieza hasta agotarla, trampas y venenos.

También para la pesca adoptan métodos ingeniosos; por ejemplo, usan la rémora sujeta por un cordel: este pez, al adherirse a la presa, revela su presencia y aquélla puede ser ensartada con el arpón.

En las áridas sabanas, en las estepas y en los períodos de sequía el aprovisionamiento de agua es de vital importancia: cuando las fuentes se agotan los aborígenes buscan raíces que contienen el precioso líquido, hierbas que absorben la humedad del terreno o sapos que antes de entrar en letargo hacen acopio de agua. En sus desplazamientos estacionales, los australianos deciden los itinerarios teniendo en cuenta la situación de las fuentes, las plantas comestibles y el paso de los animales silvestres.

En la página siguiente, un cazador australiano de la Tierra de Arnhem lanza un venablo con ayuda de un propulsor (woomera). *Sin embargo, la más original e ingeniosa arma de los australianos es el "bumerang", en sus numerosas variantes; si no alcanza la presa, vuelve hacia el cazador que la ha lanzado.* (Foto Folco Quilici.)





Niños australianos de la isla Mornington rodean a una gran tortuga marina que han capturado. La economía de los pocos aborígenes independientes se basa en la recolección, la caza y la pesca a lo largo de las costas y cursos de agua. Se nutren de semillas, frutos, raíces y hojas comestibles, que obtienen de más de trescientas especies vegetales, y, además, de casi todo género de animales.
(Foto Popperfoto.)

Construyen abrigos de dos tipos: una especie de mampara, donde resguardarse en caso de temporal, y una cabaña muy rústica, construida con ramajes, cortezas, hierbas y cañas, para estancias más prolongadas y capaz de albergar de cinco a siete personas. Durante la noche tienden sobre el suelo pieles de animales para acostarse y encienden fuego delante de la entrada.

Los australianos utilizan instrumentos de piedra semejantes a los paleolíticos y mesolíticos, trabajados por percusión, sin pulimentar. No conocen el vestido (salvo los de importación), pero acostumbran adornarse con pieles, cabello humano, pelo de animales y cortezas, especialmente durante las ceremonias. Se pintan el cuerpo de blanco, rojo, amarillo y negro, y en algunas ocasiones lo cubren de plumas, sobre todo durante los ritos de la pubertad y de fertilidad. Completan su adorno perforaciones del tabique nasal y de los lóbulos auriculares, y cicatrices en la piel, a veces con un significado mágico.

Las lenguas habladas por los australianos revelan formas gramaticales y simbólicas muy complejas, y difieren mucho entre sí. No se conoce la escritura.

La organización social es muy compleja. Las tribus forman grupos locales, que reúnen cierto número de familias, estratificados según el poder político y un sistema de clases. Están regidas por un jefe, individuo que goza de gran reputación por sus cualidades físicas y morales: está dotado de poderes mágicos, ostenta la representación diplomática de la tribu, convoca las ceremonias festivas y religiosas, regula las cuestiones jurídicas y mantiene el orden. Su autoridad está limitada por un "consejo de ancianos", al que concierne la decisión en asuntos graves: representa los intereses de la comunidad y garantiza la defensa de los derechos individuales. En caso de necesidad se convoca la asamblea popular, constituida por todos los varones adultos, las mujeres y los niños (estos últimos sin voz).

Las clases pueden estar divididas en grupos totémicos. En la base del totemismo australiano hay una identificación entre el hombre y un animal, una planta o un fenómeno natural. El totemismo puede ser individual, de fratría, de clan, de sexo, local, etc. Puede tener una función social o cultural: en el primer caso concierne a las relaciones humanas, al noviazgo y al matrimonio, regulando las relaciones de parentesco; en el segundo caso está ligado con la mitología y el ritual.

Los varones, una vez alcanzada la pubertad, para poder entrar a formar parte de la sociedad de los adultos se someten a ritos de iniciación, que suelen implicar mutilaciones rituales. Las mujeres y los niños no pueden participar en ellos. Durante las danzas y acciones mágicas que acompañan estos ritos, el rombo, un instrumento giratorio (tablilla alargada de forma oval), produce un zumbido que representa la voz del Ser Supremo.

La concepción religiosa se adecua a la imagen del mundo en que cree el cazador y recolector australiano. La caza requiere ritos, basados en danzas, pantomimas y conjuros que pueden propiciar la captura de los animales.

Sobre el alma, la muerte y el nacimiento del hombre han surgido creencias y mitos llenos de fantasía. La inhumación (o la incineración) de los muertos, su posición en la tumba, las ceremonias y muestras de dolor que lo acompañan varían mucho, incluso dentro de una misma tribu.

Oración colectiva de los mosi en presencia de su rey ("Moro Naba"). Los mosi (más de dos millones y medio) forman el más importante grupo étnico del Alto Volta, en otro tiempo dominado por una poderosa aristocracia guerrera.
(Foto F. Gigon.)





Subespecie congoloide

El continente africano ha brindado abundantes hallazgos fósiles del paleolítico superior y del mesolítico. Sin embargo, sólo parecen pertenecer a la familia negroide el hombre de Asselar, hallado en 1927 en el lecho seco de un río del Sáhara occidental, a 400 km al norte de Tombuctú, y el más reciente hombre de Singa, del Sudán oriental, que remonta a unos 10.000 ó 5.000 años. Según estos hallazgos, la raza negra aparecería al sur del Sáhara a comienzos del neolítico y los primeros habitantes de África no habrían sido negros, sino europeoides.

Los descubrimientos fósiles de los últimos años permiten considerar el continente africano como posible cuna de la humanidad. En 1935 y en 1938, L. Kohl Larsen encontró cerca del lago Eyassi (Tanzania) restos fósiles de un tipo denominado *Africanthropus njarensis,* que remonta al pleistoceno superior, y en 1936 Broom descubrió en una cueva de Sterkfontein (Transvaal) una huella de cráneo con parte de la cara y varios restos óseos. Se han llamado australopitécidos, es decir, simios antropoides meridionales. En 1954-55 Camille Arambourg descubrió en Argelia un tipo fósil llamado *Atlanthropus mauritanicus.* Este hallazgo permitió establecer cierto parentesco entre el *Atlanthropus,* el *Sinanthropus* de Chu-ku-tien (al oeste de Pekín) y el *Javanthropus* de Trinil (Java), hallados respectivamente en 1929 y 1932.

Sobre la base de estos descubrimientos Dart, Leakey y Arambourg sostienen que el origen del hombre se encuentra en África.

Entre el sur del Sáhara y el Cabo de Buena Esperanza, los pueblos que subsisten son los mismos de hace muchos siglos: los no negros, quizás llegados a África en época remota, y los negros de la subespecie congoloide, de establecimiento más reciente. Estas poblaciones se pueden subdividir en tres grupos: protoculturas africanas (pigmeos, bosquimanos y hotentotes), negros propiamente dichos (sudaneses, nilóticos y bantúes) y camitas.

Musulmanes hausa de Kano (Nigeria), durante la celebración del "tabaski", la fiesta islámica que conmemora el sacrificio de Abraham. (Foto Maurizio Leigheb.)

En la página siguiente, máscaras dogón de Malí. El culto de las máscaras, como otras instituciones religiosas y sociales de los dogón, cuenta con sacerdotes propios, tiene como fin establecer una relación constante con el antepasado mítico. La más alta (véase ilustración) se denomina "máscara casa de familia"; las demás son zoomorfas. (Foto Folco Quilici.)



Sudaneses

Los pueblos llamados "sudaneses" (de Sudán, es decir, sur) ocupan una extensa parte de África al S. del Sáhara, limitada al N. por el desierto, por el Níger y el lago Chad, al SO. por la costa atlántica y al E. por los primeros contrafuertes del macizo etiópico. El territorio es variado; a occidente presenta grandes valles y leves ondulaciones, a lo largo de las costas islotes y lagunas empujados por el bosque pluvial de la tierra firme, de clima cálido-húmedo; hacia el Níger y el lago Chad grandes estepas áridas y terrenos poco arbolados, con maquia de palmas dum que lentamente introducen la sabana. Los Estados comprendidos en la región son: Senegal, Gambia, Guinea, Guinea-Bissau, Malí, Alto Volta, Níger, Chad, Sierra Leona, Liberia, Costa de Marfil, Ghana, Togo, Benín y Nigeria.

Los numerosos pueblos sudaneses, aun manteniendo una base "racial" común, presentan notables diferencias somáticas: los occidentales tienen alta estatura y miembros muy proporcionados; los indígenas de la costa, baja o mediana estatura y tronco alargado respecto a las articulaciones; los del centro y del este asocian a veces a los caracteres propios los de los pueblos limítrofes, nilóticos y saharianos.

Los sudaneses tienen una historia que puede dividirse en tres fases: la de las civilizaciones prehistóricas o "arqueológicas", la penetración islámica y la formación de las ciudades-Estado y de los imperios. Al final de la segunda Guerra Mundial, durante las excavaciones en las minas de estaño de Baoutchi (Nigeria del norte) se sacaron a la luz numerosas cerámicas, consideradas las más antigua de África. Los actuales habitantes de la zona, los jaba, ignoran el origen y el significado de las figurillas halladas en la mina de Nok (de donde deriva la definición de la cultura homónima), con cuya producción plástica no tiene sino ligeros lazos.

Las cerámicas en cuestión presentan raros ejemplos de tratamiento en espiral de la figura humana y datan del siglo V a. de J.C. al principio de la era cristiana.

En Ebolokoun, en las proximidades de Ifé (también en Nigeria), los campesinos han hallado, a una profundidad de seis metros, cabezas de terracota de un realismo formalmente tan perfecto y noble que no tiene igual en África: los hallazgos se conservan actualmente en el museo privado del Oni (rey) de Ifé. La producción local de objetos de metal, fundidos con la técnica llamada de la "cera perdida", ha influido en el arte de Benín.



Mujeres songhai de Malí. Los musulmanes songhai figuran entre los protagonistas de la antigua historia africana: bajo las dinastías sudanesas de los dia, de los soni y de los askia, el imperio songhai se convierte en el más poderoso Estado militar de África occidental. De aquel pasado esplendor, la sencilla vida de la aldea, basada en las tradicionales actividades agrícolas, parece no conservar huellas exteriores. (Foto Nino Cirani.)

Desaparecido el poder de los reinos e imperios indígenas, finalizada la época colonial, las poblaciones sudanesas continúan llevando la mayor parte de su vida de aldea, basada económicamente en la agricultura. Cultivan diversas especies de mijo (blanco, rojo y de simiente gruesa), legumbres y tubérculos (yame, mandioca, batata), maíz y aráquidos. Se dedican también a la caza, a la pesca y a la recolección.

La religiosidad sudanesa, muy arraigada, se expresa en múltiples ritos y cultos por los antepasados y por las divinidades menores (espíritus), que hacen de mediadores entre los hombres y el Ser Supremo, creador bueno, pero *deus otiosus*, alejado de la trivialidad de la vida y de las necesidades diarias.

En el cosmos, cada cosa creada tiene un alma, de modo análogo al hombre. Esta alma es un elemento incorpóreo rico en fuerza vital (directamente derivada del Ser Supremo que es la vida por excelencia), que se pone en equilibrio con otras fuerzas: la creación resulta concebida como un gran sistema de fuerzas que se entrecruzan autolimitándose, en el más absoluto orden.

En la página siguiente, viviendas y graneros de los kirdi, nombre colectivo que significa "infieles", dado por los musulmanes fulbe a numerosas tribus paleosudanesas de los montes Mandara (Camerún septentrional). (Foto Nino Cirani.)









A la izquierda y de arriba abajo: un comerciante djerma de Niamey, un bailarín bambara de Malí y un bamileke del Camerún, representantes de tres diversos grupos étnicos sudaneses.
(Foto Maurizio Leigheb, Amedeo Vergani, Maurizio Leigheb.)

Índice de los pueblos sudaneses

Sudán geográfico occidental

Uolof
Serer
Lebu
Felupe
Pepel
Balante
Tekrur (o tekarir, o, como los llaman los franceses, toucouleurs).
Diavambe
Fulanke
Mande (o mandingo), que comprenden los diula, yarse, huela, ligbi, kpelle (o guerzé), toma, manon.
Mandingo septentrionales, es decir, malinke, khassonke, soninke, bambara (o bamananke).
Mandingo (o mandenka), o sea mandingos auténticos, quizá más conocidos como malinke.
Autóctonos como los somono, los bozo de origen bobo, los korongoi
Songhai con los afines djerma.
Mossi (fusión entre kasena, isala, bussansi), cuya lengua es hablada también por los kusasi, tallensi, namnam, gurunsi-nankanse, dagari (o dagaba), wala, birifor, mamprusi, dagomba, nanumba.
Bobo
Lobi
Kulango
Senufo
Moabi (o moba)
Konkomba
Bassari
Kposso
Kebu
Logba
Dogon

Sudaneses más importantes de la región costera guineana

Susu
Koranko
Kissi
Toma
Kpelle
Konianke
Yakoba
Ghere
Timene (temne)
Kru
Guro
Baulé
Dida
Fon
Nago
Ekoi
Gagu
Niabura
Attié
Agni
Kissi
Kono
Vai (Vei)
Mende (kissi y gola)
Loko
Gbande
Gbunde
Dan
Brussa
Moroni
Betié
Diabe
Akan (ashanti, akwapem, akem, fanti).
Nzema
Ahante
Guang y brong
Tiokossi
Ga-Asangme
Ewé
Yoruba, (oyo, ife, egba, ondo).
Ibo
Ibibio
Edo, que comprenden a su vez a los bini, sobo y kuru-kuru.
Igio

En la zona central y oriental del Sudán geográfico viven muchos pueblos, que resulta más práctico dividir según el grupo lingüístico.

Grupo lingüístico hausa-kotoko: hausa, kotoko, musgu, songhai (sonrhay), guandara, angass, gurca, yergum, ankwe, socorro, mubi.
Grupo lingüístico teda-kanuri: kanuri, kanembu, buduma, maba, mararit, masalit, dagio.
Grupo lingüístico chari-uadaico: barma (o baghirmi), bulala, kuka, kenga.
Grupo lingüístico kwa: nupe, gbari, dibo, igara.
Grupo lingüístico semibantú de Nigeria: duca, camucu, giucun, mada, burum, munci, ndoro, mambila, bafut, bamileke, bamum, tikar, djarava.
Grupo lingüístico adamaua: mundang, laka, ciamba, daca, durru, mbere, mbum.
Grupo lingüístico paleosudanés: baya, mangia, buaca, sango, yacoma, ngabandi, banda, nsakkara, sandé, mundu, golo, sere.
Grupo lingüístico sara-bongo: sara, leto, nduca, kara, yulu, kregi, bongo, mittu, moru, avokaia, logo, lugbara, lendu, madi.

Los nuba de la República del Sudán (del Nilo y de la montaña) representan la forma de transición entre el tipo sudanés y el nilótico.

En la página siguiente: mausoleo que contiene los restos del Askia Mohamed (en Gao) el monarca que llevó el imperio songhai a su apogeo. La construcción, en forma de pirámide truncada, con vigas de madera, es de pisé *(pasta de arcilla, estopa y agua), material de construcción que caracteriza la original arquitectura religiosa sudanesa.*
(Foto Maurizio Leigheb.)





Dos notables bamileke, con el cubrecabeza que distingue a los miembros de una sociedad secreta, delante de una aldea vallada. La sociedad bamileke, fraccionada en numerosas unidades políticas (chefferies) regidas por un jefe, detentador del poder temporal y espiritual, está organizada sobre base colectivista. (Foto Maurizio Leigheb.)

El pensamiento religioso y mitológico de los sudaneses alcanza una notable complejidad y un alto grado de elaboración lógica, sobre todo si se compara con el salvaje, desarrollando originales y profundas cosmogonías en las que nada es dejado al azar o a la fantasía y, más allá de las correlaciones entre los diversos planos del ser (naturales, sobrenaturales, antropomorfos), se revela la estrecha conexión entre la noción de persona, de sociedad, de universo y de divinidad.

En el vértice de la estructura social, el poder es detentado por un jefe, asistido por el consejo de los ancianos cabezas de familia. La familia es generalmente del tipo patriarcal y puede agrupar hasta 100 individuos, pero, como consecuencia de la colonización y de la "aculturación", en muchas regiones muestra evidentes señales de desintegración.

Las vestimentas sudanesas actuales, sobre todo las masculinas, o sea las largas y amplias túnicas y los gorros o turbantes, tanto blancos como de color, se deben a la influencia musulmana. Sólo en aldeas aisladas permanecen en uso vestimentas arcaicas, la casi completa desnudez y faldellines de hojas, piel, corteza de árbol y algodón. Entre los bambara se conserva el uso del característico gorro de cuello de cocodrilo, una especie de capucha con dos extremos en punta que cubre las orejas y que se lleva de diversos modos. Los soninke hilan y tejen el algodón para elaborar telas elegantes, que en otro tiempo servían exclusivamente para el consumo interior. La hilatura es cometido de las mujeres, mientras el tejido lo es del hombre. En la provincia de Dayar, entre diversas técnicas de tinte, se encuentra una muy similar a la javanesa del batik.

Las viviendas sudanesas revelan una gran variedad de formas y se construyen con diversos materiales. La vivienda más común es la cabaña de planta circular, con techo cónico de paja y paredes de rastrojo o de barro (como se encuentra entre los serer y los oulof). Entre los mande es más sólida y de planta cuadrangular, con muros de arcilla: comprende a menudo también los graneros (bambara), o bien cabañas rodeadas de un alto muro (yarse). Junto a estos tipos se encuentra la casa de origen norteafricano de ladrillos de arcilla secados al sol, con planta rectangular y techo en terraza.

En las aldeas de las lagunas de la Costa de Marfil las cabañas se hallan sobre palafitos, mientras entre los yoruba y los ibo son de una sola pieza o habitación, alineadas en torno a un patio, y albergan cada una a uno o dos miembros de la familia.

Los ejemplos más interesantes de arquitectura se encuentran en Malí y en las zonas centro-orientales, donde las construcciones de barro y arcilla alcanzan notables proporciones y efectos estéticos sorprendentes.

En los barrios indígenas de Kano y de diversas ciudades en los confines entre Níger y Nigeria se asoman a las calles edificios de paredes adornadas con motivos geométricos en relieve, ejecutados con la técnica llamada de la "arena unida".

Entre los musgu del Chad algunas viviendas conservan la forma de choza de paja, pero las paredes y las entradas son de arcilla, con nervadura de espinas de pescado, desde arriba hasta abajo.

El arte plástico alcanzó en otro tiempo y puede todavía alcanzar notables niveles: especialmente entre los baulé, los agni, los dan de la Costa de Marfil, los bambara de Malí y los ashanti de Ghana, especializados en la elaboración del oro.

El sonido profundo de un gran tambor (sato), característico de la República de Benin en su zona septentrional, acompaña los más importantes acontecimientos de la existencia tribal, como puede ser la apertura de toda una serie de ritos del fin de año agrícola.
(Foto Folco Quilici.)







Los masai tienen con frecuencia facciones muy finas y regulares. Su elevada estatura y esbeltez son caracteres físicos que distinguen a los pueblos africanos ganaderos y pastores. En la ilustración: un joven sambur y una mujer masai de Kenia. Esta última lleva aros y espirales de hierro, cobre y bronce, forjados por la casta de los herreros, que es casi despreciada por la tribu. (Foto Lino Pellegrini, Explorer.)

Nilóticos

Las poblaciones nilóticas se subdividen en septentrionales y meridionales. Al primer grupo pertenecen los schilluk, dinka, nuer, bari, latuca, acioli, alur y lango. Al segundo grupo pertenecen los masai, suk, turkana, elgumi, nandi, caramogiong, andorobo.

Los ganaderos del norte, establecidos en su mayor parte en el Sudán político meridional, son muy individualistas por lo que se refiere a la propiedad del ganado, de los aperos agrícolas y de los enseres domésticos.

Forman familias polígamas, y se reúnen en clan, que agrupa a personas consanguíneas o incluso no consanguíneas en sentido biológico, descendientes de un mismo antepasado y por lo tanto estrechamente emparentadas. Ganaderos desde siempre, excluyen a las mujeres de las funciones inherentes a la cría y el pastoreo. Viven en general en cabañas cilíndricas de cubierta cónica, presentan con frecuencia una total desnudez, en tanto que las mujeres, en algunos grupos, llevan delantales de hojas, además de brazaletes de marfil, collares de discos de concha y de cáscara de huevo de avestruz.

Según Baumann, los nilóticos del norte habrían llegado desde el antiguo reino de Meroe. Este hecho es atestiguado por varios elementos culturales, por ejemplo la forma de fuelle de herrería todavía usado en el Alto Nilo, de depósito de terracota y con agujero de ventilación como en el antiguo Egipto. Su religiosidad se expresa, más que en un culto del Ser Supremo (señor del cielo y de los fenómenos atmosféricos), en el de los antepasados, tanto comunes y familiares como reales. Los schilluk y los dinka dicen descender de antepasados "blancos": en efecto, es probable su origen del área cultural etiópica.

Entre los nilóticos del sur (llamados también nilótico-camitas, porque ocupan una posición intermedia entre los nilóticos del norte y los pueblos galla y somalí del África nororiental) los masai son los más conocidos. Aproximadamente unos 100.000, establecidos en Tanzania y en Kenia, poseen grandes rebaños de cebúes; pero también crían asnos, cabras y ovejas.

Viven en chozas (kraal), constituidas por un armazón de ramas retorcidas, recubierta de una mezcla de tierra y estiércol de buey fresco. Los kraal están agrupados y dispuestos en círculo, con la entrada bien defendida por un seto móvil de espinos.

Además de las lanzas, poseen armas singulares como el cuchillo de abrazadera y los garfios de dedo, temibles en las luchas cuerpo a cuerpo. Los guerreros, organizados en grupos de edad, son el nervio de la tribu.

Los batusi, que viven en Ruanda y Burundi, y los nangbetu del Zaire pertenecen a la gran familia de los nilóticos, con la particular calificación de "etiópicos marginales". Los tutsi, de elevada estatura y acentuada esbeltez, tienen características somáticas afines a las de los masai y de los somalíes, y también a las de los peul del África occidental. Tales características agrupan a los pueblos africanos que son o fueron ganaderos y pastores. Acerca de sus orígenes, los científicos han avanzado numerosas hipótesis: que habrían emigrado del Sáhara en el neolítico; que procederían de Kenia o, precisamente en base a la mezcla de caracteres somáticos negroides (como el cabello) y europoides (como la nariz), que derivarían de la fusión de grupos blancos y de grupos negros (teoría sin fundamento científico alguno).



En la página anterior, grupo de guerreros masai de Tanzania. En otro tiempo dedicados a las razzias, eran el terror de África oriental. Con su organización en clases de edad representaban de esta manera la casta política dirigente de la tribu.
(Foto Nino Cirani.)

Hasta no hace muchos años, la vida social de los tutsi era estrictamente feudal y se basaba en relaciones de vasallaje. Sus esclavos bahutu y los batua (bantúes los primeros y pigmeoides los segundos) realizaban los trabajos más pesados. Cultivaban y cultivan productos agrícolas como el sorgo, las batatas, el maíz, las calabazas y diversas leguminosas. Del sorgo obtienen un pan que se consume diariamente y del mijo una cerveza muy extendida. Los patrones tutsi se ocupan exclusivamente del ganado. Como entre los masai, éste es compañero en la buena y en la mala suerte, es intermediario entre el mundo humano y el mundo sobrehumano, inspira la poesía popular y las gestas heroicas.

En el mito indígena el Ser Supremo, Imana, creó al principio dos países: uno arriba, con las nubes, el sol y las estrellas, y otro abajo, a semejanza suya, pero lleno de tristeza y de miseria, de rebeliones y de fatigas.

Los mangbetu del Uelle Medio se llamarían más correctamente "amangbetu", dado que en las lenguas no bantúes el plural exige el prefijo "a". Son individuos con caracteres somáticos que los distinguen de las otras poblaciones congoleñas; tienen la piel más clara, los rasgos de la cara finos (a veces hasta "semitoides") y la estructura corporal más grácil y elegante. En ocasiones los adultos presentan el cráneo deformado debido a la costumbre de fajar estrechamente la cabeza desde la primera infancia; es acentuada la natural dolicocefalia.

Según los detallados testimonios de diversos autores y testigos oculares del siglo XIX e inicios del actual, los mangbetu practicaban la antropofagia con una asiduidad y una ferocidad que, como dice Volhard, no tiene igual en todo el mundo. Sin embargo, han desarrollado una cultura más bien elevada.

Los mangbetu viven en aldeas que forman grandes líneas ininterrumpidas a lo largo de los arroyos y de los valles. En el siglo pasado comprendían dos tipos de chozas: una cilíndrica de techo cónico y otra de planta rectangular. Ambas se construían con corteza de palma y se revestían de hojas de plátano, y se mantenían unidas mediante un encañizado y la entrada se cerraba con una puerta que repetía la forma y los motivos de los escudos de guerra.

Según Bernatzik, la cultura mangbetu resulta de la mezcla de elementos salvajes de origen sudanés occidental. Además de por la presencia de la choza con el techo en pendiente cubierto de hojas (aldea a lo largo de la carretera), junto a las chozas en colmena o cónicas (en la aldea "de montón de casas"), se caracteriza por el trabajo artesano del hierro por parte de los herreros, por el delantal de rafia, por los originales tocados femeninos que terminan con una especie de tronco de cono volcado y sobrepuesto, aplicado a la cabeza, por la deformación del cráneo y por la cerámica artística.

La organización social de las tribus del bosque es patrilineal y de clan, de fondo totémico, y reconoce la autoridad de los ancianos.

La religiosidad parece orientada hacia el aspecto manístico y mágico (creencia en los espíritus, en las almas y en la "brujería"). La fe en el Ser Supremo está menos arraigada. La divinidad asume diversos nombres, que son recitados con frecuencia a lo largo del día.

De izquierda a derecha: dos tipos nilóticos meridionales: una mujer turkana del lago Turkana (Kenia) y un caramogiong de Uganda nororiental. Por último, una joven princesa tutsi de Ruanda. Entre los tutsi la organización social era de tipo feudal. El ganado, considerado intermediario entre el mundo humano y el mundo sobrehumano, inspira las tradiciones populares y heroicas. Los diversos cuidados que se dedican a los rebaños señalan las horas del día.
(Foto Nino Cirani, Lino Pellegrini, Ag. Hoa-Qui.)









Salvajes

Aproximadamente dos terceras partes del territorio africano al sur del ecuador y una amplia área más al norte, desde las zonas de contacto entre la sábana y el bosque hasta las regiones surorientales, están habitadas por numerosos pueblos negros bantúes, que hablan una lengua común.

Generalmente se subdividen en dos grandes razas geográficas: los salvajes y los cafres. Los primeros están representados sobre todo por los negros establecidos en las zonas forestales del Zaire y del Congo, del Camerún meridional, de Guinea Ecuatorial, Gabón y Angola. Tienen la piel oscura, estatura media (165 cm), complexión robusta, hombros anchos, ligera vellosidad, piernas más bien cortas, cabeza tendente a la mesocefalia, cabellos lanosos o "en grano de pimienta", arcadas supraorbitales algo salientes, frente un poco huidiza, nariz larga con la raíz a veces hundida, labios gruesos pero no prominentes y acusado prognatismo.

El ambiente es rico en vegetación y está atravesado por grandes y pequeños ríos; el clima es casi siempre muy húmedo, ecuatorial o tropical, con abundantes precipitaciones, menos intensas por espacio de breves períodos del año.

En las regiones congoleñas meridionales y sobre todo en las de Angola septentrional, habitadas por los salvajes, en el pasado surgieron diversos reinos de elevada organización, algunos en época medieval, y otros en tiempos más recientes.

El nombre de Congo deriva de un antiguo reino, el más famoso de todos, y uno de los más importantes del África central, que se alzaba en la orilla izquierda del río homónimo en territorio angolés y se extendía en parte por la derecha de su estuario, en los actuales Zaire y Congo.

A la derecha del gran río existía otro reino llamado Nguunu, del que en los siglos XIV y XV se habrían originado los reinos de Ngoyo, Loango, Kakongo, Bungu, Teke (o Tyo o Anzique) e Ingobella. Estaban gobernados por hijos y descendientes del rey de Nguunu, tenían instituciones públicas idénticas y ocupaban territorios hoy subdivididos entre Angola (distrito de Cabinda), Congo y Zaire.

Otros pequeños reinos del bajo Kassai y del Sankuru eran también, quizá, filiaciones de Nguunu. Todos estos Estados tenían en conjunto escasa relación territorial con la actual República del Zaire, que albergaba en cambio dos grupos de imperios: el grupo de los bolia, Kuba y otros menores, de las zonas de sabana, atravesadas por trechos de bosque (el más importante de los cuales era el reino de los Bakuba, fundado hacia la segunda mitad del siglo XVI); y el grupo de los imperios luba-lunda y otros menores, que acaso tuvieron un origen común en la zona del lago Kisale (en Katanga).

Al igual que en el reino del Congo, también en el de Loango, situado más al norte, la sucesión al trono tenía lugar por línea materna.

La población de Kuba (o Bushongo), "gente del cuchillo arrojadizo", está establecida en la vasta región entre el Kasai y el Sankuru, conserva la vieja organización feudal y las sociedades secretas, semejantes a otras señaladas en diversas zonas del país. Entre los bangelima, por ejemplo, establecidos al norte del Kisangani, existía la conocida secta de los anioto, cuyos miembros, llamados "hombres-leopardo", mataban a sus enemigos dejando sobre la víctima heridas similares a las que producen las zarpas del animal.

Los kuba supervivientes se distinguen por la habilidad en la forja y elaboración de los metales, en la fabricación de tejidos y en la talla de la madera.

En las cortes de los luba se encuentran fuertes instituciones matrilineales.

Mientras los hombres se dedican a la roturación del terreno, a la caza, a la pesca y a la extracción de sal, las mujeres cultivan la tierra, preparan los alimentos y gobiernan la casa.

En la página anterior, bailarín bantú teké de la República Popular del Congo. Se cree que los antepasados de los pueblos bantúes que ocupan la cuenca del Congo emigrarían del valle del río Benue (Nigeria) al principio de nuestra era. Algunos se establecieron a lo largo de las orillas de los cursos de agua navegables, otros prosiguieron por Katanga, donde fundaron varios reinos que comerciaban con el bronce en los centros costeros de África oriental. Como consecuencia de una auténtica explosión demográfica, iniciaron nuevas migraciones hacia el sur, a través del Zambeze (donde surgió la civilización rhodesiana de Zimbabwe) y hacia el este; se replegaron en parte en los bosques congoleños y se extendieron también hacia el noreste, en Uganda, en Ruanda y en Kenia noroccidental, encontrándose con pueblos nilóticos en expansión hacia el sur. En sus desplazamientos, los bantúes, portadores de una cultura y de una tecnología de agricultores de la edad del hierro, entraron en contacto con los pigmeos y los bosquimanos, dedicados a una existencia nómada de cazadores y recolectores.
(Foto Charles Lénars.)



Bantú budu del bosque del Ituri.
(Foto Fievet-Explorer.)

Jefe luba de la tribu kasai con su séquito particular, exhibiendo los objetos y los símbolos materiales que corresponden a su autoridad. Los luba y los lunda son los más importantes pueblos que habitan las regiones de Katanga.
(Foto Hoa-Qui.)



Las estirpes hegemónicas, tanto la kuba como la luba-lunda, se distinguían casi siempre o se siguen distinguiendo de la masa del pueblo por la complexión más alta y esbelta y por la piel más clara, mostrando predominantemente caracteres "raciales" europidoetiópicos. La estructura del Estado era feudal, la nobleza estaba formada por los parientes del rey, que hacían las funciones de administradores; cuatro dignatarios supremos del Estado constituían, con la reina madre, el consejo restringido de la corona.

Remontando el estuario del Congo, a lo largo de sus orillas se encuentran varios pueblos salvajes de lengua bantú, desde los ex piratas muserongo a los cacongo, basundi, babuende, bateke y bacongo. En la confluencia con el Kasai viven los banfumungu, al norte del río los babanzi y al suroeste del lago Tumba los lusicani. En la región de los lagos y en la confluencia con el Ubangi los bokele, más al norte los vangata y los bapoto, en la vasta área al este de Mbandaka los mongo y entre el Lusanga y el Congo los ngombe, que se mezclan con diversos grupos de pigmoides batua (basua, bacina), llegados mucho antes al territorio. Varias tribus ribereñas ocupan el Congo medio entre Mbandaka y Kisangani: son reconocibles por las cicatrices que llevan desde la frente hasta la nariz y las sienes. Como los bapoto y los basoco, acostumbran tatuarse y se practican extensas cicatrices ornamentales, así como diversos tipos de deformaciones artificiales del cuerpo.

Diversas tribus salvajes (bangala, fang del Camerún, etc.) en tiempos históricos y recientes practicaron y practican el canibalismo, sobre todo en la franja ecuatorial comprendida entre la mitad septentrional del Zaire y el golfo de Biafra, pero también en otras zonas más meridionales y más occidentales.

Más allá del Kisangani, descendiendo el Lualaba, se encuentran los bacumu, cuyas mujeres, al igual que las de la región de los lagos y del alto Ubangi, llevan un disco de madera o de otro material inserto en el labio superior, los vaguenia y los lokele, hábiles conductores de piraguas y pescadores, diversos pueblos agricultores maniema de Kivu (bambole, vasongola, varega, varimba, bena, cumbi, batetela, basonge, etc.), perseguidos por los mercaderes de esclavos "arabizados" y obligados a refugiarse en zonas pantanosas o en la vecina Tanzania, y los narua de Katanga.

Muchos de estos indígenas construyen piraguas, a veces capaces de transportar incluso decenas de personas.

Algunas tribus del norte (como los bacongo) y de las fronteras con Angola presentan caracteres somáticos y culturales que se confunden con los de los bantúes meridionales u orientales. La variabilidad de las poblaciones hasta aquí recordadas, las frecuentes mezclas y el mestizaje permiten indicar sólo de un modo aproximativo algunos elementos culturales comunes.

Los salvajes son generalmente agricultores inferiores dedicados al cultivo del maíz, la mandioca, las bananas, las patatas y los aráquidos. En las regiones septentrionales obtienen el aceite de palma y mastican la nuez de cola, mientras un poco por doquier obtienen bebidas fermentadas y embriagantes del maíz o de la banana. Crían pollos, a veces ovejas y, en el sur, ganado bovino; pero se alimentan sobre todo de carne, de caza mayor cobrada con lanza, arco y flechas y también con trampas, o bien de pescado, que pescan con diversas técnicas. Generalmente comen también termitas. Construyen viviendas de arcilla (en el norte, por influencia sudanesa), de troncos y de corteza de árbol (en Zaire septentrional), de troncos y de hierba (en el sur).

En el norte las casas son predominantemente cuadrangulares y con el techo en "lomo de asno", en el sur, cilíndricas, con el techo cónico o de colmena. Casi siempre, hombres y mujeres ocupan chozas distintas. Graneros, en general de forma cilíndrica, o fosos excavados en el suelo, contienen los enseres de labranza.

Los hombres acostumbran reunirse en grandes chozas para las asambleas (Zaire septentrional). Visten ropas muy reducidas, confeccionadas con corteza de árbol, con pieles (al sur), con telas de rafia o importadas, que a menudo se limitan a cubrir los genitales.

Las mujeres suelen peinarse y recoger los cabellos de diversos modos, y adornarse con collares de metal, de fibras y de vidrio. También los hombres llevan amuletos, anillos, brazaletes, collares obtenidos como trofeos de caza, en calidad de adornos, y se pintan el cuerpo con diversos colores, sobre todo el blanco, negro y rojo, con fines ceremoniales y estéticos.

Las etapas más importantes de la existencia dan lugar a danzas colectivas, a veces ejecutadas de noche en las fases lunares.

Danza ejecutada por los mbole, agricultores maniema de Kivu, en otro tiempo víctimas de los ávidos mercados de esclavos arabizados.
(Foto Afrique Photo-M. Fievet.)



Cafres

El término cafre deriva del árabe cafir, es decir, "infiel", y designa a un gran conjunto de gentes negroides que ocupan gran parte del África suroriental, generalmente fuera de las zonas forestales que son reino casi exclusivo de los salvajes.

Los pueblos cafres están unidos por afinidades más lingüísticas y culturales que antropológicas, y representan un tipo colectivo metamórfico que no ha logrado una condición de equilibrio. Está compuesto, además de por el elemento negro dominante, por algunos elementos "primitivos" bosquimano-hotentotes (khoisánidos), por otros europoides y, quizás, australoides (de origen incierto). La estatura se conserva en valores elevados (168 cm); la complexión es robusta, con tórax amplio y musculoso, espaldas anchas, miembros más bien cortos; la vellosidad es algo más abundante que entre los demás negros, pero inferior a la media europea; la piel moreno-oscura, pero menos que en los nilóticos y en los sudaneses; la cabeza alargada y alta con pronunciadas protuberancias frontales; la cara cuadrangular en los varones y ovalada en las mujeres; la nariz ancha, recta y bastante achatada; los labios son relativamente gruesos. Los cafres son agricultores inferiores (o "de azadón") que no conocen el arado (excepto con las variantes debidas a la diversidad del ambiente en que viven). Son también ganaderos (por influencia de las corrientes camitas que han atravesado África oriental, descendiendo hasta el sur), cazadores y pescadores.

Algunas tribus se dedican sobre todo a la pesca, y otras descuidan la agricultura (ovaherero).

Las principales unidades sociales son la familia y el clan, generalmente patrilineales, aunque también matrilineales (entre los bantúes centrales), que establecen las relaciones de parentesco, tanto en sentido físico como espiritual. Los clanes unen a consanguíneos o descendientes de un mismo antepasado. La estructura de la vida social y religiosa pone en el vértice, junto al Ser Supremo, al antepasado cabeza de la estirpe, seguido de los demás antepasados que se han sucedido como jefes de clan y hombres ancianos más sabios, que son objeto de culto. Una cadena de relaciones ininterrumpidas vincula a los hombres con el mundo sobrehumano de los difuntos y de los antepasados y con el del Ser Supremo.

En la página siguiente, vistoso tocado zulú que no adorna la cabeza de un guerrero, sino la de un conductor de "ricksha" de Durban, que lo utiliza como reclamo turístico.
(Foto Charles Lénars.)



Las ruinas de Zimbabwe fueron descubiertas por los europeos a finales del siglo pasado. La imponente construcción atribuida a los bantúes surafricanos comprendía dos series de muros concéntricos de piedra y algunas torres cónicas. Probablemente era la residencia de un jefe perteneciente a la dinastía de Mwene Mutapa. En los últimos decenios en Rhodesia, en Botswana y en Mozambique se han descubierto más de 150 localidades con ruinas similares a las de Zimbabwe, aunque de menores proporciones.
(Foto P2.)



Las vicisitudes históricas anteriores a los contactos con los portugueses (llegados en 1500) y la atribución de las antiguas construcciones siguen siendo inciertas, pero los estudiosos creen que deben considerarse, al menos en parte, obra de los pueblos bantúes. Se han avanzado diversas y contrapuestas hipótesis sobre el número, las migraciones y los lugares de procedencia de las poblaciones que se habrían establecido en el territorio y el papel por las mismas representado en la fundación de los antiguos Estados jerarquizados.

Los bantúes de los lagos muestran evidentes influencias etiópicas. Los de las riberas de los lagos Victoria y Alberto fundaron en tiempos pasados varios reinos, reunidos más tarde en el imperio Kituara. La tradición mitológica, que habla del legendario fundador Kintu, parece confirmar la llegada de hombres de piel clara procedentes del norte. Del imperio formaban parte los baganda, los banioro y los caragué. El rey de los baganda compartía el poder con los ministros de los distritos, encargados de los "dicasterios" de la guerra, de la caza, de justicia y de los asuntos del interior (agricultura, caza, pesca, etc.). Residía en un palacio que comprendía varias construcciones, rodeadas por un recinto ante el cual ardía un fuego permanente, que sólo se apagaba tras su muerte. El día de la muerte el ministro encargado de la conservación del cordón umbilical del soberano era estrangulado y la inhumación del rey era seguida del sacrificio de muchas víctimas humanas, sepultadas vivas en su tumba. La mandíbula y el cordón umbilical del muerto, depositados en un gran recipiente que contenía su alma, eran custodiados en un templo especial, hecho construir por la reina madre. También el rey de los banioro era seguido en la tumba por esposas y siervos.

Los baganda derivan de la fusión de los pastores bahima con los más rudos bahero, agricultores y artesanos, y muestran una notable variedad fisionómica. Generalmente más evolucionados que sus vecinos, han asimilado en grado mayor la civilización occidental y adoptado viviendas con pórtico y galería y con un alto techo de rastrojo, sostenido por troncos de palma, que permite la circulación del aire en las habitaciones. Al sur del lago Victoria, los uassucuma viven en aldeas fortificadas (tembe), rodeadas de bajos bastiones y con entrada semisubterránea, que protegen a los ocupantes de las razzias de las tribus de las estepas y revelan influjos árabes. En las márgenes del Tanganica se hallan establecidos los barundi (al norte) y los uaniamuesi (al sur), mientras al oeste del lago Kivu se hallan los baniarunda.



Las mujeres ndebele (nguni) llevan en el cuello, en las muñecas y en los tobillos varias series de aros superpuestos. (Foto Antonio Yoska Filippini.)

Las tribus nororientales de los acamba, akicuiu, uapocomo, uaniica, uataita, uagiaga, etc., presentan fuertes influencias masai.

Los pueblos bantúes que ocupan la región más al sur y al este se dividen generalmente en cuatro grupos: bantú de la costa (de Tanzania y de Mozambique), de las riberas del lago Malawi (o Niasa), de Rhodesia del norte y meridionales. Al primer grupo pertenecen los uasambara, los uasagara, los uagogo, los uasango de Tanzania, diseminados de este a oeste, a la izquierda del Grande Ruaha, los uahehe, que se encuentran en la derecha, los diversos grupos de los swahili y de los macon de la costa, estos últimos entre los ríos Rufiji y Ruvuma.

Al segundo grupo bantú pertenecen los macua de la región comprendida entre el Ruvuma y el Zambeze, los uafipa de las riberas meridionales del lago Tanganica, entre el lago Rukawa y el Malawi, los aniangia (al sur y al suroeste del lago Malawi) y los uaiao (al este del lago, entre los ríos Ruvuma y Lugenda).

Entre los bantúes del cuarto grupo (aproximadamente un millón y medio de individuos) cabe señalar a los auemba, a los angoni, los aceua, los auisa, los alungu, los baila y los batonga.

Al grupo de los bantúes meridionales pertenecen muchas tribus que forman un conjunto humano estimable en unos nueve millones de individuos. En general todas ellas son afines desde el punto de vista cultural.



Pigmeos

Los pigmeos constituyen la población que presenta la estatura más baja de la Tierra (con una media masculina de 143 cm y femenina de 136 cm) y tienen la piel de color moreno-amarillento, casi siempre más clara que los negros. Los individuos con piel oscura son generalmente cruce con bantúes. Además tienen la cabeza más bien grande en proporción al cuerpo, la mandíbula saliente, las órbitas grandes y los ojos oscuros, los cabellos negros en "grumos" (helicotricos), la nariz muy ancha y hundida, la frente alta, los pómulos salientes, los labios carnosos, pero delgados, la musculatura bien desarrollada, el busto largo y las piernas cortas. Este conjunto de caracteres físicos es observable sobre todo entre los bambuti del alto Ituri y de sus afluentes (Zaire nororiental), el grupo más númeroso y más "puro" de los pigmeos vivientes. Otro tipo con piel más oscura (pero no negra) presenta en cambio mayor vellosidad en la cara y en el cuerpo, rostro anguloso o redondo, mandíbula más marcada pero menos prognata, labios más carnosos y gruesos, nariz más "en embudo" y con el dorso más alto que ancho, frente baja y huida y tendencia a la dolicocefalia (en lugar de a la braquicefalia).

Otros dos tipos de piel más oscura muestran, finalmente, claras influencias négridas.

Los bambuti de la cuenca del Ituri comprenden tres grupos lingüísticos: los aka (del norte), los basua (de la orilla izquierda del río) y los efé (del este). Pequeños grupos afines señalados más al sur, en las inmediaciones de Lusambo y de Tshofa (en Kasai oriental), son probablemente bambuti emigrados bajo la presión de tribus negras.

Pigmeos auténticos viven asimismo en el Gabón (bakiue o bakué; akoa y obongo del Ogoné) y en el Camerún meridional (bojaeli o bagielli). Existen luego varios pueblos semejantes a los pigmeos, que es más correcto considerar grupos mixtos pigmoides: los babinga de los ríos Sangha, Ibenga, y Lobaye, afluentes por la derecha del Ubangui (entre el Congo y la República Centroafricana), los bachua (bachwa), al norte del lago Leopoldo II, y los diversos batua (batwa), diseminados por algunas zonas de los lagos (en las laderas de monte Kiwu, en la ribera occidental del Tanganica y en los pantanos del lago Bangweulu), del alto Nilo (Thoony) y del África Oriental (Doko o Dumé del lago Chew Bahir y boni del río Tana).

Según P. Schebesta, entre 1938 y 1950 los pigmeos del África central eran aproximadamente 100.000, de los que 35.000 se hallaban diseminados por la cuenca del Ituri y 5.000 en el Gabón y el Camerún. En 1955 Martin Gusinde estimaba su número total aproximado a los 168.000 individuos, pero advertía que solamente unas pocas familias, que vivían en la espesura de la selva, podían considerarse "puros".

Normalmente, los híbridos son hijos de padres negros y madres pigmeas, porque es raro que un varón pigmeo se case con una mujer negra: si esto sucediese, sus hijos serían considerados negros.

La corriente procreadora entre los pigmeos y negros sucede en sentido único. Entre los bambuti la natalidad se mantiene constante.

El origen de los pigmeos es muy discutido. Según los testimonios históricos, habrían vivido siempre en las selvas ecuatoriales: en otros tiempos se encontraban también a lo largo de las costas occidentales de África, hasta Liberia, y en el siglo XVI eran los principales habitantes de la región comprendida entre los lagos Alberto y Eduardo.

Gusinde, Gates, Coon y otros sostienen, sin embargo, que derivan de la antigua población precamítica y precaboide de las llanuras africanas, relegada a las selvas por una gran sequía.

El cambio en la dirección del nanismo habría sido determinado por la necesidad de supervivencia en el medio forestal y, a través de la selección natural, habría interesado a toda la población. Schebesta y Dart insisten, en cambio, en la antigüedad racial de los bambuti y piensan en una conexión genética con los koisánidas (bosquimanos y afines).

Los pigmeos son "primitivos" sin escritura, nómadas cazadores y recolectores, dedicados a una economía de rapiña. En efecto, no cultivan la tierra y no crían ganado: depredan el bosque de vegetales y animales comestibles. Mientras las mujeres, juntamente con los hijos pequeños, recogen tubérculos silvestres, frutos y otros vegetales, pequeños insectos y caracoles, los hombres forman bandas dedicadas a la caza, a veces practicada con ayuda de perros.

Los desplazamientos de las bandas y las persecuciones de la caza mayor son regulados por acuerdos regulares que prohíben, por ejemplo, el pasar los límites territoriales.

En la página anterior, mujeres pigmeas con sus hijos haciendo un alto. Los niños no son retirados del pecho materno antes de los 4 años. Pigmeos verdaderos sólo lo serían los mbuti (bambuti) de la selva del alto Ituri (quizá 35.000 ó 40.000), de los que sólo unos pocos millares habrían conservado un notable grado de independencia genética de las poblaciones vecinas. Además de por el aspecto físico, se diferencian claramente de los demás africanos por el distinto grupo sanguíneo y diferentes elementos, materiales y espirituales, de su cultura. Los pigmeos viven, por así decirlo, en "simbiosis" con los negros, de los que son, como dice Turnbull, "siervos esquivos". Mientras su economía, basada en la caza y la recolección, depende de la conservación de la selva, la de los vecinos negros, ampliamente basada en la agricultura, tiende, en cambio, a causar su destrucción. Aunque los pigmeos para algunas necesidades económicas dependan de los negros y a veces participen en ritos y festejos comunes, se preocupan de defender la propia autonomía genética y social: efectivamente, los varones rara vez se unen a mujeres negras y rehúsan la prole de madres pigmeas que se han unido a negros. (Foto L. Pellegrini.)



Malgaches

Malgaches es el nombre colectivo dado por los europeos a diversos grupos étnicos de Madagascar, muy heterogéneo desde el punto de vista "racial". Aparte los merines del norte, con rasgos físicos "indonesios" más evidentes (y mongolismo poco acentuado), los malgaches tienen estatura mediana (165 cm, superior a los merines), piel muy oscura, cabellos con frecuencia crespos y se diferencian a menudo del tipo africano clásico. Casi nunca son longilíneos, tienen piernas cortas, cabellos bastante largos con un grado de helicotriquia (forma en espiral) intermedio entre los autralianos y los somalíes, hasta el punto que algunos antropólogos han hablado de "afinidad indo-melanesia". Muchos sacalava, betsimisaraca y afines revelan semejanzas con los bantúes meridionales y con los etiópidos ligeramente rojizos, como los galla, haciendo inclinarse por un origen africano de los elementos principales de la masa negroide de la población.

En las laderas meridionales del altiplano, al sur de los merines (unos 2 millones), viven los betsileo (aproximadamente 1 millón) y en las orientales los bara (500.000), las tsimiheti (500.000) y otros. En las zonas costeras occidentales se hallan establecidos los sacalava (400.000) y los mahafali (100.000); en las orientales, los betsimisaraca (1 millón) y los antaimoro (250.000) y en el sur los antadroi (400.000) y los antanosy (200.000).

Estos pueblos hablan diversos dialectos de lengua austronesia (malagasy) que presenta similitud con la de los daiaqui de Borneo y trazas de préstamos del sánscrito.

Los habitantes de Madagascar son agricultores "inferiores"; crían cebúes y otros bóvidos, y aves de corral y practican la pesca. Habitan en aldeas de chozas cuadrangulares sobre palafitos, con techo en vertiente, construidas con bambú y madera. En los montes del interior viven en casas de arcilla.

Tradicionalmente la población se divide en tres clases: los hombres libres *(hova, vohitsa),* los esclavos *(ndevo)* y los nobles.

La ordenación en familias, en parentelas y en clanes así como en clases sociales estuvieron en otros tiempos encuadrados en reinos autocráticos.

En la página anterior, viviendas de planta rectangular con techo de paja, a doble vertiente, de agricultores merines de la meseta central de Madagascar. (Foto P2).



Mujeres malgaches trabajando en una fábrica de alfombras. La economía malgache se basa tradicionalmente en la agricultura y en la ganadería de bovinos. El escaso desarrollo industrial, en general limitado a la elaboración de productos agrícolas, encuentra en el artesanado el sector de la producción más valorado en función de la exportación. (Foto R. Thöni.)

Cazador bosquimano del desierto de Kalahari mimetizado con plumas de avestruz para conseguir aproximarse a animales salvajes.
(Foto Folco Quilici.)



Subespecie caboide

Esta subespecie del género humano, que R. Broom ha llamado *caboide* por el Cabo de Buena Esperanza, comprende un número limitado de pueblos africanos, en general en vías de extinción: los bosquimanos, los hotentotes, comprendidos entre ellos los extinguidos corrana (korana) descendientes de una población ribereña extinta (los strandloopers), y algunos grupos más o menos mezclados con los negros o con los etiópicos, tales como los sandavi (sandawe) y los kindiga de Tanzania.

Cierto porcentaje de elementos análogos se ha señalado también entre la población y minorías establecidas más al norte.

Si en épocas pasadas la subespecie caboide, como suponen algunos estudiosos, tras los descubrimientos fósiles realizados en Yebel Ihud (entre Safi y Marraquech, en 1961 y 1962), hubiese ocupado Marruecos, su nombre podría mantenerse, como dice el investigador Coon, haciéndolo derivar de Cabo Espartel.

Los bosquimanos y los hotentotes, aun cuando diferentes en el aspecto cultural, constituyen una unidad "racial" llamada *khoi-san* (E. von Eickstedt).

Khoi (o khoi-khoi, es decir, "hombres" o "verdaderos hombres") es el nombre que los hotentotes se dan a sí mismos, mientras que *san* es el nombre que se relaciona con los bosquimanos.

Según H. Baumann, los pueblos "khoisánidos" que aún perduran habrían desarrollado en su conjunto una cultura bosquimana original. Sobre la base de recientes investigaciones (1957-1962), Lawrence y Lorna Marshall sostienen que los bosquimanos surafricanos que subsisten en la actualidad son en total unos 55.000.

Los khoisánidos serán en cambio, en conjunto, unos 120.000.

Los antepasados de los bosquimanos y de los hotentotes tuvieron probablemente origen al norte del Sáhara y llegaron al África Meridional sólo en época posglacial. Hacia finales del Pleistoceno, cuando la actual fauna del Paleártico invadió África del Norte, fueron obligados por los caucasoides a atravesar el Tibesti y los altiplanos de África Oriental y se dirigieron a los territorios meridionales que ocupan actualmente.

Durante su migración entraron en contacto con aborígenes de grado evolutivo inferior (emparentados con los antepasados de los negros y de los pigmeos) que no opusieron gran resistencia y se dejaron prácticamente absorber por los invasores.

En época histórica debieron luego sufrir la presión de los negros bantúes de África Occidental hacia el este y el sureste: estos africanos, que practicaban la agricultura y conocían el hierro, los absorbieron, a su vez, en gran parte.

Cuando los primeros europeos llegaron a Sudáfrica (en el siglo XVI) los predecesores de los bosquimanos habían alcanzado un nivel cultural llamado wiltoniano (de Wilton, localidad arqueológica cerca de Grahamstown): eran recolectores, pescadores y cazadores que utilizaban exclusivamente instrumentos de piedra y de hueso, semejantes a los utilizados en el tardío capsiano (mesolítico).

En el siglo XVII los principales grupos de los caboides se encontraron aplastados entre los bantúes del norte y los bóers del sur, emigrados de Holanda. Este hecho dio origen a una serie de conflictos raciales que perduran todavía y que han obligado a los bosquimanos a refugiarse en el desierto de Kalahari. La influencia ejercida por los pueblos "primitivos" de la Tierra (protoculturas), esencialmente cazadores y recolectores, conservan obstinadamente su libertad y sus tradiciones.

Los bosquimanos son individuos de baja estatura (la altura media es de unos 155 cm; 5-6 cm menos en las mujeres).

Pinturas rupestres de los montes Brandberg (Namibia). Pinturas e incisiones rupestres de diversos estilos y épocas, atribuidos al menos en parte a los bosquimanos, se remontarían en realidad a no más de algunos cientos de años. (Foto Nino Cirani.)



Cazador bosquimano de Botswana con arco, carcaj y bolsa de piel al hombro. La caza y la recolección son las principales actividades de subsistencia de los bosquimanos. Al final de una batida afortunada, el botín es repartido entre todos los miembros de la partida de caza. (Foto Quilici.)



Tienen cuerpo grueso y longilíneo, pelvis estrecha y espalda recta, manos y pies pequeños, piel clara, amarillenta, casi sin grasa subcutánea, por lo que generalmente aparece arrugada, cráneo con bóveda baja y perfil lateral poligonal, rostro pequeño y aplastado de contorno anguloso, pliegue palpebral estrecho, dirigido hacia el ángulo exterior (pliegue hotentote), pero también hacia el interior, nariz ancha y achatada, orejas pequeñas y sin lóbulo, cabellos crespos y muy cortos, en "grumos". La acentuada ensilladura lumbosacra de la columna vertebral es debida al fenómeno de la esteatopigia, un desarrollo particular de las nalgas y de la parte superior de los muslos (generalmente más acentuada en los hotentotes) por hiperdesarrollo del tejido adiposo desde la edad púber. Las mujeres presentan una forma de *longininfia* con excepcional desarrollo de los labios menores. Estos caracteres distinguen a los bosquimanos de los otros pueblos africanos.

El nombre colectivo de bosquimanos deriva de "bojeman" ("hombre del bosque"), dado por los primeros colonos holandeses (del que derivan asimismo el inglés *bushmen*, el alemán *Buschmänner*, el francés *bochimans* y el italiano *boscimani*), que designa a más de 20 grupos, generalmente subdivididos en tres concentraciones del norte, del centro y del sur. Las agrupaciones tienen a menudo nombres compuestos por el sufijo kwe (kao, etc.), es decir, "hombres", y por un prefijo determinativo (ai-kwe, au-kwe, etc.). Los hombres son avezados cazadores, recorren las estepas y las landas semidesérticas siguiendo las huellas de la caza mayor, conocen palmo a palmo el terreno, y adoptan métodos específicos para capturar diversos animales (pasos obligados, trampas de foso, etc.) y los matan con arcos, flechas envenenadas, que guardan en carcajes de cuero o de madera, y lanzas. Entre tanto, las mujeres, con la ayuda de un bastón de excavación, provisto de una piedra redonda y perforada, recogen raíces, tubérculos, bulbos y otros vegetales comestibles y construyen toscas viviendas, especie de abrigos contra el viento o chozas de hierbas con cúpula. La organización social se basa en el grupo familiar o local, sobre la descendencia patrilineal y sobre la monogamia exógama (aunque no hay una prohibición específica de la poligamia). Cada grupo familiar, compuesto por cierto número de cazadores que forma una banda, posee un territorio de caza y de recolección. Casi siempre carece de jefe tribal (nunca es dirigido por un jefe territorial que no goce de particulares privilegios), pero reconoce la autoridad del hombre más anciano y más experto. Durante los ritos de iniciación los jóvenes en edad púber realizan pruebas de valor y son circuncidados según una costumbre de origen extranjero, en tanto que las niñas, al tener la primera menstruación, son preparadas en una cabaña aparte.

Los bosquimanos creen en el *mana*, en las almas y en los encantamientos, demostrando una mentalidad mágico-animista muy enraizada y compleja. Junto a huellas de ritos cosmogónicos y de un Ser Supremo, aparecen divinidades superiores como Kang, Khu y Thora, bajo la forma de animales, muchos espíritus del bosque y de la caza, seres benéficos y maléficos, que residen en los temporales (truenos, relámpagos) y, en fin, los espíritus de los muertos. En conjunto, las creencias religiosas y las prácticas rituales relacionadas con los fenómenos ambientales y las razones de la existencia constituyen una particular forma de teísmo salvaje. Los moribundos y los lugares en que ocurren las muertes son abandonados, mientras las fosas de los muertos son recubiertas de piedras. Los difuntos son sepultados sentados y continúan viviendo en forma de espectros y de cadáveres vivientes.



Muchachas bosquimanas con niños. Cada grupo familiar o local comprende cierto número de cazadores. Casi siempre carece de jefe, pero reconoce la autoridad del hombre más experto y anciano. Un grupo de familias forma una banda que, como organismo autónomo, controla cierto territorio de caza y de recolección y organiza las actividades económicas, sociales y rituales.
(Foto Folco Quilici.)

En la página siguiente, cazador bosquimano con arco y flechas. Las flechas de punta móvil son impregnadas con el veneno obtenido de diversas plantas y de algunos animales.
(Foto Marka.)



Las pinturas y los grabados rupestres de diversos estilos y épocas, atribuidos al menos en parte a los bosquimanos, han dado lugar a diversas teorías, pero para varias regiones, relacionadas por Schofield, se considera que no pueden tener más de algunos centenares de años, aun cuando se han comparado a veces con las prehistóricas europeas. En general representan escenas de caza, de guerra, de magia, o bien hombres y animales aislados.

Los hotentotes (es decir, "balbucientes", así llamados por los bóers a causa de los *cliks,* sonidos que caracterizan su lengua) por raza y por lengua están íntimamente emparentados con los bosquimanos; pero se diferencian por la cultura, especialmente en lo que respecta a la economía y a la vida social, así como por su estatura más elevada (158 cm), por la piel más oscura, el rostro más largo y triangular, la bóveda craneana más alta, la mayor dolicocefalia y la distinta fórmula del grupo sanguíneo.

Continuas guerras y bastardeos (sobre todo con los europeos) los han reducido sensiblemente en número, hasta hacer temer por su extinción. Solamente los nama sobreviven en número considerable (unos 25.000), subdivididos en grandes nama (siete tribus) y pequeños nama (cinco tribus). Cruzamientos con los negros, los indios y los europeos han producido los *cape coloured,* los criqua y los bastardos de Rehoboth.

Algunos historiadores sostienen que los hotentotes derivan del cruce de los bosquimanos con los pastores camitas criadores de bueyes, inmigrados a Sudáfrica (Baumann); otros, en cambio, sostienen que los bosquimanos son sólo una estirpe suya decaída, expulsada de sus establecimientos originarios.

En otros tiempos habitaban en campamentos más o menos permanentes *(kraal),* formas de establecimiento anular compuesto por varias chozas de esteras, de colmena, rodeadas por un seto espinoso. El ganado era encerrado dentro de un recinto único circular. Hoy viven predominantemente en viviendas cuadrangulares y en miserables barracas de tablas, sacos y chapas. Saben trabajar las pieles y las fibras vegetales, fundir y forjar el cobre y el hierro. Su religión presenta numerosas afinidades con la de los bosquimanos y considera dios creador a Tsui-Goab (similar al dios de la tempestad de los camitas orientales), el cual combate contra el dios del mal, Gaunab. Es una divinidad con matices manísticos (como progenitor tribal dotado de poderes mágicos) y reside en un cielo rojo. A mitos venatorios, propiciatorios y metamórficos, está ligada la figura del héroe mítico Heitsi-Eiseb, mientras las danzas y las fiestas en la luna nueva y en la luna llena revelan un culto a los astros.


La cultura hotentote se ha empobrecido notablemente como consecuencia del contacto con la cultura europea: casi por doquier la población ha abandonado el atuendo tradicional y viste con ropas occidentales: algunos individuos sedentarizados trabajan en las granjas de los blancos.

En la página siguiente, rito de exorcización de los bosquimanos antes de una partida de caza. Su religiosidad, en relación con los fenómenos ambientales y el tipo de existencia que llevan, revela una rica dimensión mitológica: puede definirse como un teísmo salvaje. (Foto Folco Quilici.)





A la izquierda: hotentote de Botswana. Los hotentotes supervivientes (el nombre que les fue dado por los bóers a causa de los cliks, sonidos chasqueantes de su lengua, significa "balbucientes") se dedican sobre todo a la ganadería, proporcionando mano de obra en las granjas de los europeos. A la derecha: bosquimano de Kalahari tomando el contenido de un huevo de avestruz. (Foto Lino Pellegrini, Transworld-Black Star.)







hombres y culturas

Salvat